

Su madre le pidió que la ayudara a morir.
Su hija se aseguró de que obedeciera.

UNA MUERTE DE MADRE

V E R A S A L C E D O



Una muerte de madre

1. Primera parte. La cuidadora
 1. [Capítulo 1](#)
 2. [Capítulo 2](#)
 3. [Capítulo 3](#)
 4. [Capítulo 4](#)
 5. [Capítulo 5](#)
 6. [Documento A](#)
 7. [Capítulo 6](#)
 8. [Documento B](#)
2. Segunda parte. La muerte perfecta
 1. [Capítulo 7](#)
 2. [Capítulo 8](#)
 3. [Capítulo 9](#)
 4. [Capítulo 10](#)
 5. [Documento C](#)
3. Tercera parte. La hija acusada
 1. [Capítulo 11](#)
 2. [Capítulo 12](#)
 3. [Capítulo 13](#)
 4. [Documento D](#)
 5. [Capítulo 14](#)
 6. [Documento E](#)
 7. [Capítulo 15](#)
 8. [Capítulo 16](#)
 9. [Documento F](#)
 10. [Capítulo 17](#)
 11. [Capítulo 18](#)
 12. [Capítulo 19](#)
 13. [Capítulo 20](#)
 14. [Capítulo 21](#)
 15. [Capítulo 22](#)

16. [Capítulo 23](#)
17. [Capítulo 24](#)
18. [Documento G](#)

4. Cuarta parte. La nieta

1. [Capítulo 25](#)
2. [Capítulo 26](#)
3. [Capítulo 27](#)
4. [Capítulo 28](#)
5. [Documento H](#)
6. [Capítulo 29](#)
7. [Capítulo 30](#)
8. [Capítulo 31](#)
9. [Capítulo 32](#)
10. [Capítulo 33](#)
11. [Documento I](#)

5. Quinta parte. La elección

1. [Capítulo 34](#)
2. [Capítulo 35](#)
3. [Capítulo 36](#)
4. [Capítulo 37](#)
5. [Documento J](#)
6. [Capítulo 38](#)
7. [Capítulo 39](#)
8. [Capítulo 40](#)
9. [Documento K](#)
10. [Capítulo 41](#)
11. [Capítulo 42](#)
12. [Capítulo 43](#)
13. [Capítulo 44](#)
14. [Documento L](#)

Una muerte de madre

Su madre le pidió que la ayudara a morir. Su hija se aseguró de que obedeciera.

VERA SALCEDO

PRIMERA PARTE

La cuidadora

1

Mi madre murió a las seis y diez de la mañana y los papeles dicen que la maté yo. Voy a contarlo entero, por orden, con las horas, como lo apunto todo. Y que cada cual sume.

Empezó con una mudanza.

Los de la mudanza cobran por horas, así que a las ocho menos diez ya tengo el portal abierto y la lista en la mano. Tres cajas de loza, dos de ropa de invierno que no tocaba bajar hasta octubre, cuatro de libros que mi madre no va a volver a leer y que no he tenido valor de dejar en Zurbano, el sillón orejero que no entra por la puerta y hay que subir con cuerdas por la ventana del salón, y mi madre, que no es una caja pero pesa lo que pesan todas juntas. Lo apunto en ese orden. El orden es lo único que puedo sostener con las dos manos a la vez.

Sonia ha venido a ayudar, que para eso están las amigas de toda la vida, y se pasa la mañana haciendo lo que yo no llego a hacer: pagar al del furgón, sujetar la puerta, discutir con el mayor de los mozos que el orejero sí cabe por la ventana si lo giran, y cabe. Lo vemos entrar de lado por el hueco, colgado de dos correas, dando vueltas despacio sobre el jardín seco, y Sonia me pone la mano en el hombro y me dice bajito que ya está, que lo difícil ya está. Lo difícil no es el sillón. Pero no se lo digo, porque Sonia ha pedido el día en la oficina para venir y una no le estropea el día a quien te lo regala.

Mi madre llega la última, en el coche de Sonia, porque en el furgón no quiso ni oír hablar de venir. Baja despacio, agarrada a la puerta, y se queda un momento en la acera mirando la fachada como quien tasa una casa que no piensa comprar. Mi calle no es la suya. En Sanchinarro las casas son todas iguales y nuevas, adosadas de ladrillo claro con un cuadrado de césped delante que el año pasado se me secó entero. La suya es de las de Zurbano, con portero y molduras

y un ascensor de madera que huele a cera desde 1970. Lo sé sin que lo diga. Lo dice de todos modos.

—Qué aire tan sano tenéis por aquí —dice—. Se ve que estáis a las afueras.

—Estamos en Madrid, mamá.

—Claro que sí, hija. En Madrid. —Levanta un poco la barbilla hacia la fila de adosados idénticos—. Y todas las casas igualitas. Qué descanso, ¿verdad? No tener que elegir.

La subo del brazo. Cuenta los escalones del portal en voz baja, cuatro, y me deja apuntado sin querer que va a contarlos cada día, que cada día voy a saber por los escalones cómo tiene las piernas. Dentro, se para en el recibidor y hace lo que hace siempre en las casas ajenas, que es mirar sin tocar. Mira el aparador que compramos Andrés y yo cuando todavía éramos Andrés y yo. Mira las fotos de Inés en la pared, de pequeña, de la comunión, de la orla del instituto. Mira el techo, que es más bajo que el suyo.

—Se está bien aquí —dice—. Se está muy recogido.

En su boca «recogido» no es «acogedor». En su boca «recogido» es «pequeño». Llevo cuarenta y seis años traduciéndola y todavía me sale la traducción sola, como una lengua materna que no elegí aprender.

Le he preparado el cuarto de abajo, el que da al jardín, para que no tenga que subir. Era el cuarto de Inés. Lo pienso así, en pasado, y me corrijo enseguida: es el cuarto que Inés usaba para estudiar, que no es lo mismo. La cama de Inés siempre estuvo arriba. Abajo solo tenía el escritorio, y el escritorio lo hemos sacado esta mañana al pasillo, contra la pared, con la lámpara encima y los libros del curso todavía en el cajón.

—Es temporal —le digo a Inés cuando pasa y lo ve.

Inés mira el escritorio en el pasillo, mira la puerta cerrada del que era su cuarto, y no dice nada. Tiene diecisiete años y una cara que aprendió hace tiempo a no enseñar nada, y ahora mismo no enseña nada. Se ajusta la mochila y sube arriba con los cascos puestos. A su edad yo también me habría subido con lo que hubiera tenido para no oír. No se lo reprocho. Lo apunto, nada más, en la columna de las cosas que tendré que arreglar cuando haya tiempo, que es una columna que no para de crecer y a la que no llego nunca.

A mediodía ya está todo dentro. Firmo el albarán, doy la propina que llevo contada en un sobre desde ayer, y Sonia se va la última, en

la puerta, con un abrazo de los que aprietan de verdad y un «llámame para lo que sea, Marta, para lo que sea» que las dos sabemos que no voy a usar. Me quedo sola con mi madre en una casa que de repente tiene una habitación menos y una persona más.

Ella se ha sentado en el orejero, que ha quedado junto a la ventana como si llevara ahí toda la vida, y ha cerrado los ojos. Parece pequeña. Se ha quedado pequeña este último año, desde que empezaron los mareos y lo del peso, desde que el médico dijo la palabra y ella dejó de ser una madre que me llamaba para quejarse del portero y pasó a ser una cosa que hay que cuidar. No pienso la palabra. La palabra la piensan los demás por mí, en las salas de espera, en el tono con que me preguntan «¿y cómo lo llevas?».

Le hago la manzanilla. La hago como la hacía ella, como la hacía mi abuela: la bolsita, el agua justo antes de que rompa a hervir del todo, y una tira de piel de naranja amarga que compro en el herbolario de la esquina porque las naranjas del súper son dulces y no valen. Manzanilla con piel de naranja amarga. Es lo único de su casa que me traje a la mía hace años, la receta, y me da un gusto raro poder hacérsela yo ahora, aquí, en mi cocina, con mis tazas. Se la llevo en la taza buena, la de porcelana con el borde dorado, que es la que le gusta.

Da un sorbo. Cierra los ojos otra vez. Los abre.

—Le falta la naranja, hija.

—Le he puesto la naranja, mamá. Del herbolario.

—Le falta —dice, y me devuelve la taza con las dos manos, con mucho cuidado, como si me la estuviera regalando—. No te preocupes, que ya aprenderás. Tienes muchas cosas en la cabeza tú ahora.

La cojo. Le he puesto la naranja. La he cortado delante de ella. Pero cojo la taza y vuelvo a la cocina y le pongo otra tira, más gruesa, y me quedo mirando el agua hasta que deja de tener sentido mirarla, y no sé si lo hago porque le falta o porque cuando ella dice que falta algo lo más corto siempre es ponerlo. Se la llevo otra vez. Da un sorbo.

—Ahora sí —dice—. ¿Ves qué poco era?

Antes de la cena la ayudo a deshacer la caja de sus cosas. No deja que lo haga yo sola: se sienta en el borde de la cama y va diciéndome dónde va cada una, el despertador a la derecha porque duerme del lado izquierdo, el retrato de mi padre girado hacia la ventana porque

a él le gustaba la luz de la mañana, el rosario en el cajón, no encima, en el cajón, que encima parece que una se está muriendo. Coloco cada cosa donde dice. Cuando termino, se levanta despacio, apoyándose en mí, y mueve el despertador dos dedos a la izquierda. Solo dos dedos. Lo mira, asiente para ella misma, y me da una palmadita en la mano.

—Ya está. Así está bien. Lo habías puesto casi.

Por la tarde instalo el intercomunicador. Es de los de bebé, con dos aparatos, uno con micrófono que se queda en su mesilla y otro con una lucecita verde que me llevo yo a la planta de arriba. Lo he comprado esta semana pensando en las noches: si se levanta, si se marea, si le pasa algo y no le da tiempo a llegar al timbre que le he puesto en la pared. Pruebo que funciona hablando yo desde su cuarto mientras Inés, arriba, me contesta por el hueco de la escalera que sí, que se me oye, que se te oye todo, mamá, hasta cuando respiras. Dejo el aparato de la lucecita en mi mesilla, entre el despertador y el vaso de agua. Verde quiere decir que todo está en silencio. Me voy a acostumbrar a dormir con esa luz encendida. Me voy a acostumbrar a que el silencio tenga color.

Cuando bajo a darle la última pastilla, mi madre me coge la mano. No lo hace casi nunca. Tiene la mano fría y pequeña y la piel finísima, de esa que se queda marcada si la aprietas.

—Mira que dejarlo todo por mí —dice—. Tu trabajo, tu casa para ti sola, tus cosas. Con lo poca cosa que soy yo ya.

—No he dejado el trabajo, mamá. He pedido reducción.

—Reducción. Eso. Media hija para el trabajo y media hija para mí. —Me aprieta la mano, poquito, lo justo—. No todo el mundo tiene una hija así, Marta. Yo a mi madre la puse en una residencia buenísima, con jardín y todo, y me quedé tan tranquila. Tú no. Tú eres de otra pasta. —Cierra los ojos—. Anda, ponme bien la almohada antes de irte, que tú estas cosas las haces mejor que nadie.

Le pongo bien la almohada. Le doy la pastilla con medio vaso de agua, apago la lámpara, dejo la puerta entornada para que entre la luz del pasillo, que sé que le gusta. Subo. En mi mesilla, la lucecita está verde. Me acuesto de lado, mirándola, y hago la lista de mañana en la cabeza porque si la hago en la cabeza me duermo antes: farmacia, el análisis en ayunas, llamar al seguro por lo de la cama articulada, comprar más naranja amarga aunque le haya puesto la naranja amarga.

Arriba, en el otro cuarto, Inés todavía tiene la luz encendida. Se ve la raya por debajo de la puerta. No entro. Hace meses que no entro sin llamar, desde antes de todo esto, desde que dejó de contarme las cosas y empezó a contármelas solo cuando ya no tenían arreglo. Me digo que mañana hablo con ella, que mañana le explico lo del escritorio, que es temporal, que en cuanto su abuela esté un poco mejor lo subimos otra vez. Me lo digo sabiendo que su abuela no va a estar mejor.

La lucecita sigue verde. Cierro los ojos. Y lo último que pienso, antes de dormirme, lo pienso entero y sin quitarle nada: he traído a mi madre a esta casa para cuidarla hasta el final, y una parte de mí ya está contando cuánto va a durar el final. Uno, dos, tres. Me duermo.

2

El día tiene una forma y la forma es una lista. Me despierto a las siete menos cuarto, antes que ella, para tener hechas mis cosas cuando empiecen las suyas. Me ducho en seis minutos. Bajo, pongo la cafetera, saco del cajón el cuaderno y lo abro por la página de hoy, que preparé anoche con la fecha y las horas ya escritas, las casillas vacías esperando. A las siete y media entro en su cuarto con la persiana a medias, que la luz de golpe la marea, y le doy los buenos días como si acabara de llegar y no llevara despierta cuarenta minutos organizando su mañana.

Primero las pastillas. La blanca entera, con agua, sentada del todo, nunca tumbada, que una vez se atragantó y desde entonces cuento hasta que la veo tragar. Media de la amarilla, la otra media en el pastillero para la noche. Las gotas, ocho, en la cuchara, no en el vaso, que en el vaso se quedan pegadas y no le llega la dosis. Lo apunto: pastilla blanca, siete treinta y cinco. Media amarilla, siete treinta y seis. Gotas, siete treinta y ocho. La columna de la derecha es la de lo que ya está hecho. Es una columna que me gusta rellenar. Es, algunos días, lo único que me sale bien.

El aseo lleva su tiempo y su método. La esponja, el agua templada de verdad, no caliente, que la piel se le ha vuelto de papel y se queja del calor aunque tenga frío. La crema en las piernas, en los codos, en la espalda donde no llega. Le peino el poco pelo que le queda con el cepillo de siempre, el de su casa, y ella cierra los ojos y se deja, y en esos minutos es lo más parecido a estar tranquilas que tenemos. Alguna vez, con los ojos cerrados y mi mano en su pelo, dice cosas que de día no diría. Que si se muere quiere el vestido azul, el de la boda de mi prima, que le queda serio. Que no quiere ruido en el entierro, ni llantos, que llorar en público es de gente sin educación. Que la incineren, «que en el nicho de tu padre no cabe una y no os voy a dar el disgusto de comprar otro». Lo dice con una calma que

me deja sin saber qué contestar, así que no contesto: le sigo pasando el cepillo, cuento las pasadas, y apunto en la cabeza, en un cuaderno que no le enseño a nadie, el vestido azul. Luego el desayuno, que es lo más largo. Come poco y despacio. La fruta triturada porque entera se cansa, la tostada en trozos pequeños, el vaso de leche que empieza y no termina. Cada bocado es una negociación. Anoto lo que come, no por manía, sino porque el médico lo pregunta y porque si no lo apunto se me olvida y entonces no sé si hoy ha comido menos que ayer, y saber si come menos que ayer es, ahora mismo, saber cómo va el mundo.

Airear el cuarto mientras la siento en el orejero. Los martes, además, la peso. La subo a la báscula del baño agarrada a mi hombro, espero a que el número se quede quieto y lo apunto en una hoja aparte que llevo solo para eso. El número baja. No mucho cada semana, pero baja, y las flechas hacia abajo que dibujo al lado de cada cifra van formando una escalera que no lleva a ningún sitio bueno. El médico dice que en su situación es lo esperable. Yo asiento, guardo la hoja y no le enseño a ella la escalera de números, para qué. Ella se pesa mirando a la pared, sin bajar la vista al suelo, que es su manera de no pesarse del todo. Cambiar las sábanas dos veces por semana y las veces de en medio que hagan falta. Triturar, cambiar, apuntar, airear. Los verbos de mi día son todos de hacer cosas a otra persona. No me quejo. Elegí esto. Lo elegí yo, en enero, aunque entonces no sabía que estaba eligiendo.

En enero Inés tenía la carta encima de la mesa de la cocina. La habían admitido en el programa de Dublín, un trimestre en un instituto de allí, con una familia, con una beca que cubría casi todo. Llevaba desde octubre preparándolo sin decírmelo del todo, enseñándome los papeles solo cuando ya estaban firmados, que es como me enseña ella las cosas desde hace un tiempo. Estaba contenta de una manera que no le veía hacía meses. Se le notaba en que hablaba más rápido, en que me miraba a los ojos al hablar, cosa que había dejado de hacer.

Y yo le dije que no era el momento.

Se lo dije con toda la ternura del mundo, que eso quiero que quede claro. No le prohibí nada. No soy de las que prohíben. Le dije que su abuela había empezado con los mareos, que el médico estaba haciéndole pruebas, que igual no era nada pero igual era algo, y que una familia es precisamente eso, estar cuando hace falta y no cuando

apetece. Le dije que ya habría otras becas, que Dublín no se iba a mover de sitio, que con dieciséis años se tiene toda la vida por delante y a las madres, en cambio, se las tiene una temporada. Le dije, y me acuerdo de la frase entera porque la elegí antes de decirla, le dije las palabras exactas, sin adornarlas: «porque ahora te necesito aquí».

Y ella me miró un momento, un momento largo, y luego bajó la vista a la carta y dijo vale. Nada más. Vale. Dobló la carta, la guardó en el cajón de las facturas, que es donde guardamos en esta casa las cosas que ya no van a pasar, y no volvió a nombrar Dublín.

Andrés llamó desde Múnich cuando se enteró, que se enteró por Inés y no por mí, y se ofreció a pagar el trimestre entero, el vuelo, la familia, lo que hiciera falta, que para eso, dijo, sí tenía dinero. Le dije que no era cuestión de dinero. Le dije que era cuestión de familia, y que él, a mil quinientos kilómetros, no era el más indicado para hablarme de familia. Colgué con la sensación de haber ganado algo. El verano anterior, Naiara, su amiga, se había ido a un programa parecido y había vuelto en septiembre hablando inglés y contando cosas, y durante semanas Inés había cenado con la cara de quien mira por la ventanilla un tren que ya ha salido. Pensé que se le pasaría. Se le pasó. Desde enero no menciona a Naiara delante de mí, ni Dublín, ni nada que empiece por un billete.

Yo lo tomé por lo que quería que fuera: por comprensión, por generosidad, por una hija que entiende que a veces toca arrimar el hombro. Pensé que la había educado bien. Pensé que teníamos suerte la una de la otra.

Lo cuento ahora, con el cuaderno delante y la casa en silencio, y sigo sin saber decirlo de otra manera que no sea esa. Cancelé la beca de mi hija porque la necesitaba conmigo. Lo hice por amor. Es verdad que lo hice por amor. Lo que no sabía todavía es que hay cosas que una hace por amor y que, vistas desde fuera, desde donde estaba ella al otro lado de la mesa, tienen exactamente la misma forma que una jaula.

Vuelvo al presente porque el presente no espera. Mi madre me llama desde el cuarto, con el timbre nuevo, dos toques cortos, que es su manera de decir «ven sin correr pero ven». Voy. Se ha despertado de la siesta y quiere el orinal y luego la merienda y luego que le lea el periódico, no todo, solo los titulares y las esquelas, que las esquelas las lee con un interés que no le pone a los vivos. Hago las tres cosas

en orden. Apunto la hora de cada una, aunque nadie me lo pida, aunque el médico no pregunte a qué hora hace pis mi madre. Lo apunto porque el cuaderno es lo que me sostiene el día en pie, renglón a renglón, y porque un día, cuando esto termine, quiero poder abrirlo y ver negro sobre blanco todo lo que hice, cada hora, cada gota, cada vez que subí y bajé la escalera, y que no me quepa la menor duda de que estuve. De que estuve hasta el final. De que no me fui.

A la una y media le doy de comer. Hoy toca puré de verduras y pechuga triturada con un poco de caldo para que pase. Le pongo el babero de tela, no el de plástico, que el de plástico dice que es de crío, y le acerco la cuchara y espero. Come tres cucharadas seguidas y a la cuarta cierra los labios y gira la cara despacio, como una niña de dos años, y yo hago lo que se hace con las niñas de dos años: le enseño la cuchara, le digo una más, mamá, una más y ya, y a veces cuela y a veces no. Hoy cuela hasta media ración. Apunto: comida, trece cuarenta, medio plato. En la casilla de al lado no hay nada que apuntar. Si lo hubiera, pondría que dar de comer a mi madre con la misma paciencia con que le di de comer a mi hija es lo más parecido que conozco a cerrar un círculo, y que no todos los círculos que se cierran dan gusto.

Arriba se abre y se cierra la puerta de Inés. Baja, coge algo de la nevera, vuelve a subir. No entra a saludar a su abuela. Pasa por delante de la puerta entornada y sigue de largo, y yo lo veo desde la cocina y no le digo nada, porque decírselo sería empezar una conversación que no sé cómo termina.

—¿Esa es Inés? —pregunta mi madre desde el cuarto.

—Es Inés, sí.

—Dile que baje a darle un beso a su abuela, mujer. Que no muerdo.

Se lo digo. Inés, desde arriba, contesta que ahora, que está con una cosa. El «ahora» de Inés es un ahora que no llega nunca, y las dos lo sabemos, su abuela y yo, cada una desde su cuarto. Le subo el vaso de leche templada a mi madre, le leo cuatro esquelas y dos titulares, le pongo bien la almohada. Cuando salgo, en el pasillo, el escritorio de Inés sigue contra la pared con los libros del curso en el cajón, y encima, esta mañana no estaba, hay una taza vacía. La ha bajado ella, ha desayunado de pie en el pasillo, junto a su escritorio

desterrado, en vez de bajar a la cocina donde habría tenido que pasar por delante de su abuela.

Cojo la taza. La lavo. La guardo. Y apunto en la columna de la izquierda, la de las cosas que tendré que arreglar cuando haya tiempo, una línea más, sin palabras, porque para esa línea todavía no tengo palabras: mi hija ya no baja a la cocina.

3

Hay una cosa que no cuadra y la cuento porque apuntar lo que no cuadra es la única manera que tengo de que deje de darme vueltas. Inés no entra en el cuarto de su abuela. Desde que la trajimos, hace ya tres semanas, mi hija no ha cruzado esa puerta ni una sola vez. Pasa por delante pegada a la pared de enfrente, como si el suelo de ese lado estuviera recién fregado. Le lleva la bandeja hasta el umbral cuando se lo pido y la deja en el suelo, en el umbral, y da media vuelta. Si su abuela la llama, contesta desde el pasillo. Nunca desde dentro.

El otro día se le cayó a mi madre el mando de la tele al suelo, junto a la cama, y me llamó a mí desde el cuarto con el timbre, aunque Inés estaba más cerca, en el pasillo, a dos metros, sentada en su escritorio desterrado. Inés oyó el golpe, oyó a su abuela llamar, y no se movió. Esperó a que bajara yo de arriba a recoger un mando que ella tenía al lado del pie. No es pereza. La pereza no baja la escalera corriendo cuando la que llama soy yo. Es otra cosa, y no sé ponerle nombre, y por no saber ponerle nombre no la apunto en ninguna columna.

Y lo que no cuadra es que antes sí entraba. Antes entraba tanto que fui yo quien la mandó.

En febrero, cuando su abuela todavía vivía en Zurbano pero ya no estaba para vivir sola del todo, monté un horario. Los martes y los jueves, al salir de clase, Inés cogía el metro hasta Chamberí y le hacía compañía un par de horas. Le llevaba la compra de la semana en el carro, le subía el pan, le regaba las plantas del balcón, le ponía el pastillero de los siete días. No era mucho pedir. Es su abuela, y el instituto le queda a dos paradas, y una familia se organiza así, repartiéndose, cada uno lo que puede. Yo no podía ir entre semana por el trabajo. Inés sí.

Al principio protestó, claro. Que si tenía que estudiar, que si había quedado, que por qué siempre ella. Le dije lo de siempre, que la familia es estar cuando hace falta, y funcionó como funcionaba entonces: puso mala cara y fue. Las primeras semanas volvía de mal humor y no soltaba prenda. «¿Qué tal la abuela?» «Bien.» «¿Habéis hablado?» «No.» El repertorio entero de mi hija en aquella época cabía en dos palabras y ninguna era mía.

Y luego, hacia marzo, dejó de protestar. Empezó a ir sin que se lo recordara. Algún jueves se quedaba más de las dos horas y volvía a casa cuando ya había anochecido, y a mis preguntas seguía contestando con monosílabos, pero eran otros monosílabos, más tranquilos, los de quien ha encontrado una rutina y ha dejado de pelearse con ella. Yo lo tomé por lo que quería que fuera, que es mi especialidad: pensé que abuela y nieta habían hecho las paces a su manera, esa manera callada que tienen las dos, tan iguales en lo de no contar nada. Me dio hasta un poco de envidia buena. Yo con mi madre no he tenido nunca esos silencios cómodos. Los míos con ella siempre han estado llenos de cosas sin decir.

Un día le pregunté a Inés qué hacían tantas horas las dos solas. Se encogió de hombros. «Cosas. Le ordeno el costurero. Vemos el concurso. Me cuenta de cuando era joven.» Me costaba imaginarlas: mi madre, que a mí no me ha contado nunca de cuando era joven, desgranándole la vida a una nieta que hasta entonces solo le había dirigido monosílabos. Pero pasaba. Inés volvía a casa con datos que yo no tenía: que mi madre había querido estudiar Farmacia y en su casa no la dejaron, que tuvo un novio antes que mi padre, que de niña le daba de comer a escondidas al perro del portero. Cositas. Las soltaba en la cena como quien deja caer monedas de un bolsillo, sin darles importancia, y yo las recogía del suelo con una avidez que me daba vergüenza, porque eran trozos de mi madre que yo llevaba cuarenta años sin poder sacarle y que a la niña se los daba en dos tardes. Pensé: se han encontrado. Pensé: mira qué bien. No se me ocurrió preguntarme qué le daba la niña a ella a cambio de todo aquello.

Una de esas tardes, subí yo a Zurbano a recoger a Inés porque teníamos médico al día siguiente y quería llevármela ya. Toqué el timbre, me abrió Inés, y en la cocina estaba el hervidor todavía caliente y dos tazas, una vacía y otra a medias en la mesita del salón, junto al sillón de mi madre. Olía a manzanilla. A la nuestra, a la

manzanilla con piel de naranja amarga, que es un olor que reconocería en cualquier parte porque es el olor de mi infancia y de la infancia de mi madre.

—¿Le has hecho tú la manzanilla? —le pregunté a Inés, y no sé por qué me salió con sorpresa, como si fuera raro.

—Me la ha enseñado ella —dijo Inés—. A hacerla como Dios manda.

—Con la naranja.

—Con la piel de la naranja. La amarga. —Y por primera vez en semanas me miró a los ojos al hablar—. Dice que tú se la haces sosa.

Mi madre, desde el sillón, sin abrir apenas la boca, matizó:

—Yo no he dicho sosa. He dicho que la niña tiene mejor mano. Cada una lo suyo, hija. Tú para los números y la niña para esto.

Recogí mis cosas para llevármela y, antes de salir, las miré un momento a las dos. Inés aclaraba las tazas en la cocina con una soltura de estar en su casa, sabiendo en qué balda iba el azucarero, y mi madre la seguía con los ojos desde el sillón con una cara que a mí no me había puesto nunca. Cuando Inés le acercó la rebeca porque en el salón corría el aire, mi madre le cogió la mano un momento, se la retuvo, y le dijo algo bajito que no llegué a oír. Inés no apartó la mano. Se quedó de pie, dejándose sujetar, mirando al suelo. Me pareció el gesto más bonito del mundo. Y pensé, palabra que lo pensé, que ojalá se me fuera mi madre así, de a gusto, rodeada, con la nieta haciéndole la manzanilla y sujetándole la mano. Lo pensé como se piensan las cosas buenas, y guardé la escena para acordarme de ella el día que hiciera falta.

Me reí. Me pareció bonito, quiero que quede claro cómo me pareció entonces: me pareció bonito que mi hija le hiciera a mi madre la manzanilla de mi abuela, las tres generaciones en una taza, la receta bajando de mano en mano por encima de mí como si yo fuera un peldaño que se salta. Ni siquiera me molestó lo del peldaño. Recogí a Inés, le di las gracias a mi madre por enseñarle, y en el coche de vuelta Inés iba callada mirando por la ventanilla, y yo pensé que la tenía a mi lado, sana y salva, y que la había educado para cuidar de los suyos, y que eso, hiciera lo que hiciera con su vida, no me lo quitaba nadie.

Eso fue en marzo. Marzo fue también el mes en que mi madre empeoró más deprisa. Lo recuerdo bien porque las cosas malas también se apuntan: en marzo pasó de arreglárselas sola en Zurbano

a no poder con la compra, a marearse al ponerse de pie, a llamarme de madrugada porque decía que el corazón le iba raro y que tenía el estómago del revés. Yo lo achaqué a lo que había que achacarlo, a que la cosa avanzaba, y en abril las pruebas me dieron la razón con una crueldad que no voy a olvidar. No se me pasó por la cabeza — cómo iba a pasármeme— cruzar dos columnas que en mi cabeza no tenían nada que ver: la de las tardes que Inés pasaba en Zurbano y la de las mañanas en que su abuela amanecía peor. Son dos listas distintas. Yo llevo muchas listas y sé cuáles se cruzan y cuáles no. Esa la tenía clarísima: no se cruzaban.

En abril el médico dijo la palabra que no pienso y todo se aceleró, y en mayo la traje aquí, y aquí Inés no entra en su cuarto.

Vuelvo al presente, que es donde vivo. Esta tarde se lo he preguntado directamente, aprovechando que estábamos las dos en la cocina y su abuela dormía.

—Inés, ¿por qué no entras a ver a la abuela? Le gustaría. Pregunta por ti.

Ha seguido fregando su taza, de espaldas, los hombros muy quietos.

—Ya la veo.

—La ves desde la puerta. No es lo mismo.

—Para ella sí es lo mismo. —Ha cerrado el grifo—. Ya la cuidas tú de sobra. No hace falta que estemos todas encima.

Y se ha subido a su cuarto, con la taza secándose sola en el escurridor, y yo me he quedado con la frase dándome vueltas, porque en la frase había algo que no era pereza y no era vergüenza y no era esa incomodidad que les da a los jóvenes con los enfermos. Había otra cosa. Le he dado vueltas fregando lo que ya estaba fregado, recolocando los vasos por tamaños, que es lo que hago cuando una idea no me cabe: ordeno lo de fuera para no mirar lo de dentro.

Esta noche, después de acostar a mi madre, he subido a llamar a la puerta de Inés. No sé bien a qué. A hablar, supongo, a preguntarle otra vez de otra manera. Me he quedado en el rellano con la mano levantada y no he llamado. Por la rendija de abajo salía la luz y el ruido bajito de un vídeo, y he pensado que si llamaba me abriría con la cara de no enseñar nada y me diría que qué pasa, mamá, y yo no sabría qué contestar, porque no sé qué pregunta es la mía. He bajado sin llamar. En mi mesilla, la lucecita del intercomunicador estaba

verde. En el cuarto de abajo mi madre respiraba despacio. Todo en orden, todo apuntado, todo bajo control. Y sin embargo.

En marzo mi hija subía a Zurbano dos veces por semana y le hacía a su abuela la manzanilla de la familia con sus propias manos. En mayo no es capaz de cruzar el umbral de su cuarto. Entre una cosa y la otra ha pasado algo que yo no vi, porque yo en esas semanas solo miraba a mi madre, solo contaba pastillas y kilos y me decía que lo estaba haciendo bien.

Apunto la pregunta en la columna de la izquierda, la de las cosas sin arreglar, y por primera vez la escribo con palabras enteras, porque de repente sí las tengo, y son estas: ¿qué pasó en Zurbano que yo no vi?

4

Las noches en que Inés cena fuera o cena arriba, mi madre y yo nos quedamos solas, y esas son las horas en que mejor la conozco y peor lo paso. De día hay tareas y las tareas me protegen. De noche solo estamos ella, yo y la cuenta que las dos llevamos sin decirla en voz alta.

Son horas raras. La casa entera se queda quieta, Inés arriba con los cascos, el barrio sin un ruido, y en el cuarto solo se oye la tele sin voz y el reloj de pared que me traje de Zurbano porque ella no se dormía sin oírlo. Tic, tac. En Zurbano estas horas las llenaba el edificio: los vecinos, el ascensor de madera, la Charo del tercero subiendo a jugar a las cartas, el qué dirán haciéndole compañía a mi madre sin que ella tuviera que pedirlo. Aquí no hay qué dirán. Aquí estamos las dos y el reloj. A veces pienso que echa de menos que la vean, que su enfermedad en Zurbano tenía platea y aquí no la tiene, y que la mitad de lo mal que lleva estar mala es que no hay nadie delante para llevarlo con esa dignidad de señora que se le da tan bien cuando hay público.

Hoy le he dado la cena temprano, un poco de pescado desmenuzado y puré, y ahora la tengo en el orejero con la mantita en las piernas y la tele puesta sin voz, que le gusta ver las imágenes y que yo le cuente. Le estoy pintando las uñas de los pies porque me lo ha pedido, «que las tengo abandonadas y una se muere, pero decente». Estoy en el suelo, con su pie en mi regazo y el algodón entre los dedos, haciendo lo que hice a los siete años con mis muñecas y lo que no me dejó hacer nunca con las suyas cuando era pequeña, porque las cosas de mi madre eran de mi madre y no se tocaban.

—Qué manos tienes, hija —dice mirándome desde arriba—. Fíjate, para los números y para esto. Yo no sé de quién las has sacado, porque de mí no.

—De ti, mamá.

—De mí no, que yo era un desastre. —Mueve el pie un milímetro para colocármelo mejor, corrigiéndome sin corregirme—. Tu padre siempre decía: la niña ha salido apañada, menos mal, porque tú y yo, Celia, para lo práctico, un cero. —Se ríe bajito—. Tuve suerte contigo. Otras se buscan una hija para que las cuide y les sale rana. A mí me saliste tú.

Sé lo que hace. Lo sé perfectamente y aun así funciona, que es lo peor de saberlo. Cada elogio es un ladrillo, y con los ladrillos me está levantando despacio una casa alrededor, una casa cómoda, con mi nombre en la puerta, de la que no se puede salir sin hacer ruido. «Tuve suerte contigo» quiere decir «no me falles ahora». «Otras se buscan una hija que les sale rana» quiere decir «acuérdate de lo que serías si te fueras». Le pinto el meñique, que es el más difícil, y no le contesto, porque contestar sería reconocer que he oído la otra frase, la de debajo, y las dos hacemos como que esa frase no existe.

—¿Te acuerdas —dice— de cuando te quedaste sin trabajo, con la niña chica, y yo te estuve pasando un sobre todos los meses sin decírselo a tu padre siquiera?

—Me acuerdo, mamá.

—Claro que te acuerdas. Yo esas cosas no las saco a relucir, que conste. Las hago y ya está. Una madre está para eso. —Me señala con la barbilla el pie que le estoy pintando—. Como tú ahora conmigo. Es la ley de la vida, hija. Hoy por ti, mañana por mí. Lo que se da, vuelve. —Y añade, más bajo, casi para ella—: menos mal que vuelve.

Le pinto el meñique. No digo nada. El sobre de entonces y las uñas de ahora son la misma cosa y las dos lo sabemos, solo que ella lo dice en voz alta envuelto en cariño y yo me lo callo envuelto en algodón.

—El doctor Iriarte me lo dijo el otro día —sigue ella, sin que yo le haya preguntado nada, mirando la tele muda—. En la Belmonte. Me dijo, Celia, usted lo que tiene es una hija de las de antes. Y yo le dije, doctor, no me la gafe. —Un silencio—. Un hombre encantador, el doctor. Tan fino. De los que ya no quedan.

Levanto la vista del pie. El doctor Iriarte. La Belmonte. Los nombres me suenan de los informes, de los papeles que trajo ella misma en una carpeta el mes pasado, pero al doctor no le he puesto cara nunca. Todas las consultas se las ha hecho ella sola, o eso dice, en esa clínica privada suya de toda la vida donde lleva yendo desde

que yo era niña, la Belmonte, adonde iba por sus cosas de señora y adonde nunca me llevó.

La carpeta la trajo ella. Una tarde apareció por casa con una carpeta azul de gomas y me la puso en las manos: «Toma, para que la guardes tú, que yo estas cosas las traspapelo». Dentro estaban los papeles con el membrete de la clínica, las pruebas, los números subrayados a bolígrafo, la firma del doctor al pie, una firma con mucho vuelo. Los leí tres veces aquella noche, sin entender la mitad, buscando en las palabras difíciles una esperanza que no aparecía por ningún lado. No se me ocurrió mirar quién los firmaba, ni desde cuándo ejercía, ni llamar a la clínica a preguntar. ¿Para qué iba a llamar? Los informes son los informes. Te los trae tu madre en una carpeta azul, te dice que los guardes, y tú los guardas y crees en ellos como se cree en las cosas que dan miedo: sin comprobarlas, para no tener que mirarlas dos veces.

—La próxima cita, cuando sea, voy contigo —le digo—. Que no vayas sola, mamá.

—No hace falta, hija.

—Sí hace falta. Quiero hablar con él, con el doctor. Quiero enterarme bien de todo, de mano.

—Que no, mujer, que es un momento, un control y para casa. —Retira el pie, ya con las uñas pintadas, y lo mete bajo la mantita como quien guarda una carta que no quiere enseñar—. Bastante tienes tú aquí conmigo todo el día. No te voy a hacer perder también las mañanas en salas de espera. Ya te cuento yo lo que diga. Para eso estás. Para que yo te lo cuente y tú te quedes tranquila.

Y es verdad que siempre ha sido así. Cuando la operaron de la vesícula, hace quince años, me enteré una semana después, ya en casa, con ella recuperándose tan pancha. «No te quise preocupar», me dijo entonces, orgullosísima de no haberme necesitado. Mi madre ha hecho de no necesitar a nadie el asunto de su vida. Que ahora, de golpe, me necesite para todo, para comer y para lavarse y para pintarse las uñas, es la primera vez en cuarenta y seis años que me deja verla por dentro. Y aun así hay una puerta que no abre: la de la Belmonte. La de su doctor. La de lo suyo de verdad.

Lo dejo. Se pinta una sola raya de duda en algún sitio y la tapo enseguida, porque mi madre siempre ha sido así, celosa de sus cosas, orgullosa de arreglárselas, incapaz de dejar que nadie la vea en camión delante de un médico. Es coherente con ella. Todo lo que

hace es coherente con la madre que conozco. Me digo eso: es coherente. Y sigo recogiendo los algodones.

Hacia las once se queda traspuesta en el sillón, con la boca un poco abierta y la respiración larga. La conozco dormida, sé cómo suena, y suena así. La dejo un rato antes de moverla a la cama, que despertarla de golpe la pone de mal humor toda la noche. Y en ese rato, con ella dormida a un metro, me suena el móvil: es Sonia, que llama para saber cómo va el día, como llama casi siempre a esta hora sabiendo que a esta hora ya puedo hablar.

Contesto bajito, en el sillón de al lado, con la voz metida hacia dentro para no despertarla.

—Fatal no, Sonia. Cansada. Como todos los días. —Escucho—. Que no, que no puedo ir el sábado, cómo voy a ir. ¿Y la dejo con quién? —Escucho—. Ya lo sé. Ya sé que necesito salir. Me lo dices tú, me lo dice el médico de cabecera, me lo dice hasta la de la farmacia. Salir. Como si salir fuera una receta y yo no me la tomara por cabezona. —Me río sin ganas, con la mano en la frente—. Sonia, si yo no quiero salir. Yo lo que quiero es dormir ocho horas seguidas. Una noche entera del tirón, sin la lucecita verde, sin la oreja puesta por si se cae. Eso es lo que quiero. Ni copas ni cine ni nada. Dormir. —Escucho un rato largo, y algo de lo que dice me hace apretar los labios—. Ya. Ya lo sé, Sonia. Que sí. Que un día de estos me organizo. Te dejo, anda, que se me despierta. Un beso, guapa. Y gracias por llamar, de verdad. Eres la única que llama.

Cuelgo. Me quedo con el teléfono en la mano y los ojos cerrados un momento, solo un momento, porque un momento es lo que me puedo permitir. Cuando los abro, mi madre sigue en el orejero, con la boca abierta y la respiración larga, igual que antes. Igual que antes del todo. Solo que ahora tiene la cabeza un poco más ladeada hacia mí, un poco más vuelta hacia este lado, y a lo mejor es que se ha removido en sueños, la gente se remueve, y a lo mejor no es nada.

La despierto con cuidado para llevarla a la cama. Abre los ojos, me mira, tarda un segundo en volver de donde estuviera.

—Ay, hija, me había quedado frita. ¿Has hablado con alguien?

—Con Sonia. Nada, que te manda recuerdos.

—Sonia. Qué maja. —Me da la mano para levantarse—. ¿Y qué le contabas, que te reías?

—Nada, mamá. Cosas.

—Cosas —repite, y se apoya en mí para cruzar el cuarto, pequeñita, del brazo, confiada como un pajarito—. Tú y yo no tenemos secretos, ¿verdad, Marta? Nunca hemos tenido secretos tú y yo.

La meto en la cama, le subo el embozo, le dejo la puerta entornada. Subo. En mi mesilla la lucecita está verde. Me acuesto y hago la lista de mañana, y al final de la lista, sin querer, añado una línea que no es una tarea: preguntar en la Belmonte por el doctor Iriarte. Y debajo, más pequeña, otra que borro enseguida porque no sé de dónde me sale ni qué hago yo pensando estas cosas de mi madre: ¿por qué no quiere que lo conozca?

5

Hay un juego entre mi madre y mi hija del que no conozco las reglas, y llevo semanas mirándolo desde fuera, como quien mira una partida por encima del hombro sin saber a qué juegan.

Lo noto en cosas pequeñas, que son las únicas que sé apuntar. Mi madre llama a Inés «cariño» y a Inés se le tensa algo en la mandíbula, un músculo, medio segundo, y luego contesta con la voz plana de siempre. Mi madre pide que le acerque el agua Inés, teniéndome a mí al lado con el vaso ya en la mano. Mi madre, que no se acuerda de si ha comido, se acuerda con precisión de cronómetro de a qué hora sale Inés del instituto. Y cuando Inés cruza el pasillo por delante de la puerta, mi madre gira la cabeza para seguirla, despacio, hasta que deja de verla. No la llama. Solo la sigue con los ojos, como se sigue una cosa que es tuya para comprobar que sigue estando donde la dejaste.

Una noche la oí por el intercomunicador. Yo ya estaba medio dormida, con la lucecita verde en la mesilla, y de pronto la lucecita se puso naranja, que es lo que hace cuando capta ruido, y oí a mi madre despierta en su cuarto, hablando bajito. No pedía ayuda. No me llamaba. Decía un nombre, el de Inés, una vez y otra, muy flojo, saboreándolo, «Inés, Inés», como quien repasa algo que tiene bien guardado. Bajé descalza pensando que deliraba, que la fiebre, que cualquier cosa. Cuando abrí la puerta estaba con los ojos cerrados y la respiración larga, dormida del todo o haciéndoselo. Volví a subir. La lucecita tardó un rato en pasar de naranja a verde. No lo apunté. Hay cosas que no sé en qué columna van.

Yo lo leo por el lado que sé leer. Pienso: mi madre se ha encariñado de la niña más que de mí, y a la niña le pesa, porque a los diecisiete un enfermo en casa es una condena y una abuela pegajosa es otra. Pienso: están las dos incómodas y yo en medio,

repartiéndome. Es lo que pienso porque es lo que cabe en mi cabeza, que es una cabeza hecha para cuadrar columnas, no para esto.

Esta tarde le toca la manzanilla. La hago yo, como siempre, la bolsita y el agua antes de hervir y la tira de piel de naranja amarga del herbolario, la manzanilla con piel de naranja amarga de mi abuela, y cuando está lista, en la taza buena, en vez de llevársela yo llamo a Inés, que baja a por un vaso de agua.

—Llévasela tú a la abuela, anda.

—Llévasela tú, que para eso la has hecho. —Sigue llenándose el vaso de agua, de espaldas, el grifo abierto.

—¿Por qué no quieres llevarle una manzanilla a tu abuela, Inés?

—Porque tengo que estudiar. —El grifo sigue corriendo—. Porque no.

Cierra el grifo. Se vuelve. Y me mira con una cosa en la cara que tardo en reconocer porque no la espero: no es pereza, no es morro de adolescente. Es algo parecido al miedo, pasado por encima con desgana para que no se note.

—Inés. —Le pongo la taza en las manos, y se la pongo con las dos manos, con cuidado, como me la devuelve a mí mi madre cuando quiere que le cambie algo—. Le hace ilusión que se la lleves tú. Un minuto. No te va a comer.

Coge la taza. No me mira. Se queda un segundo con ella entre las manos, quieta, y por un momento me parece que le tiembla, que el líquido hace un temblor pequeño contra el borde, pero a lo mejor es que la casa vibra cuando pasa el camión de la basura, que pasa a esta hora. Va hacia el cuarto. Yo la sigo con la excusa de recoger la bandeja, y me quedo en el umbral, que es hasta donde llego yo también estos días sin darme cuenta de que he empezado a quedarme en los umbrales.

Inés le da la taza a mi madre. Se la da rápido, soltándola en cuanto mi madre la sujeta, como quien devuelve algo que quema. Mi madre la coge con las dos manos, despacio, y no bebe enseguida. Primero mira a Inés. La mira por encima del borde de la taza, con esos ojos suyos que de vieja se le han vuelto más claros, casi de agua, y sostiene la mirada un rato largo, más de lo que dura una mirada normal entre dos personas que se quieren. Inés no baja los ojos. Se queda de pie, con las manos ya vacías colgando a los lados, mirando a su abuela mirarla, y las dos se dicen algo sin decir nada, un párrafo entero en un idioma que yo no hablo. Le veo la nuca a mi hija desde

el umbral, muy recta, y las manos, que ha cerrado en dos puños pequeños contra los muslos, sin apretar, solo cerrados, como quien aguanta la respiración con las manos. No dura mucho. Nada dura mucho cuando lo miras de verdad. Pero dura lo suficiente para que yo, que no sé leer lo que pasa, sepa al menos que está pasando.

Entonces mi madre bebe. Da un sorbo largo, sin apartar los ojos de mi nieta —de mi hija, quería decir, de mi hija—, y cuando termina se lame el labio de arriba, despacio, y dice:

—Qué buena está. Esta niña tiene una mano que ya la quisieran muchas. —Y luego, más bajo, casi con dulzura—: No se te olvida, ¿eh? Cómo se hace. No se te olvida.

—No —dice Inés.

—Claro que no. Estas cosas no se olvidan. —Otro sorbo, los ojos encima—. Aunque una quiera.

Inés no contesta. Da media vuelta y sale, roza el marco al pasar por donde estoy yo, y sube la escalera de dos en dos, y arriba se cierra su puerta con un cuidado que hace más ruido que un portazo.

Yo recojo la bandeja de ayer, que era mi excusa. Mi madre me sonríe desde la cama con la taza entre las manos, satisfecha, pequeña, una viejecita a la que su nieta le ha traído la manzanilla.

—Es buena chica —me dice—. Regañona, como todas a su edad, pero buena. Tú tuviste suerte con ella, Marta. La educaste bien.

—Ya lo sé, mamá.

—Se nota lo que le enseñaste. —Bebe—. Y lo que le enseñé yo.

Se me queda esa frase pequeña, «lo que le enseñé yo», rebotando por dentro sin encontrar dónde posarse. ¿Qué le ha enseñado mi madre a mi hija en esas tardes de Zurbano, además de la manzanilla? Aparto la pregunta. Tengo cuarenta cosas que hacer antes de la cena y ninguna columna para las preguntas que no sé contestar.

Lo dice sin peso, como se dicen las cosas de las abuelas, y yo lo recojo sin peso, porque a mí las frases me llegan siempre por la cara de arriba, la que se ve, y tardo días o meses en darles la vuelta y encontrarles la de abajo. Le retiro la taza cuando termina, la aclaro, la seco, la guardo. Apunto en el cuaderno: manzanilla, seis y cuarto, se la ha llevado Inés. No sé por qué apunto lo de Inés. No es una toma. No es una dosis. Pero hay algo en cómo ha bebido mi madre esa manzanilla, mirando a mi hija, que me hace querer dejarlo escrito, y yo lo que quiero dejar escrito lo escribo, aunque no sepa todavía para qué.

Antes de febrero mi hija discutía. Daba portazos, contestaba mal, dejaba los platos sin recoger, hacía todas las cosas que se hacen a los diecisiete para avisarte de que existes. Era agotador y era normal y yo, tonta de mí, lo echo de menos. Porque de febrero para acá Inés hace las cosas. Recoge. Contesta con educación. Subía a Zurbano sin que se lo pidiera. Sirve la manzanilla. Se ha vuelto obediente de golpe, y yo, que llevo toda la vida deseando una hija obediente, tendría que estar contenta, y no lo estoy, porque una hija de diecisiete no se vuelve obediente de golpe por nada. Se vuelve obediente cuando tiene miedo, o cuando guarda un secreto, o cuando las dos cosas son la misma. Una madre eso lo huele aunque no sepa nombrarlo. Yo lo olía y lo tapaba, como tapo todo, con la explicación que me dejaba dormir: está madurando, se le ha pasado la edad del pavo, la enfermedad de la abuela la ha hecho sentar la cabeza. Me lo creí. Me creo lo que me deja dormir.

Esa noche, arriba, llamo a la puerta de Inés. Esta vez sí llamo. Me abre con la cara de no enseñar nada, en pijama, el móvil boca abajo en la cama.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada. Ver cómo estás. —Me quedo en la puerta—. La abuela te quiere mucho, ¿sabes? A su manera rara, pero te quiere.

Y entonces Inés hace una cosa que no había hecho nunca. Me mira a los ojos, de frente, y por un segundo se le cae la cara de no enseñar nada, y debajo hay otra cara, una que no le conozco, una cara de mucho más de diecisiete años.

—¿Tú te fías de ella? —me pregunta.

—¿De la abuela? Es mi madre, Inés.

—No te he preguntado eso. —Vuelve a ponerse la cara de siempre, como quien se sube una cremallera—. Da igual. Buenas noches.

Cierra la puerta. Yo me quedo en el pasillo, delante del escritorio desterrado, con la pregunta de mi hija encima como una taza que me han puesto en las manos y no sé dónde dejar. ¿Que si me fío de mi madre.

La pregunta no tiene sentido y por eso no me la quito. Una se fía de su madre igual que se fía del suelo: no es que confíes, es que está ahí y andas encima sin pensarlo. Mi hija me ha preguntado por el suelo. Me ha preguntado si el suelo aguanta. Y lo peor no es la pregunta. Lo peor es que, por un segundo, antes de contestarle lo que le contesté, dudé. Un segundo. Y un segundo de duda sobre tu propia

madre, después de cuarenta y seis años pisándola sin caerte, es una grieta muy fina por la que, si te descuidas, se cuele una casa entera.

Bajo a acostarla. Le doy la última pastilla, le pongo bien la almohada, le dejo la puerta entornada. En mi mesilla, la lucecita verde. Y antes de dormirme, en vez de la lista de mañana, hago otra cosa: repaso la tarde entera, sorbo a sorbo, mirada a mirada, buscando la regla del juego que se me escapa. No la encuentro. Pero por primera vez sé que hay un juego, y que mi hija lleva jugándolo desde febrero, y que va perdiendo.

DOCUMENTO A

CLÍNICA BELMONTE

Consulta privada — Medicina Interna
c/ [Chamartín, Madrid]

INFORME CLÍNICO

Paciente: Celia Valdecasas Riaño

Fecha: 14 de abril

A quien corresponda:

La paciente, a la que conozco desde hace años, acude por cuadro de astenia progresiva, pérdida de peso no buscada y molestias digestivas de meses de evolución. Se trata de una mujer de carácter reservado, poco dada a consultar, que ha preferido llevar su proceso con discreción y en el ámbito privado, deseo que como médico respeto y que dejo aquí por escrito a petición suya.

Valorada la clínica y revisados los estudios de que dispongo, la impresión diagnóstica es la de un proceso neoplásico en fase avanzada, ya no subsidiario de tratamiento con intención curativa. He informado a la paciente, que ha comprendido la situación con una entereza notable y ha manifestado su voluntad expresa de no someterse a más pruebas agresivas ni a ingresos hospitalarios, priorizando su calidad de vida y su permanencia en el domicilio.

En consecuencia, se orienta el caso hacia un enfoque paliativo y sintomático. Se recomienda:

- Control domiciliario, evitando en lo posible traslados e ingresos que la paciente vive con angustia y que a estas alturas poco aportan.
- Medidas de confort y tratamiento del dolor según necesidad, ajustable por la persona cuidadora bajo mi indicación.
- Apoyo de la familia, que la paciente refiere tener garantizado a través de su hija.

Quedo a disposición para lo que la paciente o su familia estimen. Reitero que, por expreso deseo de doña Celia, el seguimiento se llevará desde esta consulta y en su casa, sin necesidad de derivación hospitalaria.

Atentamente,

Dr. J. Iriarte
Clínica Belmonte

6

Mi madre empeora con una puntualidad que, si no fuera mi madre, hasta admiraría. Todo lo que el informe decía que iba a pasar, pasa. Los mareos, el peso, las noches malas, la comida que ya no baja. Va cumpliendo el calendario del papel como quien sigue una receta, y yo tacho síntomas de una lista que no sabía que tenía hasta que empiezan a llegar en orden.

Antes tomaba tres pastillas; ahora toma seis. Antes comía medio plato; ahora, si come, son cuatro cucharadas que a veces se quedan dentro y a veces no. Antes se levantaba sola al baño; ahora hay que levantarla, y pesa menos y cuesta más, que es una de las crueldades de esto: cuanto menos pesan, más cuestan. He aprendido palabras que no quería aprender y he metido en casa aparatos que no quería tener: la cama que sube y baja, el andador, la cuña, la silla del baño. Mi salón parece la trastienda de una ortopedia. Y en medio de todo eso mi madre, cada día más pequeña, cada día más liviana, cada día pesándome más.

La peor es la noche del martes. Se pasa la noche vomitando, poco y muchas veces, ese vómito de bilis que no alivia porque ya no hay nada que echar. Subo y bajo con la palangana, con toallas, con el vaso de agua que devuelve a los dos sorbos, y entre viaje y viaje me siento en el suelo del pasillo, al lado del escritorio de Inés, a esperar la siguiente arcada como se espera un tren que sabes que va a llegar.

En una de esas, a las tres, me agarra la muñeca con una fuerza que no le suponía y me dice, entre arcada y arcada, con la boca amarga: «No dejes que me vean así, Marta. Prométemelo. Así no». Se lo prometo. Se promete cualquier cosa a las tres de la mañana con una palangana en la mano. Vuelve a vomitar, y vuelvo a limpiarle la boca con la toalla, y le aparto el pelo de la cara con la mano libre, que es un gesto que le hice a Inés cien veces cuando era pequeña y le sentaba mal la leche, el mismo gesto exacto, apartar el pelo, sujetar

la frente, esperar. Cuidar a la que te trajo al mundo con las manos con que cuidaste a la que trajiste tú. Nadie te avisa de que las manos hacen lo mismo en las dos direcciones.

A las cinco de la mañana, cuando por fin se queda dormida, bajo a la cocina y me encuentro encima de la mesa los papeles del seguro, que llevan una semana esperando, tres formularios idénticos con casillas que piden lo mismo escrito de tres maneras, y me echo a llorar sobre los formularios, no por mi madre, por los formularios, que es más fácil llorar por un formulario que por una madre.

Llamo a Sonia a las siete, en cuanto veo que es una hora decente para llamar a alguien. Me contesta medio dormida. Le cuento la noche, la palangana, la bilis, y luego le cuento lo de los papeles, que es lo que de verdad me ha roto, tres impresos para autorizar la cama articulada que necesito desde hace un mes.

—No puedo más con el papeleo, Sonia —le digo, con la voz de las siete de la mañana después de una noche así—. Con ella puedo. Con la enfermedad puedo. Pero con la ventanilla no. Necesito que esto termine. Necesito dormir. Necesito que alguien coja estos papeles y los rellene por mí y me deje en paz una semana.

Eso digo. «Necesito que esto termine», con los tres formularios delante y la bilis todavía en las uñas. Sonia me dice que respire, que ella me ayuda con el seguro, que le mande una foto de los impresos. Le doy las gracias, cuelgo, y no vuelvo a pensar en la frase, porque las frases que una dice a las siete de la mañana no se piensan, se sueltan, como se suelta lastre.

Lo que no sé es que en el cuarto de al lado la lucecita del intercomunicador está naranja.

Por la tarde viene una enfermera que manda el seguro para «valorar el domicilio», una chica joven con una carpeta que mira el cuarto, mira a mi madre, me mira a mí. Hace preguntas de su carpeta. Que quién lleva el caso, que en qué hospital, que si tenemos informe del oncólogo para el visado de la cama articulada. Le doy el nombre del doctor Iriarte y el de la clínica, y ella lo apunta, y frunce un poco el ceño, no mucho, lo que se frunce cuando un nombre no te suena de una lista que deberías conocerte de memoria. «¿Belmonte? ¿Privada?», dice. «Privada», digo yo. Apunta. Sigue con lo suyo. Yo no le doy ninguna importancia a ese ceño. Ahora le doy toda.

—No hace falta —digo.

—Señora, con todo el cariño, usted tiene una cara que...

—Que no hace falta. A mi madre la cuido yo. Nadie la va a cuidar como yo.

Y desde la cama, mi madre, que parecía traspuesta, abre un ojo y dice, con esa voz suya de hilo que sabe llegar más lejos que un grito:

—Ni hablar de gente extraña en mi casa. Faltaría más. Que me toquen unas manos que no conozco. Yo con mi hija me apaño. —Y le sonríe a la enfermera con toda la educación del mundo—. Muchas gracias, guapa, pero nos apañamos.

La chica recoge su carpeta. Antes de irse, en la puerta, me deja un folleto y una frase: «Si cambia de idea, llame. Y aunque no cambie, llame». Tiro el folleto al cajón de las facturas, con la carta de Dublín y las demás cosas que en esta casa no van a pasar.

No sé por qué digo que no. Lo pienso después mil veces. Digo que no por orgullo, seguramente, por ese orgullo de cuidadora que confunde agotarse con querer. Digo que no porque, si dejo entrar a alguien, tendría que reconocer que no llego, y no llegar es lo único que no me permito. Y digo que no, sobre todo, porque mi madre dice que no primero, y en esta casa cuando mi madre dice que no, se acabó. Lo que no se me ocurre pensar —cómo va a ocurrírseme— es por qué una mujer que se está muriendo prefiere que no la vea ningún profesional. Lo entiendo como pudor. Como señorío. Como manía de vieja.

Esa misma semana, un jueves, Inés baja a la cocina con la mochila puesta y me pregunta si puede quedarse a dormir en casa de Naiara. El viernes también. Y el sábado.

—¿Tres noches?

—Es que tenemos un trabajo. —No me mira—. Y aquí no puedo estudiar. Con la abuela y eso. Se oye todo.

Se oye todo. Tiene razón. En esta casa se oye todo, hasta la respiración, me lo dijo ella misma el día que probamos el intercomunicador. Le digo que sí, porque qué le voy a decir, que se quede a oír vomitar a su abuela.

En la puerta, con la mochila a la espalda —una mochila demasiado llena para tres noches, pienso, pero no digo nada—, Inés se para. Se queda un segundo de espaldas, con la mano en el pomo, como quien va a decir algo y calcula si vale la pena.

—Mamá.

—¿Qué.

—Nada. —Abre la puerta—. Cuídate tú también. No solo a ella.

Y se va. «Cuídate tú también.» Me quedo con esas cuatro palabras dándome vueltas, tan raras en su boca, tan de persona mayor, y me digo que es cariño, que debajo de tanto monosílabo mi hija me quiere y no sabe decirlo. Puede que sea cariño. También puede que sea un aviso. En mi hija las dos cosas se dicen igual.

En cuanto sale por la puerta llamo a Sonia otra vez, y esta vez no lloro, esta vez hablo bajito, en el cuarto, con mi madre dormida a un metro y la lucecita a saber de qué color.

—Se ha ido a casa de la amiga —le digo—. Tres noches. Y yo me alegro, Sonia, fíjate qué madre, me alegro de que se vaya, porque así es una menos, una boca menos, una persona menos de la que estar pendiente. No puedo cuidar de las dos. No puedo. Elijo a mi madre porque mi madre se muere y mi hija no, pero elegir es elegir, y llevo meses eligiendo a la que se muere y perdiendo a la que se queda.

«No puedo cuidar de las dos.» Eso digo, con mi hija saliendo por la puerta hacia casa de Naiara y mi madre respirando largo en la cama. Lo digo como una madre que se parte en dos y no le llega ninguna de las dos mitades. Sonia me dice lo que dicen las Sonias, que soy muy dura conmigo, que ya habrá tiempo para Inés, que primero lo primero. Cuelgo. Mi madre, en la cama, se remueve, se pone de lado, de cara a mí, y sigue durmiendo. O eso.

Esas tres noches, con Inés en casa de Naiara, la casa se queda de un tamaño raro. Sin los cascotes arriba, sin la puerta que se abre y se cierra, sin los pasos que cruzan por delante del cuarto pegados a la pared de enfrente, solo estamos mi madre y yo y el reloj de Zurbano. Y mi madre, sin la niña delante, se suelta. Habla más. Habla de morirse, pero de refilón, como se habla del tiempo: que ya ha vivido bastante, que no quiere ser una carga, que lo que le queda no es vida sino esperar a que se acabe. Yo se lo quito de la boca como se le quita a un crío una china: no digas eso, mamá, que te tengo que aguantar muchos años. Ella se ríe, me da la razón, y vuelve a la china diez minutos después. No le doy importancia. Los viejos hablan de morirse como hablan de las goteras, para que les hagan caso. Eso creo yo entonces. Que es para que le haga caso.

Y sin embargo, alguna de esas noches, cuando ya la he acostado y subo a oscuras, me paro en el pasillo, a la altura del escritorio de Inés, y me quedo un momento quieta, escuchando la casa. No sé qué escucho. La casa no dice nada. Pero desde que mi madre vive aquí

tengo la sensación tonta de que las paredes están más atentas que antes, de que algo, en algún sitio, toma nota.

Apunto la noche en el cuaderno: vómitos desde las doce, cada media hora, bilis, sin fiebre. Apunto la enfermera: valoración domiciliaria, rechazada. No apunto lo de Inés, ni lo de Sonia, ni lo que digo. Esas cosas no van en el cuaderno. Esas cosas, creo yo entonces, no las oye ni las guarda nadie.

DOCUMENTO B

(Página del cuaderno de Marta. Letra apretada, dos columnas, algunas anotaciones al margen.)

MARTES 8 • JULIO

Peso (martes): 51,4 — flecha abajo ↓

07:35 — pastilla blanca (entera, sentada, ha tragado bien) ✓

07:36 — media amarilla ✓ [la otra media → pastillero noche]

07:38 — 8 gotas (en la cuchara, no en el vaso) ✓

08:10 — desayuno: 3 cucharadas fruta + medio vaso leche (no ha querido tostada) ✓

10:00 — airear cuarto · crema piernas y codos ✓

11:30 — la del dolor (media, la ha pedido ella) ✓

13:40 — comida: medio plato puré, pechuga triturada. Devuelto sobre 14:10 (poco). Anotar.

16:15 — infusión de la tarde ✓

17:00 — la del dolor (entera) ✓

19:30 — cena: caldo + compota. Ha comido mejor.

22:00 — pastilla blanca ✓ · media amarilla ✓ · 8 gotas ✓ · las de dormir ✓

22:20 — bien puesta la almohada · puerta entornada · intercom ON

Noche: 02:40 se ha quejado, le he dado agua. 04:00 dormida. Sin vómitos hoy.

MIÉRCOLES 9 • JULIO

Peso: no (no se ha dejado pesar).

Mañana igual: pastilla blanca ✓ · media amarilla ✓ · 8 gotas ✓

Desayuno: 2 cucharadas fruta. Mal día.

Mediodía: no ha comido nada. La del dolor por la mañana y por la tarde ✓ ✓

Tarde: dormida casi todo.

Noche mala. Vómitos desde las 00:00, cada media hora, bilis, sin fiebre.

Palangana. No he pegado ojo.

He apuntado cada vez la hora por si el médico pregunta. Nadie pregunta. Lo apunto igual.

Al margen, con otra letra, más pequeña:

— llamar seguro x3^a vez (cama)

— naranja amarga (queda poca)

— hablar con Inés (¿cuándo?)

— dormir

Debajo, subrayado dos veces:
Todo hecho. Todo a su hora. Que no se diga.

SEGUNDA PARTE

La muerte perfecta

7

Mi madre me pide que la ayude a morir un jueves, después de comer. No lo dice con esas palabras. Mi madre nunca dice las cosas con esas palabras.

Ha sido una tarde de las normales, si es que queda alguna. Le he dado la comida, medio plato de puré que se queda en un tercio, le he cambiado la funda de la almohada porque suda, he puesto una lavadora, he apuntado las tomas. Fuera hace el calor blanco de julio en Madrid, ese que aplasta, y yo tengo la cabeza en la lista de la tarde: la farmacia, el banco, llamar por tercera vez a lo de la cama.

Es un día sin ninguna señal. Lo he pensado mucho después: no hubo aviso, no se puso el cielo de ninguna manera, no sonó nada por dentro. Fue un jueves de julio como otro cualquiera, con la lavadora centrifugando al fondo, y en mitad de ese jueves cualquiera mi madre decidió pedirme lo que me pidió. Las cosas que te parten la vida en dos llegan casi siempre así, sin música, un jueves, después de comer. Estoy retirando la bandeja cuando me coge de la muñeca, igual que la noche de los vómitos, pero esta vez sin fuerza, solo el gesto, la mano fría encima de la mía sujetándome sin sujetarme.

—Siéntate un momento, hija. Deja eso.

Dejo la bandeja. Me siento en el borde de la cama. Ella tiene los ojos secos y la voz tranquila, la voz de las cosas ya pensadas, no la de las que se ocurren.

—Yo ya he vivido, Marta. He tenido mi vida, mi marido, mi casa, mi hija. No me quejo. Pero esto de ahora no es vivir. Esto es esperar. Y yo nunca he sabido esperar sentada. —Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar, despacio—. Tú eres la única que me quiere de verdad. Los demás me tienen lástima, que es otra cosa. Tú no. Tú me conoces. Y quien te quiere de verdad no te deja sufrir por sufrir, ¿a que no?

—Mamá.

—No me interrumpas, que me cuesta y lo tengo que decir entero. —Otro toque del pulgar—. Yo no le pido esto a cualquiera. Se lo pido a la que me lava, a la que me da de comer con la cuchara, a la que me apunta las horas en su cuadernito. A ti. Porque tú sabrías hacerlo bien. Con cuidado. Sin que me enterara casi. Como haces todo. —Sonríe—. Tú siempre lo haces todo tan bien.

—No sé de qué me hablas —digo, aunque lo sé. Vaya si lo sé.

—Sí lo sabes. —Baja la voz, y en la voz baja se le pone una dulzura que da más miedo que un grito—. Lo he pensado mucho, ¿sabes? De noche, cuando no duermo. He pensado hasta cómo. Sería fácil. Con lo que ya me das para el dolor, un poco más, y ya está. Yo me duermo y no me despierto, y tú dices que me fui en paz, que además es la verdad, porque me iría en paz. Nadie tendría por qué saber nada. Entre tú y yo. Como todo lo nuestro. —Me aprieta la mano—. Piénsalo. No me contestes ahora. Solo piénsalo.

No digo nada. Ahí está la caricia y ahí está el filo, los dos en la misma frase, como siempre, y por primera vez en mi vida no me molesto en darles la vuelta para encontrar la cara de abajo, porque la cara de abajo está arriba, a la vista, encima de la mesa: mi madre me está pidiendo que la mate y me lo está pidiendo como quien reparte un elogio.

Me levanto. Recojo la bandeja porque las manos tienen que hacer algo. Voy a la cocina, friego el plato que ya está limpio, lo seco, lo guardo, y cuando vuelvo he decidido lo que decide una hija decente, que es no.

—No, mamá.

—Marta...

—Que no. Ni se te ocurra volver a pedírmelo. —Me tiembla la voz y la bajo, que es lo que hago, bajarla cuando tiembla—. Yo te cuido. Te cuido hasta el final, el final que sea, cuando sea. Pero yo no... eso no. Eso no me lo pidas, porque me lo estás pidiendo a mí y yo soy la que se queda después.

Se me queda mirando. No llora, no insiste, no me riñe. Solo me mira con una pena antigua, como se mira a quien todavía no entiende algo que va a entender tarde y mal, y dice, bajito: «Bueno. Bueno, hija.» Y ese «bueno» me duele más que si me hubiera gritado, porque el «bueno» de mi madre no ha querido decir nunca que se rinde. Quiere decir que espera.

Le pongo bien la almohada. Le doy la pastilla de la tarde con medio vaso de agua, cuento las ocho gotas de una en una como cada día, apago la lámpara. Ella se deja hacer, dócil, pequeña, con esa docilidad nueva que me desarma más que cualquier exigencia. Cuando le cuidas el cuerpo a alguien todos los días, el cuerpo deja de tener secretos y la persona se te vuelve casi transparente. Yo le conozco a mi madre cada lunar, cada hueso que se le marca más cada semana. Lo que no conozco, lo que no he sabido leer nunca, es lo que hay detrás de esos ojos de agua cuando me mira desde la almohada y me da las gracias por la pastilla.

Y entonces, porque la quiero, porque la creo enferma y desahuciada y con dolor, porque llevo meses viéndola vomitar bilis a las tres de la mañana, hago lo que creo que es lo correcto. Le ofrezco la única puerta que se me ocurre que no me convierta a mí en su verdugo.

No me acuerdo ni de cómo se llama la ley. La vi en las noticias hace años, con su polémica, sus pancartas a favor y en contra, y me pareció una cosa lejana, de otros, de gente muy enferma en hospitales muy blancos. Nunca pensé que la fuera a nombrar en mi propia casa, sentada en la cama de mi madre. Pero me agarro a ella como a un clavo, porque es el clavo que nos saca a las dos de aquel sitio: a ella del dolor, a mí de la culpa.

—Mira. Si de verdad, de verdad, no puedes más... hay una forma. Una forma legal. Lo de la ley esa nueva, lo de poder pedir ayuda para morir cuando uno está muy malo y no hay nada que hacer. Con médicos. Con garantías. Se pide, lo estudian, y si de verdad estás como estás, te ayudan ellos, bien, sin dolor, y nadie tiene que cargar con nada a solas. Yo te acompaño a pedirlo. Yo te llevo. Estoy contigo en cada paso. Pero que lo hagan ellos, mamá. Que sea legal. Que sea limpio.

Lo digo de corazón. Todavía hoy, con todo lo que sé ahora, sé que aquella tarde lo dije de corazón, y que es la cosa más sensata y más buena que se me ocurre en toda esta historia. Le estoy ofreciendo a mi madre una muerte digna, con médicos delante, dentro de la ley.

Se le cambia la cara. No mucho. A mi madre nunca se le cambia mucho la cara. Pero algo se le cierra detrás de los ojos, una persiana, y cuando habla ya no hay caricia ninguna, solo el filo, por una vez el filo solo.

—¿Un comité? —dice—. ¿Que venga un tribunal de médicos a mirarme por dentro, a preguntarme, a decidir ellos si yo puedo morirme o no? ¿A revisarme los papeles uno por uno? Ni hablar. Morirme con un comité delante, ni hablar. Yo no me muero por expediente, Marta. Yo me muero en mi cama, con mi hija, como Dios manda. Faltaría más.

—Pero, mamá, es lo legal, es lo que te protege, es lo que me protege a mí...

—He dicho que no. —Y vuelve la cabeza hacia la ventana, cerrando la conversación como las cierra ella, con el cuerpo—. No me hables más de comités. Qué poco me conoces, si crees que yo me voy a poner a estas alturas en manos de un tribunal de desconocidos.

Lo dejo. Claro que lo dejo. Lo entiendo como lo entiendo todo: como orgullo, como señorío, como la manía de una mujer que nunca dejó que nadie de fuera decidiera nada por ella y que no va a permitir que un comité le organice ni la muerte. Me parece hasta coherente. Me parece tan de mi madre que casi me enternece.

No se me ocurre —cómo va a ocurrírseme— la única pregunta que lo explica todo: por qué una mujer que se está muriendo, que suplica morir, que me lo pide a mí con esa dulzura, rechaza de plano la única vía en la que unos médicos tendrían que abrir su historia, mirar sus informes, confirmar su enfermedad antes de nada. Por qué prefiere que la mate su hija, a oscuras, sin papeles, antes que morir a la luz, con garantías, delante de un tribunal que verificaría.

Esa pregunta tardaré meses en hacérmela.

Esa noche no duermo. Subo, me acuesto, miro la lucecita verde de la mesilla y le doy vueltas a la tarde entera, palabra por palabra, como se las doy a las cuentas que no cuadran. Me repito mi «no» hasta gastarlo. Me digo que es firme, que es decente, que una hija no hace eso, que faltaría más.

Pienso en mi padre, que murió en un hospital, de noche, en esos veinte minutos en que mi madre y yo habíamos bajado a la cafetería porque llevábamos catorce horas sin sentarnos. Cuando subimos ya se había ido, solo, con el ruido de la tele de la habitación de al lado colándose por el tabique. Mi madre no lloró. Dijo una sola cosa, en el pasillo, delante del médico: «Lo dejé solo. Bajé a por un café y lo dejé solo.» No se lo perdonó nunca. Yo tampoco me lo perdoné, y me hice entonces una promesa de cría tonta que llevo cumpliendo a rajatabla toda la vida: a los míos no los deja morir solos nadie, a los míos los

acompañó yo hasta el último minuto. Puede que ahí, en aquel pasillo de hospital, empezara todo esto sin yo saberlo. Puede que lleve treinta años entrenándome para no bajar nunca a por el café.

Y por debajo del «no», muy abajo, en un sitio del que aparto los ojos enseguida, hay otra cosa que no me dejo pensar del todo, una cosa pequeña y cobarde y con forma de pregunta: cuánto más. Cuánto más de esto. Cuántas noches más de palangana, cuántos platos más que ya están limpios, cuántas listas. La aparto. La tapo, como tapo todo. Pero ya sé, esta noche, con la lucecita verde vigilándome ahora a mí, que mi madre y yo hemos empezado una conversación que no se acaba con un «no». Solo la hemos aplazado.

8

Después de aquel jueves, mi madre se dedica a pedírmelo de todas las maneras que hay de pedir una cosa, y son muchas.

No me lo vuelve a pedir con palabras. Ha aprendido enseguida que con palabras yo digo que no, y mi madre no repite una jugada que ha perdido. Cambia de tablero. Empieza una campaña tan lenta y tan bien hecha que tardo semanas en darme cuenta de que es una campaña, porque está montada con los materiales de siempre, los del cariño, y el cariño no levanta sospechas.

Yo, que me paso la vida cuadrando columnas, tardo en ver el dibujo porque el dibujo está hecho a propósito para no verse. No es un día bueno y un día malo, que eso se nota. Son tres días buenos, y al cuarto, cuando ya he bajado la guardia y me he confiado, el filo. Nunca cuando lo espero. Siempre cuando ya no. Así vivo, con el corazón encogido esperando un día del filo sin saber cuál va a ser, dándole las gracias por los días buenos como se las da un perro al que pegan de vez en cuando y no acaba de entender por qué.

Y lo peor es que funciona. Los días buenos me los creo enteros. Los días buenos pienso que a lo mejor exagero, que mi madre es una anciana que sufre y que yo, egoísta, le estoy midiendo el cariño con la regla. Los días buenos me da hasta vergüenza haber dudado de ella. Y esa vergüenza es la cuerda que me tiene atada, porque una no se va de una casa donde, tres de cada cuatro días, le dan las gracias por existir.

Un día es pura dulzura. Me llama «mi niña», me coge la cara con las dos manos, me dice que soy lo mejor que ha hecho en la vida, que qué suerte morirse en manos de una hija así. Me tiene media hora peinándola y contándole cosas y las dos tan a gusto, y salgo de esas tardes reblandecida, dispuesta a lo que sea con tal de que no se acaben.

Y al día siguiente es el filo. Me llama por el nombre entero, Marta, con esa sequedad que me devuelve a los siete años. Encuentra el defecto en todo: la sopa fría, la crema que escuece, la persiana mal puesta. «Cualquiera lo haría mejor que tú, pero como no dejo entrar a nadie, me agunto.» Me mira comer y dice que cómo puedo yo tener hambre. Y lo peor, lo que más me duele: empieza a dejar de comer. No del todo, no siempre. A ratos. Los ratos justos. Aparta el plato con dos dedos, con mucha educación, y dice: «Para qué. Total.» Y yo, que llevo la vida contando lo que come, veo la báscula del martes bajar y bajar y me muero un poco con cada flecha hacia abajo, y ella lo sabe, y por eso lo hace.

Una tarde viene Sonia a verla, por acompañarme un rato, y mi madre se transforma: está encantadora, ingeniosa, coqueta hasta, cuenta anécdotas, se ríe con ganas. Sonia se va diciéndome que qué bien la ve, que qué entera está, que ojalá lleguemos todos así. En cuanto se cierra la puerta, mi madre se apaga como se apaga una bombilla y me dice, sin mirarme, con la vista en la tele muda: «¿Ves qué poco cuesta? Para los de fuera, una función. Para ti, la verdad. Deberías estar orgullosa de ser la única que ve la verdad.» Y no sé si me está haciendo un regalo o quitándome el último sitio donde apoyarme, porque acaba de dejarme sola del todo: la única testigo de su sufrimiento, la única responsable de que siga.

Ternura y filo, filo y ternura. Un día la madre más dulce del mundo y al siguiente la que me recuerda, sin decirlo, que su sufrimiento está en mi mano y que yo elijo prolongarlo. Que cada mañana que la despierto es una mañana más de esto que ella no quiere. Que yo, con mis pastillas y mis gotas y mi cuadernito, no la estoy cuidando: la estoy reteniendo. Me lo mete tan hondo y tan despacio que llego a creérmelo. Llego a mirar mi cuaderno de tomas, mi contabilidad de santa, y a verlo por un momento como lo vería ella: no la prueba de todo lo que hago por mi madre, sino la prueba de todo lo que le estoy haciendo.

El día que peor lo paso es uno de agua. Le estoy lavando la espalda con la esponja, con el agua templada como a ella le gusta, con todo el cuidado del mundo, y de pronto se echa a llorar bajito, y cuando le pregunto qué le pasa me dice: «Que me tengas que lavar tú. Yo, que te lavé a ti de pequeña. Mírame. Mira en qué me has convertido.» En qué la he convertido yo. Como si la vejez y la enfermedad fueran cosa mía, un castigo que le voy administrando

con la esponja. Le sigo lavando la espalda sin decir nada, tragándome eso también, y esa noche apunto en el cuaderno la hora del aseo, como siempre, y al lado, sin querer, se me escapa una palabra que no es una toma ni una dosis: «basta». La tacho enseguida, con dos rayas, como se tacha lo que una no debería haber pensado. Pero la he escrito. Y en mi cuaderno, donde todo lo que se escribe es verdad, ya está.

Para entonces yo ya estoy rota. No es una manera de hablar. Duermo a trozos, como de pie, he perdido peso yo también, tengo la casa hecha una ortopedia y a mi hija en casa de una amiga tres o cuatro noches por semana, porque en la nuestra ya no se puede ni estudiar ni respirar. A Inés la veo de refilón, un beso en el pasillo, un «¿todo bien?», un «sí» que las dos sabemos falso. Se me está yendo. Se me va mi hija de casa a cachitos y no tengo manos para sujetarla, porque las dos manos las tengo ocupadas en sujetar a mi madre.

Una de esas noches coincidimos Inés y yo en la cocina, ella recién llegada de casa de Naiara, yo bajando a por agua. Nos miramos como dos personas que viven en el mismo hotel. Le pregunto por el trabajo del instituto, ese que lleva semanas siendo la excusa, y se queda un segundo en blanco, porque ya ni se acuerda de la mentira. «Bien», dice. Y luego, desde la puerta, con una voz que no le he oído nunca, una voz sin filo, casi de niña pequeña: «Mamá, ¿cuánto le queda a la abuela?» No me lo pregunta con pena. Ni con morbo. Me lo pregunta como se pregunta cuándo termina una condena. Le digo que no se sabe, que estas cosas no se saben. Ella asiente y sube. Y yo me quedo con el vaso de agua en la mano, entendiendo que mi hija y yo, cada una por su lado y sin decírnoslo, estamos las dos esperando lo mismo. Contando lo mismo. Solo que yo todavía no me atrevo a saberlo, y ella hace meses que sí.

Y una noche, al fin, hago lo que en junio había jurado que no haría. Me arrodillo al lado de la cama de mi madre y le suplico que deje entrar a una enfermera.

—Unas horas nada más, mamá. Por las noches. Para las cosas del cuerpo, para el aseo, para que yo pueda dormir cuatro horas seguidas. No una desconocida que te trate mal, no, una buena, yo la elijo, yo la vigilo. Por favor. —Le tengo cogida la mano y se la aprieto, yo a ella por una vez—. Es que necesito descansar. Es que necesito un poco de vida. Es que tengo una hija de diecisiete años que no me ve desde febrero y se me está haciendo mayor sin mí. Quiero recuperar

a mi hija, mamá. Antes de que sea tarde. Solo te pido unas horas para poder ser también su madre, no solo la tuya.

«Quiero recuperar a mi hija.» Se lo digo de rodillas, llorando, suplicándole que acepte una enfermera para poder yo robarle unas horas a su cama y devolvérselas a Inés. Eso quiere decir la frase. Nada más que eso.

Mi madre me deja terminar. Me acaricia el pelo mientras lloro con la cara en su colcha. Y luego, con toda la dulzura, con la mano en mi cabeza como una bendición, me hunde del todo:

—Ay, hija mía. Qué cansada estás. —Un silencio—. Pero gente extraña en mi casa, no. Ya te lo dije. En mi casa, para lo íntimo, mi hija o nadie. ¿Tú me meterías a una desconocida a que me viera desnuda, a que me tocara, a mí, a tu madre? ¿Después de todo? —Me levanta la cara con un dedo bajo la barbilla—. Aguanta un poco más. Ya no va a ser mucho. Tú aguanta, que para las dos ya queda poco. Y a la niña la recuperas después. Después vas a tener todo el tiempo del mundo para la niña.

«Después.» Lo dice así, con dos manos de terciopelo, y yo, arrodillada, con la cara mojada, entiendo por fin lo que llevo semanas sin querer entender: que mi madre no va a dejar entrar a nadie nunca, que no hay enfermera posible, que la única forma de que yo descanse, la única forma de recuperar a mi hija, el único «después» que mi madre me ofrece, empieza con ella muerta.

Y ahí, de rodillas, con la mano de mi madre en el pelo, lo pienso. Por primera vez lo pienso entero, sin abortarlo, sin taparlo, sin la coartada de la piedad. No pienso «ojalá descanse». No pienso «ojalá deje de sufrir». Pienso: quiero que se muera. Quiero que se muera para poder vivir yo. No por ella. Por mí. Quiero que se muera mi madre y estoy dejando de aguantar el peso de quererlo.

Lo pienso, y no me castigo por pensarlo, y no rezo, y no me digo que es un mal pensamiento que se me pasará. Me quedo quieta, con la mejilla en la colcha, oyéndome el pensamiento como quien oye caer una moneda hasta el fondo de un pozo y espera el ruido del agua. Y cuando llega el ruido, no es horror lo que siento. Es alivio. Es el alivio terrible de haber dejado por fin de mentirme sobre lo que quiero.

Me levanto. Le seco a mi madre una lágrima que no sé si es de verdad, le ahueco la almohada, le doy las buenas noches. Subo. La lucecita verde. Y esa noche, por primera vez desde el jueves de la

petición, duermo de un tirón, profundo, sin soñar, el sueño de los que ya han decidido algo aunque todavía no se lo hayan dicho a sí mismos con todas las letras.

9

Cedo un miércoles, aunque no se lo digo a nadie, ni a ella. Una no anuncia estas cosas. Simplemente, un miércoles me despierto y ya no estoy peleando. Llevaba semanas empujando una puerta y el miércoles descubro que la puerta lleva días abierta y que lo único que quedaba a este lado era yo, empujando por costumbre.

No hay una escena. Eso es lo que nadie entiende después, cuando lo cuentan como si hubiera habido un momento, una decisión con mayúsculas, un pacto firmado con sangre. No lo hubo. Hubo un cansancio que fue creciendo hasta ocuparlo todo, y un día el cansancio pesó más que el «no», y el «no» se cayó al suelo sin ruido, y yo seguí andando por encima. Así se toman las decisiones que de verdad importan: no se toman. Se te caen encima, y un día descubres que ya estaban tomadas y que solo faltabas tú en enterarte.

No lo pienso con las palabras que le pondrían después. No pienso «voy a matar a mi madre». Pienso: voy a dejar que se vaya, y voy a ayudarla a que no le duela, porque me lo ha pedido ella, porque está desahuciada, porque la ley que le ofrecí no la quiso y esta es la única que le queda, la mía, la de una hija que no la deja morir sola ni a oscuras ni con miedo. Me lo cuento así. Me lo tengo que contar así para poder respirar. Y en el fondo, muy en el fondo, en el sitio del que aparto los ojos, sé que también lo hago por mí, por poder dormir, por volver a tener a mi hija, por acabar. Pero eso lo tapo. A esas alturas ya soy una experta en taparme.

Los días siguientes son los más raros de mi vida. Por fuera todo sigue igual: las pastillas, las gotas, el cuaderno, la báscula del martes. Por dentro camino por la casa como se camina por una casa que ya has vendido, tocando las cosas de otra manera, sabiendo que pronto nada de esto será lo de ahora. Cuido a mi madre con más ternura que nunca. Le hago los platos que le gustan aunque no los coma, le pinto las uñas, le peino despacio, le cuento las esquelas con voz de radio

antigua. Es una despedida, y las dos lo sabemos, y ninguna lo dice. Nunca la he querido tanto como esas semanas en que me estaba preparando para ayudarla a morir. Nadie me avisó de que eso también fuera posible: querer más a alguien porque ya le estás cavando la salida.

Mi madre lo nota enseguida, claro. A mí me lee como yo leo el cuaderno. No dice nada triunfal, no sonríe, no me da las gracias con palabras. Solo empieza, con una calma de quien tacha cosas de una lista, a dictar.

—El camisón azul, el bueno, no el de diario. Y quiero estar limpia, recién lavada, que no me encuentren hecha un cristo. La ventana un poco abierta, que corra el aire. Y quiero que sea de noche, hija, de madrugada mejor, que es cuando una está más sola con Dios. —Me coge la mano—. Y sin ruido. Que no se entere el vecindario hasta que ya esté. Estas cosas, con dignidad.

Lo dice como quien organiza una comida de Navidad. Yo apunto en la cabeza, que es donde apunto lo que no puede ir en el cuaderno: camisón azul, recién lavada, ventana, madrugada, sin ruido. Mi contabilidad, hasta para esto.

Le pregunto, porque necesito agarrarme a algo práctico, que cuándo. Cuándo quiere. Y ella me mira con una paciencia infinita, como se mira a quien pregunta lo que no toca, y me dice: «Cuando yo te diga, hija. Yo te aviso. Tú ten preparado lo que haga falta y espera a que yo te avise, que esto lo llevo yo.» Y me da una palmadita en la mano, tranquilizándome ella a mí, la que se va a la que se queda. Hasta para morirse manda. Hasta su propia muerte la organiza como organizó siempre las comidas de los domingos: con su lista, con su horario y con la última palabra.

Y entonces pide lo otro. Lo que no esperaba.

—Y la última manzanilla me la hace Inés.

Levanto la cabeza.

—¿Qué?

—Que la última me la prepare la niña. Como en Zurbano. Ella tiene la mano, ya lo sabes. Quiero irme con esa, con la suya, con su manzanilla con piel de naranja amarga bien puesta. —Me aprieta los dedos—. Es lo único que te pido a mayores. Que sea ella la que me la haga. Anda, llámala.

No entiendo por qué, pero qué voy a entender yo a esas alturas. Me parece un capricho de moribunda, sentimental, tierno hasta: la

abuela que quiere irse con la manzanilla de la nieta, las tres generaciones en una taza otra vez. Subo a buscar a Inés, que está en su cuarto, y le digo, con la voz más suave que encuentro, que la abuela está muy malita, que a lo mejor es cuestión de poco, y que le ha pedido una cosa, solo una, que le haga la manzanilla como se la hacía en Zurbano.

Mi hija, que lleva meses sin enseñar nada en la cara, se rompe entera de golpe.

—No. —Se levanta de la cama, retrocede hasta la pared, como si le hubiera pedido que metiera la mano en el fuego—. No, no, esa manzanilla no. Yo no le hago esa manzanilla. No me pidas eso, mamá. No me lo pidas.

—Inés, hija, es solo una manzanilla, es para que la abuela...

—¡Que no! —Y se echa a llorar, pero no como llora una cría, sino con un llanto de persona mayor, hondo, seco al principio y luego con toda el agua del mundo, un llanto que le sale de un sitio donde yo no sabía que guardaba nada—. No pienso hacerle esa manzanilla. Ni esa ni ninguna más. Nunca más. ¿Me oyes? Nunca más le hago yo una manzanilla a la abuela.

—Inés, mi vida, ¿qué te pasa? Que no es más que una manzanilla...

—No lo es. —Me mira con los ojos rojos, y por un segundo hay en su cara algo que no sé leer, algo que se parece al pánico y también a la vergüenza—. Tú no lo sabes. Tú no sabes lo que es esa manzanilla. —Y se traga lo que iba a decir, se lo traga entero, como lleva meses tragándose todo—. Da igual. No lo entenderías.

Me quedo en la puerta sin entender nada, viendo llorar a mi hija contra la pared como no la veía llorar desde niña, y lo único que se me ocurre pensar, tonta de mí, es que la pobre no soporta la idea de que su abuela se muera, que es demasiado para diecisiete años, que la he protegido mal. La abrazo. Se deja abrazar rígida, temblando, y me dice al oído, muy bajo, una cosa que tardaré meses en entender: «Que se la haga ella sola. Que se lo haga todo ella sola. Yo ya hice bastante.»

Yo ya hice bastante. Lo guardo sin abrir, como se guarda una carta que da miedo, en el cajón de las cosas que en esta casa no se miran dos veces.

Bajo y le digo a mi madre que Inés no está bien, que déjala, que ya se la hago yo la manzanilla. Y mi madre, que llevaba un minuto

escuchándolo todo por el hueco de la escalera con esa oreja suya que llega a todas partes, me dice, sin una sombra de sorpresa, como quien ya contaba con eso:

—Déjalo. No hace falta manzanilla. —Y luego, dulcísima—: Pobre niña. Está muy sensible. Mándala unos días con su amiga, con Naiara, que no tiene por qué pasar por esto una cría. Que se vaya esta misma tarde. Ya se despedirá de su abuela cuando todo haya pasado, desde lejos, que es más fácil. Protégela tú, que para eso eres su madre.

Y yo, agradecida de que su abuela piense en protegerla, hago la maleta de Inés con mis propias manos y la mando a casa de Naiara esa misma tarde, sacándola de su casa, de mi lado, de la escena, sin saber que estoy despejando el escenario que otra ha montado.

En la puerta, con la maleta hecha, Inés se para otra vez, como se paró aquella noche con la mochila. Pero esta vez se vuelve. Me mira. Y me dice, muy seria, con una calma que me hiela sin que yo sepa por qué: «Mamá, no le hagas caso a la abuela. En nada. ¿Me lo prometes?» Le digo que sí, para que se quede tranquila, sin entender qué le tengo que prometer. Ella asiente, como si supiera de sobra que le miento, y se va. La veo alejarse por la acera con la maleta a rastras, pequeña, y siento el alivio de tenerla lejos y a salvo, y no se me ocurre —cómo va a ocurrírseme— que la única persona a salvo esta semana en esta familia es la que se aleja con la maleta.

La casa, sin Inés y con mi madre esperando en su cuarto el aviso que dará cuando quiera, se queda de un silencio que no había tenido nunca. Ando por ella de puntillas, como si ya hubiera un muerto, aunque todavía no lo hay. Preparo lo que hay que preparar sin nombrarlo ni en mi cabeza. Lo dejo todo a mano, como me ha pedido. Y espero. Esperar la muerte de alguien a quien vas a ayudar a morir, en la cantidad y a la hora que esa persona te diga, es una espera que no tiene nombre en ningún idioma, y yo, que vivo de ponerles nombre a las horas, me paso esos días sin saber cómo llamar a las mías.

Esa noche llamo a Sonia. Es la última vez que hablo con ella antes de todo, aunque no lo sé. Estoy agotada de una manera nueva, la de quien ha decidido algo grande y solo espera el momento, y me sale, entre otras muchas cosas de cansada, la frase que me hundirá.

—Ya no puede ser mucho, Sonia. Semanas no. Y te voy a decir una cosa horrible y tú no me juzgues: cuando no esté podré vivir. Ya está.

Lo he dicho. Cuando ella no esté yo voy a poder volver a dormir, a ver a mi hija, a ser una persona otra vez. Y me da un asco de mí misma pensarlo, pero lo pienso, porque llevo medio año sin vivir y una también tiene derecho, ¿no?, una también.

«Cuando no esté podré vivir.» Se lo digo a mi mejor amiga, llorando de cansancio, hablando de una madre a la que creo desahuciada. Sonia me dice que no me machaque, que es lo más normal del mundo, que cualquiera. Colgamos. En el cuarto de abajo, mi madre respira largo en la oscuridad, con el camisón azul ya preparado en la silla, y la lucecita del intercomunicador, esta noche, quién sabe de qué color.

10

Mi madre me avisa la madrugada del seis de agosto. No con el timbre. Con la voz, bajito, por el intercomunicador, un «Marta» sin urgencia, como quien llama para que le acerquen el agua. Bajo. Está despierta, incorporada en la almohada, con el camisón azul que le puse anoche recién lavado, y la ventana ya la he dejado un dedo abierta como quería. Son las cinco y media. Fuera todavía es de noche.

—Ahora, hija —dice—. Que estoy lista. Y quiero verte la cara, no la espalda. Ponte aquí.

Antes de nada hago los últimos retoques, los que ella va marcando desde la almohada con un hilo de voz. Le lavo la cara y las manos con la esponja y el agua templada. Le peino el poco pelo que le queda con el cepillo de su casa. Le pongo el rosario entre los dedos, ahora, me dice, no antes, ahora. Abro un dedo más la ventana. Todo con el cuidado con que se prepara a una niña para una fiesta, y ella lo va aprobando con la cabeza, satisfecha, dirigiendo su propio velatorio desde antes de estar muerta.

Me pongo aquí. Me siento en el borde de la cama, de cara a ella, y le doy lo que me pide. No voy a contar cómo. No porque me dé vergüenza, que a estas alturas la vergüenza es lo de menos, sino porque el cómo no le importa a nadie más que a mí y ya lo llevo yo por dentro cada minuto del día. Basta con decir que le doy más de lo que llevo meses dándole, de lo suyo, de lo del dolor, en la cantidad que ella me dice, ni una gota más ni una menos, porque hasta en eso me guía, hasta en eso lleva ella la voz cantante. Lo hago con las manos firmes. Me tiemblan las manos para las cosas pequeñas, para servir una manzanilla, y para esto no me tiemblan. Nunca lo he sabido explicar. Las manos, cuando de verdad hace falta, se te quedan quietas.

Esa noche no hay manzanilla. Lo pienso mucho después, cuando cuento las cosas que hubo y las que no hubo: no hay manzanilla esa noche. La única noche que habría tenido sentido que la hubiera, no la hay. Se muere sin ella. A lo mejor porque Inés no está para hacerla. A lo mejor por otra cosa. Entonces no le doy importancia. Entonces solo hay una taza de agua en la mesilla y mi madre y yo.

Tarda poco. Se va despacio, sin susto, cogiéndome la mano, mirándome a la cara como pidió. En algún momento me dice «gracias, hija», y no sé si es lo último que dice o si dice algo más que ya no oigo, porque la voz se le va haciendo agua. Se duerme. La respiración se le hace larga, larga, más larga, y entre una y la siguiente hay cada vez más silencio, y en uno de esos silencios ya no viene la siguiente. No hay un momento. Como con las decisiones que importan, tampoco con esto hay un momento exacto: hay un antes en que respira y un después en que llevas un rato mirándola respirar y te das cuenta de que llevas ese rato mirando a alguien que ya no respira.

Miro el reloj. Son las seis y diez. Lo apunto. No en el cuaderno, que el cuaderno es de las tomas y esto ya no es una toma. Lo apunto en mí. Seis y diez. Es lo único que soy capaz de hacer durante un rato largo: saber la hora. La contable que hay en mí sigue trabajando cuando todo lo demás se ha parado. Seis y diez de la mañana. Mi madre. Ya está.

No lloro enseguida. Eso también es cosa mía: primero ordeno, luego siento, siempre en ese orden. Recojo el vaso de agua. Aliso la colcha. Le coloco bien el rosario, que se le ha escurrido de entre los dedos. Apago la lamparita, que ya no hace falta. Hago la habitación como se hace una habitación por la mañana, como llevo tres meses haciéndola, y solo cuando ya está todo en su sitio, cuando ya no queda ninguna tarea entre el mundo y yo, me siento en la silla donde estuvo el camión azul y me echo a llorar. Lloro de una manera que no sabía que existía, sin ruido, para dentro, como llora la gente que ha aprendido a no molestar ni siquiera cuando se le muere la madre.

Me quedo con ella hasta que empieza a entrar luz por la ventana que ella quería abierta. Le suelto la mano, que se ha quedado fría por el lado de fuera y templada por el de dentro, por donde yo la tenía cogida. Le peino un poco el pelo. Le subo el embozo. Está serena. Está, y esto es lo que no le puedo contar a nadie sin que me miren mal, casi agradecida, con una cara de descanso que no le veía hacía

un año. Le he dado lo que me pidió. Cumplí. Por una vez en la vida hice exactamente lo que mi madre me pidió que hiciera, y me quedo mirándola con una paz espantosa, la paz del deber cumplido, sin saber todavía que acabo de firmar, con mis manos quietas, la peor página de mi cuaderno.

Cuando por fin llamo, no llamo a nadie de los míos. Llamo al número de emergencias, porque no sé qué otra cosa se hace. Viene una médica de guardia joven, con una mochila y cara de sueño, que no es la nuestra, que no había visto a mi madre en su vida. Es amable. Me da el pésame. Y luego empieza a preguntar, y con cada pregunta yo entiendo un poco menos lo que está pasando.

Que quién llevaba a mi madre. Que en qué hospital estaba en seguimiento. Que quién es su oncólogo, que si tengo un teléfono para localizarlo a esta hora, un informe reciente, la historia clínica. Le doy la carpeta azul. Le doy el informe del doctor Iriarte, con su membrete de la Belmonte y su firma con vuelo. La médica lo lee de pie, despacio, y frunce el ceño igual que lo frunció la enfermera aquella tarde, solo que la médica no lo deja pasar. Me pregunta por el hospital donde le hicieron las pruebas. No hay hospital. Me pregunta por el teléfono del doctor. No lo tengo; siempre lo llamaba mi madre. Intenta localizar la clínica: a esa hora no contesta nadie, y el nombre del médico no le figura por ningún lado.

—No es que dude de usted, señora —me dice, y creo que es verdad que no duda—. Es que yo no puedo firmar un certificado de defunción por una enfermedad que no consigo confirmar. No hay historia, no hay médico que me lo diga, no puedo verificar la causa. Y si no puedo certificar la causa, la ley me obliga a dar parte al juzgado. Es el procedimiento. Lo siento muchísimo.

Le digo que mi madre tenía cáncer, que está en el informe, que ahí está la firma. Le digo que la he cuidado seis meses, que tengo un cuaderno con todas las tomas, hora por hora, que se lo enseño. La médica me mira con una pena de verdad y me dice que no lo duda, que seguro que la he cuidado como nadie, pero que ella no puede poner su firma bajo una causa que ningún sistema le confirma, que su firma no vale para lo que yo siento sino para lo que ella puede comprobar, y que no puede comprobar nada. Que lo entienda. Que no es contra mí. Que es la ley.

Y yo lo entiendo tan poco que ni siquiera me asusto. Me parece un enredo, una mala suerte, un papel que faltaba. Pienso: menudo

engorro, con lo que ella odiaba los líos. No pienso lo que tendría que pensar, que es la pregunta de por qué mi madre, tan ordenada para todo, se muere sin dejar un solo papel que sirva.

El procedimiento. Yo, que le puse a mi madre el camisón azul para que no la encontraran hecha un cristo, que le abrí la ventana, que le organicé una muerte sin ruido y con dignidad tal como ella la quiso, veo cómo esa madrugada se llena de gente y de ruido. Vienen dos del juzgado. Viene la comitiva. Precintan cosas. Me hablan de un levantamiento, de una autopsia, de que no me preocupe, que es rutina cuando una muerte no se puede certificar.

Alguien me pregunta si puede pasar al cuarto. Alguien saca fotos. Alguien me pide que no toque nada, a mí, en mi casa, al lado de mi madre. Se encienden todas las luces que ella quería apagadas. Se abre de par en par la puerta de la calle que ella quería cerrada, y por el hueco empiezan a asomarse las primeras batas de los vecinos, atraídos por los coches y el trájín, con esa cara de pena y de curiosidad que se les pone, y yo pienso, absurdamente, lo primero cuerdo que pienso en horas: qué disgusto para ella, tanta gente, tanto ruido, con lo que ella quería irse en silencio. Y es verdad que es un disgusto. Lo que no sé todavía es que el disgusto lo montó ella. Se llevan a mi madre de su cama, del camisón azul, envuelta, por la puerta por la que entró hace tres meses en un furgón de mudanzas, y yo me quedo de pie en el pasillo, delante del escritorio de Inés, viendo cómo la casa que ella quiso silenciosa se llena de desconocidos que toman nota de todo.

En algún momento de esa mañana llamo a Inés a casa de Naiara para decírselo. Le digo que la abuela se ha ido, en paz, dormida, sin dolor. Al otro lado hay un silencio largo, larguísimo, y luego mi hija dice una sola cosa, con una voz plana que me hiela: «¿Ya está?» No «cómo», no «cuándo», no un llanto. «¿Ya está?», como quien pregunta si por fin ha terminado algo que llevaba mucho tiempo esperando que terminara. Le digo que sí, que ya está. Cuelga sin decir más. Y yo me quedo con ese «¿ya está?» sumándose a la lista de cosas de mi hija que no sé en qué columna archivar.

No entiendo nada. Creo que es burocracia, mala suerte, papeleo, lo de siempre. No se me ocurre —cómo va a ocurrírseme— que mi madre lo quería exactamente así. Que la única forma de que su muerte acabara en un juzgado, con una autopsia, con todo el mundo mirando, era que su médico no existiera. Y que eso, el agujero por el

que se cuele toda esta gente, no es un descuido. Es la última cosa que organizó, con su lista y su horario y su última palabra.

DOCUMENTO C

(Extracto del acta de levantamiento y diligencias iniciales.)

JUZGADO DE INSTRUCCIÓN Nº ____ DE MADRID

En funciones de guardia

ACTA DE LEVANTAMIENTO DE CADÁVER Y DILIGENCIAS

En Madrid, a seis de agosto, siendo las 09:40 horas, constituida la comisión judicial en el domicilio sito en el barrio de Sanchinarro, se procede a la práctica de las siguientes diligencias en relación con el fallecimiento de CELIA VALDECASAS RIAÑO, de 77 años de edad.

PRIMERO. — Consta que el facultativo del servicio de urgencias personado con anterioridad no ha expedido certificado de defunción, al no poder determinar ni confirmar la causa de la muerte por ausencia de historia clínica y de médico responsable del seguimiento localizable. En cumplimiento de lo dispuesto en la legislación procesal, se da parte a este Juzgado y se acuerda el levantamiento.

SEGUNDO. — Practicada inspección ocular, el cadáver se halla en el dormitorio de la planta baja, en la cama, sin signos externos de violencia apreciables a simple vista. La estancia se encuentra ordenada. No se aprecian indicios de intervención de terceros en el momento del examen.

TERCERO. — La hija de la fallecida, con quien esta convivía y que le prestaba los cuidados, aporta documentación consistente en: informe clínico privado con membrete de la Clínica Belmonte, suscrito por un tal Dr. Iriarte, en el que se refiere un proceso neoplásico en fase avanzada; y un cuaderno manuscrito con anotación detallada de la administración de medicación. Se reseñan y se unen a las actuaciones. No consta, a esta hora, historia hospitalaria que respalde el diagnóstico ni ha sido posible contactar con el facultativo firmante.

CUARTO. — Dada la imposibilidad de certificar la causa de la muerte, y de conformidad con lo previsto en la Ley de Enjuiciamiento Criminal, se acuerda la práctica de AUTOPSIA por el médico forense, a fin de determinar la causa y el mecanismo del fallecimiento, con toma de muestras para los análisis que procedan.

QUINTO. — Se dispone la retirada del cadáver y su traslado al Instituto de Medicina Legal. Practíquense cuantas diligencias resulten procedentes.

Y para que conste, se extiende la presente acta, que firman los intervinientes.

TERCERA PARTE

La hija acusada

11

A mi madre no la puedo enterrar todavía, y una casa con un duelo que no puede empezar es una casa parada, con los relojes dando la hora a nadie.

Se la han llevado al Instituto de Medicina Legal y ahí sigue, mientras a mí me dicen que espere, que hay que hacer «unas pruebas», que en cuanto estén me la entregan y ya podré disponer. Disponer. Esa es la palabra que usan. Yo no quiero disponer de mi madre, yo quiero enterrarla con su camisón azul, incinerarla como pidió, echar sus cenizas donde ella quería, cumplir la última lista. Pero no puedo. Mi madre, que lo organizó todo, que dejó dicho hasta el vestido, está en un cajón refrigerado esperando a que un desconocido con bata averigüe de qué se murió, y yo tengo el camisón azul lavado y planchado en un armario, sin nadie a quien ponérselo.

Los primeros días no sé qué hacer con las horas. Toda mi vida de los últimos seis meses estaba hecha de tareas: las pastillas, las comidas, el aseo, el cuaderno. De pronto no hay ninguna. Me levanto a las siete menos cuarto por costumbre, bajo, y me quedo de pie en la cocina sin saber para qué he bajado, con las manos vacías, mirando la cafetera. El cuerpo sigue queriendo cuidar y no hay a quién. Es entonces cuando entiendo una cosa fea que no le he dicho a nadie: que además de la pena, debajo de la pena, hay otra cosa, y la otra cosa es alivio. Alivio de que se acabó. Se me ha muerto mi madre y una parte de mí, la más honda, la que llevaba medio año sin dormir, ha respirado. No me lo perdono. Pero no por eso deja de ser verdad. Las dos cosas caben en el mismo pecho: la echo de menos con toda el alma y descanso de ella con todo el cuerpo.

La casa está intervenida a medias, que es la peor de las medidas. No la han precintado entera, pero han precintado cosas: el cuarto de mi madre unos días, algún cajón, se han llevado la carpeta azul y el

cuaderno de tomas, mi cuaderno, mi contabilidad de seis meses, en una bolsa con una etiqueta. Me quedé sin cuaderno y me sentí desnuda, como si me hubieran quitado la piel donde apunto quién soy. Ando por mi propia casa pidiendo permiso con la mirada, sin saber qué puedo tocar y qué no, y por las noches me despierto con la sensación de que las paredes, que ya me parecían atentas cuando ella vivía, ahora directamente me miran.

Sin el cuaderno me pierdo. Intento reconstruir de memoria lo que me llevaron, las fechas, las tomas, y no puedo, y me angustia no poder, porque el cuaderno era mi manera de saber que había hecho las cosas bien. Ahora esa prueba de que lo hice todo bien la tiene otro, en una bolsa con una etiqueta, y no sé para qué la quiere. Me digo que para nada, que es rutina, que me lo devolverán. Me lo digo mucho. Me lo digo demasiado, y cuando una se dice una cosa demasiadas veces es que por debajo ya ha dejado de creérsela.

Vienen los de siempre a dar el pésame, pero es un pésame incómodo, a medio hacer, porque no hay tanatorio, no hay misa, no hay nada que hacer con las manos ni con el cuerpo, y la gente no sabe cómo se da el pésame por un muerto que todavía no se puede enterrar. Sonia viene, me abraza, se queda un rato, y noto por primera vez en ella una cosa nueva, una prudencia, una manera de elegir las palabras que antes no elegía. Me pregunta, con mucho cuidado, qué ha pasado exactamente, y yo se lo cuento, que se fue en paz, dormida, sin dolor, y ella asiente y me aprieta la mano y no dice lo que las dos oímos que no dice.

Cuando se va, en la puerta, me abraza más fuerte y más largo de lo que me ha abrazado nunca, y me dice al oído «cualquier cosa, lo que sea, de día o de noche, me llamas». Se lo agradezco. Y solo cuando ya ha bajado en el ascensor caigo en que un abrazo así, tan fuerte, tan largo, no es solo un abrazo de pena. Es también un abrazo de despedida, por si acaso. Como si Sonia ya intuyera que a lo mejor, dentro de poco, no va a poder abrazarme tan tranquila. La gente ha empezado a preguntar por qué el forense. Yo contesto lo que me dijo la médica, lo del papeleo, lo de que no había historia, y lo cuento tantas veces que hasta a mí me empieza a sonar raro en mi propia boca.

Y empiezan las llamadas. La del seguro, que necesita el certificado de defunción para no sé qué, y yo no tengo certificado, y tengo que explicar por qué no lo tengo. La del banco. La de la parroquia, que

quiere fecha para la misa y yo no puedo darle fecha. Y las de la familia lejana, los primos, la gente que aparece con la muerte, que preguntan con voz de pena y oreja de curiosos: pero ¿qué ha pasado, Marta?, ¿cómo que autopsia?, ¿a Celia?, ¿por qué? Yo repito mi explicación como un padrenuestro y noto cómo, al otro lado, no acaba de encajarles. «Autopsia» es una palabra que ensucia. En cuanto la dices, en la cabeza del que la oye ya no eres la hija que cuidó a su madre seis meses. Eres otra cosa que todavía no tiene nombre, pero que ya huele.

Inés vuelve de casa de Naiara al día siguiente de todo. Vuelve y se instala en un silencio que no es el suyo de siempre. El de siempre era un silencio con filo, un silencio que te dejaba fuera a propósito. Este es otro. Este es un silencio de dentro, un silencio de estar tapiada. No llora a su abuela. No dice de ella ni una palabra, ni buena ni mala. Sube su escritorio del pasillo a su cuarto sin pedir permiso, lo primero que hace, recuperar su sitio, y se encierra, y cuando bajo a llamarla a comer me abre con la cara de no enseñar nada llevada al extremo, una cara que ya no es que no enseñe nada, es que está clausurada.

Yo lo entiendo como lo entiendo todo, mal. Pienso: la niña está en shock. Se le ha muerto la abuela con la que pasó tantas tardes, la abuela que le enseñó la manzanilla, y encima con este circo del forense, y es demasiado para diecisiete años, y se ha metido para dentro. Pienso que tengo que darle tiempo, espacio, que ya hablará cuando pueda. La dejo. Le subo la comida a la puerta, como le subía la bandeja a su abuela, y me doy cuenta, con un frío que no me explico, de que he empezado a dejarle la comida en el umbral a mi hija igual que se la dejaba a mi madre, y de que en esta casa las mujeres nos hemos ido quedando cada una detrás de una puerta.

Las pocas veces que baja, comemos en silencio, frente a frente, dos mujeres de luto sin luto, porque tampoco hay negro que llevar mientras no haya muerte oficial que enterrar. Le pregunto cosas pequeñas, del instituto, de Naiara, del tiempo, y ella contesta con monosílabos o no contesta. Pero no es el desprecio de antes. Es que le cuesta hablar como si le costara respirar, como si cada palabra tuviera que pasar por delante de otra que no dice y esa otra le tapara la garganta. Un día, fregando los dos platos, le rozo el brazo sin querer y da un respingo, se aparta, y enseguida se disculpa, avergonzada de haberse apartado de su propia madre. Y yo pienso:

cómo la ha marcado esto, cómo le ha pegado la muerte de la abuela. No pienso lo otro. Nunca pienso lo otro a tiempo.

Lo más raro es que espero la autopsia casi con ganas. Suena horrible querer que abran a tu madre, pero yo la espero como se espera un veredicto que va a absolverte, porque me digo: en cuanto salga el informe, en cuanto un forense escriba negro sobre blanco que mi madre tenía lo que tenía, que estaba desahuciada, se acaba el circo. Me devuelven el cuerpo, la entierro como pidió, y toda esta gente que ha empezado a mirarme raro tendrá que tragarse la mirada. La autopsia es mi coartada, pienso. La autopsia va a demostrar que yo solo acompañé a morir a una mujer que se moría. Cuento los días para que llegue. Ninguna de las listas que he hecho en mi vida ha estado tan equivocada como esa cuenta.

Una noche la oigo. No con el intercomunicador, que ese se lo llevaron con lo demás, sino con la oreja de madre, esa que no se apaga nunca. La oigo llorar en su cuarto, muy bajo, para dentro, con el mismo llanto sin ruido con que lloré yo al lado del cuerpo de mi madre, el llanto de las que hemos aprendido a no molestar. Subo. Me quedo en su puerta con la mano levantada, como tantas veces, y esta vez sí llamo, y le pregunto si puedo pasar, y desde dentro, con una voz rota, mi hija me dice que no. Que no entre. Que se le pasa.

—Inés, cariño, sea lo que sea, yo estoy aquí. Puedes contarme lo que sea. Lo que sea, ¿me oyes?

Silencio. Y luego, al otro lado de la puerta, tan bajo que casi no lo oigo, mi hija me pregunta una cosa que me huela sin que yo entienda todavía por qué:

—Mamá, ¿y si lo que hice es imperdonable?

Me río, tonta de mí, con esa risa de madre que quita hierro. Le digo que qué va a haber hecho ella, que no diga bobadas, que no habrá hecho nada que una madre no perdone, que a los diecisiete todo parece el fin del mundo y no lo es. Le digo que lo que sea que la tenga así, seguro que no es para tanto. Y le digo, para rematar, la frase que más me va a pesar de todas las que he dicho en mi vida: que una madre lo perdona todo, que no hay nada, absolutamente nada, que una hija pueda hacer que su madre no perdone. Se lo digo con la boca llena de amor y la cabeza vacía de datos, que es la peor manera que hay de prometer algo.

No me contesta. Y yo bajo la escalera creyendo que he consolado a mi hija por una tontería de adolescente, cuando lo que acabo de

hacer, sin saberlo, es prometerle mi perdón a ciegas, antes de saber por qué me lo pide. Esa promesa también la voy a tener que pagar. En esta familia todas las promesas se pagan.

12

La citación llega en un sobre con membrete oficial, y yo, que llevo toda la vida rellenando papeles ajenos en la correduría, no entiendo ni una línea del papel que de verdad me va a cambiar la vida. Se me piden datos, se me cita, se mencionan diligencias, un artículo con número, unas siglas. Lo leo tres veces. Entiendo que tengo que ir a un sitio un día a una hora. No entiendo, porque no me dejo entender, que ese papel dice que ya no soy la hija que cuidó a su madre. Dice que soy una persona sobre la que se investiga algo.

Lo primero que hago con el papel, y lo cuento porque retrata quién soy, es archivarlo. Lo meto en una funda de plástico, en una carpeta nueva, con la fecha apuntada en una pestaña. Ante el papel que dice que me investigan, mi reacción es ordenarlo bien, como si tenerlo bien archivado fuera a hacerlo menos cierto. Llevo toda la vida creyendo que si una lo apunta todo, si lo tiene todo en orden y a su hora, no le puede pasar nada malo. Es la fe de las mujeres como yo. Y es mentira. Se puede tener todo apuntado, hora por hora, gota por gota, y que precisamente eso, el orden, sea la soga.

Se lo enseño a Sonia, que se ha quedado a comer, y veo cómo le cambia la cara al leerlo. Sonia sí entiende de esto más que yo, o entiende más deprisa el peligro, que es lo que se me da mal a mí.

—Marta, esto es en serio. Esto no es el papeleo del seguro. Tú necesitas un abogado. Ya.

—¿Un abogado? —Me río, la primera risa en días, una risa mala—. ¿Para qué quiero yo un abogado? Si no he hecho nada. Si lo único que hice fue cuidar a mi madre hasta el final. En cuanto salga la autopsia esto se arregla solo.

—Marta. —Me coge las dos manos por encima de la mesa—. Precisamente. Un abogado. Hazme caso por una vez en tu vida.

Y hay algo en cómo me lo dice, en cómo me aprieta las manos, que me asusta más que la propia citación, porque Sonia me conoce

de toda la vida y no se asusta por nada, y ahora está asustada por mí. Esa noche, cuando se va, me quedo sola en la cocina con el sobre en la mano y por primera vez lo pienso claro, sin taparlo: puede que esto no se arregle solo. Puede que haya hecho algo que el mundo, ahí fuera, en las oficinas y en los juzgados, no llame «ayudar a morir». Aparto la idea, como aparto todas. Pero ya ha entrado. Ya está dentro, ocupando sitio.

Me da un nombre. Una penalista, Berta Zamorano, que llevó lo de no sé quién, alguien de la oficina de Sonia. No quiero. Buscar abogado es admitir que hay un problema, y yo todavía vivo en el mundo en el que no lo hay, en el que la autopsia es mi amiga. Pero llamo, porque Sonia se queda mirándome hasta que llamo, y tres días después estoy sentada delante de Berta Zamorano en un despacho sin una sola foto, sin una planta, sin nada personal, solo carpetas y una ventana con vistas a otra ventana.

Berta Zamorano es una mujer de mi edad, quizá algo mayor, con una manera de mirar que no juzga y no consuela, que solo calcula. No me da el pésame. Es lo primero que noto y lo agradezco sin saber que lo agradezco: es la primera persona en semanas que no me pone cara de pena. Me escucha contarle todo, y yo se lo cuento todo, atropelladamente, la enfermedad, los cuidados, la petición, mi negativa, la ley que le ofrecí, cómo cedí al final, la madrugada, el camisón azul, la médica que no firmó. Se lo cuento como quien se confiesa, con alivio hasta, porque llevo semanas sin poder contárselo a nadie con todas las letras.

A mitad de contarle me oigo. Le estoy hablando de la muerte de mi madre con el orgullo tonto de quien cumplió bien un encargo, con esa vocecita de «lo hice todo como ella quería, el camisón, la ventana, el rosario, la hora que pidió», y me callo de golpe, avergonzada, porque veo en la cara de Berta lo que esa vocecita suena desde fuera. Suena a alguien que sabía perfectamente lo que hacía. Suena a premeditación. Y yo, que lo hice por amor, por cansancio, por rendición, no por cálculo, entiendo por primera vez que el amor y el cálculo, contados con las mismas palabras, no se distinguen. Que mi cuaderno, que para mí es la prueba de todo lo que quise a mi madre, es, palabra por palabra, la prueba de una frialdad de cirujana.

Ella escucha sin apuntar apenas. Cuando termino, se queda un momento callada, mirándome por encima de unas gafas que se ha bajado a mitad de mi relato.

Antes de decirme nada, me hace repetir cosas. Vuelve atrás. «¿Quién más sabía que su madre le había pedido morir?» Nadie, le digo. «¿Segura? ¿No lo comentó con nadie, no lo escribió, no lo dijo por teléfono?» Y ahí, por primera vez, me da un vuelco pequeño, porque me acuerdo de Sonia, de las llamadas de todas aquellas noches en que le conté a mi mejor amiga lo agotada que estaba, y de las cosas que le dije, cosas de cansada, cosas que a una amiga se le dicen y ya. «Con mi amiga, por teléfono, alguna cosa, a lo mejor», le digo. Berta apunta eso. Es de las pocas cosas que apunta. No entiendo todavía por qué le interesa tanto lo que yo haya podido decir por teléfono, en mi casa, creyéndome sola. Lo entenderé.

Luego me dice:

—Voy a serle muy clara, porque no la voy a ayudar si le doy esperanzas que no tiene. ¿Me permite ser clara?

—Sí.

—Usted acaba de contarme, con detalle y con testigos, que administró a su madre una sustancia hasta causarle la muerte, a petición de ella, fuera de todo cauce legal. Eso, se llame como se llame por dentro, por fuera tiene un nombre en el Código Penal. Y lo que va a decir esa autopsia que usted espera como una liberación no lo sabemos ninguna de las dos todavía. Así que hasta que lo sepamos, usted va a hacer una cosa que se le va a dar fatal, pero la va a hacer igual, porque le va la vida: va a callarse.

—Pero si yo no tengo nada que ocultar...

—Ya. Todos mis clientes que acaban peor son los que no tenían nada que ocultar. —Se sube las gafas—. Los culpables saben callar. Son los inocentes los que hablan y hablan y se ahorcan solitos con su propia sinceridad, porque creen que la verdad los protege. La verdad no protege a nadie, señora Soto. A nadie. Lo único que la protege a usted ahora mismo soy yo, y el silencio.

Me pone las reglas como quien enseña a cruzar una calle a un niño. No hablar con nadie de lo ocurrido: ni con vecinos, ni con la familia, ni con su amiga Sonia, con nadie, y menos por teléfono. No explicar. No justificarse. No contestar preguntas sin ella delante. No firmar nada. No tocar nada que se hayan dejado sin llevarse. Y algo que me revuelve por dentro: no dar por hecho que la autopsia va a decir lo que yo creo que va a decir.

Cada regla que me pone es una regla contra mi naturaleza. Yo soy explicación. Soy la que apunta, la que aclara, la que deja constancia,

la que quiere que conste. Callarme es pedirme que deje de ser yo. Se lo digo, medio en broma, buscando que se ablande: que ella no sabe lo que me pide, que yo no sé estar callada, que toda mi vida ha sido dar cuentas. Y Berta, sin sonreír, me contesta: «Ya lo sé. Por eso se lo repito tanto. La gente como usted es la que más fácil se lo pone al fiscal.»

Le pregunto, y es una pregunta de tonta pero se la hago, qué pasa si la autopsia confirma el cáncer, si entonces se acaba todo. Y ella, paciente, como quien le explica a un niño por décima vez que dos y dos son cuatro, me dice: «Si la autopsia confirma la enfermedad y confirma que usted solo adelantó unas horas un final que iba a llegar igual, su situación mejora mucho, no le voy a mentir. Pero ni siquiera entonces está usted a salvo, porque lo hizo fuera de la ley, sin comité, sin garantías, usted sola con sus manos. Y si la autopsia no confirma la enfermedad...» Deja la frase sin terminar. No hace falta que la termine. Las frases que de verdad dan miedo son las que la gente no termina.

—¿Por qué no iba a decirlo? —le pregunto—. Mi madre tenía cáncer. Está en el informe.

Berta Zamorano me mira un rato largo, y por primera vez en toda la reunión hay algo en su cara que no es cálculo. Es casi pena, pero una pena profesional, la del que ha visto esto otras veces.

—Señora Soto, en veinte años de oficio he aprendido una cosa: cuando alguien organiza su propia muerte tan bien como me acaba de describir usted que la organizó su madre, no suele dejarse un cabo suelto por casualidad. Que no haya un solo médico que confirme esa enfermedad puede ser mala suerte. —Cierra la carpeta—. O puede ser lo único que a su madre le salió exactamente como quería. Espere a la autopsia. Y hasta entonces, por lo que más quiera, cállese.

Antes de irme le pregunto lo que me lleva pesando toda la reunión. Le pregunto por mi hija. Si a Inés la van a llamar, si va a tener que declarar, si puedo protegerla de todo esto. Y Berta me mira con una atención nueva, como si acabara de decir algo importante sin querer. «¿Su hija estaba en casa esa noche?» No, le digo; la mandé a casa de una amiga, la sacó de allí su propia abuela, para que una cría no pasara por esto. «Ah», dice Berta. Y apunta también eso. «Qué previsora, su madre.» Lo dice sin ninguna entonación, sin levantar la vista del papel, pero se me queda dentro, esa frase, «qué

previsora su madre», dándome vueltas todo el camino de vuelta a casa, sin que yo sepa aún de qué me tendría que estar avisando.

Salgo del despacho a una tarde de septiembre que sigue siendo verano, con la gente en las terrazas, la vida normal pasando por la calle como si nada, y por primera vez desde la madrugada del seis de agosto no me preocupa lo que dirá la autopsia porque tenga que salir mal. Me preocupa porque, por primera vez, alguien que sabe de esto me ha mirado a los ojos y no me ha dicho que voy a estar bien.

13

El informe que iba a salvarme cabe en una frase, y la frase es que mi madre no tenía nada.

Me lo dice Berta en su despacho, un martes de finales de septiembre, con el informe encima de la mesa dentro de una carpeta que no me deja tocar. Yo entro contenta, o lo más parecido a contenta que sé estar en estos días, porque llevo semanas esperando este papel como se espera el perdón. Vengo dispuesta a oír que mi madre estaba desahuciada, que lo que hice fue adelantar unas horas lo inevitable, que se acabó el circo. Vengo, tonta de mí, a que me devuelvan a mi madre para poder enterrarla por fin con su camisón azul.

Traigo hasta una lista, en la cabeza, de las cosas que voy a poder hacer en cuanto esto se aclare: recoger el cuerpo, el crematorio, las cenizas donde ella dijo, avisar a la familia, volver al trabajo, tener otra vez a mi hija en casa. Tengo la lista preparada, como preparo todas. Llevo toda la vida creyendo que en cuanto llega el papel correcto todo se ordena. Estoy a punto de aprender que hay papeles que desordenan para siempre.

Berta no me hace sentarme despacio ni me ofrece agua. Va directa, que es su manera de ser piadosa.

—Marta, la autopsia no ha encontrado cáncer.

La miro sin entenderla. Le pido que lo repita, porque las palabras han entrado pero no han hecho sentido, como cuando lees un renglón cinco veces y no lo agarras.

—Que no había cáncer. Ni neoplasia, ni tumor, ni metástasis, ni rastro de haberlo tenido nunca, ni nada que se le parezca. Su madre no se estaba muriendo de cáncer, señora Soto. Su madre no tenía cáncer. Nunca lo tuvo.

Hay un silencio en el que oigo el reloj de la pared, el tráfico de la calle, mi propia sangre. Y en ese silencio se me cae el suelo. No es

una manera de hablar. Es exactamente eso: la sensación física de que el suelo que pisaba desde hace medio año, el suelo firme de «cuido a mi madre que se muere», deja de estar debajo de mis pies y me quedo cayendo por un hueco que no sé dónde termina.

—Eso es imposible —digo, y me oigo la voz rara, de otra—. Yo la he visto. La he visto vomitar bilis a las tres de la mañana. La he visto quedarse en los huesos. La he pesado, Berta, cada martes, tengo las cifras, bajaba y bajaba. Le salían los síntomas del informe uno por uno, en orden. Eso no se finge. Eso no se lo inventa una vieja para... —Y ahí me paro, porque no sé cómo termina la frase. Para qué. Para qué se lo iba a inventar mi madre.

—No digo que lo fingiera todo. —Berta abre por fin la carpeta, pero no me la enseña; lee ella—. Digo lo que dice el informe. Y el informe dice dos cosas, y las dos son malas para usted, así que escúcheme bien. La primera es que no había enfermedad que justificara nada. La segunda es la causa de la muerte. —Levanta la vista—. Su madre murió de una sobredosis de la medicación que usted le administraba. Eso ya lo sabíamos las dos, aunque no lo dijéramos con estas palabras. Ahora está escrito.

—Yo le di lo que ella me pidió, para que no sufriera, porque creía que...

—Ya sé lo que usted creía. El problema es que lo que usted creía no existía. Usted mató, y esa es la palabra que va a usar el fiscal, a una mujer que, según este papel, no se estaba muriendo de nada. Se da cuenta de lo que eso cambia, ¿verdad? No ayudó a morir a una enferma terminal. Le dio una sobredosis a una persona a la que no le constaba enfermedad ninguna. Ya no hay un final que usted adelantara. Solo hay una muerte que usted causó.

Me quedo sin aire. Toda mi defensa, la única que tenía, la que me repetía por las noches para poder dormir —yo solo ayudé a morir a una enferma que sufría—, se acaba de deshacer en una frase, y no queda nada de ella. No adelanté ningún final. No acompañé a ninguna moribunda. Le di una sobredosis a mi madre, y ya está. Lo demás, el cáncer, el desahucio, la piedad, era el decorado, y el decorado se lo acaban de llevar, y detrás del decorado no hay más que esto: yo, con mis manos quietas, dándole a mi madre en la boca lo que la mató.

Me tengo que agarrar a los brazos de la silla. Pienso, absurdamente, en el camisón azul planchado en el armario. Pienso

en las noches de palangana. Pienso en los seis meses de mi vida, en mi hija mandada a casa de Naiara, en todo lo que dejé de ser para cuidar a una moribunda que no se moría. Y por debajo del horror empieza a moverse otra cosa, despacio, como se mueve el agua debajo del hielo: si mi madre no tenía cáncer, entonces alguien me hizo creer que sí. Alguien escribió ese informe. Alguien rechazó al comité que lo habría descubierto. Alguien se murió sin dejar un solo médico que pudiera contradecir el papel. Y esos síntomas que yo vi con mis ojos, que no me inventé, que están en mi cuaderno con su hora y su fecha, si no eran de cáncer, ¿de qué eran? ¿Qué le pasaba a mi madre de verdad, si lo que la mataba no era lo que decía el papel?

No lo pienso entero. No puedo. Es demasiado grande y estoy cayendo todavía. Pero la pregunta ya ha entrado, y es una pregunta que no se va a ir nunca más: si mi madre me engañó con su propia enfermedad, ¿qué más me engañó?

—Hay algo más —dice Berta, y baja la voz, y es lo único en toda la reunión que dice bajando la voz—. En el informe hay una tercera cosa. Unos hallazgos que el forense no sabe explicar del todo con la sobredosis. Algo compatible con que a su madre le hubieran estado dando otra cosa, antes, durante un tiempo. Han pedido una ampliación. No sé qué va a salir. Pero le adelanto una cosa: si sale lo que me temo, esto se pone mucho peor, porque va a parecer que usted no solo la mató, sino que llevaba meses preparándolo. Que le fabricó la enfermedad para tener excusa.

—¿Otra cosa? —consigo decir—. ¿Qué otra cosa?

—No lo sé todavía. Algo que le estuvieron dando durante semanas, meses quizá, antes de la sobredosis. Algo que explicaría esos síntomas que usted vio y anotó, esos que le salían en orden. —Me mira fijo—. Piénselo bien antes de contestar, porque de esto depende mucho. ¿Usted le dio a su madre algo más, aparte de la medicación pautada? ¿Algún preparado, alguna hierba, algo, en esos meses?

—No —digo, y es verdad, y por primera vez en toda la reunión mi «no» es de piedra—. Nunca. Yo lo apuntaba todo. Todo lo que entraba en ese cuerpo pasaba antes por mi cuaderno.

—Ya. Pues alguien le dio algo que no está en su cuaderno.

Y en esa frase de Berta, «alguien le dio algo que no está en su cuaderno», se me enciende por dentro una luz pequeña y espantosa, porque si no fui yo, y no se lo dio ella sola, en mi casa y en la de

Zurbano no había nadie más. Nadie. Solo una persona más entraba y salía de aquellos cuartos, una persona que se sabía la manzanilla de memoria. Y tiene diecisiete años y está ahora mismo bajo mi mismo techo.

Yo la oigo desde el fondo del hueco por el que voy cayendo. Y lo único que soy capaz de decir, con un hilo de voz, no es una defensa, ni una pregunta legal, ni un «qué va a ser de mí». Es lo único verdadero que me queda:

—Entonces la maté por nada.

Berta no me contesta. Y en su silencio, que es un silencio profesional, entrenado, de mujer que ha oído muchas cosas en muchos despachos, hay sin embargo algo que no me había mostrado hasta hoy, y que tardo un segundo en reconocer porque no lo esperaba de ella. Es lástima. Por primera vez, Berta Zamorano me mira con lástima. Y descubro que la lástima de Berta me da más miedo que todo lo que me ha dicho antes.

Salgo a la calle y Madrid sigue ahí, con su septiembre, con su gente en las terrazas, y yo no reconozco nada. He salido de ese despacho siendo otra. Hasta esta mañana era una hija que había hecho algo terrible por amor. Ahora no sé qué soy, porque no sé ni lo que hice, porque no sé lo que de verdad pasó en mi casa. Camino sin rumbo un rato largo, y me sorprendo haciendo lo único que sé hacer cuando el mundo se descuadra: repasar. Empiezo a repasar como se repasa una columna que no cuadra, buscando el error. La beca de Dublín, «porque ahora te necesito aquí». El informe con su membrete bonito y sus cifras que nunca vi de cerca. El médico al que solo llamaba ella. El comité que rechazó de plano, «morirme con un comité delante, ni hablar», cuando un comité habría abierto su historia y habría visto lo mismo que ha visto la autopsia: que no había nada. La manzanilla que solo tomaba de ciertas manos. «Qué previsor, su madre.» Repaso, y a cada paso una pieza que yo había leído de una manera se da la vuelta y me enseña la cara de abajo, y la cara de abajo es siempre la misma, siempre la misma mujer, organizándolo todo desde la almohada con su lista y su horario y su última palabra.

Cuando llego a casa, Inés está en la cocina. Levanta la vista. Y por primera vez desde el seis de agosto la miro yo a ella de otra manera, sin querer, sin poder evitarlo: le busco algo en la cara, porque acabo de caer en que en esta casa hubo, además de una enferma que no lo

estaba y una hija que la mató, una tercera persona, la que se pasó todas aquellas tardes de martes y jueves a solas con la abuela en Zurbano, preparándole la manzanilla. Inés me sostiene la mirada un segundo, dos, y luego baja los ojos al plato. No me dice nada. Yo tampoco, porque todavía no me atrevo ni a formular la pregunta, ni siquiera dentro de mi cabeza, donde no la oye nadie. Pero esa noche, por primera vez, cierro con pestillo la puerta de mi cuarto. Y no sabría decir de quién me estoy encerrando.

DOCUMENTO D

(Extracto del informe de autopsia. Instituto de Medicina Legal.)

INSTITUTO DE MEDICINA LEGAL Y CIENCIAS FORENSES DE MADRID INFORME DE AUTOPSIA — EXTRACTO DE CONCLUSIONES

Diligencias previas núm. ____/____

Finada: CELIA VALDECASAS RIAÑO, 77 años.

Practicada autopsia por orden judicial, se emiten las siguientes conclusiones, sin perjuicio de la ampliación pendiente.

I. EXAMEN GENERAL. — El estudio macroscópico y microscópico de órganos y tejidos NO revela la existencia de proceso neoplásico ni tumoral de ningún tipo, ni activo ni residual, en ninguna localización. No se hallan signos de enfermedad oncológica actual ni de antecedente de la misma. No consta patología orgánica que, por sí sola, justifique el fallecimiento.

II. ESTUDIO TOXICOLÓGICO. — Se detecta una concentración de la medicación analgésica y sedante de uso paliativo muy por encima del margen terapéutico, en cuantía compatible con una administración aguda excesiva. Los hallazgos son coherentes con una intoxicación aguda por dicha medicación como episodio final.

III. HALLAZGO ADICIONAL. — Con independencia de lo anterior, se observan alteraciones orgánicas y analíticas compatibles con la exposición o administración CRÓNICA y reiterada de una sustancia tóxica no identificada en el presente estudio, de fecha anterior al episodio final. Su naturaleza, vía y cuantificación quedan PENDIENTES DE AMPLIACIÓN TOXICOLÓGICA [PENDIENTE-TOX]. Estas alteraciones son compatibles con parte de la sintomatología referida en vida de la finada.

IV. CONCLUSIÓN. — Se establece como causa fundamental de la muerte la INTOXICACIÓN AGUDA por la medicación de uso paliativo (sobredosis). No se identifica enfermedad natural que explique el fallecimiento. La concurrencia del hallazgo del apartado III y la ausencia de patología neoplásica que respalde el diagnóstico manejado en vida deberán ser valoradas por la autoridad judicial a los efectos que procedan.

La etiología médico-legal se informa como NO NATURAL, quedando su calificación a criterio de la instrucción.

Se remite el presente extracto, quedando el informe completo y la ampliación toxicológica a disposición del Juzgado.

14

La inspectora Barral tiene una manera de no acusarte que acusa más que si te gritara.

Me cita en una sala pequeña, sin ventanas, con una mesa, cuatro sillas y una cámara en una esquina que no disimula. Voy con Berta, que antes de entrar me repite las reglas por si se me han olvidado, que no se me han olvidado: contesto lo justo, no explico, no me adelanto, y a la mínima duda la miro a ella y me callo. Entro decidida a ser, por una vez en mi vida, una mujer de pocas palabras. Dura menos de lo que pensaba.

En esa sala hay un reloj de pared sin segundero, y yo, que soy de mirar los relojes, me sorprendo mirándolo cada dos por tres, buscando un segundero que no está, porque necesito que algo se mueva, que algo avance, y en esa habitación no avanza nada. Solo avanza la historia que Barral va tejiendo alrededor de mí, muy despacio, sin ninguna prisa, con la paciencia de quien sabe que la única que tiene prisa por salir de ahí soy yo.

Barral no es lo que yo esperaba de un policía. Es una mujer de mi edad, tranquila, que habla despacio, que te ofrece agua y parece que de verdad le importa que estés cómoda. No hay foco en la cara, no hay golpe en la mesa. Hay algo peor, que es una persona inteligente que ha entendido una historia entera y te la va contando con calma, tu propia historia, mientras te mira para ver en qué parte se te rompe la cara.

—La entiendo, ¿sabe? —empieza, como si me hiciera un favor—. Seis meses cuidando sola a una madre que no se lo ponía fácil. Sin ayuda, sin dormir, con una hija que se le iba de casa. Cualquiera habría llegado al límite. Yo la entiendo perfectamente.

No digo nada. Miro a Berta. Berta mira a Barral.

—Lo que pasa —sigue— es que ahora tenemos un informe que dice que su madre no estaba enferma. Y eso, para mí, que me dedico

a esto, abre una pregunta muy fea, y prefiero hacérsela yo aquí, tranquilas, que no que se la haga otro de peor manera. La pregunta es: si su madre no se estaba muriendo, ¿por qué se murió?

—Mi clienta creía firmemente que su madre padecía una enfermedad terminal —dice Berta—. Existe un informe médico que así lo indicaba. Ella actuó sobre esa creencia.

—Un informe que no aparece respaldado por ningún hospital, ninguna prueba, ningún médico localizable. —Barral no levanta la voz—. Un informe muy conveniente. Firmado por un tal doctor Iriarte que llevamos días buscando y que, mire usted qué cosa, no ejerce donde dice el membrete. —Se vuelve hacia mí—. ¿Quién le consiguió ese informe, señora Soto? ¿Lo trajo su madre? ¿Lo trajo usted?

Quiero decirle que lo trajo mi madre, que yo nunca hablé con Iriarte, que a mí me lo enseñó ella como quien enseña una sentencia. Quiero explicárselo, porque es la verdad y la verdad me quema en la boca. Miro a Berta. Berta hace un gesto mínimo con la cabeza. Me callo. Y veo en la cara de Barral que mi silencio, para ella, cuenta. Que en esa habitación no hay manera de no decir nada: si hablo, me enredo; si callo, escondo. Es un cuarto diseñado para que todo lo que hagas signifique en tu contra.

Aprendo en esa hora una cosa que no había entendido nunca: que la verdad no tiene ninguna fuerza propia. Yo creía que la verdad era como el agua, que encuentra su camino, que al final se abre paso sola. Mentira. La verdad es un montón de piezas sueltas encima de una mesa, y quien las ordena manda. Barral ordena mis verdades de una manera y sale una asesina. Yo las ordenaría de otra y saldría una hija. Las piezas son las mismas. Solo cambia la mano que las coloca. Y en esa sala la mano no es la mía.

Barral pasa una hora larga construyendo su historia con mucha educación. Que mi madre me hacía la vida imposible. Que yo se lo conté a mi amiga Sonia por teléfono, más de una vez. Que estaba agotada, sin vida propia, y que se me había metido en casa quitándome hasta el cuarto de mi hija. Cada cosa que dice es verdad. Ese es el horror: no dice ni una sola mentira. Coge las piezas de verdad de mi vida —mi cansancio, mi rabia de algunas noches, mi hija lejos, mi «necesito descansar»— y las va poniendo en fila, y al final de la fila, sin que yo la haya visto colocar ninguna pieza falsa,

hay una mujer que planeó fríamente quitarse de encima a su madre. Y esa mujer soy yo. Con mis verdades. Contada por otra.

—No busco que usted sea un monstruo —dice Barral, y se recuesta en la silla—. Al contrario. Yo creo que es una buena mujer que llegó al final de su aguante. No la juzgo. Pero mi trabajo no es entenderla, es entender qué pasó. Y lo que a mí me cuadra es esto: una mujer buena, agotada, con una madre que la había encerrado en vida, encuentra la manera de recuperar la suya. No por maldad, por supervivencia. Es lo más humano del mundo. También es un delito. —Se inclina hacia mí—. Ayúdeme a que no lo parezca. Cuéntemelo usted, con sus palabras, antes de que lo cuenten las cintas.

Y casi lo hago. Casi. Porque me lo pone tan fácil, tan comprensivo, que por un momento creo de verdad que, si le cuento la historia entera, lo del cansancio y lo del amor y lo de que yo pensaba que mi madre se moría, ella lo va a entender y me va a dejar irme a casa. Entonces noto la mano de Berta, firme, en el brazo, y me acuerdo de lo que me advirtió: que los inocentes se ahorcan con su sinceridad, que la comprensión de un policía es la mejor de sus herramientas. Y me callo. Me callo con toda el alma queriendo hablar, que es la manera más difícil que hay de callarse.

—Yo la cuidé —digo, porque no aguanto más, y Berta me pone la mano en el brazo pero ya ha salido—. Yo la lavé, le di de comer, le limpié la bilis a las tres de la mañana. Eso también está. Eso no lo cuenta usted.

—Lo cuento, lo cuento. —Barral asiente, casi con dulzura—. Lo tengo en cuenta todo. Tengo su cuaderno, señora Soto. Ese donde apuntó, con una letra preciosa y una constancia que no había visto yo en mi vida, cada pastilla, cada gota, cada hora, durante seis meses. —Hace una pausa—. ¿Sabe qué me dice a mí ese cuaderno? A usted le dirá que cuidaba. A mí me dice que controlaba. Que no se le escapaba una. Que sabía exactamente, al miligramo y a la hora, todo lo que entraba en el cuerpo de su madre. Ese cuaderno, en un juicio, no es la prueba de que usted la cuidó. Es la prueba de que usted sabía perfectamente lo que hacía.

El orden como soga. Ya me lo dijo Berta, y ahora lo oigo en boca de quien va a apretarla, y lo oigo con toda su fuerza: lo que a mí me salvaba, mi manera de ser buena hija, de tenerlo todo apuntado, es lo que mejor me hunde.

Pienso en las noches en que me sentaba, muerta de sueño, a pasar a limpio las tomas del día con la letra clara para que se entendiera bien, orgullosa de mi orden, convencida de que aquello era la prueba de que era buena hija. Lo hacía por amor. Lo hacía porque cuidar bien, para mí, es apuntarlo todo. Y resulta que cada renglón que escribí con amor es ahora un renglón que declara contra mí, porque en ese cuaderno no hay ninguna diferencia entre la mano que cuida y la mano que planea. Las dos escriben igual de claro. Las dos apuntan la hora.

Y entonces Barral hace lo que llevaba toda la mañana guardándose. Se agacha, saca de debajo de la mesa una caja, y la pone delante de mí sin ninguna prisa. Es una caja de membrillo. De las de toda la vida, de lata, con su dibujo de dulce y su pueblo. La reconozco: es de las que mi madre guardaba en el aparador de Zurbano.

En esa caja, cuando yo era pequeña, mi madre guardaba los botones. La abría los domingos por la tarde y yo hurgaba dentro buscando los de nácar, los del abrigo bueno, mientras ella cosía y me contaba cosas. La lata tiene todavía la misma abolladura en una esquina, la de siempre. Verla ahora encima de una mesa de la policía, llena de cintas con mi voz, es como ver declarar en un juicio a un objeto de mi infancia. Barral levanta la tapa. Dentro hay cintas. Muchas. Pequeñas, de grabadora, cada una con una etiqueta escrita a mano, y en cada etiqueta una fecha. La letra de las etiquetas la reconocería yo entre mil, porque es la misma letra con la que mi madre me escribía la lista de la compra cuando yo era niña.

—Su madre grababa, señora Soto —dice Barral, y por primera vez me mira sin ninguna dulzura, con una curiosidad limpia, de cazadora—. Grababa mucho. Y lo guardaba todo, por fechas, en una caja de dulce. —Coge una cinta, la mira, la deja—. Hay cosas aquí muy interesantes. Cosas dichas por usted. Vamos a escucharlas juntas otro día, con calma. Solo quería que supiera que las tengo. Que las tenemos.

Berta, a mi lado, se ha puesto muy quieta. No dice nada delante de Barral, pero le noto en el cuerpo que esa caja le interesa tanto o más que a la inspectora, aunque por motivos distintos. Cuando Barral se levanta un momento a por unos papeles, Berta se inclina hacia mí y me dice al oído, muy bajo, una sola cosa: «Ni una palabra sobre esas cintas hasta que las oigamos usted y yo. Ni una.» Y en su

voz, por primera vez, no hay solo estrategia. Hay algo que se parece a la alarma.

Yo miro la caja de membrillo, las fechas, la letra de mi madre, y siento cómo el poco suelo que me quedaba se termina de ir. Mi madre me grababa. En su cuarto, en mi casa, mientras yo la lavaba y le apartaba el pelo de la cara y le prometía que no la iba a dejar morir sola. Me grababa. Y guardaba mi voz en una caja de dulce, por fechas, como quien conserva membrillo para el invierno. Para este invierno. Para el mío.

DOCUMENTO E

(Transcripción del contenido de una de las cintas halladas en el registro, dentro de la caja rotulada. Etiqueta, de puño de la finada: «julio».)

TRANSCRIPCIÓN DE GRABACIÓN — Soporte 7

Diligencia: se transcribe el contenido audible del soporte. Voz femenina única, atribuida a MARTA SOTO. Se reproduce el contenido según se percibe en la escucha, con indicación de las interrupciones y de los silencios apreciados.

[...] no aguanto más. Esto no es vida, ni para ella ni para mí. Necesito que esto termine.

[pausa]

Necesito descansar. Necesito dormir de un tirón, una noche entera. Estoy al límite, te lo juro, estoy al límite.

[cambio de fondo — se oye un televisor al otro lado]

Yo con las dos a la vez no puedo. Lo he pensado mucho y no puedo. No puedo cuidar de las dos.

[pausa larga]

[fondo distinto — tráfico, ventana abierta, no se oye el televisor]

Quiero recuperar a mi hija. La estoy perdiendo. Y solo hay una manera de recuperarla, las dos lo sabemos.

[pausa]

[...] vuelvo a ser una persona el día que esto acabe. Es lo único que pido, volver a mi vida.

[corte — la frase entra empezada]

[...] ya no puede ser mucho. Semanas no. Yo me encargo. Yo me encargo de todo, como siempre me encargo de todo.

[pausa]

[...] y que nadie tenga que enterarse. Entre ella y yo. Como todo lo nuestro.

[fin de fragmento]

Nota manuscrita adjunta al soporte, misma letra que las etiquetas: «Guardar por fechas. Que se oiga bien lo que dice mi hija.»

Mi voz, oída desde fuera, es la voz de una desconocida que dice exactamente lo que yo dije.

Berta consigue una copia de la grabación y me la pone en su despacho, ella y yo solas, con la puerta cerrada y una advertencia antes de darle al play: «Escúchela entera sin hablar. Cuando termine, hablamos. Y prepárese, porque es usted, pero no va a reconocerse.» Le hago caso a medias. La escucho. No consigo no hablar.

Es una cosa rarísima oírse. Una no se oye nunca de verdad, no la voz de fuera, la que oyen los demás. Y menos así, en una cinta, en un despacho, sabiendo que esa voz es la prueba con la que quieren mandarme a la cárcel. Al principio ni me reconozco: suena más grave, más cansada, más vieja de lo que yo me creo por dentro. Es la voz de una mujer al límite, y lo estaba, y me da pena esa mujer, hasta que me acuerdo de que esa mujer soy yo y de que la pena, bien montada, suena a otra cosa muy distinta de la pena.

Porque la reconozco toda. Reconozco cada frase, una por una, y sé de dónde ha salido cada una, y ese es el tormento: no es que hayan inventado nada. Es mi voz. Son mis palabras. Las dije yo, todas, con esta boca.

«Necesito que esto termine.» Esa la dije una mañana de julio, a las siete, después de una noche de palangana, llorando por teléfono con Sonia. Y lo que necesitaba que terminara era el papeleo del seguro, tres formularios idénticos que llevaba una semana sin poder rellenar. Eso es lo que necesitaba que terminara. El papeleo. No mi madre. El papeleo.

«No puedo cuidar de las dos.» Esa es de la tarde en que Inés se fue a casa de Naiara con la mochila demasiado llena, y yo me partía entre mi madre que se moría y mi hija que se me iba, y se lo dije a Sonia con el alma rota, «no puedo cuidar de las dos», porque no me llegaban las manos ni las horas ni yo para las dos personas que

quería. Eso quería decir. Que no me repartía. No que sobrara ninguna.

«Quiero recuperar a mi hija.» Esa la dije de rodillas. De rodillas al lado de la cama de mi madre, con la cara en su colcha, suplicándole que dejara entrar a una enfermera unas horas para poder yo dormir y volver a ver a Inés. De rodillas se lo pedí. Y ahora esa súplica, cortada, pegada a las otras dos, suena a que yo quería a mi madre muerta para quedarme con mi hija.

Cada frase es verdad. Cada frase, en su sitio, en su día, con su antes y su después, es una frase de una mujer que se está dejando la vida cuidando. Sacadas de su sitio, cosidas una detrás de otra, son la confesión de una asesina. Y no han tenido que falsificar nada. Les ha bastado con quitar el alrededor. La mentira más perfecta no se hace con mentiras. Se hace con verdades a las que les han quitado el día que las rodeaba.

Y para hacerlo así de bien había que conocerme. Había que saber cómo hablo yo cuando estoy rota, qué digo, con qué palabras, a qué horas de la madrugada. Había que haberme oído mil veces para saber cuáles de mis frases, sacadas de su sitio, sonarían a lo peor. Nadie me conoce así. Nadie me ha oído tanto ni tan de cerca. Solo una persona en el mundo sabe exactamente cómo sueno yo cuando ya no puedo más: la misma que me enseñó a hablar.

Y por un segundo, oyéndome, sabiendo lo que empiezo a saber, siento por mi madre muerta una cosa que no había sentido nunca, ni en las peores noches de palangana: la odio. La odio con una limpieza que me asusta, la odio como no se debe odiar a un muerto, como no se debe odiar a una madre. Y lo peor es que odiarla no me quita ni un gramo de haberla matado. Se puede matar por amor a alguien a quien luego vas a odiar por haberte obligado a matarlo. Nadie te avisa de que caben las dos cosas en el mismo pecho. Yo lo estoy aprendiendo esta tarde, en este despacho, con mi propia voz de fondo.

Le voy diciendo a Berta, según suena, el sitio de cada una. «Esa es del papeleo. Esa es del día que Inés se fue. Esa la dije de rodillas, Berta, de rodillas pidiéndole una enfermera.» Y Berta me escucha, y apunta, y no me dice lo que yo necesito que me diga, que es «la creo». Porque me doy cuenta, mientras se lo explico, de cómo suena. Suena a lo que dicen todos. Suena a la excusa que se inventa después el que ha sido pillado. Yo, que tengo la verdad de cada frase, veo en la

cara de Berta —que está de mi lado, que cobra por creerme— lo difícil que es creerme. Y si a ella le cuesta, ¿qué va a pasar delante de un tribunal? Cuando yo diga «eso lo dije por el papeleo», ¿quién en el mundo va a preferir esa explicación aburrida a la otra, a la buena, a la de la hija que planeó la muerte de su madre? La verdad, además de floja, es sosa. Y en un juicio gana la historia que mejor se cuenta, no la que pasó.

Y la mía, la de verdad, es la peor historia del mundo para contarla en una sala: «lo dije por unos formularios», «lo dije de rodillas pidiendo una enfermera». ¿Quién se sienta a escuchar eso? El fiscal pondrá la cinta, se oirá mi voz diciendo lo que dije, y luego me levantaré yo a explicar el papeleo del seguro, y la sala entera pensará lo que pensaría cualquiera: que una asesina, pillada, se agarra a lo primero que encuentra. La verdad no solo no me salva. La verdad, dicha por mí, en ese sitio, me hunde un poco más, porque parece mentira. Hay verdades que nacen ya con pinta de coartada.

Cuando termina la cinta, nos quedamos las dos calladas. Berta rebobina un trozo, lo vuelve a poner, se para en uno de los saltos, esos silencios raros en los que cambia el fondo, en los que en una frase se oye un televisor y en la siguiente, de repente, la calle. Los escucha con el ceño fruncido, tres, cuatro veces.

—Aquí —dice, y lo repite—. ¿Lo oye? Aquí usted está en una habitación con la tele puesta, y en la palabra siguiente, sin respirar siquiera, está en otro sitio, con la ventana abierta y coches. Nadie habla así, del tirón, cambiando de cuarto entre una frase y la siguiente sin tomar aire. Esto son trozos de días distintos pegados. Su madre no grabó una conversación. Grabó muchas, durante meses, y luego eligió los pedazos que le servían y los cosió. —Se recuesta—. Esto no es el descuido de una anciana con una grabadora. Esto es trabajo. Esto es alguien que se sentó horas a construir una cosa con mucho cuidado. Y una no se toma este trabajo para nada.

Y entonces hace la pregunta. La pregunta que lo cambia todo, o que podría cambiarlo todo, la primera cosa esperanzadora que oigo desde que empezó esta pesadilla, dicha además con una chispa nueva en los ojos, la del sabueso que huele algo:

—Marta, esto no es una grabación. Esto es un montaje. Esto está cortado y recosido con mucho cuidado, por alguien que sabía lo que hacía y que tenía tiempo. —Me mira fijo—. ¿Quién grabó esto? ¿Quién tenía acceso a su casa, a su cuarto de su madre, día tras día,

durante meses, para grabarla a usted sin que se enterara y luego sentarse con calma a editarlo?

Y yo, que llevo desde el despacho de la autopsia repasando, repasando, dándole vueltas a quién me fabricó la enfermedad y quién rechazó el comité y quién se murió sin dejar médico, siento cómo todas las piezas que llevo días girando se paran de golpe, todas a la vez, mirando en la misma dirección. Hacia la cama de la planta baja. Hacia la grabadora que mi madre tenía siempre en la mesilla, «para no olvidarme de las cosas, hija, que ya no me acuerdo de nada». Hacia la mujer a la que yo lavé, peiné, di de comer con la cuchara y ayudé a morir creyendo que le hacía el último favor de su vida.

—La grabó ella —digo, y al decirlo en voz alta por primera vez me tengo que agarrar a la silla, porque una cosa es pensarlo y otra oírtelo salir de la boca—. La grabó mi madre. En su cuarto. Con la grabadora de la mesilla, la de «para no olvidarme de las cosas, hija». Me grababa a mí. Y guardaba mi voz por fechas, en una caja de dulce.

Berta no dice ni que sí ni que no. Se quita las gafas, se frota los ojos, y cuando vuelve a hablar lo hace midiendo cada palabra, como quien avanza por un sitio oscuro tanteando la pared.

—No corramos. Que su madre grabara no significa todavía todo lo que usted y yo estamos empezando a pensar, y si vamos con esa teoría a un juez sin nada más, nos comen. Pero le voy a ser sincera, porque usted no es tonta y no la voy a tratar como si lo fuera: esto cambia la pregunta. Hasta hoy la pregunta era qué hizo usted. A partir de hoy la pregunta es también qué le hicieron. Quién. Y sobre todo por qué. —Guarda la cinta en un sobre, lo cierra, lo rotula ella misma con su letra—. Porque una madre que le pide a su hija que la ayude a morir, se entiende. Duele, pero se entiende. Una madre que además se dedica, a escondidas, a grabar a esa hija y a guardar la voz por fechas para que un día parezca que la idea fue de la hija... esa madre ya no la entiendo. Y lo que no entiendo me da miedo. En mi oficio, lo que no se entiende es lo que te mata.

Salgo del despacho con una sola frase dándome vueltas, y no es ninguna de las mías, ninguna de las que dije llorando por teléfono. Es la de Berta. «Por qué.» Llevo semanas preguntándome qué me va a pasar. Es la primera vez que me pregunto, con un frío nuevo, qué fue lo que me pasó. Y sé, con la misma certeza con que sé sumar una columna, que la respuesta está en mi casa, o en la de Zurbano, esperándome desde hace meses, y que no me va a gustar nada.

16

Mi hija va a declarar y yo no puedo estar delante, que es como mandar a un niño a cruzar una autopista y quedarte tú en la acera, mirando.

Me lo explica Berta con paciencia. Que Inés es menor y testigo, que hay que protegerla, que la exploración se hace con todas las garantías: una sala preparada, una psicóloga, el fiscal de menores, y que yo no puedo estar porque soy la investigada y hay conflicto, y que además, aunque pudiera, no debería, porque mi presencia la condicionaría. Que la acompaña un adulto que no sea parte.

Lo que más me duele es lo que Berta me prohíbe. Le pregunto si puedo hablar con Inés antes, prepararla, decirle qué contar. Y se pone seria como no la había visto: «Ni se le ocurra. Ni una palabra a su hija sobre lo que tiene que decir. Si usted instruye a una testigo menor y eso se sabe, la hundo yo misma sin querer, y a la niña le hace usted un daño enorme. Su hija declarará lo que ella quiera declarar, y usted no va a tocar eso. ¿Me entiende?» La entiendo. Y me quedo con lo más raro de todo: que tengo que mandar a mi hija a hablar de la muerte de su abuela sin poder decirle ni «tranquila» ni «cuenta esto» ni «cállate lo otro». Sin poder ser su madre justo el día en que más lo soy. La noche antes la oigo moverse en su cuarto hasta tarde, despierta, y yo despierta en el mío, las dos separadas por un tabique y por todo lo que no podemos decirnos, más solas de lo que hemos estado nunca estando tan cerca.

Y ahí viene el segundo golpe: el adulto que la acompaña es Andrés. Su padre. Que coge un avión desde Múnich, donde lleva cuatro años haciendo su vida nueva, para plantarse en Madrid y acompañar a nuestra hija a declarar en el caso en que a su madre la acusan de matar a la abuela.

Andrés aparece con su abrigo bueno y su cara de hombre que ha dormido en hoteles, me da un abrazo tenso en el pasillo del juzgado,

me dice «cuánto lo siento, Marta, esto es una pesadilla», y se lleva a nuestra hija de la mano hacia una puerta por la que yo no puedo pasar. Los veo alejarse. Él le dice algo al oído, ella asiente. Nunca los he visto tan de acuerdo en nada. Y me quedo en el pasillo, en un banco de madera, sola, siendo por primera vez en diecisiete años la persona menos indicada para acompañar a mi propia hija. La han apartado de mí para protegerla. De mí.

Y mientras los veo cruzar esa puerta, me revuelve una cosa pequeña y fea: los celos. Andrés se fue. Andrés no cambió una sola palangana, no pasó una sola noche en vela, no sostuvo a nadie mientras vomitaba. Hizo su vida en Múnich mientras yo me deshacía aquí. Y hoy es el padre limpio, el que puede coger de la mano a nuestra hija delante de un juez sin que a nadie le tiemble nada, mientras que yo soy la que no puede acercarse. El que se fue tiene las manos limpias. La que se quedó las tiene manchadas. Así reparte esta vida los premios.

Me paso las dos horas de la exploración en ese banco, y son las dos horas más largas desde la madrugada del seis de agosto, porque en esas dos horas se juegan dos cosas a la vez y las dos me destrozan por dentro, y encima tiran en direcciones contrarias.

La primera es que mi hija, ahí dentro, puede hundirme. Le basta con contar lo que oyó, lo que vio, las veces que me oyó quejarme, lo que dije aquella noche en la cocina, «cuídate tú también, no solo a ella». Le basta con ser sincera para rematarme. Y una parte de mí, la de madre, hasta lo desea: que cuente lo que sea, que se quite el peso, que se salve ella aunque me cueste a mí. Prefiero mil veces hundirme yo a que mi hija cargue con un solo gramo de esto.

Pero hay una segunda cosa, y es la que no me deja respirar en ese banco, la que me da vergüenza hasta de pensar. Y es que yo ya no sé del todo qué hizo mi hija. Desde el despacho de la autopsia, desde el «alguien le dio algo que no está en su cuaderno», hay una pregunta viviendo en mi casa, sentada a mi mesa, durmiendo al otro lado de un tabique. Y ahora esa pregunta está ahí dentro, en una sala, declarando ante una psicóloga y un fiscal, y yo no sé qué va a decir, porque ya no sé quién es. Mi hija entró en esa sala siendo mi hija, la que protejo. Y me doy cuenta, con un asco de mí misma que no se me va a quitar en la vida, de que también estoy esperando en este banco a ver qué confiesa. Como esperaba Barral. Estoy haciéndole a mi hija lo que la policía me hizo a mí: esperar su verdad para leerla.

Me levanto, me siento, me vuelvo a levantar. Paso por delante de la puerta cerrada mil veces, como si de tanto pasar fuera a oír algo, y no se oye nada, esas puertas están hechas para que no se oiga nada. Miro a la gente del juzgado, funcionarios con carpetas, otras familias rotas en otros bancos, cada una con lo suyo, y pienso que hace un año yo era una mujer normal que llevaba las cuentas de una correduría y le hacía la manzanilla a su madre, y que no hace falta casi nada, un informe falso y unos meses, para pasar de aquella mujer a esta, la del banco, la que espera que su hija salga de una sala sin saber si va a salir a salvarla o a enterrarla. Y en algún momento de esas dos horas dejo de pedir que a Inés le vaya bien la declaración y empiezo a pedir una cosa mucho más pequeña y más cobarde: que salga de ahí sin que yo tenga que enterarme nunca de lo que hizo mi hija aquellas tardes de martes y jueves. Que me dejen no saberlo. Pido seguir sin saber. Es la oración de los cobardes, y esa tarde la rezo entera.

Cuando por fin se abre la puerta, salen los dos, Andrés con la mano en el hombro de Inés, y yo busco en la cara de mi hija alguna señal, la que sea, y no encuentro ninguna, porque mi hija ha aprendido de la mejor maestra que existió nunca a no enseñar nada en la cara. Está pálida, seria, entera. Me mira. Y me dice, delante de su padre, delante de la psicóloga que sale detrás, con una voz perfectamente medida:

—Lo he hecho bien, mamá. He dicho la verdad.

Y no sé, no tengo manera de saber, si es lo mejor que podía pasarme o lo peor. Porque «he dicho la verdad», en boca de mi hija, ya no me tranquiliza. He aprendido esta semana que la verdad, según quién la corte y quién la cuente, sirve para salvar a alguien o para colgarlo. Y la verdad de Inés, sea la que sea, la ha contado ella. Sola. Sin que yo sepa qué trozos ha dejado dentro y cuáles ha dejado fuera.

En el coche, de vuelta a casa, lo intento. Con cuidado, sin preguntar lo que no puedo preguntar, le digo que estoy orgullosa de ella, que sé lo difícil que ha sido. Ella mira por la ventanilla. Le pregunto, como quien no quiere la cosa, si le han preguntado muchas cosas, si la psicóloga era simpática, cosas de madre. Y mi hija, sin volverse, con la cara pegada al cristal, me contesta una sola frase: «Mamá, no me preguntes. Es mejor para ti que no me preguntes nada.» Y no vuelve a abrir la boca en todo el camino. Yo conduzco pensando que mi hija de diecisiete años acaba de protegerme de algo,

o de avisarme de algo, y que no soy capaz de distinguir lo uno de lo otro.

Berta me llama por la tarde. Ha tenido acceso al acta. Me la lee despacio, y según me la lee yo voy entendiendo la clase de hija que tengo, y no sé si estar orgullosa o aterrada, porque las dos cosas, otra vez, se parecen demasiado.

Inés ha estado impecable. No ha mentido en nada comprobable. Ha dicho que su madre cuidaba a la abuela con una entrega absoluta, día y noche, que se dejó la salud, que nunca la vio hacerle daño ni tratarla mal. Eso me ayuda; eso es casi una defensa. Pero cuando le han preguntado por la enfermedad de la abuela, ha dicho que ella era una cría, que de eso no entendía, que había papeles de un médico y que todos se lo creyeron. Cuando le han preguntado si alguna vez sospechó algo raro, ha dicho que no con una firmeza de mármol.

Le han preguntado, con mucho tacto, si su madre y su abuela se llevaban bien, si había tensiones, y ahí mi hija ha hecho algo que Berta me lee dos veces porque casi no se lo cree: ha defendido a las dos. Ha dicho que su madre y su abuela se querían con locura, que discutían como discuten todas las madres y todas las hijas, pero que ella jamás vio odio, jamás vio nada que se pareciera a lo que insinúan. Ha protegido la memoria de las dos en la misma respuesta. Ha dejado a salvo a su madre viva y a su abuela muerta con un equilibrio que no se le ocurre a una cría de diecisiete años asustada en una sala. Se le ocurre a alguien que ha pensado muy bien, y con tiempo, exactamente qué quiere dejar en pie y qué quiere dejar caer. Y cuando le han preguntado por las tardes en Zurbano, por la manzanilla, por lo que ella y su abuela hacían solas todas aquellas tardes de martes y jueves, mi hija ha contestado, según el acta, que le preparaba la merienda a la abuela «como cualquier nieta», y ha pasado a otra cosa.

Como cualquier nieta. Cuelgo el teléfono con esa frase clavada. Mi hija no ha mentido. Ha dicho verdades verdaderas, todas. Pero ha dejado fuera, con el cuidado de un cirujano, exactamente el trozo del día que lo explicaría todo. Ha hecho conmigo, sin saberlo, lo mismo que su abuela hizo con mi voz en las cintas: ha contado una historia impecable quitándole el pedazo que la volvería otra. Y entiendo, por fin, de quién aprendió mi hija a hacer eso. De la misma que me enseñó a mí a bajar la voz cuando tiembla. En esta familia, las

mujeres no mentimos. Sabemos algo mucho peor: sabemos que
verdad callar.

DOCUMENTO F

(Extracto del acta de exploración de la menor, practicada como prueba preconstituida.)

EXPLORACIÓN DE TESTIGO MENOR DE EDAD

Practicada con las garantías legales, mediante prueba preconstituida y evitando la confrontación visual con las partes.

Menor: INÉS AGUIRRE SOTO, 17 años, nieta de la finada e hija de la investigada. Presentes: la magistrada, el Ministerio Fiscal, la letrada de la defensa, la psicóloga del equipo técnico y el progenitor que la acompaña. La menor es informada de forma adaptada a su edad.

Preguntada por los cuidados que su madre prestaba a la abuela, MANIFIESTA: que su madre la cuidaba «con una entrega absoluta, día y noche»; que se dejó la salud en ello; que jamás la vio maltratarla ni hacerle ningún daño, sino todo lo contrario.

Preguntada por la enfermedad de la abuela, MANIFIESTA: que ella era una niña y de eso no entendía; que existían informes de un médico; que en la familia todos dieron por cierta la enfermedad.

Preguntada por si en algún momento advirtió algo extraño en la situación de su abuela, MANIFIESTA de forma firme que no.

Preguntada por las tardes que pasaba en el domicilio de la abuela, MANIFIESTA: que iba algunas tardes al salir del colegio, que le hacía compañía y que le preparaba la merienda y la manzanilla «como cualquier nieta».

Preguntada por la relación entre su madre y su abuela, MANIFIESTA: que se querían mucho; que discutían «como discuten todas las madres y todas las hijas»; que nunca presenció odio ni nada semejante a lo que se investiga.

La menor se muestra serena y coherente durante toda la exploración. No incurre en contradicciones apreciables. La psicóloga del equipo técnico informa de un relato estructurado y de un autocontrol emocional llamativo para su edad, sin que se aprecien indicadores de fabulación.

Se da por concluida la exploración, cuyo soporte queda a disposición del procedimiento.

En libertad provisional una no es libre; es una mujer a la que le han dejado volver a un sitio donde ya nadie la quiere.

Me la dan en septiembre, después de una mañana en el juzgado en la que la fiscal pide que me encierren y Berta pelea, papel a papel, para que no lo hagan. Gana Berta: me quedo fuera, pero con condiciones. Fianza, que pago con lo poco que no tengo. El pasaporte, que entrego en una ventanilla como quien entrega un órgano. Y la firma: cada quince días tengo que presentarme en un juzgado a decir que sigo aquí, que no me he escapado, que soy la que dicen que soy. Marta Soto, la del cinco de la firma. Apúntese. Yo, que me he pasado la vida apuntando a los demás, ahora soy un renglón en la lista de otro.

Los días de firma cojo el metro hasta el juzgado, hago cola con otra gente que también tiene que demostrar cada quince días que sigue existiendo donde debe, y firmo en un libro, y me voy. Es rápido, es humillante y es, curiosamente, el único rato en que me siento en paz, porque en esa cola nadie sabe quién soy ni qué dicen que hice. Somos todos lo mismo: gente a la que el Estado no pierde de vista. En la cola de la firma soy, por diez minutos, una más. Es lo más cerca de la normalidad que llego a estar en todo el mes. Luego subo otra vez a la calle y, en cuanto piso mi barrio, vuelvo a ser la que dicen que soy.

Vuelvo a la correduría un lunes. Llevo trabajando ahí catorce años, sé los cumpleaños de todos, he cubierto bajas, he llevado a la hija de Merche al hospital cuando su madre no llegaba. Entro y el silencio dura medio segundo de más. Justo medio segundo. Lo suficiente para saber. Me saludan, claro, todos me saludan, con una amabilidad nueva, cuidadosa, la que se le pone a un enfermo o a un apestado. El jefe me llama a su despacho a media mañana y me dice, mirándose las manos, que han pensado que «mientras se aclara todo

esto» es mejor que yo no lleve cara al público, que me quede con la gestión interna, el archivo, lo de dentro. Por mi bien, dice. Para que no me expongan. Traduzco sin esfuerzo, que para eso llevo toda la vida traduciendo a la gente: no quieren que los clientes me vean. Soy mala para el negocio. Una correduría vende confianza, y yo, ahora, soy lo contrario de la confianza. Me guardan en el archivo como se guarda en un cajón lo que da vergüenza enseñar.

Una compañera, Merche, la de la hija a la que llevé al hospital hace años, se acerca a mi mesa del archivo el segundo día, mira a un lado y a otro, y me deja encima, sin decir nada, un táper de lentejas y una nota: «Para que comas algo. Yo no hago caso a nadie.» Y se va rápido, antes de que la vean conmigo. Ese táper es lo más bonito que me pasa en semanas, y me hace llorar entre las carpetas, porque entiendo que la bondad, ahora, tiene que ser clandestina. Que quien quiere ser bueno conmigo tiene que serlo a escondidas, mirando si lo ven, como si ayudarme fuera lo malo. Así se sabe que ya te han condenado: cuando la gente que te quiere tiene que quererte a escondidas.

Lo del colegio de Inés es peor, porque a ella no la puedo proteger de nada. Es un concertado de Chamberí, de esos donde las madres se conocen todas y tienen su grupo y sus meriendas y su manera de mirarse. Yo nunca fui muy de ese mundo, con mis horarios, pero saludaba, me sabía los nombres. Ahora, cuando voy a recoger a Inés los días que ella me deja ir, noto cómo el corrillo de la puerta se reordena a mi alrededor, cómo bajan la voz sin bajarla del todo, lo justo para que yo sepa que hablan y no sepa qué dicen. Una madre que antes me daba conversación ahora mira su móvil con una concentración imposible cuando me acerco. Y lo que me parte no es lo que me hacen a mí. Es Inés, saliendo por esa puerta cada tarde hacia una fila de madres que se callan cuando pasa, la hija de la que ya sabéis, la nieta de aquella, y aguantándolo con la barbilla alta y la cara de no enseñar nada, mi hija, a los diecisiete, aprendiendo lo que yo estoy aprendiendo a los cuarenta y seis: que un pueblo, y Chamberí es un pueblo, y Madrid entero es un pueblo cuando quiere, condena mucho antes de que condene un juez, y no absuelve nunca.

Una tarde la recojo y veo cómo una niña de su clase, una que venía a casa a hacer trabajos, cruza la calle para no coincidir con nosotras en la acera. Inés lo ve. Claro que lo ve, lo ve todo. No dice nada, sigue andando, pero le noto en la mandíbula el esfuerzo de no

notarlo. Cuando se lo quiero mencionar, con torpeza, para decirle que lo siento, que es culpa mía, ella me corta: «Déjalo, mamá. A mí me da igual la gente.» Y lo dice tan tranquila, con tan poco temblor, que en vez de aliviarme me deja fría, porque a los diecisiete a nadie le da igual la gente, y si a mi hija de verdad le da igual, es que hay algo en ella que se endureció mucho antes de todo esto, en un sitio y en un tiempo que yo no vi.

Las Charos son las peores y las más sinceras, que suele ir junto. Las amigas de mi madre, las de la partida de cartas de Zurbano, las que la lloraron en el funeral que por fin pudimos hacer cuando nos devolvieron el cuerpo.

El funeral fue en octubre, dos meses tarde, en la parroquia de Zurbano, con mi madre por fin incinerada como quiso, aunque en nada más como quiso, porque ella soñaba con una despedida limpia y tuvo una a la que la gente vino tanto a rezar como a mirarme. Yo iba de negro, con Inés al lado, también de negro, las dos rectas en el primer banco, sintiendo cincuenta pares de ojos en la nuca. En un funeral normal la hija recibe abrazos. A mí me daban pésames que eran preguntas: «¿y cómo estás llevando todo esto, Marta?», con un peso en el «todo esto» que no era la pena. Recé un padrenuestro que no me creía, delante de una foto de mi madre sonriente de hace diez años, sabiendo que media iglesia me miraba a mí y no a ella, y pensando, que Dios me perdone, que hasta muerta se las había arreglado para ser ella el centro y yo la acusada. En el velatorio ya lo noté: los corrillos, las manos en el brazo con demasiada pena, el «pobre Celia, con lo que era ella» dicho de una manera que quería decir otra cosa. Charo, la del principal, que fue la mejor amiga de mi madre cuarenta años, me coge aparte y me dice, con los ojos húmedos y la mala fe intacta: «Yo no me creo nada de lo que dicen, hija, faltaría más. Pero es que tu madre, la pobre, los últimos meses estaba desconocida, si es que se la veía apagarse. Y una piensa, claro. Una no quiere pensar, pero piensa.» Y me aprieta la mano. Las Charos no te acusan. Te informan de que ya te han juzgado, y te lo dicen con cariño, que es como más duele.

A la que echo de menos es a Sonia, y a Sonia la he perdido de la peor manera, que es la manera educada. No ha habido pelea. No ha habido un portazo. Ha habido, sencillamente, una separación de las cosas: llamadas más cortas, respuestas más lentas, planes que se aplazan y no se retoman. Y hay un motivo que las dos sabemos y

ninguna nombra. Sonia es testigo. Sonia es la persona a la que yo le dije por teléfono, llorando, las frases que ahora están en una caja de membrillo cortadas y recosidas. Cuando esto llegue a juicio, a Sonia la van a llamar a declarar, y va a tener que subir a un estrado y contar que su amiga Marta le dijo tal noche que no aguantaba más, que necesitaba que aquello terminara. Va a tener que decir la verdad, y la verdad, dicha por Sonia bajo juramento, me va a hundir un poco más, y las dos lo sabemos. Berta, además, me prohibió hablar con ella de nada del caso. Así que cuando Sonia y yo nos vemos, que cada vez es menos, hablamos del tiempo, de su trabajo, de nada, con la conversación pisando de puntillas alrededor de lo único que importa, y es agotador, y poco a poco dejamos de vernos para no tener que seguir no hablando. He perdido a mi mejor amiga sin que ninguna de las dos hiciera nada malo. Simplemente, mi desgracia es contagiosa, y ella tiene una vida que proteger, y hace bien.

La última vez que quedamos, en una cafetería cerca de su trabajo, hubo un momento en que Sonia fue a decir algo, se le llenaron los ojos, y yo pensé que por fin íbamos a hablar de verdad, que iba a decirme «te creo» o «no te creo» o «tengo miedo», cualquier cosa de las de antes. Pero miró la hora, dijo que se le hacía tarde, y nos despedimos con un abrazo que ya no era un abrazo, sino el trámite de un abrazo. La vi irse por la calle deprisa. Y supe que no iba a volver a llamarme, y no la culpo, porque yo, en su lugar, tampoco sé si me atrevería a ser amiga de una mujer a la que van a juzgar por matar a su madre.

Llego a casa esas tardes y me siento en la cocina, sola, en una casa donde mi hija no baja y mi madre ya no llama, y por primera vez entiendo del todo la herramienta que mi madre manejó durante años sin que yo la viera manejarla. El qué dirán. Con lo que ella me tuvo agarrada toda la vida: qué dirán si no cuidas a tu madre, qué dirán si la metes en una residencia, qué dirán si te vas a Dublín y la dejas sola. El qué dirán fue su correa. Y ahora, muerta, me lo ha dejado en herencia dado la vuelta: qué dirán de ti, que la mataste. La misma correa. El mismo pueblo mirando. Solo que ahora el pueblo mira hacia donde ella quiso que mirara.

Le pido a Berta una copia de mi cuaderno, y me la da, y con eso me devuelve sin saberlo la única herramienta que tengo para entender qué pasó de verdad en mi casa.

Es una fotocopia, con un sello del juzgado en cada hoja que la afea, pero es mi letra, son mis fechas, son los seis meses de mi vida escritos renglón a renglón. Berta me lo entrega con una advertencia: «Esto es prueba de cargo, no juegue a detective, para eso estoy yo.» Le digo que sí. Miento. Esa misma noche, cuando Inés se encierra en su cuarto, me siento en la mesa de la cocina con la fotocopia, un lápiz y un cuaderno nuevo, y hago lo único que sé hacer cuando algo no cuadra: pongo las cosas en columnas y busco el error.

Es lo que hago desde niña. Cuando algo me supera, lo cuadriculo. No sé rezar, no sé pedir ayuda, no sé llorar delante de la gente, pero sé hacer columnas. Le pongo una raya al caos y lo parto en celdas, y en cuanto está en celdas ya no me da tanto miedo, porque una celda se puede mirar de una en una. Mi madre se reía de esto. «Mi hija, que hasta el dolor lo lleva por partida doble», decía. Esta noche mi manía me va a enseñar lo que ni la policía ni los forenses han visto todavía, porque ellos miran mi cuaderno buscando mi culpa, y yo lo miro buscando la verdad, y resulta que son dos lecturas distintas del mismo papel.

Porque hay un error. Lo presiento como se presiente una suma mal hecha, por el picor, antes de encontrarlo. Si mi madre no tenía cáncer, si el informe era mentira, ¿de qué eran los síntomas que yo vi? Porque yo los vi. No me los inventé. Están aquí, con su fecha y su hora, en mi letra. Los vómitos, el peso que bajaba, el cansancio, las manos que temblaban. Eso pasó. Una cosa puede ser mentira, el papel, y otra cosa ser verdad, el cuerpo. Y yo necesito saber cuál es cuál.

Así que hago dos columnas. En una, las fechas de los síntomas, tal como los anoté. En la otra, la fecha del diagnóstico, la del informe del doctor Iriarte, esa que me sé de memoria porque la miré mil veces buscando consuelo: catorce de abril. El día que mi madre me enseñó el papel y el mundo se puso del revés por primera vez.

Y entonces lo veo. Lo veo tan claro que suelto el lápiz.

Los síntomas no empiezan en abril. Ni en marzo. El primer vómito que yo anoté es de febrero. La primera vez que la vi rara, sin fuerzas, sin ganas de nada, fue en febrero. El primer día que la pesé por miedo y había perdido, fue febrero. Tengo dos meses largos de síntomas apuntados con mi propia mano ANTES de que existiera el papel que decía que estaba enferma.

Voy hacia atrás en la fotocopia, hoja por hoja, hasta el principio, hasta las primeras anotaciones, esas que hice cuando todavía no había nada oficial, cuando yo apuntaba por pura costumbre, porque a mi madre siempre le llevé las cuentas de la salud como le llevo las cuentas a todo el mundo. Doce de febrero: «mamá con náuseas, no cena». Diecinueve de febrero: «vómito por la mañana, muy floja». Veintiséis: «ha perdido, la báscula marca menos». Cuatro de marzo, once, dieciocho. Toda una primavera de un cuerpo que se apaga, anotada por mí, semana a semana. Y hay un detalle en el que no me había fijado nunca, porque no tenía por qué fijarme, y que ahora, en columna, salta a la vista: los peores días son siempre a mitad de semana. Miércoles, jueves. Los fines de semana, en cambio, un poco mejor, siempre un poco mejor. Como si a mi madre le sentara mal algo que solo le pasaba entre semana. Y el papel, el famoso papel del cáncer, con su fecha grande, llega dos meses después de la primera náusea, a ponerle nombre a una función que ya llevaba media temporada en cartel.

Y eso no puede ser. Eso no funciona así. A una persona la diagnostican y luego empeora. Primero el cáncer, después los síntomas del cáncer, o como mucho a la vez. No al revés. No dos meses de estar enferma y luego, de golpe, un papel que le pone nombre a lo que ya llevaba pasando. El papel de abril no explica los vómitos de febrero. Nada explica los vómitos de febrero, si no había cáncer. Nada, salvo que a mi madre le estuviera pasando algo de verdad, algo real, desde febrero, algo que después ella tapó con un informe falso para llamarlo de una manera respetable.

Y ahí, en esa palabra, «tapó», se me ordena de golpe una cosa que llevaba semanas suelta. Mi madre no se inventó una enfermedad de la nada, sobre un cuerpo sano. Eso habría sido difícil de sostener, hasta para ella: una mujer que jura que se muere pero a la que se ve estupenda. No. Mi madre montó su mentira encima de una verdad. Aprovechó unos síntomas que ya tenía, reales, de los que enfermaba de verdad, y les puso el nombre que le convenía, cáncer, con un papel bonito y una firma con vuelo. Los síntomas eran el cimiento. El informe, solo la fachada. Y yo me pasé seis meses cuidando la fachada sin preguntarme ni una vez de dónde salía el cimiento. De dónde salían, en realidad, los vómitos. Quién se los provocaba.

Me levanto, doy vueltas a la cocina, me vuelvo a sentar.

Lo hago otra vez, entero, desde el principio, por si me he equivocado, por si he leído mal una fecha, por si el cansancio y la hora me están gastando una broma. Rehago las dos columnas con la letra más limpia que me sale, despacio, como si de hacerlo bonito fuera a cambiar el resultado. No cambia. Los números no tienen piedad, nunca la han tenido, y por eso me fío de ellos: una fecha no te consuela, pero tampoco te miente. Y estas dicen lo que dicen, lo mires como lo mires. Primero enfermó, después la diagnosticaron. Al revés de como enferma y se diagnostica todo el mundo. Al revés de todo.

La contable que hay en mí, la misma que me ha hundido con este cuaderno delante de la policía, es ahora la única que me sostiene, porque a la contable no se le escapa una fecha, y esta fecha grita. Vuelvo a la columna. Miro qué más empieza en febrero. Y se me huela todo, porque hay otra cosa que empieza exactamente en febrero, y no está en el cuaderno de tomas, está en mi memoria, en la agenda vieja del móvil, en la rutina que yo misma monté: en febrero empezaron las tardes.

Las tardes de Inés en Zurbano. Los martes y los jueves. Yo se las impuse, en enero, cuando le quité la beca, para que se hiciera cargo, para que su abuela no estuviera sola, para que la niña aprendiera lo que es cuidar. Sal del colegio, vete a casa de la abuela, hazle compañía, llévale la compra, prepárale su manzanilla. Yo la mandé. Con mis manos. Empezó en febrero. Y en febrero empezó también a enfermar mi madre.

Me acuerdo de cómo se lo dije, además, y el recuerdo ahora me quema. Se lo dije como un castigo disfrazado de responsabilidad. Le

había quitado Dublín, le había roto el año, y para que no me lo echara en cara, para que la culpa fuera suya y no mía, la cargué con la abuela. «Si te quedas, te haces útil.» Mandé a una cría de dieciséis años, resentida, castigada, que me odiaba por lo de la beca, dos tardes por semana a un piso a solas con una mujer de setenta y siete. Las metí a las dos juntas en aquella cocina de Zurbano, tarde tras tarde, sin vigilar nada, convencida de que estaba enseñando a mi hija a querer a su abuela. Nunca he estado tan orgullosa de una decisión tan mía. Y empieza a parecerme la peor que he tomado en la vida, y he tomado una que mató a una persona.

No lo pienso entero. Es demasiado. Pero la contable ya ha hecho la resta y el resultado está encima de la mesa, escrito, y ya no se puede desescribir: las dos columnas empiezan el mismo mes. Los síntomas de mi madre y las tardes de mi hija arrancan a la vez, en febrero, dos meses antes de que hubiera ningún cáncer que los explicara.

Lo primero que pienso, por reflejo, es en llamar a Berta. Es lo que haría cualquiera: he encontrado algo, algo que a lo mejor me ayuda, porque si a mi madre la enfermaba alguien de verdad y ese alguien no era yo, entonces yo no fabriqué ninguna enfermedad, y se cae media teoría de la fiscal. Cojo el móvil. Y lo dejo en la mesa. Porque para contarle a Berta lo que he encontrado tendría que contarle también hacia dónde apunta, y hacia dónde apunta es hacia la única persona que estaba en aquella cocina esas dos tardes. Descubro esa noche que hay verdades que no se pueden usar para defenderse, porque el precio de usarlas es entregar a alguien. Y que a lo mejor mi madre, que lo pensó todo, contaba también con eso.

Aparto el cuaderno. Me tapo la boca con la mano, sola, en la cocina, a las dos de la mañana. Y por un momento, un momento del que no me voy a librar nunca, deseo con toda mi alma no haber pedido nunca esta fotocopia, no ser buena con las fechas, no haber contado jamás nada en mi vida. Deseo ser una de esas mujeres que no se dan cuenta de las cosas. Toda la vida presumiendo de que a mí no se me escapa una, y resulta que lo único que quería de verdad, esta noche, era que se me hubiera escapado esta.

Subo a acostarme. Paso por delante de la puerta de Inés, que tiene la luz encendida por debajo, despierta a las dos como yo. Me quedo un segundo con la mano cerca de la madera, sin llamar. Al otro lado está mi hija, la que empezó a ir a Zurbano en febrero. Y no llamo.

Todavía no. Porque hay preguntas que, una vez las haces en voz alta, ya no dejan que las cosas vuelvan a ser lo que eran, y yo aún no estoy lista para dejar de tener la hija que creía tener. Un día más. Me concedo un día más de no saberlo del todo. Es lo último que me concedo en mucho tiempo.

19

La misma prueba que a mí me dice que a mi madre la envenenaron de verdad es la que a la fiscal le dice que la envenené yo.

Me lo cuenta Berta a mediados de octubre, en su despacho, con una carpeta nueva y una cara que ya no se molesta en disimular. Ha llegado la ampliación de la toxicología, la que el forense dejó pendiente en el primer informe, la tercera cosa de la que Berta me habló bajando la voz. Y confirma lo que entonces era solo una sospecha.

—A su madre le estuvieron administrando algo durante meses —dice—. Antes de la sobredosis. Una sustancia, no dicen cuál todavía, no está identificada, pero sí que estuvo entrando en ese cuerpo de forma regular, durante semanas, en pequeñas cantidades. Lo suficiente para hacerla enfermar poco a poco. No para matarla. Para que pareciera que se moría.

—¿Y saben qué era? —pregunto—. ¿Qué le daban?

—No. Y puede que no se sepa nunca. Estas cosas, cuando pasa el tiempo y el cuerpo ya no está, a veces se quedan así, en «una sustancia compatible con». Pero para lo que le interesa a la fiscal da igual el qué. Le basta el que hubo. Le basta con poder decirle a un jurado que a esta señora la fueron matando despacio, con algo, durante meses, y que la única que la cuidaba, la única que controlaba todo lo que entraba en ese cuerpo, hora por hora, apuntado en un cuaderno con letra preciosa, era usted.

Me quedo mirando la carpeta. No me sorprende. Esa es la parte rara: no me sorprende nada, porque yo ya lo sabía desde la otra noche, desde las columnas, desde las fechas de febrero. La química solo le pone un sello oficial a lo que mi cuaderno ya me había gritado en la cocina a las dos de la mañana. Alguien enfermaba a mi madre de verdad. Ahora hay un papel del Estado que lo dice.

Y es rarísimo lo que siento, porque no es el alivio que debería. Una parte de mí llevaba semanas agarrada a una esperanza pequeña y cobarde: que quizá me había equivocado con las columnas, que las fechas eran casualidad, que a lo mejor mi madre se inventó los síntomas de alguna manera que yo no entendía y no hubo ningún veneno ni ninguna mano echándolo. Esa esperanza se acaba de morir encima de la mesa de Berta. Ya no puedo decirme que me lo imaginé. Hubo veneno. Hubo una mano. Y yo sé de quién es la mano, aunque me pase lo que me queda de vida intentando no saberlo.

—¿Y esto qué significa para mí? —pregunto, aunque me lo temo.

Berta se quita las gafas. Cuando se quita las gafas es que viene lo peor.

—Significa que la fiscal está encantada. Porque para ella esto no abre ninguna duda: la cierra. Su relato ahora es redondo, Marta, y se lo voy a contar tal cual lo va a contar ella, para que no le pille en la sala. Dirá que usted no solo mató a su madre aquella madrugada. Dirá que llevaba meses preparándolo. Que le estuvo dando algo, poco a poco, para enfermarla, para fabricarle unos síntomas, para poder conseguir después ese informe falso de cáncer y tener así la coartada perfecta: la hija abnegada que ayuda a morir a la madre terminal. Meses de premeditación. Una crueldad fría, sostenida en el tiempo. —Hace una pausa—. Con la toxicología de antes, usted era una mujer que llegó al límite una noche. Con esta, es una mujer que planeó una muerte durante medio año envenenando a cucharadas a su propia madre. Ya no le queda ni el atenuante del arretrato.

Escucho el relato de la fiscal en boca de Berta y me parece, tengo que reconocerlo, una historia buenísima. Cierra por todos lados. Tiene principio, medio y final, tiene una mala clarísima, tiene un método que hiela y un motivo que cualquiera entiende: una hija harta que se quita de encima a la madre que le comió la vida. Si yo fuera del jurado, me la creería. Me creería a la hija fría que enferma a su madre a cucharadas durante meses para poder rematarla después con una coartada de santa. Es una historia muchísimo mejor que la mía, que no tiene forma, que es solo una mujer cansada que quiso a la persona equivocada, cuidó a ciegas y firmó sin leer. Nadie sube a un estrado a defenderse con «es que fue todo mucho más tonto y más triste de lo que ustedes se creen, señorita». Las historias buenas condenan. Las verdaderas casi nunca son buenas.

Lo que Berta no sabe, lo que no puedo decirle, es que cada palabra de ese relato terrible es casi verdad. Casi. Todo es verdad menos el nombre de la persona. Sí hubo alguien que envenenó a mi madre a cucharadas durante meses. Sí hubo una preparación larga y fría. Sí se fabricó una enfermedad sobre un cuerpo que enfermaban a propósito. Todo pasó. Solo que la mano que echaba la sustancia en la manzanilla, tarde tras tarde, en la cocina de Zurbano, no era la mía.

Y ese «casi» es lo que me va a matar. Porque no me acusan de algo que no ocurrió. Me acusan de algo que ocurrió exactamente, con todos sus detalles, sus fechas, su método, su frialdad, y solo se equivocan en una cosa, en la única que importa: en quién. Es la mentira más difícil de deshacer que existe, la que está hecha con la verdad de otro. Para limpiarme yo, tengo que ensuciar a la persona a la que menos podría ensuciar en el mundo. Mi madre lo montó así. Lo veo ahora. Montó una acusación tan pegada a la verdad que la única forma de escapar de ella es contar la verdad entera, y la verdad entera tiene el nombre de mi hija dentro.

—Marta. —Berta me está mirando fijo—. La conozco lo suficiente para saber cuándo alguien me esconde algo, y usted me está escondiendo algo desde que ha entrado. Le está dando vueltas a una cosa que no me cuenta. Y le recuerdo, por si se le olvida, que soy la única persona en el mundo cuyo trabajo es sacarla a usted de esta. Si sabe algo que la ayude, es ahora. ¿Hay algo que yo deba saber?

Y ahí está. La puerta. Le podría contar lo de las fechas. Le podría contar que los síntomas empezaron en febrero, dos meses antes del informe, exactamente cuando empezaron las tardes de Inés en Zurbano. Le podría poner delante mis dos columnas y ver cómo a Berta se le ilumina la cara, porque eso, para una abogada, es oro: una duda razonable, otra persona con acceso y con motivo, la posibilidad de que a mi madre la enfermara alguien que no soy yo. Con eso Berta podría empezar a desmontar el relato de la fiscal. Con eso, a lo mejor, me salvo.

Pero para dárselo tengo que darle a mi hija. Tengo que decir en voz alta, en un despacho, a una profesional que lo va a apuntar, que la única persona que estaba a solas con mi madre dos tardes de cada semana, la única que le preparaba la manzanilla, la única con acceso a aquella cocina tarde tras tarde, era Inés. Mi Inés. De diecisiete años. Tengo que cambiar mi cárcel por la suya. Salvarme entregándola.

Y lo peor, lo que no le puedo confesar a nadie, ni a Berta ni al cura ni del todo a mí misma, es que durante un segundo, uno solo, lo pienso. Pienso en hacerlo. Pienso en abrir la boca, decir el nombre de mi hija, y volver a dormir en mi cama, recuperar mi trabajo, mi calle, mi vida. Un segundo entero lo pienso, con toda la claridad del mundo. Que ese segundo exista, que yo sea capaz de pensarlo, ya me dice qué clase de madre soy, o en qué clase de madre me han ido convirtiendo entre las dos, la muerta y la viva.

—No —digo—. No hay nada.

Berta me sostiene la mirada un segundo de más, y sé que no me cree, y sé que ella sabe que le miento, pero también sé que no puede obligarme a hablar. Suspira, guarda la carpeta, y me dice una cosa que se me clava:

—Usted verá. Pero le aviso de una cosa, y llévesela a casa y piénsela bien: hay clientes a los que no los condena el fiscal. Los condena lo que ellos mismos deciden callar. No sé qué protege usted, Marta. Pero como sea más importante para usted que su libertad, se va a quedar sin las dos cosas.

Me llevo su aviso a casa, como me ha dicho. Lo llevo en el metro, en la compra, en la cena que no ceno. «A algunos los condena lo que ellos mismos deciden callar.» Y le doy vueltas a la palabra que ha usado, proteger, «no sé qué protege usted», porque hasta ella lo ha visto: que aquí hay algo que estoy tapando con mi cuerpo, igual que mi madre tapaba cosas con el suyo. Y me pregunto, con miedo, si no seré después de todo más hija de mi madre de lo que quiero. Si esto de callar para proteger, de sostener una mentira porque la verdad haría daño a alguien de casa, no será lo único que de verdad heredé de ella. La casa se venderá, las cintas se quemarán. Esto no. Esto lo llevo puesto por dentro.

Salgo a la calle de octubre pensando en mi madre, que está muerta y sigue ganando. Porque ahora lo entiendo un poco mejor, y entenderlo es peor que no entenderlo. Ella sabía que alguien la envenenaba. En algún momento tuvo que saberlo, porque a mi madre no se le escapaba nada, menos aún dentro de su propia casa. Y en vez de parar a esa persona, en vez de protegerse, cogió ese veneno que ya corría por sus tardes y lo convirtió en el cimiento de su obra. Construyó su cáncer encima. Me eligió a mí para el final. Y dispuso las cosas de manera que, cuando todo saliera a la luz, la prueba del veneno señalara a la cuidadora y nunca, jamás, a la niña. Yo delante,

para que a la niña no la vieran. Lo que todavía no entiendo, lo que me falta, lo único que me falta, es por qué. Por qué mi madre protegería a quien la estaba matando. Por qué me pondría a mí de escudo de la persona que le echaba veneno en la taza. Qué clase de amor, o qué clase de otra cosa que se disfraza de amor, hace que una mujer se deje envenenar por su nieta y culpe con su último aliento a su hija.

20

Vuelvo a Zurbano con la excusa de vaciar el piso, y me paso la tarde no vaciándolo, sino leyéndolo, como se lee el sitio de un accidente para entender cómo pasó.

El piso de mi madre es mío ahora, por herencia, con todo lo que eso tiene de broma cruel: heredo la casa donde me montaron la trampa. Está tal cual, con su olor a cerrado y a agua de rosas, sus muebles oscuros, sus visillos, el reloj de pared parado porque nadie le ha dado cuerda. Vengo, digo, a empezar a recoger, a decidir qué se dona y qué se tira. Traigo cajas. No lleno ni una. Lo que hago, en cuanto cierro la puerta y me quedo sola en el silencio de esta casa, es reconstruir. Ponerme en el lugar de la investigadora que nunca miró aquí, porque a nadie se le ocurrió mirar aquí, porque el crimen que buscaban lo cometí yo en Sanchinarro y este piso solo era la casa de la pobre señora muerta.

Voy habitación por habitación con una libreta en la mano, como si levantara acta yo también, la mía, la que no va a leer nadie. El cuarto de mi madre, con el precinto retirado hace poco, la cama hecha por manos ajenas, el hueco en la mesilla donde estaba la grabadora que se llevaron. El salón de la partida de cartas, con la mesa camilla y las sillas de las Charos. El aparador donde estaba la caja de membrillo, ahora un rectángulo limpio en el polvo. Cada cosa de esta casa, que conozco desde niña, la miro por primera vez con los ojos con que la habría mirado un policía si a algún policía se le hubiera ocurrido venir. Y todo, absolutamente todo, cuenta la misma historia doble: la de la señora mayor y respetable que vivía aquí y, debajo, la del taller donde se fabricó, pieza a pieza, mi condena.

Empiezo por la geografía, que es lo que mejor se me da, las distancias, los tiempos. El colegio de Inés está a seis calles. Seis. Lo mido en el móvil: once minutos andando, menos si va deprisa una chica de dieciséis. Salía de clase a las cinco y media los martes y los

jueves, las dos tardes que yo le puse. A las seis menos veinte podía estar aquí, con su llave, la llave que yo le di, la de «para que puedas entrar si la abuela está echada». Tenía dos horas largas hasta que yo la llamaba para la cena. Dos horas, dos veces cada semana, a solas con su abuela, en esta casa, sin un solo adulto que las viera, porque el único adulto responsable de vigilar aquello era yo, y yo estaba a media ciudad, en la corregiduría, tranquila, orgullosa de que mi hija estuviera aprendiendo a cuidar.

Reconstruyo la coartada perfecta que sin querer le monté yo misma. Nadie sospecha de una nieta que va a merendar con su abuela dos tardes por semana; al contrario, a todo el mundo le parece bonito. Las Charos la veían llegar con la mochila y decían «qué maja, la nieta de Celia, con lo que están hoy las crías». El portero la saludaba. Yo la llamaba a las ocho, contenta, «¿qué tal la abuela?», y ella «bien, mamá, ya ha cenado», y yo colgaba tranquila, con la conciencia limpia de la madre que ha organizado bien las cosas. Todo el sistema que monté para cuidar a mi madre era, sin yo saberlo, el sistema perfecto para hacerle daño sin que nadie lo viera. La vigilancia que delegué era la puerta. Yo abrí la puerta, di la llave, y me fui a trabajar.

Voy a la cocina. Es donde se hacía la manzanilla, la de mi madre, la de todas las tardes. Aquí está el cazo, aquí el bote de la manzanilla suelta, la buena, la que había que hervir con su piel de naranja. Aquí el cajón de las infusiones. Abro los armarios uno por uno, despacio, sin saber muy bien qué busco, buscándolo igual. Miro detrás de las cosas, debajo, en los sitios donde una guarda lo que no quiere que se vea. No encuentro nada. Claro que no encuentro nada: si mi hija guardó aquí algo aquellas tardes, ha tenido meses para hacerlo desaparecer, y mi hija, ya lo voy sabiendo, no deja cabos. Pero el no encontrar nada no me tranquiliza. Me dice justo lo contrario. Una cocina en la que no queda ni rastro de nada raro, después de lo que pasó en ella, es una cocina que alguien ha limpiado con mucho cuidado.

Cojo el bote de la manzanilla suelta, el de siempre, lo abro, y huele a lo que ha oído toda la vida, a campo seco, a las tardes de mi infancia. Es solo manzanilla. Lo sé antes de olerlo: lo que le echaban a mi madre no iba en el bote, iba aparte, en otra cosa, en algo que se añadía a la taza ya hecha, algo que no dejaba ni olor ni sabor que una vieja confiada notara en una infusión con piel de naranja. Y pienso,

sin querer, en cómo se hace. Hervir el agua, echar la manzanilla, la piel de naranja, colarla, servirla en la taza buena, y en ese último momento, entre la cocina y la mesa, en los tres pasos que hay de un sitio a otro, de espaldas a la abuela, añadir lo otro. Tres pasos. Dos tardes por semana. Cuatro meses. Me tengo que sentar, porque me mareo de verlo tan claro, de reconstruir con esta facilidad de contable un gesto que alguien hizo cientos de veces en esta cocina mientras yo la creía dándole la merienda.

Me siento en la silla en la que se sentaba mi madre, de cara a la que se sentaba Inés, y me quedo mirando el sitio vacío de mi hija, reconstruyendo aquellas tardes que yo imaginé tan tiernas: la nieta y la abuela, la merienda, la manzanilla, las tres generaciones. Y me doy cuenta de que nunca, ni una vez en todos aquellos meses, me pregunté qué se decían aquí las dos cuando yo no estaba. Di por hecho que se querían, porque quería que se quisieran, porque me venía bien que se quisieran. Y a lo mejor lo que había en esta cocina aquellas tardes no era ternura. A lo mejor era otra cosa. Una mujer mayor y una cría, solas, y algo que pasaba entre ellas que yo nunca vi porque nunca miré.

Y entonces cae el pensamiento. Cae solo, sin que yo lo llame, como caen los peores: quizá mi hija siempre fue fría. Quizá no la volvió fría esto, ni la beca, ni yo. Quizá lo fue desde el principio, desde niña, y yo lo llamé «es reservada», «es madura para su edad», «es que piensa mucho las cosas», y le puse a su frialdad nombres bonitos de madre, como mi madre le puso a la suya nombres bonitos toda la vida. Quizá lo que se sentó en esta cocina a echar algo en la taza de su abuela, tarde tras tarde, mirándola beber, no fue una niña arrastrada por nadie, sino alguien que siempre tuvo dentro la capacidad de hacerlo y solo esperaba la ocasión. Quizá crié a una persona capaz de esto y me pasé diecisiete años sin verlo, igual que me pasé seis meses sin ver lo que pasaba en esta casa.

El pensamiento cae, y me deja temblando, y no lo aparto con un «qué cosas pienso, pobre niña». No me lo permito. Llevo toda la vida apartando lo que no quiero ver con nombres bonitos, y así me ha ido. Así que lo dejo ahí, encima de la mesa de la cocina de mi madre, tan feo como es: he pensado que mi hija a lo mejor es fría de nacimiento. Lo he pensado. Y sigo.

Me vienen, sin pedirlos, recuerdos sueltos de Inés pequeña, y los miro ahora con esta luz nueva y fea. La niña que no lloraba cuando se

caía, que se levantaba y se miraba la herida con curiosidad, sin buscarme. La que a los ocho años me anunció, tan tranquila, que su hámster se había muerto, y lo enterró ella sola en una caja de zapatos, sin una lágrima, y volvió a merendar. Yo entonces pensé: qué entera es mi niña, qué fuerte. Ahora no sé si era entereza. No sé si lo que yo llamaba fortaleza no era más que la falta de algo que a los demás nos sobra, y nos estorba, y a veces nos salva. No lo sé. Y no saberlo, de mi propia hija, a la que he tenido en brazos, a la que he bañado, es la soledad más grande que he sentido en la vida.

Lo que he reconstruido esta tarde no me sirve de nada, y esa es la trampa perfecta de mi madre. Sé lo que pasó. Sé quién. Sé cómo. Sé dónde. Podría dibujarlo en un plano, con sus horas y sus distancias, como dibujo todo. Y no puedo hacer nada con ello, porque lo único que podría hacer es entregarlo, y entregarlo es entregarla a ella. Soy la única persona del mundo que ha resuelto este caso, y la única que no puede contar la solución. Mi madre no me dejó solo de acusada. Me dejó de detective mudo, condenada a saberlo todo y a callarlo, que es exactamente el sitio donde ella me tuvo metida toda la vida: sabiéndolo todo de esta familia y sin poder decir nada de nada.

Recojo, por fin, algo, para no volver con las cajas vacías y que Inés no pregunte. Me llevo la vajilla buena, unos manteles, el reloj parado. Cosas que no me importan, para tapar la única cosa que me llevo de verdad de esta casa, que no cabe en ninguna caja. Antes de salir vuelvo a la cocina, no sé por qué, y me quedo un momento en la puerta mirándola, esta cocina normal, con su cazo y su bote de manzanilla y su ventana a un patio, esta cocina donde no ha pasado nada, según cualquiera que la mire, y donde pasó todo. Apago la luz. Y al apagarla pienso una cosa que me acompaña todo el camino de vuelta a Sanchinarro, todo el trayecto en coche a media ciudad: que en esta casa hubo dos personas haciéndole daño a mi madre, cada una a su manera, la que le echaba el veneno en la taza y la que se lo diseñó todo desde la cama, y que yo, la que la lavaba y la peinaba y la quería de verdad, soy la única de las tres que va a ir a la cárcel. En esta familia, al final, siempre paga la que cuida.

21

Charo me da la pista que le faltó a la policía, y me la da sin saberlo, con una taza de café en la mano y las mejores intenciones del mundo.

Coincido con ella en el portal de Zurbano una mañana que subo a seguir con lo del piso. Me ve, duda un segundo entre huir y quedarse, y puede la costumbre de cuarenta años de vecindad: me hace subir a su casa, me sienta en la cocina, me pone un café que no le he pedido. Charo es de las que no saben estar sin hablar, y de las que, cuando hablan, no controlan del todo lo que sale. Me habla de mi madre, de lo buena amiga que era, de la partida de cartas, de lo sola que la ve ahora la escalera sin ella. Y en algún momento, entre pena y pena, sale Inés.

—Qué nieta más buena tenías, hija, eso hay que decirlo —dice Charo, removiendo el azúcar—. Que hoy en día las crías no quieren saber nada de los viejos, y la tuya no faltaba. Martes y jueves, como un clavo. Yo la veía subir con su mochila del colegio. Ni un día faltó, la pobre. Es que ni cuando estuvo mala. Me acuerdo de una tarde de marzo, con una fiebre que se le veía en la cara, coloradita, y yo le dije, Inés, hija, vete a casa, que tu abuela lo entiende, y ella nada, que no, que había quedado en venir. Con fiebre y todo subió. Eso es querer a una abuela.

—Y mira que tu madre, la pobre, algunos días estaba fatal, ¿eh? —sigue Charo, ya lanzada—. Yo se lo decía, Celia, tienes que mirarte eso. Pero fíjate qué cosa, ahora que lo pienso: siempre andaba peor entre semana, la veía yo salir a la compra hecha un trapo los miércoles, y en cambio los domingos como una rosa, hasta bajaba a la partida. Yo pensaba, será que el cansancio se le junta. Cosas de la edad, decía yo. Ay, hija, perdona, que a lo mejor no te tengo que hablar de esto, con lo tuyo.

Y se calla, incómoda, y da un sorbo. No sabe, la pobre Charo, que me acaba de regalar la segunda mitad de la pista: que mi madre

estaba peor entre semana y mejor los domingos. Lo mismo que vi yo en mi cuaderno. Lo que gritan mis dos columnas. Charo lo vio con sus ojos desde el rellano de enfrente, durante meses, y le puso el nombre que se le pone a todo cuando no se quiere ver de verdad: cosas de la edad.

Me quedo con la taza a medio camino de la boca.

Porque yo conozco a mi hija. Y mi hija, con fiebre, no sube seis calles a hacerle compañía a nadie. Mi hija, con fiebre, se mete en la cama y no hay quien la saque, y protesta, y me hace subirle el desayuno. A mi hija no le gustaban esas tardes. Iba porque yo la obligaba, arrastrando los pies, con la cara larga. Una chica así no sube con fiebre, coloradita, «que había quedado en venir», a menos que lo que la lleve a esa casa no sea el cariño. A menos que tenga algo que hacer allí que no puede saltarse. Algo que, si falta un día, se le descuadra. La fiebre no la paró porque lo que hacía en Zurbano tenía un calendario, y el que administra una cosa con calendario no falta, igual que yo no fallaba una toma aunque me cayera muerta de sueño.

Y me acuerdo de esa fiebre, además, porque estaba en mi cuaderno sin que yo supiera leerla. Marzo. Una semana en que Inés arrastró un catarro con décimas y yo le dije que se quedara en casa, que ya iría yo a ver a la abuela. Ella insistió en ir. Insistió. Lo apunté hasta, en la esquina de la hoja, como se apunta una ternura: «Inés va a Zurbano aunque está pachucha, qué maja». Qué maja. Lo escribí con mi mano. Tengo, en mi letra, el momento exacto en que mi hija se negó a faltar a su cita, y lo celebré como un rasgo bonito de su carácter. Toda la historia estaba en mi cuaderno desde el principio. Solo que yo lo leía como el diario de una buena hija, cuando era el registro de un crimen que yo misma llevaba, sin saberlo, con la contabilidad al día. La constancia. Esa constancia que a Charo le parece amor a mí me hiela, porque la reconozco: es la mía. Es la de quien lleva una cuenta y no se permite un hueco.

Y aquí viene lo que no se puede decir, lo que pienso mirando la taza de café de Charo: que mi hija y yo nos parecemos más de lo que soportaría admitir. Esa disciplina de no faltar, de la cuenta que no admite un hueco ni con fiebre, se la he visto yo a alguien toda la vida, y no es a mi madre. Soy yo. Yo le enseñé a Inés, sin querer, sin saberlo, que las cosas importantes se hacen todos los días, sin excusas. Y a lo mejor mi hija solo aplicó a envenenar a su abuela la

misma seriedad con la que yo le enseñé a estudiar. La pienso y me veo. Eso es lo peor. Eso es lo que no le puedo contar ni a Berta.

Charo sigue hablando, ajena, y yo asiento y sonrío y me muero por dentro, y en cuanto puedo me despido, cruzo el rellano y entro en el piso de mi madre con la excusa de siempre y la cabeza en otro sitio.

Voy directa a la cocina. A la lata de la manzanilla. La de siempre, la de la manzanilla a granel que había que hervir con su piel de naranja, la manzanilla con piel de naranja amarga que mi madre tomaba cada tarde de su vida y que en los últimos meses le preparaba Inés. La lata sigue ahí, en su balda, donde ha estado toda la vida. La cojo. Pesa. La abro. Está casi llena. Intacta, o casi, desde agosto, desde que en esta casa dejó de hervirse manzanilla porque se murió la única que la bebía.

Y me quedo mirándola, esta lata tonta de hojalata con su dibujo de flores, y pienso que aquí dentro, en esta manzanilla que huele a campo y a mi infancia y a las tardes buenas, no hay nada. Que la analicen si quieren: es manzanilla y ya está. Que hiervan cada hoja y la pasen por sus máquinas: no encontrarán nada, y ese nada será, para ellos, la prueba de que en esta cocina nunca pasó nada. Lo que enfermaba a mi madre no estaba nunca en la lata. Estaba en la mano que servía. La manzanilla era el vehículo, el disfraz, la cosa buena y de siempre dentro de la cual se colaba lo otro sin que una vieja confiada notara nada raro en su infusión de toda la vida. Mi madre pidió esta manzanilla hasta el último día. La pidió con nombre y apellido, con su piel de naranja, exigente como era. Y se la tomó tarde tras tarde de manos de la persona que se la estaba envenenando, y le decía que estaba rica, y le corregía a Inés que le faltaba naranja, sin saber, o —y esto es lo que me está empezando a caber en la cabeza, y no me cabe— sabiéndolo perfectamente.

Porque esa es la parte que todavía no me entra, la que me hace dejar la lata y agarrarme al borde del fregadero. Que mi madre corrigiera la manzanilla. Que mi madre, si sabía, y algo me dice que al final lo sabía, se tomara tarde tras tarde de manos de su nieta la infusión que la enfermaba, y encima pidiera más naranja, y encima se la elogiara. Que una mujer se deje envenenar con la taza en la mano, dando indicaciones sobre el punto de la piel, es algo que no cabe en ninguna de mis columnas. Para eso no tengo casilla. Y sin embargo pasó, en esta cocina, con esta lata.

Dejo la lata donde estaba. No me la llevo. No sé por qué, pero me parece importante dejarla donde estaba, en su balda, como estaba, testigo mudo de todo, por si algún día alguien mira esta cocina con los ojos con que la miro yo ahora. Aunque sé que nadie la va a mirar así. Que soy la única. La única que sabe que en esta cocina normal, con su lata de manzanilla intacta y su ventana al patio, se cocinó durante cuatro meses el principio de todo esto, dos tardes por semana, a fuego lento, mientras yo llamaba a las ocho para preguntar qué tal había cenado la abuela.

Bajo a la calle. Me tiembla un poco la mano con la llave.

Por un momento, en el descansillo, pienso: Charo. Charo es un testigo. Charo podría subir a un juicio y contar lo de la fiebre, lo de los miércoles, lo de que mi madre empeoraba entre semana y revivía los domingos. Eso es algo. Eso apunta a que a mi madre le pasaba una cosa ligada a las tardes de entre semana, una cosa que no soy yo, porque yo los miércoles estaba en la correduría, a media ciudad, con cien testigos. Se lo podría llevar a Berta mañana mismo. Y me paro con la mano en la barandilla, porque enseguida veo el problema de siempre, el único, el que tiene forma de hija: que si Berta tira de Charo, de la fiebre, de los miércoles, la cuerda entera lleva a las tardes de entre semana, y esas tardes llevan a Inés, y no hay forma de soltar un solo cabo de esta madeja sin que salga ella al final. Cada prueba que me salva la señala a ella. Mi madre lo tejió así. No me dejó ni un hilo que yo pudiera tirar a solas. Y pienso, cerrando el portal, que la pista que a mí me acaba de partir en dos, la de la niña que subía con fiebre y no faltaba nunca, lleva meses ahí, al alcance de cualquiera, en la boca de Charo, que la cuenta como una anécdota bonita de una nieta ejemplar. La verdad lleva todo este tiempo suelta por la escalera de Zurbano, contándose sola en las cocinas, y nadie la ha oído, porque para oírla hay que saber antes lo que yo sé, y lo que yo sé no se lo puedo contar a nadie.

22

Le tiendo una trampa a mi hija durante la cena, con la mesa puesta y la tortilla en el plato, y me sale mal, o demasiado bien, según se mire.

Llevo días preparándola, la trampa, dándole vueltas como le doy vueltas a todo, buscando la manera de saber sin preguntar, de mirarle la cara a Inés cuando oiga ciertas palabras y ver si se le mueve algo. Porque preguntar directamente no puedo. Si le pregunto «¿tú le hiciste algo a la abuela?», o me miente y ya no hay vuelta atrás, o me dice la verdad y entonces yo lo sé oficialmente, lo sé de una manera que me obliga, y no estoy lista para las cosas a las que me obligaría saberlo del todo. Así que hago lo de los cobardes y lo de los contables: en vez de abrir la caja, la sacudo con cuidado, a ver qué suena dentro.

Me da asco hacerlo, todo hay que decirlo. Tenderle una trampa a tu hija en tu propia cocina, estudiarle la cara mientras cena, cronometrarle los silencios, es una de esas cosas que una jamás pensó que haría, que están fuera del mapa de la vida que creía que iba a tener. Yo iba a ser la madre que ayuda con los deberes y aguanta los portazos y llora el día que la niña se va a la universidad. No la que le pone cebos a su hija en la mesa para ver si envenenó a la abuela. Pero aquí estoy. La vida te lleva a sitios que no vienen en ningún folleto, y este es uno, y no hay de dónde agarrarse.

Empiezo por lo de Charo. A media cena, sin levantar la vista del plato, como quien comenta el tiempo, suelto:

—He visto a Charo esta mañana. Me ha estado hablando de ti. Dice que ibas a ver a la abuela hasta con fiebre, que no faltabas ni un día. —Y ahí levanto los ojos, rápido, para pillarle la cara—. Qué buena nieta fuiste, hija.

Inés mastica, traga, y me sostiene la mirada sin un temblor.

—Me daba pena la abuela sola —dice—. Ya está.

Nada. Ni un parpadeo raro, ni un rubor, ni una mano que se mueva de más. Lo dice con la cantidad exacta de pena que tendría una nieta normal al recordar a su abuela muerta, ni más ni menos. Si yo no supiera lo que sé, me lo creería enterito. Es más: me lo creo igual, aunque sé lo que sé, esa es la parte que me deja fría.

Porque una mentira buena no es la que engaña a quien no sabe. Esa es fácil. Una mentira buena es la que sigue funcionando aunque sepas que es mentira, la que te hace dudar de lo que sabes. Y eso es lo que hace mi hija. No es que mienta bien. Es que su mentira es más cómoda de creer que mi verdad, y ella lo sabe, y se apoya en eso, en las ganas que tengo yo de creerla. Igual que mi madre se apoyaba en las ganas que tenían todos de ver a una hija devota. Nos conocen los deseos. Saben lo que queremos creer, y nos lo sirven en bandeja.

Pruebo otra vez, un poco más cerca del hueso. Le cuento que he estado ordenando la cocina de Zurbano, que la voy a vaciar, que hay que decidir qué se tira. Y añado, ligera, revolviendo mi plato:

—La lata de la manzanilla de la abuela sigue ahí, llena. No sé si tirarla o qué. Con la manía que le tenía ella a esa manzanilla, ¿te acuerdas?

Y la miro. Este es el cebo bueno. Si algo hay, aquí tiene que asomar.

Inés deja el tenedor. Me mira. Y hace algo que no me espero: sonrío un poco, una sonrisa triste, de las de recordar.

—Me acuerdo. Que le echara la piel de naranja o me montaba un número. —Bebe agua—. Tírala, mamá. ¿Para qué la quieres? Es solo manzanilla.

«Es solo manzanilla.» Lo dice mirándome a los ojos, tranquila, y por un segundo me pregunto si no seré yo la que se está volviendo loca, si no me estaré inventando un monstruo por no soportar la verdad más simple, que mi madre no tenía cáncer y yo la maté y no hay más misterio, y todo lo demás son cuentos que me cuento para no ser la única culpable.

Es una tentación enorme, esa. Rendirme a la explicación fácil. Sería casi un alivio: yo soy la mala, yo maté a mi madre sana, se acabó el misterio, y mi hija es una cría normal que perdió a su abuela y a la que su madre, enloquecida de culpa, ha empezado a mirar como a una asesina. Qué descanso sería creer eso. Volver a tener una hija limpia aunque yo siga sucia. Casi lo prefiero. Casi. Y si no me rindo a esa tentación, si no dejo caer todo esto y me quedo con que la

loca soy yo, es solo por una cosa: por las fechas. Las fechas no se inventan. Los vómitos de febrero, dos meses antes del papel, no me los cuento yo para consolarme. Están escritos. Y una madre puede engañarse con casi todo lo que tenga que ver con su hija, con casi todo, menos con una columna de números que no cuadra. Porque mi hija, ahí sentada, con su sonrisa triste y su «es solo manzanilla», es la viva imagen de la inocencia. Y entonces me acuerdo, justo a tiempo, de las cintas. De cómo mi madre montó una confesión con verdades. De que en esta familia la inocencia también se fabrica, también se ensaya, también se sirve con la cara adecuada. Y que la persona que tengo delante ha tenido la mejor maestra del mundo en el arte de parecer lo que conviene.

Y me pregunto, no por primera vez, cuánto de esto le enseñó mi madre y cuánto lo trae Inés de fábrica. Si mi madre encontró a una niña ya preparada y solo la afinó, o si la fue construyendo ella, tarde a tarde, en aquella cocina, mientras yo creía que le enseñaba a hervir manzanilla. No lo sé. A lo mejor las dos cosas. A lo mejor mi madre reconoció en Inés algo que corre por la sangre de las tres, algo que también hay en mí y que yo he tapado toda la vida con el trabajo y las listas y el empeño de ser buena, y decidió sacarlo a la luz en la única de nosotras que todavía era barro fresco. Dejar una copia de sí misma andando por el mundo. A lo mejor esa fue su obra de verdad, y su muerte solo el marco que le puso.

No pruebo una tercera vez. No hace falta. Ya sé lo que necesitaba saber, aunque no sea lo que quería. Lo que necesitaba saber es que a mi hija no la voy a pillar así, ni con trampas, ni con cebos, ni sacudiendo la caja. Que Inés no se rompe. Que puedo ponerle delante la manzanilla, la fiebre, Zurbano, lo que sea, y ella me va a devolver la pelota lisa, sin aristas, con la dosis justa de pena de nieta, mirándome a los ojos. A los diecisiete años. Yo a los diecisiete no sabía mentir ni para llegar tarde a casa. Mi hija miente como respira, sin esfuerzo, sin culpa visible, y lo hace delante de su madre, que la conoce desde antes de que naciera, y su madre no encuentra la grieta. No hay grieta.

Y ahí, en la mesa de la cocina, con la tortilla enfriándose, me nace un sentimiento nuevo que no había tenido nunca hacia mi hija en diecisiete años, y que me da vergüenza y me da pena y me da, sobre todo, un frío que no se me va: miedo. Miedo de ella. No miedo por ella, que ese lo he tenido siempre, el de las madres, el de que no le

pase nada malo. Este es el otro, el que va al revés. Miedo de la persona que tengo enfrente. Miedo de estar cenando cada noche con alguien capaz de lo que empiezo a saber que es capaz, y de sonreírme después con esa sonrisa triste. Duermo bajo el mismo techo que ella. Le lavo la ropa. Le hago la cena. Y le tengo miedo. Se puede querer y temer a la misma persona a la vez, con la misma fuerza, y no saber, de una cucharada a la siguiente, cuál de las dos cosas va ganando.

Y pienso en cosas concretas, tontas, domésticas, que de repente pesan distinto. Que ella me prepara el café algunas mañanas, y me lo trae, y yo me lo bebo. Que cocina, a veces, cuando yo llego tarde. Que hay mil momentos al día en que lo que como o lo que bebo ha pasado por sus manos antes de llegar a las mías, igual que pasaba por las de ella lo de la abuela. No es que crea que Inés me vaya a hacer nada. No lo creo. Pero que la idea pueda siquiera cruzarme la cabeza, que yo mire el café que me ha traído mi hija y por una milésima de segundo dude, ya me dice hasta dónde ha llegado esto, hasta dónde nos ha traído mi madre a las dos. Ha conseguido que una madre desconfíe del café que le trae su hija. Muerta y todo, sigue rompiendo cosas en esta casa. Y la que las paga, la que se queda mirando su taza con recelo en su propia cocina, vuelvo a ser yo.

Recojo la mesa. Ella sube a su cuarto. Y yo me quedo fregando los platos despacio, mirando por la ventana la noche de Sanchinarro, entendiendo por fin que si quiero saber la verdad de esta casa no me la va a dar mi hija. A mi hija no se le saca nada que ella no quiera dar. La verdad, si la quiero, la voy a tener que encontrar yo sola, con mis manos, buscándola como se busca una prueba: en las cosas, no en las personas.

Y sé por dónde voy a empezar. Por donde no ha limpiado nadie. Por donde mi madre, que guardaba las cintas por fechas, pudo guardar también lo demás, porque una mujer que archiva la voz de su hija para usarla no tira una prueba tan buena como la que tenía contra su nieta. En algún rincón de aquella casa, si la conozco, y la conozco, mi madre guardó lo que le quitó a Inés de las manos. Y si lo guardó, yo lo encuentro, aunque tenga que levantar el piso baldosa a baldosa.

Encuentro lo que busco un jueves por la tarde, detrás de los tomos de una enciclopedia que nadie ha abierto en treinta años, y ojalá no lo hubiera encontrado nunca.

Llevo tres días registrando Zurbano como no lo registró la policía, porque la policía vino a levantar un cadáver y a precintar un cuarto, no a buscar lo que busco yo, que ni siquiera sé qué es hasta que lo tengo en la mano. Registro como registraría mi madre: pensando como ella. ¿Dónde escondería una cosa una mujer que no se fía de nadie, que grababa a su propia hija, que guardaba las pruebas por fechas en una caja de dulce? No en un cajón. No en un joyero. En un sitio aburrido, a la vista, que nadie mira dos veces.

Llevo tres tardes en esto. He abierto cajas de fotos, he palpado forros de abrigo, he mirado detrás de los cuadros, he metido la mano en los bolsillos de la ropa que todavía huele a ella. Me he sentado en su sillón a pensar como pensaba ella, a preguntarme dónde pondría yo una cosa si fuera mi madre y la quisiera cerca pero invisible, a mano pero a salvo. Y he ido descartando, como descarto columnas, hasta que solo me quedó el despacho: el único cuarto de la casa que ella no usaba, el de mi padre muerto, el que conservó intacto por puro qué dirán, porque una viuda decente guarda el despacho del marido. Ahí. En el cuarto que fingía no tocar. Cómo no.

Voy por las estanterías del despacho de mi difunto padre, esas que mi madre conservó por pura fachada, llenas de libros que no leyó jamás, y detrás de la letra Q de una enciclopedia de tapas verdes, en el hueco entre los lomos y la pared, mi mano da con algo que no es un libro.

Es un sobre acolchado, pequeño. Dentro hay un frasco. Un frasco de cristal de los de farmacia antigua, pequeño, sin etiqueta, sin nombre, sin nada que diga qué es o qué fue. Está casi vacío. No lo abro. No pienso abrirlo, ni olerlo, ni tocar lo que quede dentro,

porque no quiero saber qué es y porque, si algún día esto sirve para algo, tiene que seguir siendo exactamente como está. Lo que sé, lo único que necesito saber, lo sé sin abrirlo: esto es lo que se echaba en la manzanilla. Esto es el cimientito. Esto es lo que enfermó a mi madre desde febrero. Lo tengo en la mano, envuelto en un pañuelo para no dejar más huellas de las necesarias, y me tiembla el pañuelo.

Pienso, absurdamente, en lavarme las manos. En tirarlo por el váter y no haberlo visto nunca. Sería tan fácil. Un gesto y desaparece, y con él la mitad de lo que sé, y podría volver a ser una mujer que solo mató a su madre por error, sin esta otra cosa encima, sin esta prueba que quema en la palma. Pero no lo tiro. Lo vuelvo a meter en su sobre con el mismo cuidado con que se maneja algo vivo y peligroso, porque una parte de mí, la contable, la que no se apaga nunca, ya está calculando que este frasco tonto sin etiqueta es lo único en el mundo que podría, algún día, si yo quisiera, cambiarlo todo. Y que a la vez es lo único que no puedo usar sin destruir a mi hija. La prueba que me salva y la que la hunde son el mismo frasco. Otra vez. Siempre la misma trampa, montada por la misma mujer.

Pero no es el frasco lo que me sienta en el suelo del despacho con la espalda contra la estantería. Es lo que hay con él en el sobre. Un papelito doblado, y en el papelito, la letra de mi madre. La misma de las etiquetas de las cintas, la misma de las listas de la compra de mi infancia. Una sola línea, con una fecha de mediados de marzo, y debajo tres palabras:

«Se lo quitó.»

Se lo quitó. Tres palabras, y con ellas mi madre me confirma desde el otro lado todo lo que yo no me atrevía a terminar de pensar. Que en marzo pilló a alguien. Que a ese alguien le quitó esto de las manos. Que supo, desde marzo, lo que estaba pasando en su cocina, quién se lo hacía y con qué. Lo supo. Y lo guardó, con su fecha, como guardaba todo, en vez de llamar a la policía, en vez de llamarme a mí, en vez de proteger su propia vida. Guardó la prueba y siguió bebiéndose la manzanilla cinco meses más. Con esto en su poder. Sabiendo.

Y aquí es donde se me vuelve a caer el mundo, porque esto no lo entiendo, no lo puedo entender por más vueltas que le dé con toda mi cabeza de números. Se lo quitó en marzo. Podía haberla parado. Una palabra suya, y su nieta se metía en un lío del que no sale, sí, pero ella se salvaba la vida. Y no lo hizo. Se quedó el frasco, se quedó

callada, y siguió pidiéndole a la niña la manzanilla de siempre, la de la piel de naranja, tarde tras tarde, hasta agosto. ¿Qué mujer hace eso? ¿Qué le pasa por dentro a una abuela para descubrir que su nieta la envenena y decidir, en vez de pararla, guardarse la prueba y seguir bebiendo? No lo sé. Es el agujero que me queda. Todo lo demás lo he reconstruido pieza a pieza, y encaja. Esto no encaja en ningún sitio. Esto es de otro orden, y es lo que de verdad tengo que entender antes de poder mirar a mi madre a los ojos, aunque solo sean los ojos de una foto.

Me quedo mucho rato ahí sentada, en el suelo del despacho, con el frasco en una mano y la nota de mi madre en la otra, y por primera vez desde que empezó todo esto no lloro de miedo ni de culpa, sino de una rabia limpia, enorme, que no tiene fondo. Rabia contra mi madre, que tuvo la solución de todo en la palma de la mano, en marzo, y eligió no usarla. Que pudo parar esto con una llamada y en vez de eso lo convirtió en su obra. Que me dejó a mí, cinco meses después, matándola sin saber, con las manos limpias que ella ensució a propósito. La odio tanto, sentada en su suelo, que me asusta, y no me pido perdón por odiarla, porque esta vez el odio es lo único cuerdo que siento.

Esa noche, en casa, hago la última cosa que me quedaba por hacer, la que llevaba semanas sin atreverme. Espero a que Inés se duerma, entro en su cuarto como una ladrona, cojo su móvil de la mesilla y le pongo el dedo dormido en el sensor, con un cuidado y una vergüenza que no le deseo a ninguna madre.

Cruzo con eso una línea que no sabía que existía hasta que la tuve delante: la de espiar el teléfono de tu hija dormida usándole el dedo como una llave que ella no te ha dado. Hay cosas que, una vez hechas, ya no se deshacen, aunque no se entere nadie, porque las sabes tú. Yo voy a saber el resto de mi vida que le puse a mi hija el dedo dormido en el móvil para leerle los secretos. Da igual lo que encuentre. Ese gesto ya lo he hecho. Ya soy también esa madre. No busco mucho. No me hace falta. Voy a sus conversaciones con Naiara, bajo hasta el invierno, hasta febrero y marzo, y ahí está, delante de mis ojos, lo que ella escribió cuando creía que no lo leería nadie. Mensajes de una cría a su mejor amiga. Ninguno dice «estoy envenenando a mi abuela». Claro que no. Lo que dicen es peor, porque es ambiguo, porque es de verdad, porque suena a lo que suena una adolescente desesperada por salir de una jaula: «ya falta

menos». «Si la ingresan me voy contigo.» «Aguanta, que en nada estamos fuera.»

Los leo dos veces, tres. Y por más que los leo no encuentro la frase que me condenaría a odiarla del todo, ni tampoco la que la salvaría del todo. No hay un «la voy a matar». No hay tampoco un «me da pena, no puedo seguir». Hay una adolescente contándole a su amiga que aguanta, que ya falta poco, que en cuanto se rompa la casa se van juntas. Ambiguo hasta hacer daño. Lo podría leer un policía y ver a dos crías planeando una escapada de fin de curso. Lo puedo leer yo, que sé lo que sé, y ver el diario de alguien que cuenta los días de un plan. Las mismas palabras. Otra vez las mismas palabras que dicen dos cosas según quién las lea y qué sepa. En esta familia nos comunicamos todas en un idioma que se traduce de dos maneras, y siempre, siempre, la traducción amable es la que queda por escrito.

Dejo el móvil donde estaba. Salgo del cuarto. Y me quedo en el pasillo a oscuras, con la espalda pegada a la pared, entendiendo por fin la forma entera de la desgracia, o casi entera, porque todavía me falta el porqué de mi madre, pero la de mi hija ya la veo: una niña a la que le quité un futuro en enero y encerré con una vieja en febrero, buscando la manera de romper la casa para poder escapar. No quería matar a nadie. Quería que la ingresaran. Quería que aquello se rompiera para colarse por la grieta y largarse con Naiara, a la vida, a Dublín, a donde fuera con tal de que no fuera aquí.

Y lo que me deja sin aire, lo que me hace resbalar hasta el suelo del pasillo, es que la entiendo. Que Dios me perdone, entiendo a mi hija. Yo le quité Dublín. Yo la encerré. Yo le dije «porque ahora te necesito aquí» y le robé el año y el futuro y las ganas, con la mejor intención del mundo, como todo lo malo que se hace en esta familia. Mi hija buscó una salida a la jaula que le monté yo. Que la salida fuera esa, que fuera capaz de esa, es cosa suya, y de su abuela, y de lo que sea que llevara ya dentro. Pero la jaula la puse yo, con mis manos, y esa parte no se la puedo cargar a ningún muerto. Mi hija no es un monstruo de los de las películas. Es algo mucho peor y mucho más triste: es una cría lista y herida que encontró una salida terrible y la tomó, y que se topó por el camino con la única persona de esta familia más fría y más paciente que ella, su abuela, que en vez de pararla la usó. Dos náufragas agarradas al mismo tablón, empujándose la una a la otra para no ahogarse, y yo, sin enterarme, remando hacia ellas con la cena caliente.

24

Espero al sábado, cuando no hay colegio ni firma ni nadie en casa, para preguntarle a mi hija si mató a su abuela.

Llevo el frasco tres días guardado, sin decírselo a Berta, sin decírselo a nadie, y tres noches sin dormir decidiendo qué hago. Podría no hacer nada. Podría seguir como estamos, madre e hija, cada una en su cuarto, fingiendo, hasta el juicio y después del juicio, para siempre. Mucha gente vive así, callando lo que sabe del otro, envejeciendo encima de un pozo tapado. Podría. Pero no puedo, porque yo necesito saber, es mi enfermedad y mi única fuerza a la vez, no sé vivir con una casilla en blanco, y hay una, la del porqué de mi madre, que no voy a rellenar nunca si no empiezo por la única persona viva que estuvo dentro de esto. Así que elijo el sábado. Y me siento a esperarla en la cocina como se espera lo que no tiene vuelta atrás.

He ensayado esta conversación cien veces en la cabeza, y ninguna se parece a esta, porque en todas las de la cabeza yo tenía el control, y ahora, sentada frente a ella en la cocina, con el frasco dentro de su sobre encima de la mesa, entre las dos, no controlo nada. Inés mira el sobre. Sabe lo que es. Se le ve saberlo en la quietud con que se queda, esa quietud suya que yo confundí toda la vida con calma.

No hace ninguna de las cosas que haría alguien inocente. No pregunta qué es eso. No dice «mamá, ¿qué pasa?». No se extraña. Una persona a la que le pones un sobre en la mesa y no pregunta qué contiene es una persona que ya sabe qué contiene. Ese silencio suyo, esa falta de preguntas, es lo primero que me confirma, antes de que diga una palabra, que no me he vuelto loca, que las fechas tenían razón, que mi hija sabe exactamente de qué vamos a hablar y llevaba, quizá, esperándolo tanto como yo temiéndolo.

—Lo encontré en casa de la abuela —digo—. Con una nota suya. Dice que te lo quitó en marzo. —Espero. Nada—. He leído tus

mensajes con Naiara, Inés. Los de febrero. Los de marzo. Sé lo que hacías en aquella cocina las tardes que yo te mandaba. Necesito que me lo digas tú.

Se hace un silencio largo. Mi hija no llora, no se derrumba, no me grita que cómo me atrevo. Coge aire, lo suelta despacio, y cuando habla lo hace con una voz tranquila que me da más miedo que cualquier grito.

—Yo solo quería que la ingresaran —dice—. Ya está. Eso es lo que quería.

Y ahí está. La confesión que llevo meses temiendo, y es más pequeña de lo que temía, y por eso es peor, porque es verdad. Le pido que me lo explique. Y me lo explica, con una calma de adulta que no debería tener a los diecisiete, mirándose las manos.

—Si se ponía mala de verdad, muy mala, la ingresaban. Y si la ingresaban, tú ya no tenías que cuidarla en casa. Se rompía todo esto. Y yo me podía ir. —Levanta la vista—. No quería matarla, mamá. Nunca quise eso. Le echaba muy poco, lo justo para que pareciera que empeoraba, para que hubiera una crisis y la metieran en un hospital. Buscaba que se rompiera la casa. No que se muriera. Eso te lo juro.

—¿Y cómo sabías —le pregunto, y me oigo la voz rara— cuánto era poco? ¿Cómo sabe una cría cuánto es lo justo para enfermar a alguien sin matarlo?

Se encoge de hombros, y hay algo terrible en lo poco que le cuesta contestar.

—Probando. Al principio muy poquito, casi nada. Y miraba cómo estaba. Si aguantaba bien, un poco más a la semana siguiente. Como cuando te enseñan a echar la sal a ojo. —Se calla—. Suena horrible dicho así.

—Suena horrible porque es horrible, Inés.

—Ya. —Y no lo discute. No se defiende. Mira el horror de frente, como mira ella las cosas, sin apartar los ojos. Y esa capacidad suya de mirar de frente lo que ha hecho, sin llorar, sin excusarse, es a la vez lo que más me asusta de ella y, que Dios me perdone, lo que más se parece a la valentía.

—Le estuviste dando algo cuatro meses, Inés.

—Poco. Muy poco. Miré mil veces que no fuera demasiado. —Y por primera vez le tiembla algo en la voz, una grieta fina—. Yo hacía las cuentas, mamá. Como tú. Tenía cuidado.

Tenía cuidado. Mi hija envenenaba a su abuela con cuidado, haciendo las cuentas, como le enseñé yo a hacerlo todo, y me lo dice buscando que yo lo entienda, que vea que ella no es un monstruo, que ella medía. Y lo peor es que la entiendo. Me tengo que agarrar a la mesa para no entenderla del todo.

Y pienso una cosa que no se debe pensar, que ninguna madre debería ser capaz de pensar: que me da igual. Que en este momento, oyéndola explicarme con cuidado cómo dosificaba lo que le echaba a su abuela, lo que siento con más fuerza no es horror. Es alivio. Alivio de que me hable. Alivio de tenerla enfrente diciéndome algo verdadero por fin, aunque lo verdadero sea esto. Prefiero a esta hija, la que envenenaba con cuentas y me lo cuenta, que a la de mármol de los últimos meses que me callaba. La quiero igual. La querría igual pasara lo que pasara. Y saber eso de mí misma, aquí, con el frasco en la mesa, es lo más parecido a la locura que he sentido nunca. No me lo perdono. Y no lo cambio.

Pero hay un hueco en lo que me cuenta, y es el hueco que necesito.

—¿Y la abuela? —pregunto—. Si te lo quitó en marzo, si te pilló, ¿por qué seguiste? ¿Por qué te dejó seguir? ¿Qué pasó entre vosotras dos, Inés, desde marzo?

Y ahí se cierra. Lo veo cerrarse en tiempo real, como se cierra una puerta, despacio y sin ruido. La grieta de la voz desaparece. La cara se le vuelve lisa otra vez. Y me mira con unos ojos que no reconozco, los ojos de alguien mucho mayor que yo, alguien que sabe cosas que yo no sé y que ha decidido que no las voy a saber.

—Es que no lo entiendes —dice, y por un segundo casi suena a la niña que fue—. No es que no quiera contártelo. Es que hay cosas que no son solo mías. La abuela y yo... —Se para. Elige. Y elige el silencio—. No. Déjalo.

—Eso no me lo puedes dejar así, Inés.

—Eso no te lo puedo contar —repite, y vuelve a ser de piedra.

—Inés, soy tu madre, me estoy jugando la...

—Ya sé lo que te estás jugando. —Se levanta. Recoge su vaso, lo lleva al fregadero, lo enjuaga, lo pone a escurrir. De espaldas a mí, con el grifo todavía goteando, dice la cosa que me parte el sábado en dos—: Lo de la abuela es entre la abuela y yo. Y ella ya no está para contarlo, así que no está para contarlo nadie. Lo mío te lo he dicho. Quería que la ingresaran. Con eso te tiene que bastar, porque es lo

único que hay que sea solo mío. Lo demás no me pertenece solo a mí, y no lo voy a repartir.

Se vuelve. Ya no queda nada de cría en su cara.

—Y ahora te voy a preguntar yo una cosa, mamá, ya que estamos diciéndonos verdades. —Traga—. ¿Por qué me quitaste Dublín? ¿Por qué en enero, cuando yo tenía la beca, cuando tenía la salida, me soltaste aquello de «porque ahora te necesito aquí»? Yo no le hice nada a la abuela hasta febrero. Hasta después de eso. Piénsalo. —Le tiembla la barbilla una sola vez, y la domina—. Tú cerraste mi puerta primero. Yo solo busqué una ventana.

Me quedo sin respuesta, porque tiene razón. En lo suyo está monstruosamente equivocada —en lo del veneno, en lo de la abuela, en todo—, pero en esto tiene razón como un cuchillo: yo cerré primero. Yo, en enero, con mi «te necesito aquí», empecé a levantar la casa de la que ella intentó escapar por el peor sitio. No lo puedo negar. No le puedo decir que se equivoca, porque no se equivoca. Y descubro que es posible que una hija te haga la acusación más justa de tu vida en el mismo minuto en que te confiesa lo más monstruoso, y que las dos cosas sean verdad a la vez, y que te toque sostenerlas juntas sin que ninguna borre a la otra.

Y se va a su cuarto, y no da un portazo, mi hija nunca da portazos, cierra la puerta con un clic suave y educado que resuena en toda la casa más que un golpe, y me deja sola en la cocina con el frasco encima de la mesa, con su media confesión, con su pregunta clavada en mitad del pecho, y con la certeza nueva y espantosa de que mi hija tiene parte de razón, de que esto empezó en una decisión mía de enero, y de que en esta historia no hay una culpable y dos inocentes, sino tres mujeres que se fueron cerrando puertas unas a otras hasta que la única salida que quedó abierta fue la peor de todas.

Y en medio de las tres, la abuela, muerta, que fue la que mejor supo jugar con las puertas de las demás, la que convirtió el error de una nieta y el cansancio de una hija en una máquina para hacerse la víctima y la verdugo a la vez. Porque es lo que todavía no me cabe, lo que Inés se acaba de llevar a su cuarto sin contarme: qué hizo mi madre con lo que descubrió en marzo. Cómo cogió a esta niña asustada que solo quería una ventana y la convirtió en el instrumento de algo mucho más grande que ella. El pacto entre las dos, ese que Inés dice que no le pertenece contar sola, es la pieza que me falta. Y es la única que ya no le puedo sacar a nadie preguntando, porque

una de las dos que lo firmaron está muerta y la otra acaba de cerrar la puerta con un clic.

Miro el frasco. Miro la puerta cerrada de mi hija. Y entiendo que acabo de tocar el fondo de lo que puedo saber preguntando, y que del fondo o se sube o una se queda a vivir ahí, y yo todavía no sé cuál de las dos cosas voy a hacer. Lo único que sé es que ya no voy a poder dejar de mirar.

DOCUMENTO G

(Extracto de la conversación de mensajería entre Inés y Naiara, febrero–marzo. Recuperada del terminal de la menor.)

Diligencia: los mensajes se transcriben literalmente, respetando la redacción original. Se seleccionan los intercambios de interés para la instrucción; se omiten los ajenos al objeto. La menor N. A. S. figura como «Inés»; su interlocutora, como «Naiara».

3 feb

Inés: me han quitado dublín naiara. oficialmente. adiós beca

Naiara: ¿QUÉ? ¿por qué??

Inés: porque mi madre dice que ahora me necesita aquí. para la abuela y para todo

Naiara: no me lo puedo creer. con lo que curraste para eso

Inés: pues ya ves. me han encerrado y encima con llave

12 feb

Inés: no aguanto más aquí naiara te lo juro

Naiara: ¿tan mal está la cosa?

Inés: peor. mi madre no me suelta ni para respirar. lo de dublín ni lo nombres

Naiara: qué injusto todo tía

26 feb

Inés: hoy toca abuela otra vez

Naiara: ánimo bombón. ¿cómo está la señora?

Inés: floja. va cada vez a menos

Naiara: normal con la edad

Inés: ya. si se pone peor de verdad la tienen que ingresar

Inés: y si la ingresan me voy contigo

Naiara: ojalá jajaja qué mala eres

Inés: no es maldad naiara. es que necesito salir de esta casa como sea

9 mar

Naiara: ¿alguna novedad con el plan?

Inés: lento. pero va

Inés: ya falta menos

Naiara: aguanta ahí que en verano nos piramos las dos

18 mar

Inés: hoy me he encontrado fatal y aun así he ido

Naiara: pero tía con fiebre no vayas

Inés: tengo que ir. hay cosas que no puedo dejar a medias

Naiara: eres muy responsable para unas cosas y muy loca para otras jaja

Inés: aguanta. en nada estamos fuera

31 mar

Naiara: oye ¿estás rara estos días o me lo parece?

Inés: no sé. ha cambiado una cosa

Naiara: ¿mejor o peor?

Inés: no lo tengo claro todavía

Inés: solo que ahora ya no depende solo de mí

Naiara: no te entiendo nada tía

Inés: da igual. tú aguanta el verano que nos vamos igual

CUARTA PARTE

La nieta

25

Después de aquel sábado, mi hija y yo aprendemos a vivir juntas sabiendo, que es una forma de convivir que no le deseo a nadie.

No hablamos de lo que pasó. Ni una vez más. La confrontación fue el sábado y el domingo ya estábamos las dos otra vez en la cocina desayunando como si nada, ella con sus tostadas, yo con mi café, dándonos los buenos días con una educación de hotel. Es lo que hay ahora entre nosotras: educación. Antes había gritos, portazos, la vida normal de una madre y una adolescente que se quieren y se sacan de quicio. Eso era ruido de familia. Esto es otra cosa. Esto es el silencio cortés de dos personas que comparten un secreto tan grande que ya no caben las tonterías. Me pasa el pan sin que se lo pida. Yo le plancho la blusa del lunes. Nos movemos por la casa con una suavidad nueva, sin chocar, como dos personas que saben que cualquier roce puede encender algo que es mejor no encender. Convivir sabiendo es eso: bajar el volumen de todo, hasta el de respirar.

Nos hemos vuelto corteses de una manera que asusta. «¿Queda café?» «Sí, gracias.» «¿Necesitas algo del súper?» «No, mamá, ya voy yo.» Frases de compañeras de piso educadas, no de madre e hija. Y lo más raro es que funciona. La casa va. Se come, se limpia, se plancha, se vive. Por fuera, cualquiera que nos viera cenar diría que somos una familia tranquila, de esas sin problemas. Y a lo mejor eso es lo que más me asusta de todo: lo bien que se puede vivir encima de una cosa así, con qué facilidad el horror se vuelve rutina, costumbre, dos platos y dos vasos puestos cada noche a la misma hora por dos personas que no se atreven a mirarse mucho rato.

Y en medio de ese silencio me entra el miedo nuevo, el de los aparatos.

Empieza por una cosa que me dijo Berta hace semanas y a la que entonces no hice caso. Me dijo, con su sequedad de siempre: «Cuide

lo que dice y dónde lo dice. En su situación, dé por hecho que cualquier cosa puede acabar grabada y en un juzgado. No se fíe ni del teléfono.» Yo lo oí como se oyen las advertencias de los abogados, con media cabeza.

Se lo pregunté, en su momento, medio en broma: «¿Usted cree que me pinchan el teléfono, Berta?» Y ella, sin sonreír: «No lo sé, y ese es el problema. En un caso así entra en juego mucha gente y mucho interés. Trabaje como si sí. Sale más barato que trabajar como si no y equivocarse.» Trabaje como si sí. Me lo apunté hasta, con mi manía de apuntarlo todo, y luego lo olvidé, porque una no puede vivir dando por hecho que la escuchan. O eso creía yo entonces, cuando todavía me quedaba dentro un poco de la mujer normal que fui. Ahora, después de todo, después de la caja de membrillo, de las cintas rotuladas, de descubrir que mi madre grabó durante meses a todo el que se le puso delante, aquella frase de Berta se me ha despertado dentro y ya no me deja.

Porque si mi madre grababa, ¿por qué iba a grabar solo en Zurbano? Mi madre venía a esta casa. Se sentaba en este salón. Estuvo aquí, en Sanchinarro, decenas de veces. Con su bolso, su rebeca, su grabadora «para no olvidarme de las cosas». ¿Y si dejó algo? ¿Y si hay, en algún cajón de mi propia casa, detrás de un mueble, dentro de un regalo que me hizo, una de sus cosas escuchando? Y peor todavía, la pregunta que de verdad me quita el sueño: si mi madre le enseñó a Inés tantas cosas, ¿le enseñó también esa? ¿Me graba mi hija? Cuando cenamos en silencio, cuando le doy los buenos días, cuando hablo sola en la cocina creyéndome sola, ¿hay algo escuchando, guardándome la voz por fechas, para usarla algún día como usaron la de mi madre la mía?

Sé que suena a locura. Lo sé mientras lo pienso. Una mujer razonable no cree que su hija adolescente le pone micrófonos. Pero es que yo ya no vivo en el mundo de las mujeres razonables. Yo vivo en el mundo donde una madre monta una acusación de asesinato contra su hija desde la tumba, con cintas cortadas y pegadas; y en ese mundo, que tu nieta te grave es de lo más normal. Mi madre me sacó del sitio donde las cosas raras no pasan y me metió en el suyo, donde pasan todas, y en su mundo la paranoia no es una enfermedad: es sentido común. Desconfiar es lo cuerdo.

Me vuelvo mi madre. Eso es lo que me pasa, y lo sé mientras me pasa, y no puedo pararlo. Un martes por la noche, cuando Inés

duerme, me pongo a registrar mi propia casa. Con una linterna, en calcetines, para no hacer ruido. Miro detrás de los cuadros, debajo de las estanterías, dentro del jarrón que me regaló mi madre por un cumpleaños, en los bajos de los muebles. Palpo el forro del sofá. Desenrosco el teléfono fijo que nadie usa. Vacío el jarrón que me regaló ella, le doy la vuelta, meto la mano hasta el fondo, y no hay nada, un jarrón es un jarrón, y me quedo con él en las manos sintiéndome sucia, porque acabo de registrar un regalo de mi madre buscando una trampa dentro. Y aunque no la haya encontrado, el gesto ya lo dice todo: ya no queda en mi casa un solo objeto suyo que yo mire sin preguntarme qué esconde. Me ha envenenado hasta los recuerdos: cada cosa que me regaló es ahora, para mí, un posible micrófono. Busco micrófonos en mi propia casa a las dos de la mañana como una loca, y no encuentro nada, claro que no encuentro nada, y el no encontrar nada no me tranquiliza lo más mínimo, porque ya he aprendido en esta historia que el no encontrar nada no significa que no haya nada, significa solo que quien lo escondió lo escondió bien.

Y esa noche, buscando micrófonos que no aparecen, me sorprendo pensando lo que no se debe pensar: que a lo mejor la que debería grabar soy yo. Que si le pusiera a Inés un aparato en su cuarto, o en el coche, o en la cocina, tarde o temprano hablaría con Naiara, o sola, o en sueños, y soltaría lo que me falta, el pacto, el porqué, todo. Que la manera de sacarle la verdad a mi hija es la de mi madre: grabarla sin que lo sepa y esperar. Lo pienso entero, con detalle, con qué aparato y dónde lo pondría. Y no me horroriza pensarlo, esa es la parte que me hiela: me parece práctico. Se me ha muerto algo por dentro el día en que espiar a mi hija dejó de parecerme un crimen para parecerme una herramienta.

Me siento en el suelo del salón, con la linterna apagada en la mano, y me doy cuenta de dónde estoy. De en qué me he convertido. Mi madre pasó los últimos años de su vida grabando, archivando, desconfiando, guardando pruebas de todo el mundo por si acaso, viviendo dentro de una guerra que solo ella veía. Yo la compadecía por eso. Pensaba: pobre mamá, qué sola tiene que estar para necesitar grabarlo todo, qué manera más triste de vivir. Y aquí estoy yo ahora, en calcetines, con una linterna, buscando micrófonos en mi propia casa, desconfiando del café de mi hija, midiendo cada palabra por si alguien la guarda. Como si al morir se me hubiera metido

dentro su forma de mirar el mundo, esa en la que todo el que te rodea es a la vez alguien a quien quieres y una prueba que se fabrica contra ti.

Y lo que más rabia me da, ya de madrugada, es que a lo mejor mi madre no estaba loca. A lo mejor el mundo es así de traicionero y ella fue la única de la familia lista para verlo, y yo, la tonta confiada, la que cuidaba y firmaba sin leer, soy la prueba viviente de que hacía bien en desconfiar. Su desconfianza la habría salvado a ella; mi confianza me ha traído hasta el suelo del salón, con una linterna, a las tres de la mañana.

Subo a acostarme. Paso por la puerta de Inés. Luz apagada, esta vez. Duerme, o lo finge, tan bien como finge todo.

Y sin embargo, aquí está lo absurdo: en medio de toda esta desconfianza, la sigo queriendo. A mi madre muerta y a mi hija viva. Registro la casa buscando lo que dejó una y desconfío del café que me trae la otra, y a la vez daría la vida por las dos, por la que me tendió la trampa y por la que envenenó a su abuela. Seguir queriendo con toda el alma a quien sabes que te ha hecho esto: eso es lo más parecido que hay a estar loca de verdad.

Y ya no me quedo con la mano cerca de la madera, como otras noches, porque ya no tengo nada que preguntarle a través de esa puerta. Lo que me falta saber no me lo va a dar ella. Lo que me falta saber está en otro sitio, en las cintas que todavía no he oído, en los papeles que todavía no he leído, en la boca cerrada de un abogado que guarda sobres de una muerta. Me acuesto sin dormir, escuchando la casa, oyendo por primera vez en la vida todos sus ruidos pequeños, la nevera, una tubería, el viento, y preguntándome cuál de ellos, si es que alguno, me está escuchando a mí.

Mi hija me cuenta lo que me tiene que contar a trozos, nunca de frente, nunca entero, como quien deja caer monedas por una ranura para no dármelas en la mano.

No hay una segunda confrontación. No la busco, porque aprendí en la primera que a Inés no se le saca nada a la fuerza. Lo que hay, a partir de aquel sábado, son astillas. Frases sueltas que suelta cuando menos lo espero, casi siempre sin mirarme, casi siempre haciendo otra cosa, fregando, o en el coche con la vista en la ventanilla, o pasándome la sal. Como si le costara menos decir las cosas graves si no tiene que sostenerme la mirada mientras las dice. Voy juntando esas astillas, noche a noche, y con ellas voy montando el mapa de lo que le pasó a mi hija por dentro, el mapa que yo no vi cuando tenía delante el territorio entero.

Una noche, recogiendo, sin venir a cuento, dice:

—Dublín no era solo una beca, mamá. Era la primera vez en mi vida que algo iba a ser mío. Que iba a estar en un sitio donde nadie sabía de quién era hija. Donde podía ser yo y ya está.

Y sigue fregando. No añade más. Y yo me quedo con el trapo en la mano entendiendo, por primera vez, lo que le quité de verdad en enero. Yo creía que le quitaba un año fuera, una experiencia, algo que ya haría más adelante. Le quité la única puerta que había encontrado para salir de ser hija. Le quité el sitio donde iba a poder existir sin nosotras encima.

Otra tarde, doblando sábanas, cada una de un extremo, acercándonos y separándonos con la tela entre las dos como en un baile absurdo, suelta:

—La abuela lo sabía, ¿eh? Lo de que tú me tenías atrapada. Fue la única que lo dijo en voz alta. La única de esta familia que me dijo la verdad a la cara.

Y dobla su esquina, la junta con la mía, me quita la sábana de las manos para plegarla ella, y no dice más. Y yo me quedo con las manos vacías, entendiendo que mi madre, la que me tuvo presa a mí, fue para Inés la que le abrió los ojos, con una verdad que yo nunca me atreví a decirle porque era también mi propia condena. No hace falta veneno para reclutar a alguien. A veces basta con ser el único que le dice la verdad.

Otro día, en el coche, parada en un semáforo, mirando al frente:

—¿Sabes lo peor? Que ni siquiera me lo dijiste como una orden. Me lo dijiste con pena. «Porque ahora te necesito aquí.» Con esa cara. Y contra una orden puedes pelear, mamá. Contra «te necesito» no. Contra «te necesito» no hay manera, porque si peleas eres un monstruo que abandona a su madre. Me encerraste con llave de las que no se ven. Con la mejor llave que hay, la del amor. La que no te deja ni la rabia de odiar a tu carcelero, porque tu carcelero llora.

El semáforo se pone verde. Arranco. No digo nada, porque no hay nada que decir, porque tiene razón, porque acaba de describir con una precisión que me deja sin aire exactamente lo que me hizo a mí mi madre durante cuarenta y seis años. La llave del amor. La cárcel que llora.

Y me acuerdo, mientras conduzco, de todas las veces que yo pude irme y no me fui. La oferta de trabajo en Barcelona a los treinta. El hombre que me quiso llevar a vivir fuera a los treinta y cinco. Los viajes que no hice, los «sí» que no dije, las puertas que dejé cerrarse solas para no darle un disgusto a mi madre. Nunca me lo prohibió. Nunca le hizo falta. Le bastaba con poner cara de pena y decir «tú sabrás, hija, yo aquí me apaño», y yo ya me quedaba, atada por un hilo que me anudaba yo misma al cuello para no verla sufrir. Igual que Inés no podía pelear contra mi «te necesito». Mi madre me domesticó tan bien que ni siquiera tenía que echar la llave: yo me quedaba dentro con la puerta abierta. «¿Quién va a cuidar de mí como tú, hija?» «No me metas en una residencia, que me muero de pena.» «El qué dirán, con lo que yo te he dado.» Mi madre me tuvo presa toda la vida con esa misma llave, la que no se ve, y yo, sin darme cuenta, en cuanto tuve a alguien debajo, cogí la llave y la usé con mi hija. Lo que me hicieron, lo hice.

Y ahí, en el coche, se me rompe algo, y no lloro, porque hace tiempo que las cosas graves me salen secas, pero se me rompe. Porque mi hija tiene razón. Toda la razón. En el daño, tiene toda la

razón del mundo. Yo la encerré. Yo le hice lo que me hicieron. Yo le robé Dublín con pena en la cara, que es la peor manera de robar, porque no deja ni denunciarte.

Pero.

Y este pero es el que me sostiene, el único clavo del que me agarro para no caer del todo al pozo de la culpa: tener razón en el daño no es tener razón en la respuesta. Que yo la encerrara, que su abuela me encerrara a mí, que fuéramos una cadena de mujeres enjauladas, todo eso es verdad, y es terrible, y es mi culpa en la parte que me toca. Pero de todo eso no se sigue lo que ella hizo. De una madre que te quita una beca no se sigue una nieta que envenena a su abuela. Hay un abismo entre las dos cosas, un abismo que Inés cruzó y que yo, con toda mi culpa a cuestas, no crucé nunca, ni con mi madre, ni en cuarenta y seis años de jaula.

Y es importante que me quede con esto, porque es lo único que me separa de perdonarle lo imperdonable solo porque la entiendo. Entender no es perdonar. Yo entiendo a mi hija mejor que nadie, precisamente porque a mí me hicieron lo mismo, y por eso soy la única que no puede permitirse excusarla. Se puede estar presa y no envenenar a nadie. Yo soy la prueba: me pasé la vida entera en la misma cárcel que ella y lo peor que hice fue aguantarme.

Y aquí viene lo que no le puedo decir a nadie, ni a Berta, ni a un cura, ni a mí misma sin encogerme: que hay un segundo, mientras la juzgo, en que la envidio. Que mi hija, a los diecisiete, hizo algo, lo que fuera, por horrible que fuera, para no acabar como yo. Se negó a heredar la jaula. Pagó un precio monstruoso, va a pagarlo el resto de su vida, pero se negó. Y yo no. Yo aguanté cuarenta y seis años dentro, dándome golpes de pecho por lo buena hija que era. Hay una parte de mí, pequeña y sucia, que mira a mi hija y piensa: al menos tú no te dejaste. Y que yo piense eso, aunque sea un segundo, me dice que la enferma de esta familia, la de verdad, a lo mejor no es ninguna de las muertas ni la niña. A lo mejor soy yo, la que aguanta.

Llegamos a casa. Ella sube. Yo me quedo un rato en el coche, en el garaje, con las manos en el volante. Le debo a mi hija una disculpa por la jaula y una condena por el veneno, a la vez, y no sé cómo se le dan a alguien esas dos cosas juntas, cómo se abraza y se juzga a la misma persona con los mismos brazos. Te enseñan a querer a los hijos. No te enseñan qué hacer cuando el hijo al que quieres es también quien te ha hundido la vida.

Mi madre lo habría sabido. Mi madre sabía querer y condenar a la vez, lo hizo conmigo hasta el último día. Yo no aprendí. Y ahora me toca aprenderlo con mi hija, tarde, mal, y sin nadie que me enseñe.

Vuelvo a Zurbano a buscar las cintas que me faltan, y lo que encuentro es peor que no encontrarlas: encuentro el hueco donde estaban.

Sé que hay más. Es una certeza de contable, otra vez, de las que nacen de un descuadre. La policía se llevó la caja de membrillo, la de las cintas rotuladas por fechas, las que montaron la confesión contra mí. Pero mi madre grababa a todo el mundo, no solo a mí. Grababa a Inés. Ella misma me lo dejó dicho sin querer, en la manera obsesiva en que lo archivaba todo: una mujer que graba a su hija durante meses no se olvida de grabar a la nieta con la que hace el trato más importante de su vida. En algún sitio tienen que estar esas otras cintas, las de ella con Inés, las del pacto, las que me dirían por fin qué se ofrecieron la una a la otra en esta casa. Vengo a por ellas.

Registro otra vez, pero con un objetivo distinto al de la última. Aquella tarde buscaba el frasco, la prueba física del veneno. Hoy busco voz: cinta, la palabra grabada. Voy por los sitios donde una mujer guardaría algo que quiere oír a solas —el cajón de la mesilla, la caja de costura, el joyero con doble fondo que le conocí de niña y que todavía sé abrir—. Encuentro fotos, cartas viejas de mi padre, un rosario, las cosas de una vida normal que esta casa finge haber sido. Pero cinta, la que busco, no aparece a la primera. Y eso ya me dice algo, porque si estuviera aquí, a mano, yo la encontraría; que para dar con lo que esconde mi madre me he vuelto casi tan buena como ella escondiéndolo.

Encuentro la grabadora primero. Está en el cajón de la mesilla de mi madre, donde siempre, un aparatito gris de los de antes, con sus botones gastados de tanto pulsarlos, el play hundido, el rec brillante de uso. La cojo. Le doy al play por instinto, y no pasa nada, porque está vacía. No hay cinta dentro. La abro. El hueco de la cinta, vacío. Miro en el cajón, debajo de los pañuelos, de las cremas, de las

estampas de santos: hay una funda de plástico, de esas de guardar casetes, con espacio para doce. Y en la funda hay huecos. Faltan cintas. Se ven las marcas donde estuvieron, los cuadraditos menos polvorientos, como se ve en una pared el sitio de un cuadro que se ha descolgado.

Me quedo mucho rato mirando esos huecos, porque un hueco también es información, me lo enseñó ella sin querer: la ausencia de una cosa dice tanto como su presencia, a veces más. Estos huecos me dicen que existieron. Que hubo cintas aquí, en su mesilla, pegadas a su sueño, que ella oía a solas por las noches, quién sabe cuántas veces, la voz de su nieta pactando con ella, la prueba de lo que se dijeron. Las oía para dormirse, a lo mejor, como otros rezan. Y luego, cuando montó su plan, las apartó de las otras, las de hundirme, y las puso a salvo, lejos de la policía, lejos de mí. No las tiró. Estoy segura de que no las tiró. Mi madre no tiraba nada que pudiera servirle, y esas cintas eran quizá lo más valioso que tenía: el seguro de vida de su nieta y, a la vez, la correa de su nieta. Las dos cosas en el mismo carrete. Como todo en ella. Cuento los huecos vacíos. Faltan. No sé cuántas exactamente, pero faltan, y las que faltan no son las que tiene la policía, porque las de la policía estaban en la caja de membrillo, aparte, y estas estaban aquí, en su mesilla, en su intimidad, donde una guarda lo que de verdad le importa.

Y entonces entiendo lo que hizo mi madre, y es de una frialdad que me quita el aire. Separó las cintas. Hizo dos montones. Uno, el de las cintas que me hundían a mí, lo dejó donde la policía lo encontrara: bien a la vista, bien rotulado, listo para servir. Y el otro, el de las cintas que hablaban de Inés, el que protegía a la niña y explicaba el pacto, ese lo escondió, o se lo dio a alguien, o lo destruyó, para que no saliera nunca a la luz. Mi madre clasificó las pruebas de su propia muerte según a quién quería salvar y a quién quería hundir. Yo, al montón de hundir. Inés, al de salvar. Con la misma mano, con el mismo esmero con que clasificaba las facturas. Su última contabilidad, y yo en la columna de las pérdidas.

Y lo que más me duele no es que me pusiera en la columna de las pérdidas. Es lo bien que me conocía para saber que iba a funcionar. Sabía que yo cuidaría hasta el final sin preguntar. Sabía que firmaría el papel sin leerlo. Sabía que, cuando descubriera la verdad, callaría para proteger a Inés en vez de salvarme. Contó con cada una de mis virtudes —mi lealtad, mi sentido del deber, mi manera de querer sin

condiciones— y las usó todas en mi contra, una a una, como quien exprime a un empleado por lo mejor que tiene. No me venció por mis defectos. Me venció por lo mejor de mí. Esa es la obra maestra: hundir a alguien usando precisamente aquello por lo que merecía que la salvaran.

Me siento en su cama, con la grabadora vacía en la mano, y por primera vez en mucho tiempo no siento rabia ni miedo, sino una especie de admiración horrorizada, que es el sentimiento más incómodo que existe. Porque es que es perfecto. Es que no le sobra nada y no le falta nada. Mi madre diseñó su muerte como se diseña un edificio, con sus cargas repartidas, sus salidas de emergencia para quien ella quería que se salvara y sus trampas para quien quería que cayera. Y lo hizo, además, improvisando, sobre la marcha, a partir de una desgracia que le cayó encima, la de descubrir a su nieta envenenándola. Cogió eso, ese horror, y en vez de derrumbarse construyó con ello. Yo no sé hacer eso. Yo, ante el horror, me siento en una cama a mirar una grabadora vacía. Ella, ante el horror, hizo una obra maestra.

Y no tuvo años para planearlo, esa es la otra cosa que me deja pequeña. No fue una venganza fría meditada durante décadas. Fue de marzo a agosto. Cinco meses. Descubrió a Inés en marzo y en agosto ya estaba muerta con todo montado: los informes, las cintas, la clasificación de las pruebas, el reparto de sobres con Quirós, hasta la elección del día y de la hora. Cinco meses para convertir la peor traición de su vida en su venganza más perfecta. Yo, en cinco meses, no soy capaz ni de vaciar su piso. Ella, en cinco meses, orquestó desde la cama una obra que va a meter a su hija en la cárcel y a dejar libre a su nieta, y encima con pinta de haber muerto de cáncer rodeada de cariño. Nadie improvisa así. Solo improvisa así quien lleva toda la vida ensayando ser el centro de todo, aunque el escenario acabe siendo su propio velatorio. A veces pienso que la odio. Y a veces, como ahora, pienso algo peor: que me habría gustado que me quisiera la mitad de lo que se quiso a sí misma.

Antes deirme paso por la cocina. No sé por qué, ya no queda nada que buscar aquí, pero mis pies me llevan, y me encuentro otra vez delante de la balda de la manzanilla. La lata sigue ahí, intacta, con su dibujo de flores. La cojo. Y esta vez sí me la llevo. No para analizarla, que ya sé que no dirá nada. Me la llevo porque es lo único de esta

casa que fue testigo de todo y no puede hablar, y quiero tenerla yo, no vaya a ser que un día alguien la tire sin saber lo que fue.

La sostengo un momento antes de guardarla, esta lata tonta que ha visto más que ningún testigo del caso, que estuvo en la balda mientras mi hija echaba lo otro en la taza, y mientras mi madre lo bebía sabiéndolo, y mientras yo llamaba a las ocho tan tranquila. Si las latas hablaran. Pero las latas no hablan, esa es la gracia y la desgracia de las cosas: lo ven todo y no dicen nada, y por eso mi madre construyó su mentira con voces, con cintas, y no con objetos, porque sabía que un objeto no declara. La única prueba que sirve en esta familia es la palabra grabada, atrapada, recortada. Las cosas callan. Solo la voz condena. Y la voz que me condena a mí la tiene la policía; la que salvaría a mi hija, o la hundiría del todo, no la tiene nadie a quien yo pueda llegar. Me llevo la lata de manzanilla de mi madre como quien se lleva la única testigo muda de un crimen, sabiendo que no sirve de nada, que no es prueba de nada, que es solo una lata. Pero es mi lata ahora. La meto en el bolso, entre la grabadora vacía y las llaves, y bajo a la calle con las tres cosas: un aparato que no tiene voz, una lata que no tiene culpa y un manojo de llaves de una casa que ya no quiero pisar.

Y en el coche, antes de arrancar, lo pienso claro: las respuestas que busco no están aquí. Mi madre se aseguró de que no estuvieran donde yo pudiera encontrarlas sola. Si el pacto se grabó, y se grabó, esa cinta está en manos de alguien que la suelta cuando mi madre quiso que se soltara, ni antes ni después. Y solo se me ocurre una persona en el mundo que guarde cosas de mi madre bajo llave, esperando el momento exacto para entregarlas. Un hombre que lleva su nombre en una placa desde hace cuarenta años. Arranco. Mañana llamo a Quirós.

Ernesto Quirós. El abogado de mi madre de toda la vida, el que le llevaba el piso, el testamento, los papeles del seguro, el que comía con ella una vez al mes desde que enviudó. Si mi madre le confió a alguien las cintas que faltan, o instrucciones sobre ellas, fue a él. Un hombre discreto, correcto, de los que no sueltan prenda, que hará lo que mi madre le dejara dicho con la misma lealtad ciega con la que la cuidé yo. Otro empleado fiel usado como pieza. Y me toca a mí ir a sacarle lo que sabe sin saber siquiera qué le pregunto, a un hombre entrenado durante cuarenta años en no decir lo que no toca decir todavía.

El despacho de Quirós huele a los años ochenta y a lealtad, que en el fondo huelen parecido: a papel guardado mucho tiempo.

Ernesto Quirós me recibe de pie, me da el pésame con una inclinación de otra época, me sienta en una silla de cuero gastado frente a una mesa llena de carpetas atadas con balduque. Es un hombre de setenta y tantos, de traje impecable y manos cuidadas, que lleva cuarenta años siendo el abogado de mi madre y que la trató, se nota, con un respeto que rozaba la devoción. Me mira con pena y con incomodidad a partes iguales, porque él sabe lo que dicen de mí, sabe que estoy imputada por matar a la clienta a la que apreciaba, y aun así me atiende con una corrección impecable, porque para un hombre como Quirós el protocolo está por encima de todo, incluso de lo que uno piensa.

Hay algo que me remueve en ese despacho, y tardo un rato en saber qué es. Es que en este hombre veo la última versión de la vida que mi madre les hacía creer a todos. Para Quirós, mi madre fue una señora ejemplar: puntual con los pagos, ordenada con los papeles, viuda digna, abuela entregada, una clienta a la que dio gusto servir cuarenta años. Él no conoció a la otra, a la de la grabadora y las cintas recortadas. Conoció a la de la fachada, y la fachada era tan buena que este hombre inteligente, curtido en ver mentir a la gente, la creyó entera hasta el final. Miro a Quirós y veo lo bien que actuaba mi madre, porque él es el público que se quedó aplaudiendo cuando ya se había apagado el escenario.

Lo del testamento es rápido y no tiene sorpresas. Mi madre dejó lo que tenía repartido de una forma normal, sensata, aburrida: el piso de Zurbano y sus cosas para mí, y una cantidad, la de una cuenta que yo no conocía, para Inés, para cuando cumpla la mayoría de edad. Nada raro. Nada que huela a lo que yo sé que había debajo de esta mujer. Firmo donde hay que firmar, con la mano un poco torpe,

pensando que estoy heredando oficialmente la casa donde me tendieron la trampa, y que en algún juzgado esto mismo, mi herencia, se usará para decir que yo tenía un móvil económico, aunque la cantidad sea modesta y el piso esté a medio pagar. Todo lo que toco se vuelve prueba contra mí. Hasta el luto.

Quirós me explica los detalles con una voz monótona y respetuosa, las cuentas, los plazos, la cantidad para Inés cuando cumpla los dieciocho, y yo asiento sin escuchar del todo, porque hay algo obscuro en heredar de quien te ha condenado. Cada bien que me deja mi madre es una piedra más en la mochila: el piso que tendré que vender, con lo que valga y lo que deba; los muebles que no quiero; la cuenta para mi hija, que suena a bondad de abuela y que a mí me suena a otra cosa, a un cebo, a un futuro comprado para la niña que salvó a costa de hundirme a mí. Hasta su generosidad tiene doble fondo. Hasta lo que reparte, lo reparte para que se note quién era la buena y quién la mala.

Y cuando ya creo que hemos terminado, Quirós abre un cajón con llave, saca un sobre y lo deja sobre la mesa, entre los dos, con un cuidado ceremonioso.

—Su madre dejó también esto —dice—. Con instrucciones muy precisas. Es una carta. Va dirigida a su nieta, a Inés. Mi encargo es entregársela a usted, como madre y representante legal de la menor, para que se la haga llegar cuando lo considere oportuno.

Miro el sobre. En el anverso, con la letra de mi madre, la de las etiquetas, la de la nota del frasco, una sola palabra: «Inés».

Reconozco esa letra en cualquier parte; me perseguirá hasta que me muera. La misma con que rotulaba las cintas. La misma con que escribió «Se lo quité» en el papel del frasco. La misma de las listas de la compra de mi infancia, cuando yo creía que servía solo para decirme qué traer del mercado. Mi madre lo escribió todo con la misma caligrafía preciosa, las cosas tiernas y las terribles, y ahora ya no sé mirar su letra sin buscarle la trampa, porque he aprendido que en su mano la ternura y la trampa iban siempre juntas, en la misma tinta.

—¿Sabe usted qué dice? —pregunto.

—No. —Y lo dice con una firmeza que le creo—. Su madre me confió el sobre cerrado. Yo no conozco su contenido, ni me corresponde. Solo cumplo el encargo.

—¿Y hay más? —Me sale sola la pregunta, la de contable, la que huele los huecos—. ¿Le dejó mi madre más cosas? ¿Más sobres, más cartas, más... encargos?

Quirós me sostiene la mirada un segundo, y en ese segundo veo que la respuesta es sí, aunque su boca vaya a decir otra cosa.

—Le dejó a su madre instrucciones escalonadas, señora Soto. Algunas para ahora. Otras, para más adelante. Cada cosa tiene su momento, y yo he jurado respetarlos. Cuando llegue el momento de lo demás, si llega, lo sabrá. Antes, no puedo. Compréndalo: no le sería leal a su madre si le adelantara nada, y un abogado que no es leal a un cliente muerto no le sirve de nada a los vivos.

Y con esa frase, que es casi bonita, me cierra la puerta en las narices con toda la educación del mundo. Hay más. Hay algo guardado, esperando su momento, que mi madre programó como se programa una bomba, para que estalle en la fecha exacta que ella eligió. Y este hombre decente lo custodia sin saber que custodia una bomba, convencido de que hace un favor, de que cumple con una señora respetable a la que quería. Otro más al que mi madre usó por lo bueno que tenía.

Me dan ganas de avisarle. De decirle: Quirós, usted no sabe lo que guarda, esa mujer no era lo que usted cree, esos sobres no son recuerdos, son munición. Pero no lo hago, porque ¿para qué? Él haría su trabajo igual, porque su lealtad no es a la verdad, es a las instrucciones de su clienta, y en eso, mira por dónde, se parece a mí, que también obedecí a mi madre sin preguntar hasta el final. Los dos somos empleados fieles de la misma muerta. La única diferencia es que a mí ya se me han abierto los ojos, y a él le queda el consuelo de morirse sin saber a quién sirvió.

Me llevo el sobre a casa. Y hago lo que ya sé que voy a hacer desde que lo vi encima de la mesa, lo que llevo meses haciendo con todo lo que cae en mis manos: no se lo doy a Inés. Lo abro yo. Con vapor, con cuidado, como una delincuente, en la cocina, con la lata de manzanilla de mi madre mirándome desde la encimera. Abro una carta que no es mía, dirigida a mi hija, escrita por mi madre muerta, porque ya no me queda ningún escrúpulo entero, porque en esta familia el que no espía, pierde, y yo estoy harta de perder.

Y hay una cosa fea en el gesto, que reconozco mientras lo hago: que ya no me cuesta. La primera vez que espíé, el móvil de Inés, me temblaron las manos, crucé una línea, no dormí. Ahora abro con

vapor una carta ajena en mi cocina con la misma tranquilidad con que pelo una patata. Me he acostumbrado a violar la intimidad de la gente que quiero. Se me ha vuelto oficio. Y en algún momento de estos meses, sin saber el día exacto, dejé de ser la que era y me convertí en una mujer que abre las cartas de su hija sin que le tiemble el pulso. Mi madre me quería así. A lo mejor esta es su herencia de verdad, más que el piso: haberme convertido, por fin, en alguien capaz de hacer lo que haga falta. En alguien como ella.

Y leo.

La leo dos veces. Y cuando termino la segunda, entiendo dos cosas a la vez. La primera, que mi madre era todavía peor de lo que yo pensaba, y ya la pensaba muy mala. Que se puede ser peor de lo que una imagina, siempre; que el fondo del mal de la gente que quieres no se toca nunca, solo se baja y se baja. La segunda, más difícil de tragar, es por qué no puedo dársela a Inés, y no es por protegerme a mí. Es por protegerla a ella. Porque esta carta, esta cosa dulce, amorosa, perfecta, que no confiesa nada, que no acusa a nadie, que cualquiera leería como la despedida más tierna de una abuela a su nieta, es en realidad lo más parecido que he visto nunca a una mano que sale de una tumba para seguir agarrando a alguien por el tobillo.

Porque yo ya sé leer a mi madre. Me ha costado una vida y una autopsia, pero sé. Y sé lo que hace esta carta, línea por línea, debajo de cada palabra bonita. Le dice a Inés que la quiere, y por debajo le dice que nadie la va a querer así jamás. Le dice que sea libre, y por debajo la ata. Le dice que no se sienta culpable de nada, y con eso le está recordando, dulcemente, que hay algo de lo que podría sentirse culpable, un secreto que solo ellas dos comparten, para que la niña sepa que su abuela se lo llevó a la tumba por ella, y que se lo debe. La carta no confiesa nada y lo dice todo. Es una obra de amor y de chantaje a la vez, y las dos cosas de verdad, porque lo peor de mi madre nunca fue que no quisiera: es que quería y ataba con el mismo gesto, y ya no había forma de separar una cosa de la otra, ni siquiera para ella. Mi madre no le escribió una carta a Inés. Le echó una última correa. Y me toca a mí decidir si se la paso, y con ella el hilo entero de mi madre tirando desde el otro lado, o si la quemo en el fregadero y cargo yo también, como cargo todo lo demás, con haberle robado a mi hija la última voz de su abuela. Otra puerta que cierro.

Otra más. Ya he perdido la cuenta de las puertas que nos cerramos en esta casa, y eso que yo llevo la cuenta de todo.

DOCUMENTO H

(Carta manuscrita. Sobre rotulado «Inés», custodiado por el letrado E. Quirós. Sin fecha en el encabezado; el papel es el de la correspondencia personal de la causante.)

Mi niña:

Cuando leas esto yo ya no estaré, así que por una vez me vas a escuchar sin interrumpirme y sin poner esa cara. Aprovecho la ventaja. Una se muere para poco, pero al menos se muere teniendo la última palabra.

Quiero que sepas una cosa antes de nada, y no la voy a repetir porque las cosas importantes se dicen una vez: de las tres mujeres de esta familia, tú eres la única que ha entendido cómo funciona el mundo. Tu madre es buena. Que no te engañen: buena no es lo mismo que fuerte, y muchas veces es lo contrario. Tu madre se pasó la vida pidiendo perdón por ocupar sitio, cuidando a todo el mundo para que la quisieran, y mira dónde está. No cometas su error. No te dejes convertir en una mujer que pide permiso para existir. Yo lo intenté con ella y no pude; contigo sé que no hará falta, porque tú ya viniste hecha.

Nos hemos entendido tú y yo como no me he entendido con nadie en ochenta años, y eso, a mi edad, es lo más parecido al amor que conozco. Lo que hubo entre nosotras dos fue nuestro. No tiene que entenderlo nadie más, ni tienes que explicárselo a nadie, ni ahora ni nunca. Quedó entre tú y yo, y conmigo se va. Duerme tranquila.

Y no te sientas culpable de nada, óyeme bien: la culpa es un lujo de los que no han tenido que hacer nada difícil en su vida, de los que siempre tuvieron a otro que les hiciera el trabajo sucio. Tú y yo no somos de esas. Nosotras hacemos lo que hay que hacer y luego dormimos. Es un don. Cuídalo. El mundo va a intentar convencerte de que es un defecto; el mundo miente.

Te dejo libre, que es lo único que de verdad querías, y quiero que recuerdes, cada día de la vida larga y ancha que vas a tener, quién te abrió la puerta. No fue tu madre. Fui yo.

Sé feliz sin mirar atrás. Y sé un poco mala cuando haga falta, mi vida, que la bondad, ya lo has visto en casa, no salva a nadie.

Tu abuela, que te quiere más que nadie te va a querer nunca,

Celia

Para saber qué pasó en marzo, en la cocina de mi madre, una tarde en que yo no estaba, tengo que imaginármelo. Y me he vuelto tan buena imaginando el mal de mi familia que a veces me asusta el talento.

Tengo tres piezas. La nota, con su fecha de mediados de marzo y sus tres palabras: «Se lo quité». El chat, con ese cambio de tono a finales de mes, cuando Inés le escribe a Naiara que ya no depende solo de ella. Y lo que mi hija me ha ido soltando a trozos, la beca, la cárcel, el resentimiento. Con esas tres piezas, y con cuarenta y seis años de conocer a mi madre, reconstruyo la escena que nadie me va a contar. La levanto en la cabeza como se levanta un edificio a partir de sus cimientos, sabiendo que puedo equivocarme en algún tabique, pero que la estructura, la estructura tiene que ser esta.

Es un método horrible, el de reconstruir a los muertos por sus obras. Pero es el único que tengo. A mi madre no la puedo interrogar. A mi hija no se le saca nada que no quiera dar. Los papeles callan. Así que me toca hacer de forense de intenciones, deducir el alma de mi madre de las huellas que dejó, como los de la autopsia dedujeron de su cuerpo una enfermedad que no tenía. Y la reconstruyo bien, porque soy la única que sabe que detrás de cada gesto de mi madre había siempre un segundo gesto escondido.

Lo veo así.

Marzo. Una tarde de martes o de jueves, de esas que yo imponía. Inés está sola con la abuela, como tantas veces. Cree que la abuela duerme la siesta, o que está en el baño, o que anda despistada, y aprovecha, y saca el frasco pequeño del bolsillo, y hace lo que lleva haciendo desde febrero, echar en la taza de la manzanilla, con mano de contable, la cantidad justa. Y de pronto, en la puerta de la cocina, sin ruido, con esa manera suya de aparecer que yo conocía tan bien,

está mi madre. Despierta. Lúcida. Mirándola. Llevándolo viendo, a lo mejor, quién sabe cuánto rato.

Y me imagino la cara de Inés en ese momento, la de mi hija pillada, y me duele físicamente imaginarla, porque por muy monstruoso que fuera lo que estaba haciendo, en ese segundo mi hija tenía dieciséis años y acababa de ser descubierta por su abuela con las manos en la peor masa del mundo. El terror de esa cría. La certeza de que se acabó, de que ahora viene el castigo, la policía, el fin de todo. Y en lugar de eso, la abuela no grita. La abuela la mira, despacio, y hace algo que a Inés tuvo que descolocarla más que cualquier grito: no hace nada. No grita. Y para una niña que espera el grito, que no llegue es más aterrador que si llegara. Mi madre sabía eso. Mi madre sabía que el silencio asusta más que la bronca; lo usó conmigo toda la vida.

No sé qué se dijeron. Eso no me lo puedo inventar sin mentir. Pero sí sé lo que no pasó, porque conozco el final, y el final me dice lo que faltó por hacer. Mi madre no gritó. Mi madre no llamó a la policía. Mi madre no cogió el teléfono para decirme «Marta, ven ahora mismo, tu hija me está envenenando». Nada de lo que haría una persona normal, una abuela normal, al descubrir semejante cosa, nada de eso ocurrió, porque si hubiera ocurrido yo lo sabría, habría una denuncia, una llamada, una escena. No la hay. Lo que hay es una nota guardada, «se lo quité», y un silencio de cinco meses. Mi madre, al descubrir que su nieta la envenenaba, hizo la cosa más rara del mundo: le quitó el frasco de las manos, lo guardó con su fecha, y calló.

Y aquí es donde empiezo por la lectura buena, porque necesito empezar por ahí, porque soy su hija y todavía me queda un resto de querer pensar bien de ella. La lectura buena es esta: una abuela descubre a su nieta haciendo algo monstruoso, y en lugar de hundirla, la protege. Ve a la niña de dieciséis años con el frasco temblando en la mano, ve el pánico, ve a una cría desesperada, y decide, en un acto de amor terrible y equivocado, que no va a ser ella quien mande a su nieta a un centro de menores. Se traga el horror para salvarla. Calla por amor. Puestas a tener una abuela que descubre a su nieta envenenándola y no la denuncia, una quiere creer que fue por eso, por amor, por esa clase de amor bestia que perdona lo imperdonable. Yo quiero creerlo. Me paso una noche entera queriendo creerlo.

Y hay algo que no me atrevo a decir ni en el silencio de mi cabeza, pero que está, y si soy honesta lo tengo que poner: que la entiendo. Que si yo, un día, entrara en una cocina y pillara a alguien haciéndole daño a Inés, no sé si llamaría a la policía. No sé si sería capaz de mandar a nadie a la cárcel para dejar la ley por encima de la sangre. A lo mejor yo también taparía. A lo mejor esa capacidad de tapar por amor a los tuyos, la que tanto me horroriza en mi madre, la llevo dentro igual que ella, dormida, esperando su ocasión. Y si es así, no soy tan distinta de la mujer que me hundió. Solo tuve más suerte: a mí nunca me pusieron delante la prueba que te obliga a elegir entre la ley y tu sangre. A ella sí. Y eligió la sangre. Como a lo mejor habría elegido yo.

Pero.

Hay un pero, siempre hay un pero con mi madre, y el pero es que si solo hubiera querido protegerla, había mil maneras de hacerlo sin lo que vino después. Podía haberle quitado el frasco y hablar con ella, de abuela a nieta, y ayudarla, y buscarle una salida de verdad a la niña, esa que Inés necesitaba y que nadie le dio. Podía haberle dicho: Inés, esto se acabó, y ahora tú y yo vamos a arreglar lo que te está pasando. Eso habría sido proteger. Proteger de verdad. Y no lo hizo. Le quitó el frasco, sí, pero no la paró. Guardó la prueba, sí, pero no cerró la herida. Cortó el envenenamiento por su mano, mientras seguía tomándose la manzanilla que ya no llevaba nada, para que no se notara el cambio de cara a mí. La tapó. Que no es lo mismo que protegerla. Tapar a alguien es protegerlo para poder usarlo después.

Esa diferencia la aprendí con ella, además, en mi propia carne, y por eso la reconozco ahora. Mi madre me tapó a mí muchas veces de niña, delante de mi padre, delante de los profesores, y yo la quería por eso, creía que me defendía. Tardé años en ver que no me defendía: me guardaba. Que cada vez que me tapaba una travesura, o un suspenso, o una mentira, no lo hacía por mí, lo hacía para tener algo mío en la mano, una deuda, un «me lo debes», un hilo más con el que sujetarme. Me protegía como se protege una inversión. Y a Inés, en aquella cocina, la protegió igual: no de la caída, sino para la caída, guardándola entera para el momento en que le hiciera falta una nieta agradecida y en deuda hasta las cejas.

Y ahí, en esa diferencia, se me cae la lectura buena, la que me pasé la noche queriendo sostener. Porque mi madre calló. Cinco meses. La primera capa, la de proteger, existió, seguro que existió, no soy tan

dura como para creer que mi madre no sintiera nada al ver a su nieta así. Pero debajo de esa capa, casi pegada a ella, tan cerca que ni ella misma sabría separarlas, ya estaba creciendo la otra, la de para qué me sirve esto, la de qué puedo hacer yo con lo que acabo de descubrir. Mi madre miró el horror de su nieta envenenándola y, además de compadecerse, además de asustarse, además de quererla, hizo lo que hacía siempre con todo lo que le pasaba: calculó.

Calculó que tenía delante, temblando, a la única persona del mundo capaz de darle lo que ella más quería. Porque, ¿qué quería mi madre, debajo de todo? Morirse no, eso seguro, nadie quiere. Pero si tenía que morirse, y a su edad, la idea de decaer, de depender, de que la cuidara yo hasta el final como a una inútil, esa idea le resultaba peor que la muerte. Mi madre prefería mil veces escribir su propio final a que se lo escribiera la vejez. Y de pronto, en aquella cocina, el destino, en forma de nieta con un frasco, le ponía en la mano la posibilidad de un final a su medida: uno en el que ella controlaba el relato, elegía la fecha, repartía las culpas y salía, hasta muerta, de protagonista. Y eso era solo una de las cosas que quería, la que yo alcanzo a ver; debajo había más, siempre había más, capas que a lo mejor ni ella misma habría sabido nombrar. Pero esa, la de no dejarse cuidar, la de morir a su manera, esa la vi siempre en ella, viva, mucho antes de todo esto. No la buscó, la ocasión. Le cayó del cielo, o del infierno. Pero cuando le cayó, la cogió al vuelo, porque para eso mi madre tenía unos reflejos que ya los quisiera un gato. Y esa tarde de marzo, en la cocina, con el frasco ya en su bolsillo y la niña temblando delante, sin que ninguna de las dos lo supiera todavía del todo, empezó a nacer el pacto.

Y el chat me lo confirma sin querer: a finales de marzo, justo después de esa tarde, Inés le escribe a Naiara que la cosa ha cambiado, que ya no depende solo de ella. Claro que ya no dependía solo de ella. A finales de marzo, en aquella cocina, mi hija había dejado de estar sola en esto. Ya eran dos. Y una de las dos era mi madre, que no perdía nunca, y que ya había empezado, sin decírselo a nadie, a jugar la partida más importante de su vida.

La oferta se la reconstruyo entera menos una frase, y esa una frase no la reconstruyo: la tengo. Me la ha dado Inés. Es lo único de todo esto que mi hija me ha confirmado, una sola frase, pero es la frase que lo explica todo.

Fue una noche, hace unos días, en la cocina, ella fregando, yo secando, en ese modo nuestro de decírnos las cosas graves sin mirarnos. Yo llevaba semanas dándole vueltas a cómo mi madre la había convencido, qué le había dicho para que una cría asustada, pillada, con el frasco quitado, en vez de derrumbarse y confesar y pedir ayuda, siguiera adelante, ahora del lado de la abuela. Qué palabras hacen eso. Y se lo pregunté sin preguntárselo, como se le pregunta a Inés, de refilón: «¿Qué te dijo, Inés? Aquella tarde, cuando te pilló. ¿Qué te dijo para que no te asustaras?».

Y ella paró de fregar. Se quedó con las manos en el agua, mirando la espuma. Y dijo, muy bajo, como quien repite algo que se ha repetido a sí misma muchas veces:

—Me dijo: «Tu madre nunca te dejará marcharte mientras pueda llamarlo amor».

Y volvió a fregar. Y no dijo una palabra más. Ni qué pasó después, ni qué acordaron, ni qué le prometió la abuela, ni qué le pidió a cambio. Solo esa frase. Como si esa frase fuera lo único que estaba dispuesta a darme, una moneda, la moneda exacta con la que pagar mi pregunta y no un céntimo más. Le insistí, claro. «¿Y qué más, Inés? ¿Qué te ofreció?» Y me miró con esa cara suya de puerta cerrada y me dijo: «Ya te he dicho lo que te podía decir». Y hasta ahí.

Y me quedé con la frase en la mano como quien recibe la única pieza que le faltaba de un puzzle enorme, la del centro, la que no encaja en ningún borde pero sin la cual el dibujo no se entiende. Supe, en cuanto la oí, que era verdad, que Inés no se la inventaba, porque esa frase no la construye una cría de dieciséis años. Esa frase

es de mi madre de arriba abajo, lleva su firma en cada palabra, su manera de meter la verdad como un cuchillo, de decir lo más cruel con la sintaxis más suave. Inés no me dio una versión de lo que pasó. Me dio una reliquia. Una frase auténtica, sin retocar, de la boca de su abuela, y con esa reliquia yo puedo datar todo lo demás, como los arqueólogos datan una tumba entera a partir de una sola moneda.

Pero con esa frase me basta para reconstruir el resto, porque esa frase es una obra de arte, y las obras de arte de mi madre yo las sé leer.

«Tu madre nunca te dejará marcharte mientras pueda llamarlo amor.»

Óiganla bien. No dice «tu madre es mala». No dice «tu madre te tiene presa». Dice algo mucho más fino, mucho más envenenado: dice la verdad. Porque es verdad. Y no hay arma más difícil de parar que la verdad dicha por quien no te quiere bien, porque para defenderte tendrías que negarla, y no puedes, precisamente porque es verdad, y ahí te quedas, desarmada, dándole la razón a quien te está cazando. Yo nunca la iba a dejar marcharse mientras pudiera llamarlo amor, esa es exactamente la trampa en la que la tuve, la misma en la que me tuvo a mí mi madre. Mi madre le dijo a Inés la verdad más dolorosa de su vida, la verdad que yo le escondía, la que la niña sentía en el cuerpo sin poder nombrarla, y se la nombró. Y al nombrársela, hizo dos cosas a la vez, como hacía siempre. La liberó, porque no hay nada más liberador que oír por fin, de una boca adulta, que lo que te está pasando es verdad, que no estás loca, que sí, que estás presa. Y la capturó, porque la persona que te libera de una cárcel se convierte, en ese mismo instante, en tu nueva dueña. Mi madre no le abrió a Inés la puerta de mi jaula por bondad. Se la abrió para que Inés pasara de mi jaula a la suya sin darse ni cuenta, agradecida, corriendo, creyendo que corría hacia la libertad cuando corría hacia otra celda con mejores vistas.

Y lo diabólico de la frase, lo que la hace perfecta, es que para desactivarla habría que decirle a Inés que su madre sí la iba a dejar marcharse, y eso era mentira. Yo no la iba a dejar. Mi madre lo sabía. Sabía que yo, por mucho que quisiera a mi hija, por muy buena madre que me creyera, iba a hacer con ella exactamente lo que se había hecho conmigo, porque es lo único que aprendí a hacer con la gente que quiero: retenerla. De modo que la frase no se podía rebatir. Era inatacable. Estaba blindada por mi propia conducta. Inés solo

tenía que mirarme, mirar el año de Dublín que le quité, para saber que su abuela tenía razón. Yo fui la prueba viviente de la frase que me hundió. Mi madre no necesitó mentir sobre mí. Le bastó con describirme.

Eso es lo que le ofreció. Se lo reconstruyo ahora entero, con la frase de anzuelo por delante. Le ofreció ser la única que la entendía. Le ofreció la salida que su madre le negaba. Le ofreció, seguramente, encargarse ella de que todo saliera bien, de que la casa se rompiera, de que Inés quedara libre, sin mancharse, o eso creyó la niña.

Y ahí, en ese «o eso creyó la niña», está la trampa dentro de la trampa, la que todavía no soy capaz de mirar de frente, la que me espera en la siguiente reconstrucción como me espera un escalón a oscuras. Porque una cosa es lo que mi madre le dijo a Inés que iban a hacer, y otra cosa es lo que mi madre iba a hacer de verdad. Le vendió a la niña un plan. Le hizo creer que el plan era uno. Y el plan era otro. Pero eso todavía no lo reconstruyo, porque para reconstruirlo tengo que entrar en la parte más oscura de todas, la del engaño de mi madre a su propia cómplice, y de esa parte todavía me estoy protegiendo, dándome un día más antes de bajar el escalón. Le ofreció, en fin, lo que mi madre le ofrecía a todo el mundo al que quería atrapar: la sensación de ser elegida, de ser especial, de ser, por fin, la preferida de alguien.

Es el cebo más viejo del mundo y el que nunca falla, porque no se le tiende a la razón, se le tiende a la herida. Y mi hija tenía una herida enorme, del tamaño de un año en Dublín, del tamaño de una madre que la quería demasiado y la escuchaba demasiado poco. Mi madre no tuvo ni que buscar la herida: se la había abierto yo, en enero, y se la había dejado en carne viva. Lo único que hizo mi madre fue llegar con el bálsamo y ponerlo, y del bálsamo hizo una correa. Yo abrí la herida. Ella la usó. Entre las dos criamos a la asesina, cada una poniendo su mitad, sin hablarnos, como si nos hubiéramos repartido el trabajo. A una cría que se sentía sola, invisible, presa de una madre que la asfixiaba de deber, mi madre le tendió la mano y le dijo: ven, tú y yo somos iguales, yo sí te veo. ¿Qué adolescente del mundo se resiste a eso? Ninguna. Yo tampoco me habría resistido a los dieciséis. A los dieciséis me habría ido con quien me hubiera dicho «tú y yo somos iguales» hasta el fin del mundo, y de hecho me quedé toda la vida con la única que me lo decía y me lo quitaba a la vez, que era ella.

Me siento en la cocina, después de reconstruirlo, y me tiembla una cosa por dentro que no es rabia ni es pena, es algo peor, es reconocimiento. Porque acabo de entender que mi madre no le hizo a Inés nada distinto de lo que me hizo a mí. Me usó la misma frase, la misma llave, el mismo «tú y yo». La diferencia es el momento. A mí me atrapó de bebé, cuando no podía defenderme, y me tuvo cuarenta y seis años. A Inés la atrapó a los dieciséis, cuando ya estaba rota por mi culpa, madura para la caza.

Me pregunto, y es una pregunta que no lleva a ningún sitio bueno, qué habría sido de mí si a los dieciséis alguien me hubiera dicho a mí esa frase. Si alguien me hubiera cogido de la mano y me hubiera dicho: Marta, tu madre no te va a soltar nunca, vámonos. A lo mejor yo también habría hecho cualquier cosa. A lo mejor la única diferencia entre mi hija y yo no es de carácter, ni de bondad, ni de nada que me pueda apuntar como mérito: es que a mí nadie me ofreció la puerta. Me quedé porque no vino ningún cazador a rescatarme para su propia jaula. Me salvó de ser Inés, sencillamente, que a mí nadie me quiso lo bastante como para usarme. Somos la misma presa, mi hija y yo, cazadas por la misma cazadora con el mismo cebo, con veinte años de diferencia.

Y aquí está lo que no puedo decir, lo que me da vergüenza hasta pensar a solas: que hay un rincón de mí que, al reconstruir a mi madre cazando, no la odia. Que la mira trabajar, tan fina, tan paciente, tan certera, y siente algo que se parece demasiado a la admiración de un aprendiz por el maestro. Llevo meses metida en su cabeza, siguiéndole los pasos, y de tanto pensar como ella para entenderla he empezado a apreciar su obra como se aprecia la de un artista al que detestas pero cuyo oficio no puedes negar. Es horrible sentir eso por la mujer que me está destruyendo. Pero lo siento. Y sospecho que ella lo sabía, que contaba hasta con esto, con que su propia hija, al desmontar su crimen, no pudiera evitar admirar lo bien hecho que estaba. Hasta mi admiración la tenía prevista. No se le escapó nada. Ni yo. Y lo único que de verdad nos separa, lo único, es que mi hija, atrapada, hizo algo monstruoso, y yo, atrapada, no hice nada. Y todavía no sé cuál de las dos salió peor parada: si la que se rebeló y va a pagarlo, o la que se dejó y lo llamó ser buena hija durante media vida. No lo sé. Es la clase de cuenta que no me cuadra por mucho que la repase.

Bajo por fin el escalón que llevaba días evitando, el de la parte más oscura, y descubro que en el fondo de todo esto hay una palabra que lo cambia todo y no lo cambia nada: teatro.

Esta pieza también me la dio Inés, a su manera, sin dármele. Fue otra noche, otra frase suelta, esta vez en el sofá, viendo una serie que ninguna de las dos veía. Dijo, sin apartar la vista de la pantalla: «Yo pensaba que era mentira, mamá. Todo. Como una función que montábamos entre las dos». Y no dijo más, y yo no le pregunté más, porque aprendí que a Inés se le rompe el hilo si tiras, pero me quedé esa frase también, la guardé con las otras, y con ella he reconstruido lo que me faltaba, la parte que me daba miedo mirar.

«Como una obra de teatro.» He pensado mucho en esa frase, en por qué la eligió, entre todas. Porque una obra de teatro es mentira, sí, pero es una mentira que todos los que están en el escenario conocen. Los actores saben que actúan. Y esa es la coartada que mi hija se construyó para poder vivir consigo misma: yo actuaba, yo sabía que era mentira, yo no hacía daño de verdad, yo solo interpretaba mi papel en el montaje de la abuela. Es una coartada preciosa. Le permite haber hecho lo que hizo sin ser del todo culpable, porque el que actúa no mata, representa que mata. El problema de las coartadas preciosas es que solo funcionan mientras el telón no se rompe. Y el de esta se rompió.

Lo veo así.

Mi madre le vende a Inés un plan que no da miedo. No le dice: vamos a matarme. Eso ninguna cría de dieciséis años lo firma, ni la mía. Le dice otra cosa. Le dice: vamos a fingir. Vamos a montar un teatro. Tú sigues dándome un poquito de lo tuyo, lo justo para que yo parezca cada vez más enferma, y yo me encargo del resto. Vamos a hacer creer a los médicos y a tu madre que estoy muy mal, que me muero, para que no quede más remedio que ingresarme, y cuando

me ingresen, la casa se rompe, y tú te vas. Es un montaje, Inés. Una función. Nadie se muere de verdad. Los actores no se mueren en el escenario; se levantan cuando cae el telón y se van a cenar.

Y funciona, ese marco, porque le da a Inés justo lo que necesita para seguir: una manera de mirarse en el espejo. Nadie de dieciséis años se cree capaz de matar a su abuela. Pero casi cualquiera de dieciséis años, herido, desesperado, se cree capaz de participar en un engaño para salir de una casa que lo asfixia. Mi madre no le pidió a Inés que fuera una asesina. Le pidió que fuera cómplice de una travesura grande. Le rebajó el crimen a la medida de lo que una cría podía cargar sin romperse. Ese es el talento de verdad de mi madre, más que las cintas, más que los informes: saber exactamente cuánta verdad puede soportar cada persona, y servirle solo esa, ni una gota más, para que trague sin atragantarse.

Y para que la niña se lo crea, mi madre hace la jugada maestra, la que le da a todo el aire de farsa inofensiva: le enseña los informes. Un día, en la cocina, o en el salón, saca unos papeles y se los pone delante a Inés. Informes médicos. Con membrete, con sellos, con el nombre de un oncólogo, el doctor Iriarte, de la Clínica Belmonte. Diagnósticos, estadios, pronósticos, todo el atrezo de una enfermedad terminal, ya redactado, ya listo. Y le dice: ¿ves? Esto es lo que van a ver los médicos. Está todo montado. No te preocupes por nada, que la parte difícil la llevo yo. Tú fíate.

Y esos informes, esos papeles que mi madre agitó delante de mi hija como un mago agita un pañuelo para que no mires la otra mano, sirven a dos crímenes a la vez, no a uno. Con la mano del pañuelo engañó a Inés, le hizo creer en la comedia. Con la otra, la que nadie miraba, montó su obra verdadera: la de morirse cuando quisiera, con un diagnóstico que lo explicara todo, y de paso dejarme a mí, la hija cuidadora, la firmante, en el sitio exacto para cargar con la muerte. Los mismos papeles. Dos funciones. Una para la nieta, que creía ensayar; otra para el mundo, que creería enterrar a una enferma. Y en el centro yo, que no sabía que había función, dándole las pastillas a mi horario, aplaudiendo sin saber que aplaudía.

Imagínense lo que ve una cría de dieciséis años ahí. Ve a su abuela, lista, poderosa, dueña de la situación, enseñándole unos papeles falsos con una sonrisa, como quien enseña las cartas de una partida que tiene ganada. Ve que la abuela controla. Que hay un plan, y que el plan es de mentira, de papel, de teatro. Y se tranquiliza.

Claro que se tranquiliza. Porque los informes le confirman lo que quiere creer con toda su alma: que esto no es lo que parece, que nadie va a morir, que solo están engañando al sistema para conseguir una cosa buena, su libertad. Los informes falsos no eran para engañar a los médicos. O no solo. Eran, sobre todo, para engañar a Inés. Para que mi hija pudiera seguir echando lo suyo en la manzanilla creyendo que participaba en una comedia y no en un asesinato.

Y aquí está la grieta, la que no se cierra, la que a lo mejor no se cierra nunca. Porque en algún momento aquello dejó de ser teatro. En algún momento mi madre empezó a estar mal de verdad, no de mentira, a adelgazar de verdad, a apagarse de verdad, y una obra de teatro no adelgaza, no huele a enferma, no se queda sin fuerzas para levantarse. En algún momento Inés tuvo que mirar a su abuela y ver que aquello ya no era una función, que el telón no iba a caer, que la actriz se estaba muriendo en el escenario de verdad y encima con el guion que ella misma había ayudado a escribir. ¿Cuándo? ¿En qué momento exacto mi hija dejó de creer que era mentira y supo que era verdad? ¿Y qué hizo entonces? ¿Siguió? ¿Paró? ¿Se lo dijo a la abuela y la abuela la convenció de seguir? ¿Se dio cuenta al final, demasiado tarde, cuando ya no había vuelta atrás?

Me quita el sueño imaginar ese despertar. El día, la hora, en que mi hija miró a su abuela y entendió que la comedia era un asesinato y que ella llevaba meses en el reparto. Porque una cosa sé de Inés, la conozco: no es tonta ni ciega. En algún momento lo supo. Tuvo que verlo. Y en ese momento tuvo delante la peor decisión que le puede tocar a una persona: parar y confesar, y con ello hundirse ella, hundir a la abuela, quedarse otra vez encerrada en la casa de la que quería huir; o callar y seguir, dejar que la función terrible llegara a su final, y salir libre por encima del cuerpo de la vieja que le había prometido la libertad. No sé qué eligió. No sé si eligió o si solo se dejó llevar, que a veces es lo mismo y a veces es peor. Solo sé que la niña que se sentó en aquel sofá a decirme «yo pensaba que era mentira» ya no era, cuando lo dijo, la que lo pensaba. Entre el pensarlo y el contármelo hay un abismo, y en ese abismo vive mi hija, y no me deja entrar. Eso no lo sé. Eso Inés no me lo va a decir jamás, porque eso es lo único que de verdad la condena o la salva, y lo único que se ha guardado entero, debajo de todas las astillas que me ha ido dando.

Y no puedo obligarla. No hay manera. Podría llevarla a un psicólogo, a un juez, a un cura, y de todos saldría con la misma frase intacta en la boca, «yo creía que era mentira», que es verdad y es coartada a la vez, como todo en esta familia. Es la frase perfecta; la heredó de su abuela sin saberlo: dice algo cierto para tapar algo incierto. Que ella creía que era mentira. ¿Y cuándo dejaste de creerlo, Inés? Silencio. Ese silencio es lo único que le queda de propio, lo único que no le han montado ni su abuela ni yo, lo único que decidió ella sola, y por eso lo defiende como una fiera. Es su único territorio libre. Y yo, que se lo he invadido todo, el móvil, el cuarto, el pasado, no le voy a invadir también eso. Que se quede con su segundo. Bastante le he quitado ya. «Yo pensaba que era mentira.» Pensaba. En pasado. En algún momento dejó de pensarlo. Y ese momento, el más importante de toda esta historia, el que decide si mi hija es una niña engañada o una asesina, se lo ha tragado ella y no lo suelta.

Y la entiendo, otra vez, maldita sea, la entiendo. Porque si yo fuera ella, tampoco lo soltaría. Ese momento es el único sitio donde de verdad vive su culpa, y una no le abre a nadie la puerta del cuarto donde guarda eso. Yo tampoco enseño el mío. Yo tampoco le he contado a nadie, ni a Berta, ni pienso, el momento exacto de aquella madrugada en que dejé de darle a mi madre las pastillas para el dolor una a una, como debía, y le di todas juntas. Ese segundo es mío y me lo llevo a la tumba. El de Inés es suyo. Cada una de las tres mujeres de esta familia se guarda un segundo que no enseña, el segundo en que decidió, y esos tres segundos, puestos en fila, son toda la historia.

Tres decisiones tomadas a solas, en tres cocinas, en tres madrugadas distintas, sin testigos, sin cintas, sin nadie. El segundo en que mi madre decidió usar a Inés en vez de salvarla. El segundo en que Inés dejó de creer que era teatro y siguió igual. Y el mío, el de las pastillas. Tres mujeres, tres segundos, y en cada uno una vida entera decidiéndose. Todo lo demás —los informes, las cintas, los cuadernos, la autopsia, el juicio que viene— no es más que el ruido que hacen esos tres segundos al chocar unos con otros durante meses. La verdad de esta historia no cabe en ningún expediente, porque la verdad son tres instantes de silencio, y el silencio no se puede probar. Los demás, los que nos juzgan, solo ven lo de fuera. Nosotras sabemos que todo se decidió en tres instantes que nadie grabó, ni siquiera mi madre, que grababa hasta el aire.

Marco a la Clínica Belmonte un miércoles a media mañana, desde el coche, con el número que copió del membrete de los informes, y en tres minutos de conversación amable con una recepcionista se me cae el último tabique de la reconstrucción.

—Quería pedir cita con el doctor Iriarte, por favor. Oncología.

Un silencio de teclado. Luego, la voz cordial y un poco extrañada:

—¿El doctor Iriarte? Pues... no, mire, aquí no tenemos a ningún doctor Iriarte. ¿Está segura de que es esta clínica?

—Iriarte, sí. Tengo unos informes suyos con el membrete de la Belmonte.

—Pues qué raro. —Más teclado—. A ver... Iriarte, Iriarte. Aquí me consta un doctor Iriarte que estuvo, pero hace años. Se marchó... uy, en 2019. No ejerce aquí desde 2019. ¿De cuándo son esos informes, si no le importa?

—De este año —digo, y me sale la voz muy tranquila, la voz que pongo cuando por dentro se está cayendo todo—. Nada, será una confusión mía. Muchas gracias.

Cuelgo. Y me quedo en el coche, en el aparcamiento, mirando el volante, con el último tabique en el suelo y la casa entera de la reconstrucción por fin en pie, terminada, horrible, perfecta.

No hay Iriarte. No hay oncólogo. No lo hubo nunca. Los informes que me tuvieron nueve meses cuidando a una moribunda que no se moría de nada, los que me hicieron triturarle la comida y llevarle la cuenta de unas pastillas para un dolor que no existía, los firmó un médico que no trabaja en esa clínica desde hace años, un nombre sacado de vaya usted a saber dónde, un fantasma. Mi madre fabricó su enfermedad de la nada. Cogió el membrete de una clínica de verdad, el nombre de un médico de verdad que ya no estaba, y montó con eso un cáncer de mentira tan bien hecho que engañó a su hija,

engañó a su nieta, y me habría engañado hasta el final si no llega a ser porque un cuerpo sin cáncer, en una autopsia, canta.

Nueve meses. Le dediqué nueve meses de mi vida a una enfermedad que no existía. Dejé horas de trabajo, dejé de dormir, dejé de vivir, para cuidar un cáncer de papel. Le trituré la comida a una mujer que masticaba perfectamente. Le llevé la cuenta de las pastillas a una mujer sin dolor. Le sostuve la mano en noches de agonía fingida, llorando yo de verdad por su sufrimiento de mentira. Todo mi amor de aquellos meses, cada gesto, cada desvelo, cada renuncia, se lo di a una farsa. Y lo peor no es que me engañara. Lo peor es que ese amor fue real. Yo sí sufrí. Yo sí me desviví. Mi entrega fue verdadera aunque la enfermedad fuera falsa, y eso no hay quien me lo devuelva; ese amor gastado en una mentira no vuelve, se quedó allí, en aquel cuarto, cuidando a un fantasma.

Y entonces lo entiendo del todo, la última pieza, la que le da sentido a todas las demás: el agujero. Porque mi madre era demasiado lista para dejar un oncólogo que se cae con una llamada de tres minutos. Si hubiera querido un cáncer a prueba de balas, lo habría hecho a prueba de balas, que sabía. No lo hizo. Dejó el agujero a propósito. Dejó a Iriarte cojo, dejó los informes fabricados con una falsedad detectable, dejó su cuerpo limpio de cáncer para la autopsia, porque el cáncer no tenía que aguantar para siempre. El cáncer solo tenía que aguantar hasta que ella muriera. Y después, cuanto más se cayera, mejor. Porque un cáncer que se descubre falso después de una muerte no señala a la muerta. Señala a quien lo montó. Y quién va a pensar que lo montó la propia víctima. Nadie. Todo el mundo va a pensar que lo montó la persona que se beneficiaba de fingir que su madre se moría de algo: la hija. La cuidadora. La que le daba las pastillas. La que hereda el piso. Yo.

Mi madre no fabricó un cáncer para que la creyeran enferma. Fabricó un cáncer descubrible para que, al descubrirse, me señalara a mí. El agujero no es un fallo de su plan. El agujero es su plan.

Y lo pienso, y me maravilla y me da náuseas a la vez. Porque hace falta una frialdad que a mí no me cabe en el cuerpo para diseñar la propia muerte de modo que parezca que te ha matado tu hija. Para dejar, aposta, las migas que llevan hasta ella. Mi madre se pasó los últimos meses de su vida no solo montando su final, sino asegurándose de que su final me destrozara. Podría haberse muerto y ya. Podría haberse ido dejándome el dolor limpio de una hija que

pierde a su madre. En vez de eso empleó su energía, la poca que le quedaba, la que Inés no le había robado con el veneno, en construir un laberinto para que yo, después, me perdiera dentro para siempre. Su último acto hacia mí fue asegurarse de que no pudiera ni llorarla en paz.

La trampa no era la enfermedad. La trampa era el desenmascaramiento de la enfermedad. Me tendió la trampa dos veces: una fingiéndose enferma para que yo la cuidara hasta darle la dosis, y otra dejando que se descubriera que nunca lo estuvo, para que esa dosis pareciera un asesinato. Cuidar y matar, matar y que se sepa. Las dos mitades de la misma tenaza, y yo en medio, apretada, sin haber entendido hasta hoy, en un aparcamiento, que el mecanismo era este.

Me quedo mucho rato ahí. Y por primera vez desde que empezó todo, en lugar del caos, en lugar de la culpa revuelta con el miedo revuelto con la rabia, siento una cosa nueva: orden. Un orden espantoso, pero orden.

Y lo que no le puedo confesar a nadie es que ese orden me da paz. Que después de meses viviendo dentro de un caos que me revolvía las tripas, poder por fin poner cada culpa en su casilla, saber quién hizo qué, tener las columnas cuadradas, me alivia como no me ha aliviado nada en todo este tiempo, ni siquiera el cariño de la poca gente que me queda. Me alivia más entender mi condena que escapar de ella. Soy así de rara, o me han hecho así de rara: prefiero un horror ordenado a una esperanza confusa. Y en eso, otra vez, también en eso, soy hija de mi madre, que prefirió morirse con todo bajo control antes que vivir con una sola cosa fuera de su mano. Porque por fin puedo separar las culpas, ponerlas cada una en su columna, como me gusta, como sé. Y son tres, y son distintas, y ninguna cabe en la de otra.

La de mi madre: lo fabricó todo. La enfermedad, el pacto, el reparto, la trampa. Cogió la debilidad de una nieta y la debilidad de una hija y con las dos construyó su propia muerte a medida y mi condena de propina. Es la culpa arquitecta, la que dibujó el plano.

La de Inés: envenenó a su abuela durante meses. Creyera lo que creyera, teatro o no, echó lo que echó en la manzanilla, tarde tras tarde, y en algún momento supo y no paró. Es la culpa que puso el veneno, la de las manos.

Y la mía: le di la última dosis. Con mis manos, yo, nadie más. Creyendo que la aliviaba, sí. Por amor, sí. Pero se la di. Y antes que eso, mucho antes, encerré a mi hija y la empujé hacia los brazos de la única persona capaz de convertirla en esto. Es la culpa que apretó el gatillo y, más atrás, la que cargó el arma sin saberlo. La culpa tonta. La culpa buena. La peor de todas, porque es la única que quiso hacer el bien.

Y lo que más me cuesta de este orden nuevo es que las tres culpas no se restan. Yo esperaba, en el fondo, que al ordenarlas se compensaran, que la culpa enorme de mi madre me rebajara la mía, que el saber que me tendieron una trampa me hiciera menos responsable de haber dado la dosis. Y no. No funciona así. La contabilidad de la culpa no es como la del dinero; aquí no hay compensaciones, no hay un debe y un haber que se salden. Cada una debe lo suyo entero. Que a mí me engañaran no me quita ni un gramo de haber sido yo quien le dio las pastillas. Que Inés creyera que era teatro no le quita ni un gramo de haber echado el veneno. Que mi madre lo orquestara todo no le quita ni un gramo a las otras dos. Las tres culpas son enteras, las tres a la vez, sin descuento. Es la única contabilidad que conozco en la que las columnas suman más de cien.

Tres culpas. Tres mujeres. Y un solo juicio, dentro de unas semanas, en el que va a haber una sola acusada, sentada sola en un banco, cargando con las tres. Ordeno las columnas por fin, las miro claras, y entiendo que saber repartir la culpa no me sirve absolutamente de nada, porque la única que puede repartirla soy yo, y para repartirla tendría que hablar, y para hablar tendría que entregar a mi hija.

Y ahí está el nudo, el de verdad, el que mi madre me dejó bien apretado alrededor del cuello antes de morir: que tengo en la mano todo lo necesario para defenderme, y que cada pieza de esa defensa es una piedra en el cuello de Inés. El frasco. La nota. El chat. La grabadora. La frase. Los informes de Iriarte. Todo eso, junto, contado ante un juez, me convertiría de asesina en víctima. Y convertiría a mi hija de niña en acusada. No puedo ganar sin que pierda ella. No hay una versión de mi salvación que no pase por hundirla. Mi madre lo diseñó así, con esa precisión suya de relojera: me escondió la llave de mi celda dentro del cuerpo de mi hija, para que yo tuviera que elegir, hasta el último día, entre mi libertad y ella.

Sabía que no elegiría mi libertad. Contaba con eso. Con que la buena de Marta se hundiría antes que entregar a su niña. Y en eso, por una vez, a lo mejor la voy a decepcionar. O a lo mejor no. Todavía no lo sé. Lo tengo todo. Lo entiendo todo. Y no puedo usar nada. Arranco el coche. En unas semanas empieza el juicio, y todavía no sé qué voy a hacer cuando el juez me mire y me pregunte, y esa, y no la de mi madre, es la única pregunta que de verdad me queda por contestar.

33

El juez me pregunta si tengo algo que añadir, y yo tengo dentro toda la verdad del mundo, ordenada por fin, lista para soltarla, y digo que no.

Es una sala pequeña, sin toga ni solemnidad, el despacho del juzgado de instrucción, con el juez detrás de una mesa llena de expedientes, la secretaria tecleando, Berta a mi lado con su carpeta, la fiscal enfrente. Una comparecencia más, de las muchas de estos meses.

He aprendido, en estos meses, a leer estas salas como antes leía los cuadernos de tomas de mi madre: por lo pequeño. Sé cuándo el juez tiene prisa, cuándo la fiscal huele sangre, cuándo Berta va a pedir un aplazamiento por cómo ordena sus folios. Me he vuelto una experta en el idioma mudo de los juzgados, yo, que hace un año no había pisado uno, que creía que la justicia era una cosa solemne de películas y no esto, este trámite gris de despachos con fluorescentes y sillas de plástico y funcionarios cansados que deciden el resto de tu vida entre dos cafés. Nadie te avisa de que el peor día de tu existencia va a tener aspecto de gestión administrativa. Pero esta la siento distinta, porque esta vez sé. Vengo con la casa entera de la verdad construida en la cabeza, cada tabique en su sitio, y vengo pudiendo, si quiero, ponerla encima de esta mesa y volar mi propia acusación por los aires.

Berta no sabe lo que traigo dentro. Cree que venimos a otra comparecencia de trámite, a decir que no una vez más, a ganar tiempo mientras ella busca por dónde armar una defensa con lo poco que le doy. Me mira de reojo, tranquila, con su cara de abogada que ha hecho esto mil veces, sin sospechar que la clienta a la que defiende con las manos atadas tiene, en la boca, la llave que le soltaría las manos. Le he ocultado a mi propia abogada la munición de mi propia defensa. Y lo voy a seguir haciendo. Porque el día que se

lo cuente a Berta, Berta va a querer usarlo, es su trabajo, y usarlo es nombrar a Inés, y a Inés no la nombra nadie mientras yo pueda evitarlo.

Porque podría hablar. Ahora sí podría. Podría decirle al juez: señoría, mi madre no tenía cáncer, se lo fabricó, aquí está el oncólogo que no existe, llame a la Clínica Belmonte y verá. Podría decir: mi madre sabía que la estaban envenenando desde marzo y calló, aquí está la nota de su puño y letra, «se lo quité», con su fecha. Podría decir el nombre. Podría decir: fue mi hija, señoría, mi hija de dieciséis años empezó a echarle algo a la manzanilla para provocar una crisis y romper la casa y escapar, y mi madre la descubrió y en vez de pararla la usó, hizo un pacto con ella, le dijo aquella frase, montó este teatro entero para que yo, al darle la medicación creyendo que la aliviaba, quedara de asesina. Podría desplegar las tres culpas encima de la mesa del juez, ordenaditas, la de mi madre, la de mi hija y la mía, y dejar que la justicia hiciera su trabajo con las tres en lugar de con una sola.

Lo tengo todo, y todo encaja, y todo se sostiene. Podría contar cómo la beca de enero le abrió a Inés la herida por la que mi madre metió el anzuelo. Cómo el envenenamiento empezó en febrero, los martes y los jueves, y mi madre lo descubrió en marzo. Cómo le vendió a la niña un teatro para que no le diera miedo, y le enseñó los informes falsos como quien enseña un truco de magia. Cómo grabó cada conversación, cada frase, para tenerlo todo por escrito menos lo que le convenía borrar. Cómo repartió las cintas en dos montones, el de hundirme y el de salvarla. Cómo dejó el agujero del oncólogo a propósito, para que su cáncer se cayera después de muerta y la sospecha rodara hacia mí. Podría contar los nueve meses, la comida triturada, el cuaderno de tomas, la madrugada de las pastillas. Podría contarlo entero, de principio a fin, sin que me faltara una pieza. Es mi historia. Me la sé. La he reconstruido yo, hueso a hueso, en meses de no dormir.

Tengo todo eso en la boca. Lo tengo en la punta de la lengua, empujando, pidiendo salir, porque la verdad pesa y quiere caerse, y porque además me salvaría, o casi. Es la primera vez en todo el proceso que tengo munición de verdad, la que Berta lleva meses pidiéndome sin saber que la tengo. Y el juez me está dando la puerta abierta, con esa pregunta de rutina, «¿algo que añadir?», que otras veces contesté con un no vacío y que hoy podría contestar con todo.

Y digo que no. «No, señorita. Nada que añadir.»

Y en el «no» va Inés entera. En ese «no» de dos letras la meto, la escondo, la tapo, la salvo, hago con ella exactamente lo que hizo mi madre en aquella cocina de marzo: la veo hacer lo peor y callo. Cierro la boca sobre mi hija como mi madre cerró la suya, y por un instante, mientras lo hago, siento que las dos, mi madre y yo, con veinte años y una muerte de por medio, hacemos por fin el mismo gesto, el de tragarnos a la niña para protegerla. Solo que mi madre la tragó para usarla, y yo la trago para salvarla. O eso me digo. O eso necesito decirme, sentada en esta silla, para poder seguir respirando.

Y me pregunto, mientras las manos me sudan sobre la falda, si mi madre sintió esto mismo en marzo. Si al ver a Inés con el frasco y decidir callar sintió este vértigo, esta mezcla de amor y de cálculo, este saber que con el silencio estaba cambiando el destino de todos. Seguramente no. Seguramente ella no dudó ni un segundo, porque para ella callar y usar eran lo mismo, se le daban juntos, sin fricción. A mí me cuesta. A mí el silencio me araña la garganta al salir. Y a lo mejor esa es la única diferencia decente que me queda respecto a mi madre: que ella calló sin que le doliera, y a mí me está costando la vida. El mismo gesto. Distinto precio. Ojalá el precio cuente para algo, allá donde se cuenten estas cosas, si es que se cuentan en algún sitio.

Porque aquí está lo que no me atrevo a mirar del todo, ni siquiera ahora, ni siquiera con la verdad tan ordenada: que no sé del todo por qué callo. Me digo que callo por ella, para que no la toquen, para que mi niña no acabe fichada, señalada, procesada. Y es verdad, en parte es verdad. Pero hay otra cosa debajo, más pequeña y más fea, que asoma cuando bajo la guardia: que mientras yo calle, Inés sigue siendo mi hija intachable, la víctima, la pobre cría que perdió a su abuela y casi pierde a su madre. Y yo sigo siendo la madre de una hija intachable. En el momento en que yo abra la boca y la nombre, las dos cambiamos para siempre: ella pasa a ser una envenenadora, y yo paso a ser la madre de una envenenadora, la mujer que crió esto. A lo mejor no la callo solo a ella. A lo mejor me callo también a mí, a la que quiero seguir siendo. Y no sé, sentada aquí, cuánto hay de lo uno y cuánto de lo otro, y sospecho que no lo voy a saber nunca, porque los motivos, en esta familia, vienen siempre de dos en dos, y uno tapa al otro.

Lo que sí sé es que, sea por lo que sea, ya está hecho. He callado. Y callar, cuando podías hablar, no es no hacer nada: es hacer algo. Es un acto. Cada minuto que paso sin nombrar a Inés es un minuto en que elijo, activamente, cargar yo. La gente cree que el silencio es pasivo, que callar es dejarse. No lo es. Callar teniendo la verdad en la boca es lo más activo que he hecho en la vida, más que darle la dosis a mi madre, más que cancelarle la beca a mi hija. Aquellos fueron actos que hice sin ver del todo lo que hacía. Este lo veo. Este lo elijo con los ojos abiertos, sabiendo el precio, sabiendo a quién salvo y a quién condeno, que soy yo. Por primera vez hago daño a sabiendas, y el daño me lo hago a mí, y no sé si eso me redime un poco o me condena del todo.

El juez recoge sus papeles. Dice unas frases que llevo meses temiendo y que, cuando por fin llegan, suenan casi anticlimáticas, administrativas, de trámite: que, concluida la instrucción, se dicta auto de apertura del juicio oral. Que se me juzgará. Pone fecha. Dice el delito por el que se me sienta en el banquillo, y el delito lleva mi nombre y solo el mío, porque acabo de asegurarme, con dos letras, de que sea así.

Miro a la fiscal recoger sus cosas, satisfecha, sin saber que la acusación que ha construido con tanto esmero se la he regalado yo, que se la podría desmontar en cinco minutos y que elijo no hacerlo. Ella cree que me tiene. No sabe que soy yo la que se entrega. Hay un poder raro, retorcido, en esto, en saber que podrías salvarte y no querer, en mirar a los que te acusan sabiéndote más dueña de la verdad que ellos y dejar, aun así, que ganen. Mi madre conocía ese poder. El de controlar el relato incluso desde el sitio del que pierde. Y ahora lo conozco yo, y descubro, con asco, que no me disgusta del todo. Que hasta en el banquillo, callando, hay una manera de ser yo la que manda. Berta me toca el brazo, me dice algo que no oigo, algo de que ya hablaremos, de que hay estrategia. Yo asiento. Pero por dentro solo pienso una cosa, con una claridad que me hiela: que acabo de elegir. Que llevaba meses diciéndome que no había elegido nada, que todo me lo hicieron, que soy la víctima de un plan ajeno. Y acabo de elegir. Con un «no» de dos letras, en una sala pequeña, he elegido cargar yo con todo. Nadie me ha obligado. Por primera vez en esta historia, la mano que decide es la mía, y he decidido callar. Ya no soy solo lo que me hicieron: soy, también, lo que acabo de hacer.

DOCUMENTO I

(Extracto del auto de apertura de juicio oral. Se reproducen el encabezamiento, parte del razonamiento jurídico y la parte dispositiva; se omiten los folios intermedios.)

AUDIENCIA PROVINCIAL DE MADRID – SECCIÓN [...]

Sumario [...] / [...] · Procedente del Juzgado de Instrucción n.º [...] de Madrid

AUTO

En Madrid, a [...] de diciembre de [...].

ANTECEDENTES DE HECHO

PRIMERO.— Que las presentes actuaciones se incoaron a raíz del fallecimiento de doña **Celia Valdecasas Riaño**, ocurrido el 6 de agosto, y del posterior informe de autopsia, que descartó la enfermedad oncológica que constaba en la documentación clínica aportada al entorno familiar y estableció como causa de la muerte una **sobredosis aguda de la medicación de confort** que a la fallecida se le venía administrando en el domicilio, así como hallazgos compatibles con la **administración crónica previa de una sustancia tóxica** (pericial en el particular [...]).

SEGUNDO.— Que el Ministerio Fiscal, evacuado el trámite conferido, ha formulado escrito de acusación contra doña **Marta Soto Valdecasas** [...].

[...]

RAZONAMIENTOS JURÍDICOS

PRIMERO.— De lo actuado resultan indicios racionales de criminalidad bastantes para acordar la apertura del juicio oral, sin que corresponda en este momento procesal valorar la fuerza de convicción de las pruebas, cuya práctica y contradicción se reservan al acto del plenario. Los hechos descritos por la acusación pública son susceptibles de ser calificados, con carácter provisional, como constitutivos de un delito de **homicidio** de los artículos 138 y siguientes del Código Penal, sin perjuicio de la calificación que en definitiva proceda, quedando para el juicio la debida discusión sobre la concurrencia de circunstancias.

SEGUNDO.— Que, valoradas las circunstancias personales de la acusada, la ausencia de antecedentes y su arraigo, procede mantener la situación de **libertad provisional** ya acordada, con subsistencia de las obligaciones impuestas — comparecencias periódicas y prohibición de salida del territorio nacional con retirada de pasaporte—, por resultar suficientes para asegurar su presencia.

[...]

PARTE DISPOSITIVA

SE ACUERDA:

1.º **La apertura del juicio oral** en la presente causa contra doña **Marta Soto Valdecasas**, como presunta autora de los hechos objeto de acusación.

2.º Declarar competente para el enjuiciamiento y fallo a esta Audiencia Provincial, Sección [...].

3.º Dar traslado a la defensa para la presentación de su escrito de calificación y proposición de prueba, en el plazo legalmente previsto.

4.º Se señalan para la celebración de las sesiones del juicio oral los días [...] de enero y siguientes, a las [...] horas, en la Sala [...] de esta Audiencia.

Notifíquese la presente resolución al Ministerio Fiscal y a las partes personadas, haciéndoles saber que contra ella [...].

Así lo acuerdan, mandan y firman [...].

QUINTA PARTE

La elección

Berta cree que ha encontrado la manera de salvarme, y viene a contármela con una chispa de entusiasmo que no le había visto en todos estos meses, y yo tengo que apagársela.

Nos hemos citado en su despacho, un martes por la tarde. Extiende sobre la mesa los papeles del caso, ordenados con esa pulcritud suya de cirujana, y me explica, con las palabras justas, lo que ha estado tramando. Las cintas. La supuesta confesión mía que grabó mi madre, la que la fiscalía va a poner en la sala como prueba estrella, la que me hunde. Berta está convencida, y me dice que un buen perito de audio lo confirmaría, de que esas cintas están trucadas. Cortadas y pegadas. Que si consigue que se peritén, un técnico va a encontrar las costuras, los saltos de ambiente, los cambios de tono, las pausas donde no debería haberlas, y va a poder declarar ante el tribunal que eso no es una confesión, que es un montaje. Y si la prueba estrella de la fiscalía se cae por falsa, me dice Berta con los ojos brillándole, el caso entero se tambalea.

Se la ve contenta, Berta, y es la primera vez. En todos estos meses la he visto seca, cortante, profesional, peleando a ciegas por una clienta que le da migajas. Hoy tiene un plan, y un plan bueno, y se le nota en el cuerpo, en cómo se inclina sobre la mesa, en cómo me señala los puntos del informe con el bolígrafo. Me está regalando un pedazo de esperanza, envuelto en tecnicismos, con la ilusión contenida del profesional que por fin ve una salida para el cliente al que ha cogido cariño sin querer. Y yo se lo voy a devolver. Se lo voy a tirar a la cara sin poder explicarle por qué. Es de las cosas más crueles que voy a hacer en esta historia, y las he hecho gordas: quitarle la esperanza a la única persona que pelea por mí.

Es una buena idea. Es más que buena, es la primera idea en todo el proceso que de verdad podría salvarme, y me la trae la mujer a la que le pago para que me salve, y yo la escucho con el corazón

encogido, porque sé lo que hay debajo de esa idea, lo que Berta no sabe, y sé que voy a tener que decir que no.

Porque peritar las cintas no es solo peritar los cortes. Para demostrar que están cortadas, el perito necesita el material. Todo el material. Las grabaciones originales de mi madre, las de verdad, las de antes de que ella las troceara para montar su confesión de mentira. Y en esas grabaciones originales no está solo mi voz diciendo, fuera de contexto, las frases que mi madre me sacó con engaño. En esas grabaciones está todo lo que mi madre grabó durante meses en aquella casa. Está mi voz hablando de Inés, quejándome de Inés, diciendo de mi hija cosas de madre desesperada que suenan fatal fuera de contexto. Y está, en algún carrete, si el perito escarba lo suficiente, si pide todo el material y alguien lo encuentra, la voz de mi madre y la de mi hija haciendo su pacto. Abrir las cintas para salvarme a mí es abrir la caja donde está enterrada Inés.

Y no es una posibilidad remota, un por si acaso. Es casi seguro. Mi madre grababa de continuo, sin criterio, dejaba la grabadora corriendo horas. En esas horas hay de todo: la televisión, la radio, las partidas de cartas con Charo, mis visitas, las de Inés. Y en algún punto, entre lo insustancial, está lo que a mí me destruiría usar en mi defensa: la niña y la vieja, hablando de lo que no se debe hablar. Un perito que reciba el material completo para buscar los cortes de una cinta va a oír, de paso, todas las demás. Va a oír a Inés. No hay forma de pedir que analicen solo el trozo que me conviene y no el que me condena; el material es un bloque, o se abre entero o no se abre, y si se abre entero, mi hija sale a la superficie con él, como sale un ahogado cuando remueves el fondo de un pantano.

—No —le digo.

Berta me mira como si no hubiera oído bien.

—¿Cómo que no?

—No quiero que se peritén las cintas. No quiero remover ese audio. Prefiero que se queden como están.

Y ahí empieza una discusión que ya sé que voy a ganar, porque el que no quiere no hay quien lo mueva, pero que me deja hecha polvo, porque Berta es buena, y tiene razón, y me pelea la vida con uñas y dientes sin saber que estoy jugando en su contra. Me pregunta por qué. Le doy razones falsas: que no quiero exponer más la intimidad de mi madre, que no me fío de los peritos, que prefiero otra

estrategia. Ella las derriba una a una, con paciencia primero, con enfado después.

«¿No se fía de los peritos? Los elijo yo, uno de prestigio, con veinte años de sala.» «¿La intimididad de su madre? Su madre está muerta, Marta, y la que está viva y con un pie en la cárcel es usted.» «¿Otra estrategia? No hay otra, esa es la cuestión, llevo meses buscándola y esta es la única puerta que se abre, y usted la está cerrando con llave.» Cada argumento suyo es mejor que el mío. No tengo con qué rebatirla, porque para rebatirla de verdad tendría que contarle la razón verdadera, y la razón verdadera es la única palabra que no va a salir de mi boca en esta vida. Así que hago lo único que se puede hacer cuando no tienes razón pero no puedes ceder: me pongo terca. Me atrincheró en el no. Repito «no quiero» como una niña, sin argumentos, porque el «no quiero» es inexpugnable, no se puede rebatir un capricho, y prefiero que Berta me tome por caprichosa, por difícil, por loca incluso, antes que darle la única explicación que lo entendería todo. «Marta, es usted la que se sienta en el banquillo. Es su libertad. Le estoy ofreciendo la mejor baza que tenemos, a lo mejor la única, ¿y usted me la tira?» Y yo aguanto, y repito que no, y veo en su cara que empieza a pensar lo que piensan todos los que se acercan lo suficiente a este caso: que su clienta esconde algo. Que hay una pieza que no encaja. Que Marta Soto no se defiende como se defiende un inocente, y tampoco como se defiende un culpable, sino de una tercera manera rarísima que Berta no ha visto nunca y no sabe nombrar.

Se queda callada un rato, mirándome, y yo aguanto la mirada, porque he aprendido a aguantar miradas este año, y al final dice, más suave, casi con pena: «Marta, yo no puedo defenderla bien si usted me esconde cosas. Llevo meses con la sensación de que me falta la mitad del caso. Si hay algo que yo debería saber, dígamelo ahora, en este despacho, que es el único sitio del mundo donde se lo puede quedar guardado, porque a mí me ata el secreto profesional. Aquí, lo que me cuente, muere conmigo». Y me lo ofrece de verdad, me abre esa puerta, la del único confesionario seguro que me queda, donde podría soltarlo todo sin que le pasara nada a Inés. Y por un segundo lo pienso, lo pienso en serio, decírselo a Berta, aunque sea solo para no estar tan sola cargándolo. Pero no. Porque una cosa aprendí de mi madre: que un secreto deja de serlo en el instante en que lo sabe una

segunda persona, por muy jurada que esté. Y este secreto no puede tener dos dueñas. Solo yo. Hasta el final, solo yo.

Lo que no le puedo decir es que tiene toda la razón. Que escondo algo. Que la pieza que no encaja es mi hija. Que no me defiende como una inocente ni como una culpable porque no soy ni una cosa ni la otra: soy una madre, que es una categoría que no existe en el código penal, la de la que preferiría entrar ella en la cárcel antes que dejar que su cría se acerque a la puerta.

Berta defiende a una acusada. Cree que su trabajo es sacar a esa acusada del banquillo. Y no entiende, no puede entender, que la persona a la que defiende ha dejado de querer salir. Que su clienta no busca la absolución, busca otra cosa que no está en ningún manual de derecho penal: busca que su hija no aparezca. Toda la maquinaria de la defensa —los peritos, las cintas, las estrategias— está montada para ganar un juicio, y yo no vengo a ganar un juicio. Vengo a perderlo bien. Vengo a perderlo de la única manera que deja a Inés fuera. Berta juega al ajedrez para dar jaque. Yo muevo las piezas para que, pierda quien pierda, mi hija no esté en el tablero. Jugamos partidas distintas sobre el mismo tablero, y ella todavía no lo sabe.

Y aquí está lo que me hiela, sentada en el despacho de Berta mientras ella recoge sus papeles con la mandíbula tensa de la profesional a la que su cliente le ata las manos: que estoy disfrutando de algo de esto. No del daño, no del miedo, eso no. Pero hay una parte de mí, una parte que reconozco de mi madre como se reconoce una cara en un espejo empañado, que se crece en el sacrificio. Que se siente grande renunciando. Que casi, casi, saborea la nobleza de hundirse por su hija, la película heroica de la madre mártir que carga en silencio con todo. Y esa parte es peligrosísima, porque convierte lo que debería ser un dolor en una especie de orgullo, y el orgullo engancha, y una madre orgullosa de su propio sacrificio es capaz de sacrificarse hasta el final solo por no bajarse de la cruz.

Y eso me da más miedo que la cárcel. Me da miedo porque huele a mi madre. Ella también convirtió su final en una obra, en un papel protagonista, en una cruz a su medida de la que no pensaba bajarse. ¿Y si yo estoy haciendo lo mismo? ¿Y si esto de cargar en silencio, de hundirme noblemente por mi hija, no es tan distinto de lo suyo, y las dos, cada una a su manera, hemos convertido la desgracia en un escenario donde ser, por fin, la que más sufre y la que más quiere? A

lo mejor la diferencia entre el sacrificio y el egoísmo es más fina de lo que me gustaría.

Ojalá esté callando por Inés. Me da miedo estar callando, también, porque me gusta cómo me hace sentir.

No puedo dormir, así que hago lo que hace la gente que no puede dormir y tiene un miedo concreto: lo busco. Me levanto, enciendo el ordenador y tecleo lo que llevo semanas sin atreverme a teclear: qué le pasa en España a un menor de dieciséis años que comete un delito grave.

Lo tecleo como quien mete la mano en un cajón a oscuras esperando cortarse. Porque toda mi renuncia, todo mi silencio, todo el sacrificio noble que llevo meses construyendo, se apoya en una idea que nunca he comprobado: que si nombro a Inés, la mando al infierno. Que entregar a mi hija es entregarla a la cárcel, a las rejas, a las mujeres duras, a un agujero del que saldría con treinta años y el alma rota. Esa imagen es la que me sella la boca. Y esta noche, por fin, con un miedo que me tiembla en los dedos, voy a mirar si la imagen es verdad.

Me da vergüenza hasta buscarlo, como si por teclearlo ya estuviera entregándola, como si el ordenador fuera a guardar la pregunta y usarla contra las dos. Miro por encima del hombro, en mi propia casa, a las tres de la mañana, antes de pulsar la tecla. Otra vez la paranoia de mi madre, otra vez sus reflejos metidos en mí. Y por fin busco, con el corazón en la boca, esperando encontrar lo que me confirme el miedo, lo que me dé permiso para seguir callando con la conciencia tranquila: a ver, dime que es horrible, dime que la cárcel, dime que le arruino la vida si hablo, dame la excusa que necesito para no hablar nunca.

No es verdad.

Lo leo tres veces para creérmelo, y no es verdad. Lo que le pasa a un menor en España no es lo que yo imaginaba. Hay una ley solo para ellos, una ley de responsabilidad penal del menor, que no funciona como la de los adultos. No manda a los chavales a la cárcel. Los mete, en los casos más graves, los más serios, en un

internamiento en régimen cerrado, en un centro de menores, con una duración acotada, unos años, no una eternidad, y con la obligación de que todo aquello tenga una finalidad educativa, de reinserción, de recuperar al crío, no de destruirlo. Un centro cerrado no es un hotel, no me engaño, tiene que ser duro, tiene que ser encierro. Pero no es la cárcel de adultos con la que yo llevo meses aterrorizándome. No es el fin del mundo. Es un sistema pensado, precisamente, para que un chico que hizo algo terrible a los dieciséis no tenga por eso la vida entera arruinada. Es, comparado con lo que yo me imaginaba, casi piadoso.

Leo más. Leo sobre la edad, porque Inés tenía dieciséis cuando empezó, y la ley trata distinto a los de dieciséis y diecisiete que a los pequeños: a ellos, en los casos más graves, les cabe el tramo más alto, unos años de cerrado. Leo, y no entiendo la mitad, y busco las palabras que no conozco, y me hago un cuadro, porque para eso sirvo, para hacer cuadros. Y en el cuadro, por más que lo mire, no aparece por ningún sitio la palabra que yo tenía metida en la cabeza, la palabra cárcel, la palabra presidio, la que me quitaba el sueño. Aparecen otras: internamiento, medida, educador, centro, reinserción, seguimiento. Palabras que no son de castigo, o no solo. Palabras que dan por hecho que un crío de dieciséis todavía se puede arreglar.

Y me quedo mirando la pantalla, con la casa en silencio y mi hija durmiendo arriba, y siento que se cae la coartada. La grande, la que sostenía todo lo demás. Porque yo me decía: callo para salvar a mi hija de un destino monstruoso. Y resulta que el destino no es tan monstruoso. Resulta que hay incluso quien diría que a una cría que ha hecho lo que hizo Inés le vendría bien un sitio donde alguien se ocupara de verdad de lo que se le rompió por dentro.

Porque eso también lo he estado sin mirar: que Inés no está bien. Que una cría que hizo lo que hizo, que carga con una abuela muerta y una madre que la encubre, no se está curando en casa, callada, las dos fingiendo que no pasó nada mientras cenamos. A lo mejor lo que necesita no es que la esconda del mundo, sino que alguien, un juez, un educador, un médico, la obligue a mirar de frente lo que hizo. Y yo le estoy negando eso. Con mi amor. Con mi silencio.

Entonces, ¿qué protejo? Me hago la pregunta en serio, por primera vez, sin la respuesta puesta de antemano. Si no es a Inés de la cárcel, porque no hay tal cárcel, ¿de qué salvo a mi hija que valga

mi libertad entera? Y no encuentro un solo motivo que hable de ella y no acabe, si lo sigo hasta el fondo, hablando de mí.

Lo que protejo, sobre todo, es la foto. La foto de las dos. En el momento en que yo diga el nombre de mi hija, Inés deja de ser la nieta huérfana que lo perdió todo, la víctima, y pasa a ser una envenenadora. Y yo dejo de ser su madre intachable y paso a ser la mujer que crió a una envenenadora, la que tuvo el monstruo en casa comiendo en su mesa y no se enteró. Mientras yo calle, las dos seguimos siendo víctimas. En cuanto hable, las dos nos convertimos en el horror.

Y hay gente esperando esa foto, ávida de ella: Charo y las de la partida de mi madre, que me dan el pésame con una mano mientras con la otra ya marcan el teléfono para contarlo. Todo ese mundo pequeño del qué dirán, el mundo en el que me crió mi madre, esperando saber qué clase de familia éramos de verdad. Y que ese juicio, el de la panadería, me importe casi tanto como el del juzgado me da una vergüenza que no me cabe en el cuerpo. Llevo toda la vida siendo la buena, la que cuida, la hija ejemplar, y me da más miedo perder eso que perder la libertad.

Me quedo con esa idea clavada como una astilla: que a lo mejor no soy una madre que se sacrifica por su hija, sino una mujer que se sacrifica por su propia imagen y usa a la hija de excusa. Y no lo puedo saber, esa es la tortura, porque los dos motivos están tan pegados que ni yo distingo dónde acaba el amor por mi hija y dónde empieza el amor por la idea que tengo de mí misma.

Y lo más cruel es que a lo mejor son las dos cosas verdad a la vez, y ninguna anula a la otra. Que quiero a mi hija y la protejo, y a la vez me protejo la fama, enteras, sin descuento. Que no haya en mí, ni haya habido nunca, un solo gesto de amor sin un segundo motivo agarrado detrás como una lapa. Y si es así, mi madre no era un monstruo distinto de mí. Somos la misma mujer resolviendo el mismo problema con veinte años de diferencia, y ninguna se atreve a mirar el fondo, porque en el fondo no está el amor que decimos. Está el espejo.

En casa ha vuelto una especie de paz, y es lo más falso que he vivido nunca, porque las dos sabemos que debajo no hay paz, hay una tregua, y las treguas se firman precisamente cuando la guerra no se puede ganar.

Nos tratamos bien. Mejor que nunca, casi. Inés ha suavizado los bordes, ya no me contesta mal, me pregunta qué tal el día, se ofrece a poner la mesa. Yo he dejado de espiarla, o casi, y le sonrío, y hago croquetas los domingos, que le gustan. Cualquiera que entrara vería a una madre y una hija que han pasado por algo muy duro, la muerte de la abuela, el proceso, y que han salido más unidas, apoyándose. Vería ternura. Y hay ternura, esa es la trampa, la ternura es de verdad. Pero es una ternura que crece encima de una fosa, con las raíces metidas en lo que las dos enterramos ahí y no nombramos. Nos queremos sobre una tumba. Y puede que todo el amor de esta familia haya sido siempre eso, cariño plantado encima de cosas enterradas, y por eso florece tan raro, tan retorcido, tan hermoso y tan venenoso a la vez.

Yo participo de la tregua, además, con ganas, con alivio. Después de meses de guerra fría, de espiarnos, de medir cada palabra, esta calma me sabe a gloria aunque sepa que es mentira. Me dejo mecer. Hago las croquetas, pongo la lavadora, le compro el champú que le gusta, y por ratos casi me creo que somos una familia normal saliendo de un mal trago. El cuerpo agradece la paz aunque la cabeza sepa que es de cartón piedra. Y esa es otra cosa que he aprendido este año: que una se acostumbra a todo, que el ser humano es capaz de montar una rutina cómoda encima del abismo y vivir en ella tan ancho, poniendo la mesa, doblando toallas, encima mismo de lo que no se puede ni mirar. La normalidad es la mentira más resistente que existe. Se reconstruye sola, como la mala hierba, en cuanto le das dos días de tregua.

Una tarde estoy en el salón y la oigo en la cocina. Los ruidos de siempre: el grifo, el cazo, el gas. Y algo en esos ruidos me hace levantarme y asomarme, sin que ella me vea, desde el pasillo.

Inés se está preparando una infusión. Y no una cualquiera. La veo coger la manzanilla, y luego, del frutero, una naranja, y con el cuchillo pequeño sacarle una tira de piel, con cuidado, sin llevarse lo blanco, como se hace bien, como hacía su abuela. Se está preparando una manzanilla con piel de naranja amarga. La de Celia. Exactamente la de Celia, el mismo gesto, la misma tira de piel, la misma paciencia. Mi hija ha heredado la infusión de la mujer a la que ayudó a envenenar, y se la prepara en mi cocina, tranquila, una tarde cualquiera, como quien reza una oración que le enseñaron de pequeña.

Y me da miedo. No lo puedo evitar, me da miedo verla. Porque en ese gesto está su abuela entera, resucitada en las manos de mi hija: la misma manera de coger el cuchillo, la misma tira de piel sin lo blanco, la misma calma de sacerdotisa. Mi madre quería perpetuarse en Inés, lo dejó escrito en esa carta que guardo sin decidirme a quemarla, y aquí está la prueba, en una cocina, una tarde cualquiera: lo consiguió. Se ha metido dentro de mi hija y desde ahí me mira, con los ojos de Inés, preparándose su infusión. A veces, cuando miro a Inés muy fijo, ya no sé del todo a quién estoy mirando. Y esa duda, la de si me queda hija o si lo que me queda es mi madre viviendo dentro de mi hija, es de las cosas que me van a volver loca si las pienso mucho, así que aparto la vista, como aparto la vista de casi todo últimamente, para poder seguir.

Me quedo en el pasillo, mirándola, sin respirar. Y espero, no sé por qué, que en algún momento se gire y me diga «mamá, ¿te hago una a ti también?», como hace la gente cuando se prepara algo caliente y hay otra persona en casa. Es lo normal. Es lo que se hace. Se pregunta. Pero no se gira. Se sirve su taza, una sola, la suya, y se la lleva a los labios, y bebe, mirando por la ventana, sola, sin acordarse de mí o acordándose y decidiendo que no. No me ofrece.

Y bebe la manzanilla, además, la misma clase de infusión que fue el caballo de Troya de todo esto, la bebida en la que se escondía lo que le echaba a su abuela, y la bebe sin un gesto, sin un temblor, con toda la naturalidad del mundo, como si el líquido ese no cargara ninguna historia. O como si la cargara y a ella no le pesara. No sé cuál de las dos cosas me asusta más: que haya olvidado lo que esa

infusión significó, o que se acuerde perfectamente y aun así la beba tan tranquila, reclamándola, haciéndola suya, quitándole el veneno con el mismo gesto con que se la lleva a los labios. Y en ese no ofrecerme, tan pequeño, tan de nada, hay más distancia que en todos los portazos que me dio de adolescente. Porque un portazo es rabia, y la rabia todavía es un vínculo, todavía cuenta contigo para tener con quién enfadarse. Esto no es rabia. Esto es otra cosa. Esto es una frontera.

He pensado mucho, después, en por qué no me ofreció. Y sé que no fue crueldad, ni provocación, ni un mensaje. Fue algo peor, más definitivo: fue que no se le pasó por la cabeza. Que yo no estaba, para ella, en el mapa de las personas a las que se les ofrece una taza. Una no ofrece a los muebles. No por desprecio, sino porque no cuentan. Y yo, para mi hija, he pasado a ser eso: parte de la casa, un bulto conocido en el salón, la que hace las croquetas, la que paga las facturas, la que va a ir al juicio. Alguien de quien depende y a quien, precisamente por eso, ya no ve. Se ve a la gente de la que aún esperas algo. A la que ya te lo da todo sin condiciones dejas de verla, como se deja de ver el aire, hasta que falta.

Mi hija se ha hecho un país aparte, con su infusión heredada y sus secretos, y en ese país yo no entro, ni para ofrecerme una taza de lo que ella se toma sola.

Y lo peor es lo que entiendo ahí, en el pasillo, viéndola beber la manzanilla de su abuela sin ofrecerme: que mi sacrificio no me la va a devolver. Yo me estoy hundiendo por ella. Estoy dispuesta a ir a la cárcel por ella, a callar por ella, a cargar con todo por ella. Y ella se toma su manzanilla sola, mirando la ventana, sin girarse, sin necesitarme, sin saber siquiera del todo la dimensión de lo que su madre está pagando para que ella pueda estar ahí, tan tranquila, bebiendo. El sacrificio no compra amor. No compra cercanía. No compra ni una taza compartida.

Lo aprendí tarde, y lo aprendo otra vez cada día, porque es una lección que el corazón se niega a retener: que dar no obliga a nadie a devolver. Me pasé la vida creyendo lo contrario. Creyendo que si cuidaba bastante, si me sacrificaba bastante, si era bastante buena, el amor volvería como vuelve el eco. Con mi madre me pasé cuarenta y seis años esperando ese eco, cuidándola a ver si me quería como yo la quería, y el eco no volvió nunca, o volvió torcido, en forma de exigencia, de más, de nunca es suficiente. Y ahora hago lo mismo con

Inés. Me sacrifico esperando, sin confesármelo, que algún día se gire y me ofrezca la taza. Y no se va a girar. Las dos, mi madre y mi hija, me han enseñado lo mismo desde los dos extremos de mi vida: que el amor que se da para que te quieran de vuelta no es amor, es una factura, y las facturas de amor no las paga nadie, se quedan abiertas para siempre. Puedo entregar mi vida entera por mi hija y mi hija seguirá siendo un país cerrado, con su bandera, con su idioma, con su frontera, y yo seguiré fuera, en el pasillo, mirándola a través del cristal de una puerta que ella no va a abrir por mucho que yo me desangre en el felpudo.

Y esto es lo que no diría en voz alta ni bajo tortura: que en ese momento, viéndola beber sola, me sorprendo deseando que me ofreciera la taza. Que me ofreciera cualquier cosa. Que aunque me tendiera una manzanilla con algo dentro, como las que le tendía a su abuela, yo creo que la cogería, creo que me la bebería, con tal de que fuera un gesto hacia mí, con tal de que me incluyera en algo. Prefiero una taza envenenada de mi hija a ninguna taza. Prefiero que me haga daño a que me ignore. Y darme cuenta de que soy capaz de pensar eso, de que hay en mí un hambre de ella tan grande que aceptaría hasta su veneno con tal de que me mirara, me dice que a lo mejor la enferma de amor de esta casa, la de verdad, la más perdida, soy yo.

Vuelvo al salón antes de que me vea. Me siento. Oigo cómo aclara la taza, una sola taza, y la deja en el escurridor, y sube a su cuarto. Y me quedo ahí, con la casa en silencio, pensando que dentro de nada empieza el juicio, que voy a subirme a ese banquillo a pelear en silencio por una hija que ni siquiera me ofrece una manzanilla, y que lo voy a hacer igual, exactamente igual, con la misma entrega, porque así es esto —no porque ella se lo merezca, que quizá no, ni porque vaya a servir de algo, que quizá tampoco, sino porque ya no sé hacer otra cosa, porque me construyeron así, con las manos hacia fuera y la cabeza agachada, para dar sin cobrar—, porque el amor de madre es la única deuda del mundo que se paga entera aunque el otro no la reconozca, aunque el otro ni sepa que existe, aunque el otro se tome su infusión sola mirando por la ventana mientras tú, en la habitación de al lado, ordenas en la cabeza la lista de todo lo que estás dispuesta a perder por él. Bebe, hija. Bebe tu manzanilla. Yo me encargo del resto, como se encargó ella, como nos encargamos siempre las mujeres de esta casa: en silencio, desde la habitación de al lado, sin que nos den las gracias.

El primer día del juicio aprendo que lo peor no es que te acusen de algo que no hiciste. Lo peor es que te acusen con cosas que sí hiciste, una por una, todas verdad, y que todas juntas dibujen a una persona que no eres.

La sala es más grande que los despachos de la instrucción, con su estrado, sus togas, su bandera, su público. Y hay público. Reconozco caras al fondo: Charo, con dos vecinas de Zurbano, muy erguidas, con el bolso en el regazo, como quien va al teatro. Alguna compañera de la corredería. Gente que no conozco, curiosos, de los que van a los juicios como quien va a un espectáculo gratis. Todos han venido a ver a la mujer que mató a su madre. A ponerle cara. A poder contarlo luego. El juicio de verdad, el que me importa, es el de esos bancos, no el del estrado, porque la cárcel se me pasará y la mirada de Charo en la panadería me va a durar lo que me quede de vida en este barrio.

Las miro y sé lo que están haciendo: coleccionando. Cada gesto mío, cómo voy vestida, si lloro o no lloro, si me tiembla la barbilla, si miro al suelo o de frente, todo lo están guardando para repartirlo luego, en la partida de cartas, en la cola del pan, en el rellano. «Estuve. La vi. No soltó ni una lágrima, fíjate, con lo que hizo.» O al revés: «Lloraba mucho, demasiado, todo teatro». Haga lo que haga estará mal, porque el veredicto de los bancos ya está dado, vinieron con él puesto, vinieron a confirmarlo, no a formarlo. Para el estrado soy una presunta inocente. Para los bancos soy la función de la temporada. Y mi madre, que se crió en ese mismo mundo de bancos, lo sabía: sabía que a mí me mataría más ese juicio que el otro. Por eso lo montó para ese público. No le bastaba con que me condenaran. Quería que me señalaran.

La fiscal se levanta y cuenta su historia, y hay que reconocer que la cuenta bien. Cuenta a una mujer agotada, amargada, atrapada durante años cuidando a una madre difícil. Una hija que renunció a

su vida, a su trabajo, a su descanso, y que fue acumulando, tarde tras tarde, un rencor sordo hacia la anciana que la tenía secuestrada. Una mujer que, al final, no pudo más. Que decidió, fríamente, poner fin a esa carga, aprovechando su acceso a la medicación, su papel de cuidadora, la confianza absoluta de la víctima. Y que heredó, además, el piso. La fiscal dice «heredó» y deja la palabra flotando un segundo de más, para que el jurado la coja. Ahí está mi retrato: la hija resentida y ambiciosa que se cansó de su madre y la mató por descanso y por dinero.

La escucho y casi la admiro, a la fiscal, como admiré a mi madre: por el oficio. Ha cogido los mismos hechos que yo viví desde dentro, sabiendo lo que sentía en cada uno, y los ha vuelto del revés como un calcetín, sin forzar ninguno, sin inventar nada, y ha construido con ellos a una asesina coherente, creíble, condenable. Es el mismo truco de mi madre, el de las cintas, pero hecho a plena luz, con toga, delante de todos, y aplaudido por el sistema en vez de escondido en una caja de membrillo. La diferencia entre un montaje criminal y un alegato de acusación es solo quién lo firma. Los dos cogen tus verdades y las editan hasta que confieras algo que no hiciste.

Y lo peor es que cada ladrillo de ese retrato es una verdad. Estaba agotada. Sí. Renuncié a cosas. Sí. Hubo tardes en que la odié un poco, en que deseé que aquello terminara. Sí. Heredé el piso. Sí. Todo verdad. La fiscal no miente en ningún dato. Solo los ordena. Coge mis verdades, las pone en fila en un orden que yo nunca les di, y de esa fila sale un monstruo que soy yo y no soy yo, yo con la luz puesta desde un ángulo que me deforma la sombra hasta volverla otra.

Y descubro, oyéndola, una cosa que no había entendido hasta hoy sobre mi madre y sus cintas: que no le hizo falta inventarme. Que le bastó con recortarme. Yo creía que las cintas eran mentira, que mi madre me había puesto en la boca palabras que yo no dije. Y no. Todas las palabras de esas cintas las dije yo. Mi madre solo quitó lo de alrededor, el antes y el después que las hacían inocentes, y dejó el hueso desnudo. Es más difícil defenderse de una verdad recortada que de una mentira entera, porque la mentira, si la pillas, se cae sola, pero la verdad recortada aguanta, resiste, porque en el fondo es verdad, tú la dijiste, y por más que expliques el contexto siempre quedará flotando la pregunta: ya, pero lo dijiste, ¿no? Sí. Lo dije. Ahí me tienen.

Y entonces llaman a Sonia.

La veo entrar y se me encoge todo. Sonia, mi amiga de veinte años, la única a la que llamaba cuando ya no podía más, la que se distanció hace meses, cuando esto empezó a oler mal, con esa manera cobarde y comprensible que tiene la gente de apartarse de la desgracia ajena por si contagia.

La había llamado tantas veces. A Sonia le tocó ser, durante años, el único desagüe de mi vida, el sitio donde yo vaciaba lo que no podía vaciar en ningún otro. Lo aguantó mucho tiempo, con paciencia de amiga, hasta que la desgracia se me puso encima del todo y entonces, poco a poco, dejó de coger el teléfono, empezó a tener planes, a estar liada, a contestar los mensajes tarde y con monosílabos. No se lo reprocho. La gente sana huye del naufragio, es un instinto, y yo era ya, para entonces, un barco hundiéndose que arrastraba a quien se acercara. Pero me dolió. Perder a la única amiga justo cuando más falta hacía me dolió casi tanto como el resto, y ahora, además, esa amiga perdida está aquí, de pie, jurada, convertida sin querer en el arma que más limpio me corta. Viene pálida. No me mira. Jura decir la verdad, y la verdad, en su caso, es lo que más me hunde, porque Sonia no viene a mentir sobre mí. Viene a repetir, palabra por palabra, cosas que le dije yo.

La fiscal la lleva con cuidado, como se lleva a un testigo que no quiere estar ahí. ¿Recuerda usted conversaciones telefónicas con la acusada durante el último año? Sí. ¿Le hacía la acusada confidencias sobre la situación con su madre? Sí. ¿Recuerda alguna frase en particular? Y Sonia, mirándose las manos, con un hilo de voz, va soltándolas. Que una noche le dije «necesito que esto termine». Que otra vez le dije «no puedo cuidar de las dos». Que una madrugada, agotada, le dije «cuando no esté, podré vivir».

Y las tres son verdad. Las tres las dije. Me acuerdo perfectamente de cada una, y me acuerdo de lo que significaban, que no tenía nada que ver con lo que ahora, dichas en esta sala, en esta fila, parecen significar. «Necesito que esto termine» era el papeleo del seguro, una noche de vómitos, el cansancio de una gestión interminable. «No puedo cuidar de las dos» era el día que Inés me pidió dormir en casa de Naiara y yo, partida entre mi madre y mi hija, me derrumbé. «Cuando no esté podré vivir» era una fantasía de agotada, la de dormir una noche del tirón, ocho horas seguidas, sin levantarme a

atender a nadie. Frases de mujer al límite, dichas a una amiga a las tantas, para desahogarse, para no reventar.

Y sin embargo. Sin embargo tengo que ser honesta aquí, donde no me oye nadie, porque si empiezo a mentirme también a mí ya no me queda ningún sitio limpio. Esas frases eran verdad en su contexto inocente, sí. Pero también eran verdad a secas. Sí necesitaba que aquello terminara. Sí fantaseé, más de una noche, con un mundo sin mi madre en él, un mundo en el que yo pudiera por fin respirar. No la maté por eso. Pero lo pensé. Lo deseé, a ratos, en lo hondo, con una parte de mí que existe y que la fiscal, sin saberlo, ha señalado con el dedo. Se equivoca en el qué: no me cansé y la maté. Pero no se equivoca del todo en el quién. Hubo en mí, hay en mí, una mujer que quería que su madre desapareciera. Y oírla nombrada en voz alta, en una sala, por una desconocida, es como si me abrieran en canal y enseñaran, entre todo lo demás, esa víscera que yo escondía hasta de mí misma. Las cosas que se le dicen a una amiga precisamente porque una amiga sabe cómo hay que oírlas.

Pero aquí no hay amiga. Aquí hay una fiscal que las recoge del suelo donde Sonia las deja caer, las limpia, las coloca sobre la mesa del jurado como quien coloca cuchillos, y les da la vuelta. «Necesito que esto termine.» «Cuando no esté podré vivir.» Dichas así, sin la noche, sin el seguro, sin el agotamiento, sin la amiga, suenan exactamente a lo que la fiscal quiere que suenen: a una mujer planeando una muerte. Y no puedo hacer nada. No puedo levantarme y gritar que las dije de otra manera, en otro tono, por otra cosa, porque el tono no consta en acta, el tono se lo llevó el aire, y lo único que queda son las palabras desnudas, mías, verdaderas, mortales. Miro a Sonia y ella por fin me mira, un segundo, y en ese segundo le leo el horror de haberme hundido diciendo solo la verdad. No me odia. No me ha traicionado. Ha hecho lo que hay que hacer bajo juramento: repetir lo que oyó.

Y me quedo pensando, mientras Sonia baja del estrado sin volver a mirarme, que hay una crueldad especial en este sistema que llamamos justicia: la de obligar a la gente que te quiere a hundirte diciendo la verdad. Sonia no quería estar ahí. Habría dado lo que fuera por no repetir esas frases. Pero la ley la puso bajo juramento, y bajo juramento no cabe la piedad, no cabe el matiz, no cabe el «sí, pero usted tenía que haberla oído, tenía que haber estado esa noche». Solo cabe el sí o el no. Y las verdades importantes de la vida

no son de sí o no. Son de sí, pero. Y el «sí, pero» no consta en ningún acta. Y con eso ha bastado. A veces para destruir a alguien no hace falta una sola mentira. Basta con contar sus verdades sin el permiso de sus silencios.

DOCUMENTO J

(Transcripción del segundo soporte de audio aportado por la acusación y reproducido en el acto del juicio. Se conserva la numeración de pistas y las marcas de la transcripción pericial. Los corchetes son del transcriptor.)

PIEZA 2 — Transcripción

Intervinientes identificados: C. V. R. [en adelante, voz de mujer mayor] / M. S. V. [en adelante, voz de mujer]

[grabación en curso; ambiente de interior]

Mujer mayor: ...yo no quiero ser una carga para nadie, hija, ya te lo he dicho. Si por mí fuera, mañana.

[pausa]

Mujer: Necesito que esto termine.

Mujer mayor: No digas eso. [pausa] No digas eso, que me asustas.

[salto de ambiente; cambia el ruido de fondo]

Mujer: ...no puedo más, de verdad que no puedo más, quiero recuperar a mi hija, quiero recuperar mi vida.

Mujer mayor: [muy bajo] Ya lo sé. Ya sé que te lo he quitado todo. [pausa] Hay veces que la miro y me da miedo. Me mira de una manera...

[interrupción de la grabación]

Mujer mayor: ...se lo he dicho a Charo, que ya no la reconozco. Que la hija que yo tenía no era esta. [pausa] Una madre estas cosas las nota.

[salto de ambiente]

Mujer mayor: ...me da ella la medicación, toda, no deja que la toque nadie más. Dice que es por mi bien. [pausa] Yo ya ni sé lo que me dan. Me fío. Una se fía de su hija.

[interrupción de la grabación]

Mujer: ...es que estoy agotada, mamá, agotada, ¿tú te crees que yo puedo seguir así, un día tras otro?

Mujer mayor: [muy bajo] No, hija. Ya sé que no. [pausa] Ya sé que sería más fácil para ti que yo faltara.

[corte]

[salto de ambiente]

Mujer: Cuando no esté, podré vivir.

[pausa larga]

Mujer mayor: [serena] Lo sé, hija. Lo sé. [pausa] Solo te pido que, cuando pase, te acuerdes de que yo te quería. Pase lo que pase. Que quede grabado, al menos, que yo te quería.

[fin de la pista]

Nota de la transcripción: constan a lo largo del soporte diversas discontinuidades de señal y de ruido ambiente [pausa], [salto], [interrupción], sin que se aprecie a simple escucha solución de continuidad en el discurso. La defensa hizo constar su protesta.

Oír cómo mataste a tu madre contado por un desconocido con bata, en voz neutra, delante de cien personas, como quien explica el funcionamiento de un electrodoméstico, es una experiencia que no le deseo a nadie.

La sesión pericial es la peor de todas, y eso que no sabía yo que hubiera peores. Primero sube la doctora Puente, la médica que estaba de guardia aquella madrugada, la que vino cuando llamé, la que no firmó. La recuerdo poco, la verdad, de aquella noche lo recuerdo casi todo borroso, pero a ella la recuerdo joven, seria, cansada, con esa manera de mirar de los médicos de urgencias, que lo han visto todo y ya no se asustan de nada. Explica lo que hizo, y lo explica bien, sin adornos. Que la avisaron de un fallecimiento en domicilio. Que ella no era la médica habitual de la paciente. Que, como manda el protocolo, pidió la historia clínica y el contacto del oncólogo que llevaba el caso, para poder certificar la muerte de una enferma terminal. Que no le facilitaron una historia verificable. Que el oncólogo, el tal doctor Iriarte, no aparecía por ningún sitio, no se le localizaba, no constaba. Y que, ante eso, ella no podía firmar. No firmó. Avisó al juzgado, como debe hacerse. Y con eso, sin querer, sin sospechar nada, sin más intención que cumplir con su trabajo, abrió la puerta por la que entró todo lo demás.

La defensa, es decir Berta, le hace unas preguntas, intentando sacar algo, alguna duda, algún resquicio. ¿Podría haber otra explicación para la ausencia de historia clínica? ¿No es habitual que la documentación de un paciente terminal esté dispersa? La doctora Puente contesta con cuidado, sin mojarse, con la prudencia del que sabe que cualquier cosa que diga puede volverse contra alguien. Y no le saca nada. Porque no hay nada que sacar de la verdad de esa mujer: hizo lo que tenía que hacer, ni más ni menos, y su testimonio es una pared lisa sin un solo asidero. Berta se sienta. Yo veo cómo va

tachando bazas mentalmente, una tras otra, y cómo la lista de lo que le queda se le acorta delante de los ojos, por mi culpa, porque la única baza gorda que tenemos la tengo yo escondida en la boca y no se la doy.

La escucho y no le guardo ningún rencor, y me sorprende no guardárselo, porque esa mujer, con su negativa reglada, es la primera pieza de mi condena. Pero es que ella no hizo nada malo. Ella hizo lo correcto. El agujero por el que me caí no lo abrió la doctora Puente. Lo abrió mi madre, que dejó a propósito un oncólogo fantasma para que ninguna Puente del mundo pudiera firmar, para que hubiera autopsia sí o sí, para que se descubriera que no había cáncer. La doctora Puente es solo el instrumento, la mano inocente que mi madre necesitaba que existiera. Podría odiarla. Sería más fácil odiarla a ella, que está viva y delante, que odiar a mi madre, que está muerta y a salvo. Pero no puedo. Sé demasiado bien quién montó esto, y no fue la pobre médica de guardia que solo quería acabar el turno.

Luego viene el forense, y con él llega lo que yo llamaba, en mi cabeza, el mecanismo. La versión pública, oficial, técnica, de cómo murió mi madre. Y me toca oírla entera, sentada, quieta, con la cara compuesta, mientras un hombre al que no conozco cuenta, con palabras de manual, la cosa más íntima y más terrible que he hecho en mi vida.

Y descubro algo raro, oyéndolo: que en su boca no hay crueldad, no hay juicio, no hay horror. Para él esto es un caso, un informe, un martes de trabajo. Habla de mi madre como de una muestra, de su cuerpo como de un conjunto de hallazgos, de su muerte como de un proceso. Y esa frialdad, que debería ofenderme, me alivia un poco, porque es la única manera en que yo puedo oír esto sin desmayarme: contado por alguien a quien no le importa. Si lo contara con emoción, con espanto, no lo aguantaría. Contado así, en plano, en jerga, casi puedo hacer como que no va de mí, como que hablan de otra, de una tal Celia Valdecasas que fue una vez un cuerpo en una mesa de acero y no la mujer que me crió, que me tuvo agarrada del pelo y me quiso a su manera imposible durante cuarenta y seis años.

Dice que la autopsia no encontró ni rastro de la enfermedad oncológica que figuraba en la documentación. Ni rastro. Que la mujer que todos creíamos terminal estaba, para su edad, razonablemente sana. Un murmullo recorre los bancos. Ya lo sabían,

salió en la instrucción, pero oírlo así, en sala, con el forense diciéndolo, tiene otro peso. Dice que la causa de la muerte fue una sobredosis aguda de la medicación de confort que se le administraba. Lo dice sin nombrar nada concreto, en su jerga cuidadosa, pero todos entienden: le dieron de más de lo que la dormía, y se durmió del todo. Y luego dice la frase que me parte por la mitad, la que no esperaba que doliera tanto: que, además, se apreciaban signos compatibles con la administración crónica previa de una sustancia. Que a la mujer, antes de la sobredosis final, la habían estado envenenando poco a poco durante meses.

Y ahí está. Ahí, en esa frase del forense, está Inés, delante de todos, sin que nadie la nombre. Porque esa administración crónica no fui yo. Esa fue mi hija, en las tardes de Zurbano, con lo que le echaba a la manzanilla. Pero en esta sala no hay ninguna Inés. En esta sala solo estoy yo, la cuidadora, la que tenía acceso, la única acusada, y por lo tanto esa administración crónica, esos meses de veneno lento, me los ponen a mí en la cuenta, sin discusión, como parte de mi obra.

Y esto es lo que no diría en voz alta: que hay un momento, oyendo cómo me atribuyen los meses de veneno, en que siento el impulso de asentir. De aceptarlo entero. De decir sí, fui yo, todo, la crónica y la aguda, el veneno lento y las pastillas, todo mío, condenadme y acabemos. Porque ser la asesina completa, el monstruo del cuento, la envenenadora sistemática, es un papel más limpio, más entero, más descansado que el mío. El mío no cabe en ningún informe: soy la madre que encubre a la hija que envenenó a la abuela a la que la madre remató por piedad. Eso no hay tribunal que lo procese. Lo otro sí. Y hay en mí un cansancio tan hondo que casi prefiere la mentira limpia que me condena a la verdad enrevesada que me parte. Casi. Todavía no. Pero casi. La fiscal ni siquiera tiene que esforzarse: el mecanismo lo hace solo. Marta la envenenó despacio durante meses y luego la remató. Esa es la historia que sale, limpia, del informe forense.

La fiscal, cuando le toca, no deja pasar la ocasión. Recoge la palabra crónica, la subraya, la repite despacio para el jurado: no hablamos de un arrebató, señorías, no hablamos de una mujer que un mal día no pudo más; hablamos de meses, de premeditación, de una voluntad sostenida de acabar con la vida de la propia madre, gota a gota, con una paciencia que hiela. Y tiene razón en todo menos

en el sujeto. Esa paciencia que hiela existió. Esos meses existieron. Solo que la mano no era la mía. Pero el jurado no lo sabe, y la fiscal lo dice mirándome a mí, y cien pares de ojos de los bancos me miran a mí, y la paciencia que hiela se me pega a la piel como si fuera mía. Y es mentira en su parte más grave, y es la parte que más me hunde, y es la parte que jamás voy a poder corregir sin poner a mi hija donde estoy yo.

Y lo que nadie en la sala puede saber, lo que le da a esa frase del forense su segundo fondo, es que esa administración crónica no solo no fui yo: es que yo no me enteré. Que durante esos meses en que mi hija envenenaba a mi madre delante de mis narices, en mi ausencia, en las tardes que yo misma organizaba, yo no vi nada. Nada. Estaba tan ocupada siendo la cuidadora perfecta, llevando mi cuaderno de tomas, contando pastillas, que no vi lo único que había que ver. El forense está describiendo, sin saberlo, la medida exacta de mi ceguera. Cada signo de esos que enumera es un día en que yo estuve cerca y no miré. Así que en cierto modo, aunque el veneno no lo pusiera yo, la frase me pertenece: fui la madre que no vio. Y a lo mejor por eso no protesto tanto por dentro como debería. Porque una parte de mí siente que esa culpa, la de no ver, sí es mía, entera, y que aceptar la otra, la del veneno, es solo pagar junta una deuda que de todas formas tenía pendiente.

Me escucho contada. Escucho mi madrugada, la de las pastillas, convertida en «sobredosis aguda». Escucho el crimen de mi hija convertido en mío. Escucho mi vida entera, la de verdad, la que viví con estas manos, traducida a un idioma técnico y neutro en el que no me reconozco y del que, sin embargo, no puedo protestar ni una coma, porque cada dato es cierto.

Es raro lo que le hace a una oírse contada. Durante meses he vivido esto por dentro, como un dolor, como una herida abierta, algo caliente y confuso y mío. Y de pronto, en esta sala, mi dolor se ha vuelto un expediente. Mi madrugada tiene un número de folio. Mi desesperación es un párrafo. El peor momento de mi vida está mecanografiado, grapado, y se reparte en copias. Y hay algo obsceno en eso, en ver lo más privado que tienes convertido en documento público, leído en voz alta, discutido por gente con toga, como si mi noche les perteneciera a ellos y no a mí. Me han expropiado el dolor. Ahora es del Estado. Yo solo soy la acusada, la que lo produjo, la materia prima de todos estos folios, y hasta eso, hasta el derecho a

que mi sufrimiento fuera mío, me lo han quitado. No hay una sola mentira en el informe del forense. Solo falta una persona. Falta Inés. Y esa ausencia, ese hueco con forma de hija que nadie ve, es lo único que convierte la verdad de ese informe en la mentira más grande de la sala. Están contando mi historia con todos los datos correctos y el personaje principal borrado. Y yo, que soy la única que lo sabe, me quedo sentada, muy recta, aguantando, mientras me leen en voz alta la vida de una asesina que hice yo a medias con una niña que no está.

Me toca declarar, y he ensayado con Berta lo que voy a decir, pero lo que más he ensayado es lo que no voy a decir, que es siempre lo más difícil: callar bien, callar sin que se note, callar como si no hubiera nada que callar.

Subo al estrado con las piernas de trapo. Juro. Y empiezo a contar mi versión, la única que puedo contar, la que tiene el agujero en el centro con forma de hija. Cuento que cuidé a mi madre. Que la creía enferma, terminal, porque tenía sus informes, porque me lo dijo un oncólogo en unos papeles, porque una no piensa que su madre se invente un cáncer. Cuento que le administré la medicación que había que administrarle, la de siempre, la del dolor. Cuento que aquella madrugada me pidió, como me había pedido tantas veces, que la ayudara a descansar, y que yo, agotada, rota, creyéndola moribunda y sufriendo, le di la medicación pensando que la aliviaba. Todo eso es verdad y lo digo, y al decirlo lloro, y no es teatro, ojalá fuera teatro.

Mientras hablo, me oigo, y me sorprende lo convincente que soy diciendo la verdad a medias. Porque no miento en una sola palabra. Cada frase que digo es cierta. Cuidé a mi madre: cierto. La creía enferma: cierto. Le di la medicación creyendo aliviarla: cierto. Y sin embargo, con todas las frases ciertas, estoy construyendo una declaración que es, en su conjunto, una mentira, porque la verdad no es solo la suma de los datos verdaderos: la verdad es también lo que eliges no decir, el hueco que dejas, la forma que tiene tu silencio. Estoy haciendo, delante del tribunal, exactamente lo mismo que hizo mi madre con las cintas: decir solo verdades, colocadas de manera que mientan. He aprendido su oficio. Lo estoy ejerciendo bajo juramento. Y lo hago bien, maldita sea, lo hago demasiado bien, porque para eso me entrenó ella durante cuarenta y seis años: para mentir sin mentir, para callar con elegancia, para proteger el relato.

Y luego viene la fiscal, y me pregunta lo que no puedo contestar bien. Que si sabía que no había cáncer. No. Que si envenené a mi madre durante meses. No. Y esa segunda negación se queda flotando en la sala, débil, huérfana, porque no la puedo apoyar en nada. Cuando dices «no fui yo» y no puedes decir quién fue, el «no fui yo» no pesa nada, es aire, es lo que dicen todos los culpables. La fiscal lo sabe y me mira con esa media sonrisa, y repregunta: entonces, ¿quién? ¿Quién envenenaba a su madre en su propia casa, señora Soto, durante meses, si no era usted, la única que la cuidaba? Y yo digo que no lo sé. Y suena a mentira, porque es mentira, porque sí lo sé, lo sé perfectamente, y todos en la sala notan que ese «no lo sé» está podrido por dentro, que oculta algo, que ahí, justo ahí, en esa pregunta, está el corazón de todo lo que callo.

Y la fiscal escarba ahí, claro, porque para eso es buena, huele el punto blando y aprieta. ¿No le parece extraño, señora Soto, que alguien envenenara a su madre durante meses en una casa a la que solo entraban usted, la propia víctima y la nieta menor de edad? Y al decir «la nieta menor de edad» me mira, y a mí se me para el corazón, porque por un instante creo que lo sabe, que va a ir por ahí, que va a tirar del hilo de Inés. Pero no. Lo dice de pasada, para descartarla, para subrayar por eliminación que solo quedo yo: una anciana no se envenena sola, y una cría de dieciséis no hace estas cosas, luego fue usted. Usa a mi hija como prueba de mi culpa, sin sospechar que mi hija es la respuesta. Nombra a Inés para exculparla, y con ello me clava a mí. Y yo tengo que quedarme callada, viendo cómo la única persona que podría salvarme cruza la sala convertida en el argumento que me hunde.

Berta, al interrogarme ella, intenta abrirme puertas, darme pie para que me explique, para que suelte lo que sea que ella intuye que tengo. Me hace preguntas amables, de las que invitan a hablar. Y yo las esquivo todas, con suavidad, cerrando cada puerta que ella me abre, y veo su desesperación contenida, la de la abogada que tiende la mano a una cliente que se niega a agarrarse. Salgo del estrado habiendo dicho toda la verdad menos la única que importa. He declarado como declara la gente que esconde a alguien: impecable en lo mío, mudo en lo suyo.

Berta, cuando bajo, no me dice nada, pero su cara lo dice todo. Es la cara de quien ha visto a su cliente desperdiciar, una vez más, la ocasión de defenderse. Sabe que he estado floja en lo de la

administración crónica, que mi «no lo sé» ha sonado a hueco, que el jurado se ha ido con la idea de que escondo algo. Y sabe que no es incapacidad mía, que no es que yo no sepa defenderme: es que no quiero. Lleva ya semanas sabiéndolo, aunque no sepa el qué. Y hay en su mirada, además del enfado profesional, una cosa nueva, que me duele más: pena. Ha empezado a tenerme pena. La pena que se le tiene a quien se hunde a propósito y no te deja tirarle la cuerda. La pena que se les tiene a los que quieren ahogarse.

Y cuando por fin acaba la sesión, cuando salgo al pasillo con las piernas todavía temblando, con Berta murmurándome que lo he hecho bien dentro de lo que cabe, con ganas solo de llegar a casa y meterme en la cama y no existir, me lo encuentro. A Quirós. El abogado de mi madre, con su traje antiguo y su cartera de cuero gastado, esperándome de pie junto a una columna, con la paciencia de las cosas viejas.

Quirós es de esos hombres que parecen haber nacido ya mayores, con el traje ya puesto, con esa cortesía formal de otro siglo que ya no se ve. Ha sido leal a mi madre toda la vida, y lo sigue siendo ahora que ella no está, con una fidelidad que a mí me parece conmovedora y absurda a la vez, porque no sabe, el pobre, a qué clase de mujer le ha sido tan fiel. Cree que sirve la memoria de una señora respetable. No sabe que es el mensajero de una emboscada. Y yo no se lo voy a decir, porque quitarle a este hombre la idea que tiene de mi madre sería una crueldad inútil, y bastante crueldad hay ya en este pasillo.

—Marta —dice—. ¿Tiene un momento?

Nos apartamos a un lado del pasillo, lejos del gentío. Quirós saca de la cartera un sobre. No es el primero que me da, ya me dio otro en noviembre, el de la carta para Inés, pero este es distinto, lo noto en cómo lo sostiene, con las dos manos, con una solemnidad rara.

—Su madre dejó instrucciones muy precisas —dice—. Este sobre debía entregárselo a usted, en mano, únicamente a usted, y únicamente después de que usted hubiera declarado en el juicio. Ni antes ni al juzgado. A usted, y después de su declaración. —Hace una pausa—. Le confieso que no entiendo el porqué de tanta condición. Yo no sé qué hay aquí dentro; nunca lo he sabido. Solo cumplo lo que se me encargó. —Me tiende el sobre—. Cumplo, con esto, la última voluntad que me dejó su madre respecto a usted.

Cojo el sobre. Es más grueso que el otro. Se nota que dentro no hay solo papel, hay algo, un bulto pequeño y duro. Y de repente

entiendo, con un frío que me sube por los brazos, la crueldad exacta del calendario que montó mi madre. Me lo hace llegar ahora. No antes de declarar, cuando todavía podría haberlo usado con naturalidad, sino después, cuando ya he jurado, ya he contado mi versión, ya he callado a Inés delante de todos. Me da lo que sea que me da justo en el momento en que usarlo ya no es responder una pregunta: es desdecirme. Es volver, pedir la palabra, ampliar, retractarme. Es un acto, grande, deliberado, imposible de disimular.

Lo pensó todo. Pensó que si me lo daba antes, yo podría deslizarlo en mi declaración como quien no quiere la cosa, con naturalidad, sin que pareciera una traición premeditada a mi hija. Me quitó esa salida. Al dármele después, me obliga a que, si quiero usarlo, tenga que levantarme, pedir la palabra, decir «me retracto, quiero ampliar», y hacerlo sabiendo, con plena conciencia, delante de todos, que estoy cambiando mi destino por el de Inés. Convirtió mi salvación en un acto que solo puedo cometer mirando a mi hija a los ojos y eligiéndome a mí. Que es justo lo que ella hizo siempre: no dejarme nunca una salida cómoda, no dejarme nunca escapar sin pagar el peaje de la culpa. Mi madre no quería solo condenarme o salvarme. Quería que yo eligiera, a plena luz, con las manos, y que cargara con haber elegido. Ese era su regalo final: no la libertad, sino el peso de decidir sobre ella. Mi madre, muerta desde agosto, se las ha arreglado para ponerme en la mano, en el peor momento posible, una decisión que va a tener que ser mía, entera, a la vista de todos. Hasta desde el ataúd sigue repartiendo las cartas.

Y esto es lo que me da vergüenza sentir, con el sobre en la mano: que también me reconforta. Que en medio del horror de saber que mi madre me sigue moviendo desde la muerte, hay una parte de mí, una parte pequeña y hambrienta y patética, que se alegra de recibir algo suyo. Que piensa: se acordó de mí. Al final, planeando su venganza, pensó en mí, me dejó algo, sigue habiendo un hilo entre las dos. Es enfermizo. Es exactamente la trampa en la que me tuvo toda la vida: hacerme agradecer las migajas de una atención que era, en realidad, otra forma de tenerme atada. Y aquí estoy, cuarenta y seis años después, muerta ella, arruinada yo, y todavía se me calienta el pecho porque mi madre, para destruirme, tuvo que acordarse de mí. Todavía prefiero su daño a su olvido. No aprendo. No he aprendido nunca.

Le doy las gracias a Quirós, que se despide con una inclinación de otra época, y me quedo sola en el pasillo, con el sobre de mi madre muerta quemándome las manos, sabiendo que dentro está, sea lo que sea, la última jugada de la partida, y que la próxima me toca moverla a mí.

Espero a que Inés se duerma. Cierro la puerta de mi cuarto. Y abro el sobre de mi madre a las once de la noche, con el cuidado con que se abre una carta de un muerto, que es lo que es.

Dentro hay una grabadora pequeña, la suya, la de «para no olvidarme de las cosas», la que yo buscaba y no encontraba, la de la funda con los huecos vacíos. Y una cinta, puesta, lista. Y una nota, con su letra, tres palabras otra vez, como le gustaban: «Tú decides, hija». Nada más. Me siento en el borde de la cama, con la grabadora en las manos temblándome, y sé que en cuanto le dé al botón ya no habrá vuelta atrás, que hay cosas que una no puede desoír una vez oídas.

Podría no darle. Lo pienso, con el dedo encima del botón. Podría coger la grabadora, sacarle la cinta, quemarla en el fregadero, tirar las cenizas, y no saber nunca qué me quiso decir mi madre desde el otro lado; seguir en mi ignorancia, que a veces es más habitable que la verdad. Nadie sabría que existió. Podría destruir ahora mismo la prueba que me salva y la que hunde a Inés, las dos de un golpe, y quedarme como estoy, condenada pero limpia de haber elegido. Sería lo más fácil. Sería, casi, lo más piadoso conmigo misma. Pero no puedo. Porque necesito saber. Porque llevo toda la vida necesitando saber qué pensaba mi madre de verdad, qué había detrás de sus caricias con filo, y aquí, en esta cinta, por primera y última vez, voy a oírla sin máscara. Y esa hambre puede más que la prudencia.

Le doy al botón.

Y suena mi madre.

Su voz, viva, llenándome el cuarto, la voz que llevo sin oír desde agosto, la que creía no volver a escuchar nunca. Se me saltan las lágrimas antes de entender una sola palabra, solo por la voz, por el

milagro terrible de que mi madre muerta esté hablando en mi habitación.

Y aquí, en el primer segundo, antes de las palabras, me asalta lo que no debería y me da vergüenza hasta pensar: que echo de menos esa voz. Que la echo de menos con todo el cuerpo. Que después de lo que me hizo, después de saberlo todo, sigo siendo la niña que se derretía cuando su madre le hablaba dulce, y oírla otra vez, aunque sea en una cinta, aunque sea hablándole a otra, me llena de un anhelo animal, sin dignidad. Y entonces caigo en a quién le habla en la cinta, con esa dulzura que yo mendigué toda la vida, y siento algo aún más feo: celos. Celos de mi hija. Porque esa voz de terciopelo, la buena, la que a mí me racionaba, se la está dando entera a Inés. A Inés le habla como nunca me habló a mí. Tengo más vida a las espaldas que por delante y todavía soy capaz de tener celos de mi hija por el cariño de una muerta que nos usó a las dos. No hay fondo. Con mi madre nunca hubo fondo. Y luego entiendo las palabras, y las lágrimas se me hielan en la cara.

Es marzo. Se oye la cocina de Zurbano, los ruidos que conozco. Y se oye a mi madre hablándole a Inés, con esa dulzura suya de terciopelo sobre filo, y se oye a Inés, mi Inés, con dieciséis años y la voz encogida, contestándole. Están las dos. Es el pacto. Es el pacto entero, grabado por mi madre sin que Inés lo supiera, guardado durante meses, escondido de la policía, apartado del montón que me hundía y reservado para este momento, para esta noche, para mí.

Y entiendo, oyéndolo, la última pieza del plan de mi madre, la más retorcida de todas. Guardó esta cinta aparte. Podría haberla dejado con las otras, en la caja de membrillo, para que la policía la encontrara y se supiera todo desde el principio. No lo hizo. La escondió. La sacó del montón que me incriminaba y la reservó, para dármele a mí, a solas, al final. ¿Por qué? Porque si la cinta salía con las demás, la verdad la destapaba el sistema, y yo no tenía que elegir nada. Al escondérmela y luego entregármela en mano, mi madre me hizo dueña de la verdad. Y quien es dueño de una verdad así ya no es inocente haga lo que haga: si la calla, condena a una; si la cuenta, condena a la otra. No hay salida limpia.

Lo oigo todo. Oigo a mi madre reconociéndole a Inés lo que la niña necesitaba oír, que sí, que estaba presa, que su madre no la iba a soltar. Oigo la frase, la que Inés me confirmó fregando, dicha ahora en la voz real de mi madre, con su entonación exacta: «Tu madre

nunca te dejará marcharte mientras pueda llamarlo amor.» Oigo cómo se la ofrece, cómo le tiende la mano, cómo la va envolviendo. Y oigo, debajo de cada frase, sin que mi madre las diga nunca en voz alta, las cuatro cosas que quería a la vez, las cuatro, superpuestas, inseparables: proteger a la niña de acabar siendo como yo; castigarme a mí por no sé qué cuenta antigua que nunca me presentó entera; controlar su propio final hasta el último aliento; y meterse dentro de Inés para no morir del todo, para seguir viviendo en mi hija cuando ya no viviera en ningún sitio. No dice ninguna de las cuatro. Las dice todas. Están en cada pausa, en cada caricia de voz, en cada cosa que le promete a la niña. Mi madre hablando con mi hija es el documento más completo de quién era mi madre que existirá jamás, y lo tengo yo, en una cinta, en las manos.

Y lo más escalofriante es lo bien que suena. Si no supieras nada, si oyeras esta cinta sin contexto, oirías a una abuela buena consolando a una nieta triste, ayudándola, entendiéndola, queriéndola. No hay una sola palabra fea. No hay una amenaza, ni una orden, ni nada que un juez pudiera señalar y decir «ahí, ahí está el crimen». Todo es amor, en la superficie. El crimen entero está hecho de frases de amor. Y eso es lo más de mi madre que tiene la cinta: que consiguió cometer el peor acto de su vida usando solo el idioma del cariño, que envolvió una emboscada en terciopelo tan bien que ni grabada se le ve la costura. Solo yo, que la conozco por dentro, que hablo su idioma, oigo lo que hay debajo. Para cualquier otro, esto es una abuela buena. Para mí es una confesión.

Y cuando termina, cuando la cinta se acaba y el cuarto se queda en silencio y yo me quedo temblando en el borde de la cama, lo entiendo del todo: esto me salva.

Esto es todo lo que necesito. Con esta cinta, mañana, se acabó. Con esta cinta, mi «no fui yo» deja de ser aire y se vuelve prueba. Aquí está, en la voz de mi propia madre, la confesión de que ella lo montó, de que el envenenamiento crónico tenía otra mano, de que a mí me tendieron una trampa. Un perito autentica las voces, se data la grabación en marzo, y toda la acusación se desmorona, porque de pronto hay una historia distinta, verdadera, grabada, en la que yo no soy una envenenadora sistemática sino una mujer engañada por su madre. Esta cinta es mi libertad. La tengo en la mano. Peso unos gramos. Cabe en un bolsillo. Y me devuelve la vida.

Durante un rato me permito sentirlo, ese alivio, esa esperanza que llevaba meses prohibiéndome. Me imagino mañana en la sala, pidiendo la palabra, poniendo la cinta, viendo cómo se le cambia la cara a la fiscal, cómo Berta se endereza, cómo el juez ordena peritar el audio. Me imagino saliendo absuelta. Volviendo a mi vida, a mi trabajo, a las mañanas normales. Me imagino durmiendo sin este peso en el pecho. Me imagino, por primera vez en meses, un futuro. Y es tan dulce que me duele, porque sé, ya lo sé mientras me lo imagino, que ese futuro tiene un precio, y que el precio tiene el nombre de mi hija, y que no me lo voy a poder permitir.

Solo que en esa cinta también está la voz de Inés.

En esa cinta, la que me salva, mi hija acepta. Mi hija, con dieciséis años, dice que sí. Mi hija queda grabada, para siempre, en el momento exacto en que dejó de ser solo una víctima. Si yo entrego esta cinta para salvarme, entrego con ella la voz de mi hija aceptando el pacto, y esa voz, en un juzgado, es lo que le abre a Inés su propio expediente. Mi salvación y su condena están en la misma cinta, pegadas, imposibles de separar, en las mismas voces, en la misma cocina, en la misma tarde de marzo. No puedo darle al tribunal la parte que me exculpa sin darle la parte que la hunde. Es todo o nada. Es ella o yo.

Y oír a Inés aceptar, además, me hace otra cosa que no esperaba: me confirma que es verdad. Hasta esta noche, en algún rincón cobarde, yo todavía guardaba una esperanza pequeña, la de haberme equivocado, la de que mi reconstrucción fuera un delirio de madre paranoica, la de que mi hija no hubiera hecho lo que hizo. La cinta me la quita. Ahí está su voz. Aceptó. Participó. Es verdad, todo, lo reconstruí bien, ojalá lo hubiera reconstruido mal. Y lo raro, lo enfermo, es que ese golpe, el de la confirmación, viene mezclado con un alivio horrible: ya no tengo que dudar. Ya sé. Mi hija es culpable, culpable de verdad, no en mi cabeza, en una cinta, y aun así, sabiéndolo del todo, con la prueba en la mano, la sigo protegiendo. Y eso, en su horror, casi me tranquiliza, porque significa que mi amor por ella no dependía de que fuera inocente. La quiero culpable. La quiero sabiéndola culpable. Es lo único de todo esto que se parece a algo limpio.

Me quedo con la grabadora en la mano hasta las tantas, sin moverme, mirando ese aparatito pequeño y negro que contiene, a la vez, mi vida entera y la de mi hija, y que me obliga, con sus tres

palabras escritas por una muerta, «tú decides, hija», a hacer lo único que llevo toda la vida sin aprender: elegir. Coger esa cinta y decidir, con las manos, a quién salvo. Esta vez no hay a quién obedecer.

DOCUMENTO K

(Transcripción de la grabación contenida en el segundo sobre. Soporte doméstico, sin editar. Datación aproximada por el contenido: marzo. Dos intervinientes: mujer mayor [C.] y chica [I.]. Los corchetes marcan lo inaudible o el gesto.)

[ambiente de cocina; agua, una silla que se arrastra]

C.: Ven, siéntate. No, aquí, a mi lado. [pausa] No te voy a reñir. Ya está. Lo sé desde hace días y no le he dicho nada a nadie, ¿ves? A nadie. Esto se queda entre tú y yo.

I.: Abuela, yo...

C.: Chsss. No hace falta que me expliques nada. Lo entiendo mejor de lo que te crees. [pausa] Tú lo que quieres es irte. Que se rompa todo esto para poder marcharte. Y no te culpo, mi vida, no te culpo nada.

I.: [muy bajo] Es que no puedo más aquí.

C.: Lo sé. Porque tu madre te tiene igual que me tuvo a mí, igual que la tuve yo. [pausa] Escúchame bien esto, que es lo más verdad que te va a decir nadie: tu madre nunca te dejará marcharte mientras pueda llamarlo amor. Nunca. Se llamará cuidarte, se llamará quererte, se llamará familia. Y es una jaula igual.

I.: [silencio]

C.: Pero lo que estás haciendo tú, así, a escondidas, con eso... es feo, cariño. Es de andar por casa. Y te va a pillar, y entonces la que se queda encerrada eres tú, para siempre. Déjalo. Déjalo ya. [pausa] Eso lo termino yo, a mi manera, que sé hacerlo mejor.

I.: ¿Cómo que lo terminas tú?

C.: Tú no te preocupes de cómo. Tú solo tienes que dejarme hacer y no decir nada. Callar. Eso sabes hacerlo, ¿verdad que sí? [pausa] Yo me encargo de que, cuando yo no esté, esta casa se abra y tú salgas volando. Libre. Sin deberle nada a nadie.

I.: Pero mamá...

C.: Tu madre estará bien. Tu madre por fin tendrá algo de qué ocuparse que no seas tú. [pausa larga] Yo ya soy vieja, Inés. A mí me toca. Lo único que quiero es elegir cómo, y elegirlo yo, no que me lo elija una enfermedad o un médico o tu madre. Y quiero, ya que me voy, dejar algo hecho. Dejarte a ti fuera. Y quedarme un poco dentro de ti, ¿me oyes? Que te acuerdes de que la única que te entendió fui yo. Que quien te abrió la puerta fui yo.

I.: [llorando] Vale.

C.: Vale. [pausa] Esa es mi niña. [pausa] Ahora prepárame una manzanilla, anda, como a mí me gusta, y no volvemos a hablar de esto nunca más.

[fin de la grabación]

Esa noche no duermo. Tengo la cinta en la mano y dos caminos delante, y los dos me dan asco, y no hay un tercero.

El primer camino es el fregadero. Levantarme, ir a la cocina, sacar la cinta de la grabadora, prenderle fuego, ver cómo se retuerce el plástico, tirar los restos, y volver a la cama siendo la de antes: una acusada sin defensa, camino de la condena, pero limpia, sin haber elegido, sin haber vendido a nadie. Destruir la prueba que me salva es destruir también la que hunde a Inés. Un solo gesto y las dos quedamos como estábamos, yo hundiéndome, ella a salvo, y nadie sabrá jamás que tuve en la mano la posibilidad de cambiarlo. Es el camino cobarde. Es el camino cómodo. Y me llama con una voz dulce toda la noche.

Lo que hace tan tentador ese camino es que parece el noble. Quemar la cinta, cargar yo con todo, no traicionar a mi hija: dicho así suena a sacrificio, a amor de madre, a heroísmo. Pero esta noche, con la historia entera reescrita en la cabeza, ya no me lo creo del todo. Porque quemar la cinta no es solo salvar a Inés. Es también no tener que elegir. Es quitarme de encima la decisión, volver al sitio cómodo del que no tuvo más remedio, del que se hundió sin culpa porque no le dieron opciones. Y ese sitio, el de la víctima sin elección, es donde llevo toda la vida instalada, y es mentira, y esta cinta me lo demuestra: sí tengo opciones. Mi madre se aseguró de dármelas, precisamente para quitarme la coartada de no haber elegido. Quemar la cinta sería el último acto de la Marta de siempre, la que prefiere que la vida le pase a tener que decidir sobre ella.

El segundo camino es el teléfono. Llamar a Berta ahora mismo, a las tres de la mañana, decirle Berta tengo algo, tienes que oír esto, y dárselo todo, y dejar que ella haga su trabajo, que perite el audio, que lo lleve a la sala, que desmonte la acusación, que me saque del banquillo. Salvarme. Recuperar mi vida. A cambio de la de mi hija.

Es el camino que cualquier persona cuerda tomaría, el que me dicta el instinto de conservación, el que grita dentro de mí con la voz del miedo a la cárcel. Y me llama igual de fuerte.

Y aquí está lo que más me avergüenza de toda esta noche, más que las dos tentaciones juntas: que hubo un momento, hacia las cuatro, en que el segundo camino no solo me llamó, sino que casi lo tomo. Que me sorprendí pensando, con una frialdad que no me conocía: es menor, se recuperará, el sistema con ella es blando, saldrá, tendrá una vida; yo, en cambio, si me condenan, lo pierdo todo, y ya he perdido bastante, y tengo derecho a vivir. Me sorprendí haciendo cuentas. Poniendo mi vida en un plato y la de mi hija en el otro y calculando. Y por un segundo el plato mío pesó más. Solo un segundo. Pero pesó más. Y saber que soy capaz de eso, de pesar a mi hija contra mí y que gane yo, aunque sea un segundo, aunque no lo hiciera, me dice que la línea que me separa de mi madre no es de piedra. Es un hilo. Y esta noche lo he tenido entre los dedos, tensándose.

Y entre los dos caminos, sin poder tomar ninguno, me paso la noche haciendo la única cosa que se puede hacer cuando no puedes avanzar: mirar hacia atrás. Con la cinta en la mano y todo lo que ahora sé, vuelvo a recorrer la historia entera desde el principio, y descubro que ya no es la misma historia. Que nunca fue la historia que yo creía estar viviendo.

Vuelvo a enero, a la beca de Dublín, a mi «porque ahora te necesito aquí», y ahora veo lo que entonces no vi: que ahí, en esa frase mía, en esa jaula que le monté a mi hija sin darme cuenta, empezó todo. Que yo puse la primera piedra. Vuelvo a febrero, a las tardes de Inés en Zurbano, que yo organizaba tan contenta, la nieta buena cuidando a la abuela, y ahora veo lo que había debajo: una niña desesperada haciendo lo único que se le ocurrió para reventar la jaula. Vuelvo a marzo, a aquella cocina, y ahora oigo, porque acabo de oírla, la voz de mi madre tendiéndole la mano a Inés, convirtiendo el crimen torpe de una cría en su obra maestra.

Y entiendo, por fin, la escala de lo que hizo mi madre. No lo improvisó del todo, o sí, improvisó sobre la marcha, con lo que le vino dado, con una nieta que ya estaba envenenándola por su cuenta, pero convirtió esa casualidad en un plan de una precisión de relojería. Cogió el impulso ciego de una cría que quería huir y lo canalizó, lo dirigió, le dio forma, hasta volverlo el instrumento exacto

de su venganza contra mí. Usó a mi hija como quien usa una herramienta que encuentra tirada, sin fabricarla, solo afilándola y apuntándola. Y lo hizo con cariño, además, ese es el detalle que me hiela: quería a Inés de verdad mientras la usaba, las dos cosas a la vez, sin contradicción, porque para mi madre querer y usar nunca fueron opuestos, fueron la misma mano abierta y cerrada. Vuelvo a abril, al cáncer que se inventó, y ya no veo a una enferma: veo a una arquitecta dibujando los planos de mi condena. Vuelvo a los meses de cuidados, a mi cuaderno de tomas, a mi devoción de santa, y me da la risa, una risa horrible, porque cada anotación mía, cada hora apuntada con mi letra pulcra, era una prueba que yo misma fabricaba contra mí, sin saberlo, con amor.

Y vuelvo a las caricias de mi madre en esos meses, a las pocas ternuras que me dio ya enferma, a aquel «hija mía» que me dijo una tarde y que yo guardé como un tesoro, y ahora ya no sé si eran verdad o eran atrezo, parte del montaje, migajas de cariño calculadas para que yo bajara la guardia y siguiera dándole la medicación sin preguntar. Y esa es la crueldad definitiva de mi madre, la que no le perdono ni muerta: que me ha envenenado hasta los recuerdos buenos. Que ya no puedo quedarme con un solo momento tierno de los que compartimos sin preguntarme si fue de verdad o fue guion. Me quitó a mi madre en vida y me la ha vuelto a quitar ahora, robándome la posibilidad de creer que alguna vez, aunque fuera un minuto, me quiso sin segundas. Vuelvo a la madrugada de agosto, a las pastillas, a mi «te ayudo a descansar», y ahora sé que no ayudaba a descansar a nadie: ejecutaba, con mis manos, la última página del guion de mi madre.

Toda mi vida, releída con la clave que tengo esta noche en la mano, cambia de idioma. No hubo una sola escena que fuera lo que yo creí que era mientras la vivía. Fui un personaje que no entendía su propia historia, que creía estar en un drama de cuidados y estaba en una novela negra, que creía cuidar y estaba matando, que creía proteger y estaba encubriendo, que creía querer y estaba, casi siempre, alimentando el hambre de las mujeres de mi familia.

Y lo peor de releerlo todo así, con la clave puesta, no es descubrir de cuánto no me enteré. Es descubrir cuánto sí vi, a medias, de reajo, y decidí no mirar. Porque las señales estuvieron ahí. La niña que se apagaba. La abuela que mejoraba justo cuando debía empeorar y empeoraba justo cuando yo no estaba. Los silencios entre las dos,

esas complicidades raras que yo achacaba al cariño de abuela y nieta. Las tardes de Zurbano que se alargaban. Todo estuvo delante de mí, fechado, disponible, legible, y yo pasé de largo, un día tras otro, porque mirarlo de verdad me habría obligado a hacer algo, y hacer algo me daba más miedo que no saber. Elegí no saber. Igual que ahora tengo una cinta en la mano y una parte de mí quiere quemarla para volver a no saber. No he cambiado tanto. Sigo siendo, en el fondo, la mujer que prefiere la ceguera cómoda a la verdad que obliga. Mi madre me lo dejó hasta escrito, y ni con eso lo vi: me dijo una vez, con esas palabras exactas que entonces no supe leer: «morirme con un comité delante, ni hablar». Y yo lo tomé por una boutade de vieja orgullosa, cuando era la confesión de todo su plan. No quería una muerte con garantías, con médicos, con papeles en regla. Quería una muerte que me señalara a mí. Lo dijo delante de mí. Y no lo entendí, porque a mi madre llevaba cuarenta y seis años oyéndola sin escucharla.

Cuando amanece, sigo sin haber elegido. Tengo la cinta, tengo los dos caminos, tengo la historia entera reescrita en la cabeza, y no he dado un paso. Pero algo ha cambiado. Durante meses me he movido a ciegas, tapando agujeros sin ver el plano. Ahora tengo el plano. Y ya no puedo decir «no sabía»; ya no puedo esconderme detrás de la ignorancia, que ha sido mi refugio favorito toda la vida. Sé quién montó esto, sé quién puso las manos, sé quién apretó, sé el porqué de cada pieza. Y el que sabe ya no es inocente del todo, haga lo que haga: a partir de saber, callar deja de ser inocencia, y hablar deja de ser traición, según a quién quieras más, según qué clase de mujer decidas ser en el poco margen que te queda.

Le digo a Inés que tengo la cinta de la abuela, y que la he oído entera, y por primera vez en año y medio las dos dejamos de actuar.

No lo planeo. Sube ella a la cocina a por agua, me encuentra sentada a la mesa a oscuras, con la grabadora delante, y algo en mi cara le dice que ya no hay nada que fingir. Se queda parada en el umbral. Yo enciendo la luz pequeña, la de encima de los fogones, la que deja la cocina en penumbra, y le digo: siéntate. Y se sienta. Y le cuento lo que tengo, sin rodeos, sin trampa. La cinta. La voz de la abuela. La suya. El pacto entero, grabado. Se lo digo mirándola a los ojos, sin acusarla, sin llorar, con una calma que no sabía que tenía, la calma de después de la tormenta, la del que ya lo sabe todo y ya no le queda miedo que gastar.

Y ella no hace nada de lo que me esperaba. No llora. No me suplica. No se derrumba pidiéndome que la proteja, que no diga nada, que la salve. Tampoco lo otro, tampoco se cierra, ni me amenaza, ni saca las uñas. Se queda quieta, mirándose las manos sobre la mesa, esas manos que prepararon tantas manzanillas, y asiente despacio, como quien por fin oye en voz alta algo que llevaba mucho tiempo cargando en silencio. «Ya», dice. Solo eso. «Ya.» Y en ese «ya» hay más verdad que en todo lo que nos hemos dicho en año y medio.

Me preparo para lo que venga: para el llanto, para la rabia, para el «me vas a delatar», para el chantaje, para cualquiera de las mil formas en que una hija acorralada podría tirar de mí. No viene ninguna. Y tardo en entender por qué, hasta que lo entiendo: que Inés está tan cansada como yo. Que llevar un secreto así con dieciséis años, sola, sin poder contárselo a nadie, fingiendo normalidad en el instituto, con las amigas, en las cenas, es un peso que también la ha ido vaciando por dentro. Que a lo mejor, en el fondo, muy en el fondo, donde no me deja mirar, mi hija también quiere que esto se

acabe. Que la cinta, para ella, no es solo una amenaza: es también, puede, un alivio. El final de la mentira. Las dos vivimos, ella y yo, dentro de la misma mentira, y las dos, sin decírnoslo, estamos agotadas de sostenerla.

Hablamos. De verdad, por fin. Sin las frases de siempre, sin los papeles que cada una interpretaba, sin la niña buena ni la madre mártir. Le pregunto por qué, y no me contesta con excusas, me contesta con la verdad más simple y más terrible: que quería irse. Que se ahogaba. Que no encontró otra puerta. Le pregunto cuándo dejó de creer que era un teatro de la abuela, cuándo entendió que aquello iba en serio, y ahí sí se calla, ahí baja la vista, y no me contesta, y yo no insisto, porque entiendo que ese momento, el exacto en que una niña de dieciséis supo que estaba matando de verdad y aun así siguió, es lo único que le queda que sea solo suyo, el último cuarto de su alma donde no voy a entrar. Y no entro.

Le pregunto otras cosas. Cosas de madre, no de fiscal. Si comía cuando estaba en Zurbano aquellas tardes. Si tenía miedo. Si dormía. Si en algún momento pensó en parar, en contármelo, en pedir ayuda. Y me contesta a casi todas, a media voz, y descubro, oyéndola, a una niña que lo pasó infinitamente peor de lo que yo, ocupada en mi papel de cuidadora, llegué a imaginar. Una niña sola con una abuela que la manejaba y una madre que no la veía, atrapada en una casa que se le venía encima, buscando a tientas la salida, encontrando la peor. No la disculpo. Lo que hizo no tiene disculpa, y las dos lo sabemos, y ninguna hace el paripé de buscarle una. Pero por primera vez la entiendo. Y entender, aunque no perdone, ya es algo. Entender es lo que no hice nunca con mi madre, y lo que mi madre no hizo nunca conmigo.

Y en mitad de esa conversación, la más difícil de mi vida, pasa la cosa más pequeña y más enorme del mundo. Inés, mirando la mesa, con la voz de una cría cualquiera, me pregunta cuándo se acaba el plazo de la beca del curso que viene. La del programa de fuera, el que sale en primavera, el que sustituye al que le cerré. Me pregunta el plazo. Como quien pregunta por un trámite. Como si hubiera un curso que viene. Como si hubiera un futuro en el que ella, mi hija, se sube a un avión y se va a estudiar lejos y tiene una vida.

Y a mí se me rompe algo en el pecho, pero no de pena: de una cosa parecida a la esperanza, que hacía tanto que no sentía que casi no la reconozco. Porque en esa pregunta banal, administrativa, de

plazos y fechas, está lo que no había querido ver en todo este tiempo: que se podía. Que se podía uno ir, sin más, irse a estudiar fuera, hacerse mayor, marcharse como se marcha la gente. Sin matar a nadie.

Y aquí está lo que no diría en voz alta ni ahora, en el momento más limpio que hemos tenido: que al oírla preguntar por la beca, junto con la esperanza, me subió también, del fondo, la vieja bestia. El tirón. Las ganas de decirle otra vez lo que le dije en enero, no te vayas, te necesito, quédate; de cerrarle la puerta con las mismas palabras dulces de siempre, de retenerla un curso más, uno solo, porque la idea de que se vaya, de quedarme sola de verdad, sin nadie a quien cuidar, sin nadie que me necesite, me da un pánico animal que no ha muerto, que no morirá nunca, que es lo más mío que tengo, lo que me viene por la sangre de mi madre y de la suya. Tuve que morderme la lengua. Tuve que hacer fuerza para no volver a cerrar. Y ese esfuerzo, el de no cerrarle la puerta a mi hija cuando todo mi cuerpo me pide cerrarla, es lo más difícil que he hecho nunca, más que callar en el juicio, más que darle la dosis a mi madre. Porque va contra lo que soy.

Mi madre no dejó marchar a nadie. A mí me tuvo agarrada toda la vida, con el hilo del cáncer inventado al final y con mil hilos más antes. Yo, sin darme cuenta, empecé a hacer lo mismo con Inés: le cancelé Dublín, le vigilé los mensajes, le convertí cada plan de irse en un abandono. Y ella, tan rota como todas, en vez de buscar la salida, dinamitó la casa entera y nos llevó a todas por delante. Pero ahora, esta noche, pregunta por el plazo de una beca.

Le digo que en primavera. Que el plazo se abre en primavera. Se lo digo sin el «pero» de siempre, sin el «ya veremos», sin la mano invisible tirándole del jersey para que no se aleje. Y eso le hace levantar la vista y mirarme. Nos miramos, madre e hija, en una cocina en penumbra, con la grabadora entre las dos, y por un momento, uno solo, somos solo eso: una madre y una hija que se quieren mal y de verdad. No me hago ilusiones. Sé lo que ha hecho mi hija. Sé lo que soy yo. Pero nos estamos mirando a la vez, y eso, esta noche, es más de lo que teníamos ayer.

Y pienso, subiendo las escaleras despacio, agarrada a la barandilla como una vieja, que hizo falta una muerte, un juicio, una cinta y la ruina para que las dos dejáramos caer los disfraces y nos mirásemos a la cara. Es un precio monstruoso por una sola mirada. Subo a

acostarme sabiendo una cosa que ayer no sabía, o creyéndola saber, que en esta familia es distinto: que mi hija quiere vivir. Me agarro a eso. Es lo único que hay.

La víspera del día en que voy a cambiar mi vida, Inés me prepara una manzanilla. Dos tazas, esta vez. Una para ella y otra para mí.

La veo hacerlo desde la puerta de la cocina, y es la misma escena de hace unas semanas y es la escena contraria. La misma manzanilla, la misma naranja, el mismo cuchillo pequeño sacando la tira de piel sin llevarse lo blanco. Se prepara la manzanilla con piel de naranja amarga, la de su abuela, la de siempre. Pero esta vez, cuando termina, no se sirve una taza sola y se va. Esta vez saca dos tazas del armario. Dos. Y me mira, y con la barbilla me señala la mesa, que me siente. Y me sirve. A mí. Me pone delante una taza humeante de la infusión que fue el arma de todo esto, y se sienta enfrente con la suya, y por fin, después de año y medio, vamos a beber juntas.

La última vez que la vi hacer esta infusión, hace unas semanas, se la preparó solo para ella, no me ofreció, me trató como a un mueble, como al aire de la casa. Esta, la que me pone delante ahora, dice lo contrario. No es un perdón, no nos hemos perdonado nada, no sé si podremos. Es Inés diciéndome, con dos tazas en vez de una, que vuelvo a existir. Y que sea con la manzanilla que fue el arma no es casualidad: es la única manera que tenemos las dos de decirnos las cosas, a través de lo que nos rompió.

Cojo la taza con las dos manos. Está caliente. Huele a manzanilla y a naranja, a infancia, a mi madre, a las tardes de Zurbano, a todo. Y tengo, no lo voy a negar, un segundo de duda. Un segundo feo, rápido, en el que me pregunto qué le habrá echado, si me estará haciendo lo que le hizo a su abuela, si esta taza es una despedida de otro tipo. Es un pensamiento horrible y me avergüenza tenerlo, pero lo tengo, porque sé de lo que es capaz mi hija, lo sé mejor que nadie. Y luego bebo. Bebo igual. Bebo sin comprobar nada, sin oler dos veces, sin esperar a que ella beba primero. Bebo porque he decidido, en ese segundo, que prefiero beberme la manzanilla de mi hija con

los ojos cerrados, aunque tenga algo dentro, a vivir vigilándola el resto de mi vida. Que después de todo lo que nos hemos hecho, ponerme en sus manos y beber es lo único que me queda por darle. Y si me equivoco, si hay algo en la taza, pues al menos me muero siendo su madre, bebiendo lo que ella me da, y no su carcelera midiéndole las dosis. Bebo. Y sabe a manzanilla. Solo a manzanilla. Y las dos seguimos vivas, la una frente a la otra, y algo se cierra en ese trago, no sé qué, algo antiguo, alguna cuenta de las que no se dicen.

Mi madre me racionaba hasta el cariño, me servía el amor a cuentagotas. Yo hice lo mismo con Inés sin darme cuenta. Y ha hecho falta llegar hasta el borde del abismo para que mi hija saque dos tazas y me sirva.

Estamos un rato en silencio, bebiendo. Y entonces Inés, mirándome por encima de su taza, con esa calma nueva que ha sacado de algún sitio estos días, me hace la pregunta. La única pregunta. La que lo decide todo.

—Mamá. Mañana. ¿Vas a contar la verdad completa o solo la parte que te salva?

Y ahí está, servida, la trampa entera de mi vida convertida en una sola frase de niña. Porque las dos sabemos lo que significa cada opción. La parte que me salva es el pacto sin lo mío: sacar la cinta, demostrar que la abuela lo montó, que hubo otra mano en el veneno, quedarme yo de víctima engañada, limpia, absuelta. Contarlo de manera que caiga sobre la memoria de mi madre y sobre mi hija todo el peso, y que a mí me saquen del banquillo con una palmada en la espalda y una disculpa. Esa es la salida limpia. Y podría contar solo esa. Tengo derecho a contar solo esa. Nadie me obliga a más.

La verdad completa es otra cosa. La verdad completa incluye lo mío. Que yo cancelé la beca. Que yo monté la primera jaula. Que yo no vi lo que tenía delante durante meses porque estaba demasiado ocupada siendo la buena. Que yo, con mis manos, creyéndome piadosa, le di a mi madre la sobredosis que la mató, y que aunque me engañaran para hacerlo, la mano fue la mía, y eso no me lo quita ninguna cinta. La verdad completa no me deja de víctima. Me deja de lo que soy: una mujer que hizo daño de muchas maneras, algunas engañada y otras no, y que tiene su parte, entera, sin descuento.

Y no me apetece nada contar esa parte. Que quede claro. No hay en mí ninguna vocación de mártir de la verdad, ningún gusto por el sacrificio, nada de eso; ya me pillé una vez disfrazando de nobleza mi

propia cobardía, y no voy a volver a hacerlo. La verdad completa me da un miedo físico, me revuelve las tripas, porque significa renunciar a lo único que podría salvarme y, encima, salir de aquí siendo, a los ojos de todos, no la víctima sino la culpable, una de las culpables, la que puso la mano ejecutora. Todo mi instinto me grita que cuente solo lo que me exculpa, que me agarre a la tabla, que viva. Contar la verdad entera no me sale de la bondad. Me sale de otro sitio, más frío y más hondo: de haber entendido, por fin, que la mentira cómoda es la cárcel de la que ninguna mujer de mi familia salió jamás, y de no querer morirme dentro de ella como se murieron todas.

Miro a mi hija. Miro la taza vacía. Miro año y medio de mentiras, y toda una vida detrás de mentiras más viejas, las de mi madre, las de su madre, la cadena entera de mujeres de esta familia contándose solo la parte que las salvaba. Y sé que si contesto «solo la parte que me salva», gano el juicio y pierdo la única cosa que he entendido en todo este infierno: que las mentiras que se cuentan por amor son las que más matan, y que llevo cuarenta y seis años ahogándome en ellas.

—Toda —le digo—. También la mía.

No me tiembla la voz al decirlo, y eso me sorprende, porque llevo año y medio con la voz temblándome por dentro en cada palabra.

Lo digo y es como soltar un peso que llevaba cargando desde antes de nacer. Toda. También la mía. Voy a contar todo, empezando por lo que hice yo, sin esconderme detrás de nadie, sin usar a mi hija de escudo ni a mi madre de excusa. Voy a poner mi culpa la primera, delante de las otras, porque es la única que me toca a mí confesar.

Porque he entendido algo esta noche, con la taza en la mano y mi hija enfrente: que la única manera decente de contar la culpa de otro es contando antes la tuya. Que si mañana me levanto y lo primero que hago es señalar a Inés, señalar a mi madre, decir fueron ellas, me engañaron, yo soy la víctima, entonces no estoy contando la verdad, estoy haciendo un montaje más, el mío, el de la madre inocente, tan falso como los de mi madre. Pero si me levanto y lo primero que confieso es lo mío, lo que hice yo, con mis manos, sin excusas, entonces todo lo demás que cuente después, aunque salpique a mi hija, aunque hunda a mi madre muerta, sale limpio, sale de una mujer que ha empezado por acusarse a sí misma. Y que después caiga lo que tenga que caer, sobre quien tenga que caer, incluida ella,

incluida yo. Inés me sostiene la mirada, y no llora, y no me da las gracias, y no me pide que me lo repiense. Solo asiente, una vez, despacio. Como si fuera esto lo que había venido a buscar a la cocina con sus dos tazas: no que la salvara, sino que, por fin, alguien en esta familia dijera la verdad entera en voz alta. Recojo las tazas. Las lavo. Y subo a preparar, por primera vez en mi vida, lo que voy a decir mañana sin quitarme a mí del medio.

Me levanto antes de que suene el despertador, como el día de un examen o el de un entierro, que es un poco las dos cosas.

Me visto despacio, con la ropa que Berta me dijo, sobria, sin llamar la atención. Me miro en el espejo del baño. La mujer que me devuelve la mirada está asustada. Está decidida. Está entera. Bajo a la cocina y me preparo un café que no me bebo. Inés no ha bajado. No hace falta. Anoche nos dijimos todo lo que había que decirse, y esta mañana el silencio entre nosotras, por primera vez, no es un muro: es un acuerdo.

Antes de salir, subo un momento y me asomo a su cuarto. Duerme, o lo finge, ovillada como cuando era pequeña, como cuando yo entraba a mirarla dormir y creía, entonces, que la maternidad era eso, velar el sueño de una niña que sería siempre buena. Me quedo un segundo en el umbral. No la despierto. No le digo nada. Solo la miro dormir, a mi hija envenenadora de dieciséis años, con el mismo amor exacto, sin un gramo de menos, con que la miraba de bebé. Que la querré haga lo que haga, cueste lo que cueste. Cierro la puerta con cuidado, como cerraba la de mi madre. Y bajo a destruirle la coartada y, con suerte, a salvarle la vida.

Cojo el bolso. Dentro va el sobre de mi madre, con la grabadora y la cinta, el peso pequeño que contiene la vida de las dos. Y va otra cosa, doblada, escrita a mano por mí de madrugada: la lista. La lista de lo que voy a decir. La he ordenado con el mismo cuidado con que ordenaba las tomas de mi madre en el cuaderno, con mi letra de columnas, porque soy incapaz de enfrentarme a nada sin hacer antes una lista, y esta es la lista más importante de mi vida. Está todo. Está el cáncer inventado, está el oncólogo que no existe, está el pacto, está la cinta. Y arriba del todo, en el primer renglón, subrayado, está lo mío. Lo que hice yo. Le he puesto el número uno. Empiezo por ahí.

Es raro, pero hacer la lista anoche me calmó. Toda la vida las listas han sido mi manera de sujetar el mundo cuando se me venía encima: listas de la compra, listas de tareas, el cuaderno de tomas de mi madre. Ordenar en columnas lo que da miedo, ponerle números al caos, es lo único que sé hacer para no romperme. Y anoche, en la mesa de la cocina, ordené en columnas mi propia destrucción con la misma letra pulcra de siempre, y al terminarla, al verla ahí, entera, numerada, dejó de darme tanto miedo. Empezando por el número uno.

Berta me espera en la puerta de la Audiencia, con su cara de siempre, sin sospechar que hoy su clienta imposible por fin le va a dar algo, aunque no sea lo que ella esperaba. Nos apartamos un momento antes de entrar y se lo digo. Que voy a ampliar mi declaración. Que voy a contarle todo. Le enseño el sobre, le resumo lo que hay dentro, veo cómo se le abren los ojos, cómo el instinto de la abogada se le dispara, cómo empieza a calcular la absolución que esa cinta pone a nuestro alcance. Y luego me oye decir la otra parte, la de que voy a empezar confesando lo mío, y se le tuerce el gesto.

—Marta —dice, bajando la voz—. Escúcheme bien. Con esa cinta yo la saco de aquí. Pero si usted se levanta y lo primero que hace es cargar contra sí misma, si les da su culpa antes de darles la de los demás, me lo pone todo mucho más difícil. Déjeme a mí ordenar el relato. Cuente lo que la salva. Lo suyo, si hay que decirlo, se dice al final, con cuidado, medido.

—No —le digo, con la misma calma con que se lo dije al juez la primera vez, hace meses, cuando callé—. Esta vez no. La primera vez callé para proteger a alguien. Ahora hablo por lo mismo, pero al revés. Y tiene que ser en mi orden. Primero lo mío.

Berta me mira largo rato. Y pasa algo que no esperaba: que deja de discutir. Que asiente, muy despacio, con una cosa en la cara que no es rendición profesional, es otra, es casi respeto. Como si, después de meses defendiendo a una mujer que se le escapaba, por fin entendiera a quién ha estado defendiendo. «Es su declaración», dice al final, muy bajo. «Es su vida. Adelante.» Y entramos juntas.

Y mientras camino por el pasillo hacia la sala, con Berta a un lado y el sobre apretado contra el pecho, tengo que confesarme lo único que me falta por confesarme, lo que no le he dicho a nadie, ni a Inés anoche, ni a Berta ahora: que no tengo ni idea de si esto está bien. Que me he pasado meses convencida de que callar era protegerla, y

resultó que era protegerme a mí. ¿Y si ahora me pasa igual al revés? ¿Y si hablar tampoco es por ella, sino otra vez por mí, por mi necesidad de no ser mi madre, de salir de aquí sintiéndome limpia, de contarme una historia en la que por fin soy la que hizo lo correcto? A lo mejor la verdad no cura a Inés. A lo mejor la hunde y ya está, sin redención, sin puerta, y yo me habré sacrificado para nada o, peor, para poder mirarme al espejo. No lo sé. Por primera vez en toda esta historia hago algo sin saber si está bien, sin la coartada de la certeza, a ciegas, saltando sin ver si abajo hay red. Salto igual.

La sala es la misma de siempre, con su estrado, su público, sus togas, sus bancos llenos de curiosos y de Charos coleccionando. Todo igual que los otros días. Solo que hoy no vengo a aguantar. Hoy vengo a hablar.

Miro los bancos, a las Charos, a los curiosos, a toda esa gente que vino a ver a la mujer que mató a su madre, y por primera vez no me encojo. Que miren. Que coleccionen. Hoy les voy a dar algo que contar de verdad, algo que ni se esperan, algo que no cabe en el chismorreó fácil de la panadería, porque hoy no van a ver a una asesina defendiéndose ni a una víctima llorando: van a ver a una mujer contando la verdad completa sobre su familia, con nombres, con culpas, empezando por la suya. Ocupo mi sitio. Se reanuda la sesión. Hay trámites, voces, el runrún de la maquinaria judicial poniéndose en marcha una mañana más. Y yo espero mi momento, con el sobre en el regazo y la lista en la mano, notando el corazón en la garganta, repasando el primer renglón, el número uno, lo mío, lo que llevo cuarenta y seis años sin decirle a nadie.

Pienso en mi madre, un segundo, antes de levantarme. En que me montó todo esto para que yo cargara, para que me hundiera, para vengarse de mí desde la tumba. Y en que, sin querer, con su último regalo envenenado, con esa cinta que me puso en la mano para obligarme a elegir, me ha dado la única cosa que nunca me dio en vida: la ocasión de decir la verdad. Ella quería que yo eligiera entre salvarme y salvar a mi hija, y disfrutaba, estoy segura, imaginando mi tormento. No contaba con que yo encontrara una tercera salida, la que ella nunca tomó: no elegir a quién salvo, sino elegir no mentir. Contarlo todo, y que la verdad reparta ella las culpas, no yo. Le he encontrado la grieta a tu plan, mamá: la verdad. La única cosa que tú no supiste usar, porque para ti todo era material de montaje. Yo, hoy, la voy a decir entera.

Y entonces, cuando el presidente del tribunal pregunta si alguna de las partes tiene algo que manifestar antes de continuar, me pongo de pie. Me tiemblan las piernas, como el primer día. Pero la voz, cuando sale, no me tiembla. Todo el mundo se gira a mirarme. Berta contiene la respiración a mi lado. La fiscal levanta la vista. En algún banco, Charo se inclina hacia delante para no perderse nada.

El silencio de la sala se hace espeso, de esos que se notan en la piel. Un ujier se queda a media zancada. El presidente me mira por encima de las gafas, esperando. Y de pie en ese silencio, con las piernas temblando y la voz firme, me sorprende pensar que también esto tiene algo de lo suyo. Que ponerme en pie a decir la verdad delante de todos, con la sala entera pendiente de mí, se parece más de lo que quisiera a mi madre convirtiendo su muerte en una función con ella de protagonista. Estoy a punto de hacer de mi confesión una escena: la de la mujer que por fin, después de todo, dice la verdad. Y no sé si me levanto por Inés, o por la verdad, o por poder contarme algún día que fui, al menos al final, la valiente. A lo mejor las tres a la vez. Abro la boca sin haberlo resuelto, que es la única manera honesta que me queda de abrirla, sin la coartada de saberme buena. Y digo las cuatro palabras:

—Señoría. Quiero ampliar mi declaración.

DOCUMENTO L

(Acta de la sesión. Transcripción de la manifestación de la acusada al ampliar su declaración. El documento reproduce únicamente el arranque de la intervención; el acta continúa en folios que no se recogen aquí.)

AUDIENCIA PROVINCIAL DE MADRID — SECCIÓN [...]

Acta de juicio oral · Sesión de [...] · Ampliación de declaración de la acusada

[...]

Concedida la palabra a la acusada, doña Marta Soto Valdecasas, que la solicita para ampliar su declaración, manifiesta lo siguiente:

Que ha faltado a la verdad ante este tribunal, no en lo que dijo, que era cierto, sino en lo que calló.

Que ha venido a contarlo todo, y que aporta a tal fin un soporte de audio que obra en su poder, cuya procedencia y contenido detallará, y cuya autenticación por perito solicita.

Que en esa grabación consta que su madre, la fallecida, no padecía la enfermedad que aparentaba, y que dispuso las cosas de manera que su muerte recayera sobre la declarante.

Que en esa grabación consta también la participación de una tercera persona, cuya identidad va a revelar, con plena conciencia de lo que ello significa para esa persona y para sí misma.

Que quiere que quede constancia, antes que nada, de que durante meses no supo ver lo que ocurría en su propia casa, y de que la dosis que causó la muerte de su madre la administró ella, con sus manos, aunque creyera estar haciendo otra cosa.

Que ha entendido que no puede contar la culpa de nadie sin contar antes la suya, y que por eso va a empezar por sí misma.

Que —

También quiero contar lo que hice yo.
